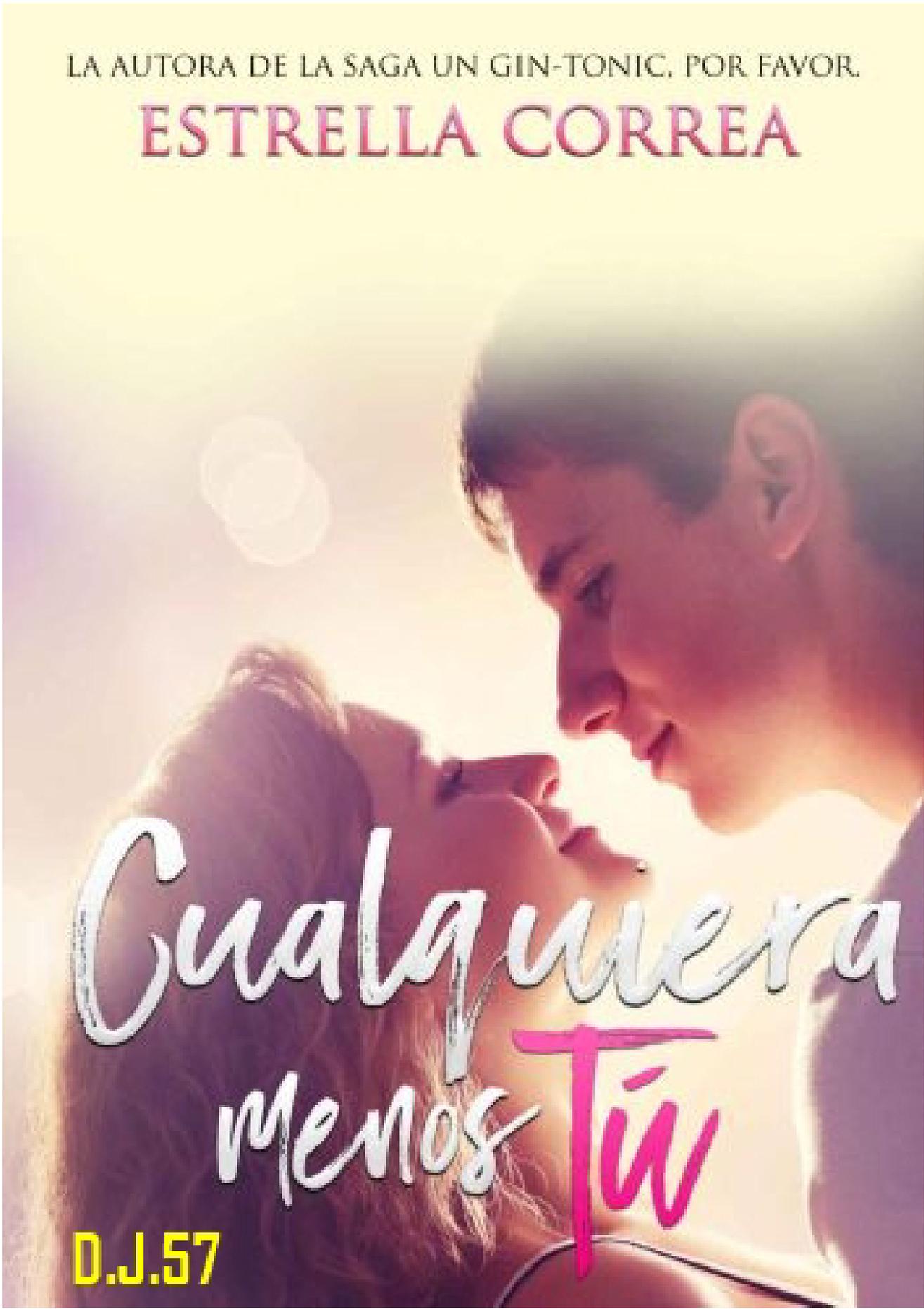


LA AUTORA DE LA SAGA UN GIN-TONIC. POR FAVOR.

**ESTRELLA CORREA**



*Cualquiera  
menos Tú*

**D.J.57**



LA AUTORA DE LA SAGA UN GIN-TONIC. POR FAVOR.

**ESTRELLA CORREA**



*Cualquiera  
menos Tú*

Copyright © 2019 Estrella Correa.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, Marzo 2019.

Título Original:

CUALQUIERA MENOS TÚ

Bilología.

Diseño y Portada: EDICIONES K.

Fotografía: Shutterstock.

Maquetación: Ediciones K

Corrección: Antonio Correa.



EDICIONES K

Cualquiera  
menos Tú

ESTRELLA CORREA

## ÍNDICE



### DEDICATORIA

1. SE BUSCA COMPAÑERA.
2. LA ENCONTRÉ.
3. SUSTOS
4. QUIERO TU PLÁTANO.
5. HARLEY QUINN TIENE GANAS DE PELEA.
6. LOS LUNES AL SOL.
7. VISITAS.
8. ¿CONFÍAS EN MÍ?
9. ¿TÚ Y YO?
10. UNA CAMA.
11. UN VIEJO AMIGO.
12. UNA CITA.
13. LA FIESTA.
14. EL ÚLTIMO BAILE.
15. OTRA CITA.
16. TREGUA.
17. LA CASITA ROSA.
18. BAILEMOS.
19. ¿WHAT?
20. QUIERO ENSEÑARTE ALGO.
21. DE CINE.
22. NI SE TE OCURRA VOLVER A HACERLO.
23. VAS A HACERTE DAÑO.
24. TU DELICIOSO OLOR.
25. LA VUELTA.
26. SUS CARAS, UN POEMA.
27. PROMÉTELO.
28. LO ANTES POSIBLE.
29. LA LUZ SE LE APAGÓ.
30. AUSENCIAS.
31. COMIÉNDONOS.
32. ¡SORPRESA!

33. OTRA VEZ NO.

34. LA CULPA.

35. MURMULLOS.

**EPÍLOGO.**

**AGRADECIMIENTOS.**

**SOBRE LA AUTORA.**

*A todos los que luchan por sus sueños.*



*Itxel tiene dieciocho años, el corazón roto, dos amigas como dos gotas de agua y  
una  
moto.*

*Itxel se traslada a Granada a estudiar arquitectura, pero no será lo único que  
aprenda, porque la vida puede convertirse en una clase intensiva.*

*Itxel prefiere no enamorarse.*

*Nico no puede querer a nadie.*

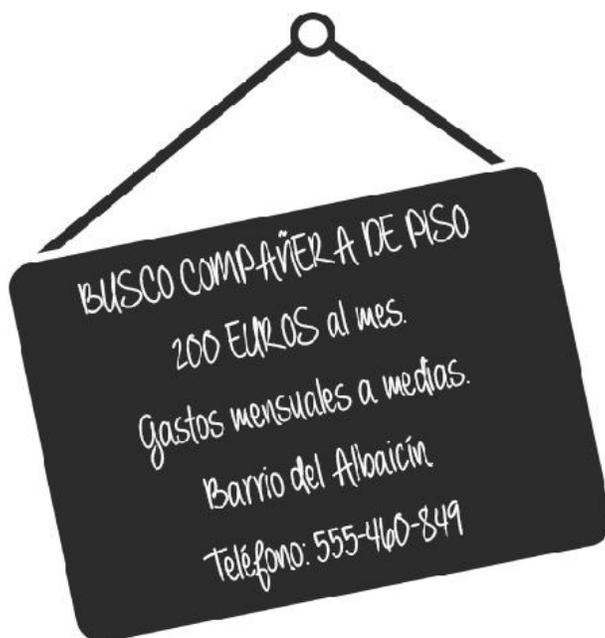
*Una ciudad mágica.*

*Dos personas destinadas a encontrarse.*

*E infinitos atardeceres naranjas.*

# 1

## SE BUSCA COMPAÑERA



Colgué el cartel sobre uno de los murales situados en el patio de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura.

Las manos me temblaban, y me sudaban tanto que tuve que refregar las palmas contra la tela de mis vaqueros repetidas veces. Buscar compañera de piso no me ponía nerviosa, estaba hecha un flan ante la idea de vivir sola, lejos de casa, y tener que enfrentarme a lo que la universidad suponía para mí.

Había dejado atrás muchas cosas: unos padres protectores, siempre pendientes de mí; una hermana que, aún dos años menor, me acompañaba a todas partes; un círculo de amigos que, aunque no muy grande (nunca se me han dado muy bien las relaciones sociales), estaba muy afianzado.

Siempre había vivido en un pueblo relativamente pequeño donde casi

todos nos conocíamos o sabíamos quiénes éramos.

La seguridad y la confianza siempre me habían acompañado, no es seguridad en mí misma de la que hablo, me refiero a la certidumbre, a la intimidad, a la amistad, a la familiaridad... a la certeza real de lo que me rodeaba. Hasta ese momento todo había sido conocido, aprendido por inercia. Cuando salía el sol por la mañana sabía lo que iba a hacer, a quién iba a ver, qué podía pasar... y, si algo no iba bien, tenía a mi familia para superarlo, para que me indicara el camino correcto o, al menos, me aconsejara sobre ello.

Ahora estaba sola. No quería hacer un drama de aquello. Sabía que ese día llegaría y, durante los últimos meses, (malditos desastrosos meses), lo deseé con ganas.

A pesar de lo que acabo de contar, siempre he sido una persona muy independiente.

No me gusta que me agasajen, que me agobien o me manden. Prefiero ir a mi aire y nunca me he sentido cómoda rodeada de desconocidos.

De todas formas, me notaba perdida. Me dije a mí misma que era normal todo lo que percibía e intenté convencerme de que el miedo no me removía el estómago, las ganas de vomitar eran nervios por todo lo que estaba por venir. Tenía dieciocho años. Iba a vivir sola, conocer la universidad, un mundo del que todos hablaban maravillas y yo estaba dispuesta a disfrutarlo al máximo. Después de todo... me lo merecía.

Agarré fuerte mi mochila color verde militar por las asas que tenía alrededor de los brazos y me animé. Me centré en pensar en positivo. La ciudad en la que me encontraba era extraordinaria, además, la conocía. Había pasado en ella muchas vacaciones y puentes en casa de mis abuelos. Lugar en el que iba a vivir a partir de ahora.

Giré sobre mis pasos después de suspirar varias veces y coger aire dispuesta a aprender, a absorber todos los conocimientos que estaba segura podían darme unos estudios superiores que tanto había deseado. Llevaba años preparándome para aquello. Años soñando cómo sería, años luchando y estudiando para poder llegar a la universidad.

Estaba aquí porque yo sola me lo había ganado. A pesar de lo mal que lo había pasado los últimos meses, lo había conseguido. Acabé el último año de instituto sin bajar mi nota media y superé con creces mis expectativas en la selectividad. Estaba orgullosa de mí y agradecía inmensamente a mis padres la confianza que habían depositado sobre su hija. Lo había logrado a pesar de todo, a pesar de él.

Levanté la mirada y me encontré rodeada de lo único que me había quitado el sueño las últimas noches. No conocía a nadie. Las caras desconocidas

se sucedían unas detrás de otras y nada me resultaba familiar. Grupos de estudiantes se esparcían por el patio y subían por las escaleras.

Me sentí pequeña e insignificante. Nadie parecía estar solo o sentirse tan extraviado como yo.

Comencé a caminar en busca del aula donde se impartiría mi primera clase en mi primer día de universidad y comencé a tranquilizarme al darme cuenta de que nadie parecía apreciar mi soledad. Nadie reparó en mí en ningún momento. Nadie... excepto un par de ojos inmensos, acompañados de una bonita sonrisa, que me miraban con curiosidad. Traté de ignorarlo con elegancia, (creo que no lo conseguí), aparté los ojos y los llevé al suelo a la vez que seguí caminando. Subí un par de escalones y giré la cabeza con cautela para comprobar si era tan guapo como me había parecido. Y sí, lo era. Y sí, me descubrió mirándolo porque él aun me miraba. Volvió a sonreír y movió la cabeza en un imperceptible saludo. Yo me ruboricé tanto que me quemaban hasta las orejas. Vaya por dios. Pillada.

Encontré la primera clase de Ideación Gráfica e Introducción al Proyecto Arquitectónico al final del pasillo de la primera planta. Aún no había mucha gente dentro del aula, así que pude elegir sitio fácilmente.

No quise sentarme detrás aunque era lo único que me apetecía, esconderme para que nadie se percatara de mi presencia. Y no estaba preparada para la primera fila hasta saber muy bien con qué me enfrentaba.

Así que me decidí por el centro. Anduve los pasos que me separaban del pupitre elegido y me senté, dejando mi maleta a un lado.

Saqué el móvil del bolsillo de mi pantalón vaquero y comprobé que no había llegado demasiado temprano. Todavía faltaban más de diez minutos para que comenzara la clase.

—Será mejor que guardes el teléfono antes de que llegue el Señor Ferrer —dijo una voz pizpireta a mi derecha.

—Sí, es famoso por dejar a los alumnos sin móvil y llevárselos a casa —la siguió otra voz muy parecida.

Levanté la mirada hacia ellas y tuve que parpadear varias veces para entender que nadie había podido echar nada en mi desayuno esta mañana, que no veía doble por las tres caladas al canuto que le di este verano en la playa en la noche de San Juan (hacía tres meses) y que lo que tenía ante mí era perfectamente normal.

—Dicen que guarda en casa una caja con más de cien móviles de todos los modelos —terminó de hablar la segunda desconocida, susurrando para que nadie, excepto yo y su reflejo, la escucháramos.

Eran hermanas, estaba claro. Pero claro, claro. Dos gotas de agua.

Iguales, perfectamente uniformes. Morenas, bastante más bajitas que yo y muy delgadas. Llevaban la cara levemente maquillada y ropa de marca. Y muy guapas. Las dos sonreían y me miraban, sinceras. Me sentí a gusto con ellas desde ese primer momento. Yo aún no había dicho nada, pero ellas seguían parlotando como si nos conociéramos de toda la vida. Durante unos segundos me dieron envidia.

Estaban acompañadas, se notaba a leguas lo muy unidas y seguras que se sentían una al lado de la otra. Un sentimiento de añoranza hizo desaparecer al anterior. Solo llevaba sin ver a mi hermana una semana, pero ya la echaba de menos y me aterrorizaba pararme a pensar lo grande que podía hacerse ese sentimiento.

Guardé el móvil en el bolsillo y les devolví el gesto.

Sonreí.

—Yo soy Victoria y ella es Rosalía. —Se acomodaron a mi lado.

—Itxel—me presenté.

—¡Oh, qué nombre más bonito! —dijo Rosalía a continuación. Y agradecí en silencio que no hicieran preguntas del tipo: ¿Eso es un nombre?

El señor Ferrer entró en el aula y, a los pocos segundos, se hizo un gran silencio a nuestro alrededor. El bullicio del gentío acomodándose en sus asientos pronto pasó a un leve murmullo hasta desaparecer un segundo después. Todo el mundo parecía conocer cómo se las gastaba el profesor que teníamos delante.

Todo el mundo menos yo, que seguía perdida y sumida en la más oscura de las inconsciencias. Se presentó con una larga introducción de lo que sería la asignatura, de lo que esperaba de nosotros y de lo que no.

Desde el principio dejó claro que sólo trataba con adultos.

Que si alguno no estaba seguro de querer permanecer allí, estaba a tiempo de “largarse” y no se lo tendría en cuenta, pero que se atuviera a las consecuencias. Esta incongruencia no la entendí muy bien.

—No me gustan los móviles. Si veo a alguno trasteando con ellos en mi presencia mientras doy clases, le invitaré cordialmente a salir de aquí y a que no vuelva en lo que quede de curso. Sé que corre por la universidad el rumor de que me los llevo a casa y los guardo en un cajón. —Se escucharon risas por la sala—. No es cierta. No me interesan en absoluto esos endiablados cacharros...

Terminó su perorata animándonos a tener fe en nosotros mismos y ser lo suficientemente responsables para no lamentarnos al final. Me cayó bien desde el principio. Era sincero y tenía grandes cualidades como docente. Lo demostró durante las dos horas siguientes.

Cuando terminó, se despidió y se fue con un amable «nos vemos mañana».

Salimos de allí las tres un poco asustadas por todo lo que se nos venía encima. Al menos yo lo estaba. No era ni media mañana del primer día y ya tenía dos trabajos que realizar.

—Creo que aún estamos a tiempo de cambiar de carrera —comentó Victoria, desanimada, a su hermana.

—A mí me parece divertido ¡Podremos hacerlos juntas! —dijo Rosalía, mirándome a mí.

Volví a agradecer en silencio que contaran conmigo para aquello. Ya tenía un grupo de trabajo y... dos nuevas amigas.

Caminamos hasta nuestra siguiente clase, de la que salimos cargadas con un par de proyectos más. Nos dieron varios meses de plazo para entregarlos, pero Rosalía no quería esperar y nos hizo partícipes de sus ganas de comenzar a trabajar.

—No le hagas mucho caso. Es demasiado entusiasta para todo. Yo me llevé los mejores genes. Soy la mayor —me informó Victoria, mientras nos sentábamos en un banco de madera oscura en el patio, hablando como si su hermana no estuviera presente.

—¡Eh! Sólo naciste dos minutos antes que yo. Lo bueno siempre se hace esperar. —La otra le dio un empujoncito en el hombro a su hermana. Noté al instante que esa discusión era muy habitual entre ellas.

—¿De dónde eres? —preguntó Rosalía, mientras sacaba un paquete de chicles sabor sandía de la cremallera delantera de su mochila morada y me lo ofrecía.

Acepté el dulce y le contesté mientras me lo metía en la boca, después de darle las gracias.

—De Huelva. De un pueblecito costero.

—¡Me encanta la playa! La arena... el sol... —Suspiró mirando al cielo.

—Te encanta todo, Rosalía. —Su hermana sonrió y puso los ojos en blanco.

—Eso no es verdad. Odio las patatas fritas.

La miré sorprendida.

—¿No te gustan las patatas?

Se encogió de hombros como respuesta.

—Es rara —aclaró Victoria—. Ya te irás dando cuenta.

No les pregunté de dónde eran porque sus acentos no dejaban lugar a dudas. De Granada, ciudad en la que nos encontrábamos.

Conocía esa forma de hablar desde que nací. Mis abuelos nacieron en este rincón de Andalucía y mi madre, aunque llevaba muchos años lejos de su lugar de nacimiento, no había perdido el dejillo inconfundible que aprendió

conforme crecía, de manera natural.

—Tenemos que irnos. Rubén nos está esperando al otro lado de la calle —avisó Victoria mientras miraba su móvil que acababa de sonar.

—Es nuestro hermano —explicó Rosalía mirándome a mí aunque yo no había preguntado—. Nos recoge con el coche, vivimos un poco lejos de aquí. — Se colgó la mochila al hombro con un movimiento rápido y se agachó a darme un gran abrazo. Me quedé sin saber qué hacer, no me gusta que me toquen, pero fue sincero y espontáneo, así que lo acepté—. Nos vemos mañana. —Se separó dos segundos después y se fue dando saltitos.

—Es muy efusiva. —Se disculpó Victoria ante mi cara descompuesta. (Creí haber disimulado)—. ¿Necesitas que te llevemos a algún sitio?

—Oh, no, gracias. Tengo moto.

—Está bien. Hasta mañana. —Sonrió amable y se despidió.

Se alejaron caminando y discutiendo, pero no pude discernir sobre qué debatían.

Y ahí estaba yo. Sola de nuevo. Miré a mi alrededor y nadie parecía darse cuenta de mi existencia. Mucho mejor.

Todavía recordaba la noche en la que ocurrió todo. Aquella en la que salir corriendo fue la única opción, y tras la que tanto me costó volver a sonreír. Jamás le perdonaré lo que me hizo y nunca podré olvidar la vergüenza que sentí. Intenté durante mucho tiempo aprender a perdonar, pero me costó mucho olvidar y pasar página. Bueno, creí que había superado ese capítulo de mi vida, pero me quedaba mucho por aprender.

Iré poco a poco, no puedo contar toda mi historia de golpe.

Pasaron tantas cosas en pocos meses que no entiendo cómo salí viva de todo aquello.

## 2

# LA ENCONTRÉ



Aparqué la moto en el patio del pequeño bloque de pisos en el que vivía, junto a la puerta de mi casa. Era una especie de corrala con más de cien años de antigüedad. Me encantaban sus paredes de cal blanca y las decenas de macetas

que colgaban de las ventanas con flores de todos los colores, prevaleciendo el rojo de los claveles. No sabría decir la de veces que me he sentado en el banco de madera que había muy cerca de una fuente de piedra. Paco y Mercedes, una pareja de vecinos ya jubilados, se encargaban de mantener aquellas zonas limpias y bonitas por voluntad propia.

Entré en casa y me tiré sobre el sofá, justo después de cerrar la puerta de una patada. Me sentía agotada, necesitaba descansar unas horas antes de empezar a poner en orden las tareas que me habían encomendado en mi primer día de clases, pero el teléfono empezó a sonar y mi magnífico plan, basado en comer y dormir, se fue al traste de repente y sin avisar. Paula, una chica de segundo curso, quería ver el piso y que la entrevistara esa misma tarde, así que quedé con ella a las cinco en punto. Me hice una hamburguesa de tofu y recogí a la velocidad de la luz.

No lo tenía desordenado, apenas llevaba una semana allí; sin embargo, quería que reluciera y quité algunos enseres para que pareciera un poco más grande. La habitación que alquilaba constaba de una cama doble, un armario y dos mesitas de noche.

Nada más. Bueno, tenía una lámpara colgada del techo más antigua que el hilo negro, a juego con los muebles que he enumerado.

Yo no quería alquilar la habitación, pero no tuve ni voz ni voto en la decisión, fueron mis padres los que me obligaron a renunciar a la tranquilidad de la soledad argumentando que me vendría bien algo de compañía en las noches de invierno y tormenta; y que el dinero me ayudaría a pagar los gastos que el día a día podían ocasionarme. En esto último llevaban razón. La Vespa consumía como un Lamborghini y con doscientos euros al mes mi independencia se ampliaba.

Mientras cogía unas rosas blancas del patio y las metía en agua para adornar la mesita del pequeño salón, me sonó el móvil que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Leí varios mensajes de WhatsApp y los contesté. Todos preguntaban por la habitación que alquilaba, y quedé con ellos con una diferencia de media hora. Cinco visitas en total, pero una vendría mañana.

¿Qué decir de la primera? Paula parecía que venía vendiendo la palabra de dios. Sí, sí, vendiendo, porque mendigaba que daba gusto escucharla. La ropa compaginaba con lo que decía: rebeca de rombos en tonos pastel, falda plisada por las rodillas azul marino, cadena de alguna virgen que desconocía, diadema en el pelo (repito, diadema en el pelo) y unos zapatos con un tacón redondo de dos centímetros que no se los ponía mi madre.

Le dije adiós con una sonrisa y quedamos en que la llamaría.

No la iba a llamar, por supuesto. La veía capaz de meterme en una secta

o de llenar las paredes del piso de mi (atea) abuela de estampitas de santos o cristos crucificados.

La segunda persona llegó diez minutos tarde y eso no me gustó en absoluto. Yo no solo era (y soy) puntual, sino que siempre llego un poco antes a todas partes.

Si veis que tardo, preocuparos, algo me ha pasado. Ainara se presentó y no dijo nada más. Ni mu. Tuve que preguntarle varias veces para que contestara. La definición de tímida no la describiría bien. No la descarté, yo no necesitaba a alguien dándome la tabarra todo el día. Mejor el silencio que escuchar rezar a la anterior.

La tercera se llamaba Aroa, pero me pidió que no utilizara ese nombre, prefería el de Oscuridad Eterna, como todos la conocían en las redes. Youtuber de profesión y, estaba claro, gótica convencida. No tenía nada en contra de las tribus urbanas, pero me daba miedo levantarme por la noche y encontrarme un ritual satánico en medio del salón, con animal muerto de por medio. Vale, tal vez esto jamás ocurriría, sin embargo, la respuesta fue un rotundo no en cuanto me preguntó si podía pintar la habitación de negro.

África. Una chica de mi edad y muy hippie me cayó bien desde el principio, conectamos. Adoraba a los animales y desde hacía varios años no comía carne. Me gustaron las rastas de su cabello largo, la mariposa tatuada en su muñeca y su sonrisa verdadera. ¿El problema? Que se duchaba poco. Poco o nada, porque le olían las axilas desde la cocina. Esa chica no tocaba el agua desde que nació y la bañaron en el hospital.

Cuando en un movimiento levantó los brazos, pude comprobar que con la cuchilla de afeitar tampoco se llevaba bien. Podría haber impuesto como requisito indispensable en el contrato el bañarse todos los días (horario a elegir), pero no quería convertirme en una tirana. Yo, que siempre me he llenado la boca con la palabra libertad y la he gritado a los cuatro vientos, pretendía convertirme en General y que acatara mis propias órdenes. Así que la respuesta también fue no. Yo tenía libertad de elegir y preferí que el piso siguiera oliendo a las rosas que se marchitaban a la velocidad de la luz dentro de la tacita azul.

Cerré la puerta y encendí el ventilador. A finales de septiembre aún hacía un calor de perros y decidí ponerme un pantalón corto y una camiseta de tirantas. Llené un vaso de agua con mucho hielo y, descalza, me dirigí de nuevo al sofá.

No quise desanimarme por el hecho de no haber tenido suerte a la hora de encontrar una compañera de piso que no rezara, no quisiera pintar la habitación de negro y se duchara. Si no, volvería a colgar otro cartel en otras facultades, o incluso por el centro de la ciudad.

Llamarán más, pensé convencida. Me tomé el agua fresca de un trago y me recogí el pelo en una coleta alta y desordenada.

El timbre sonó al mismo tiempo que abría mi agenda de unicornios de colores y la olía. Me encantaba el olor a libro nuevo. La dejé sobre la mesa y, resignada, fui a abrir. Me esperaba a un Paco muy enfadado por haber cortado las rosas equivocadas. Coger alguna flor del patio no estaba prohibido, es más, se aprobó en junta de la comunidad de propietarios, pero había que seguir un criterio que yo, por supuesto, desconocía. No era Paco, eso me quedó claro. Mi vecino jubilado no tenía pinta de haber estado tan bueno ni en sus mejores tiempos; que, oye, quién sabe, tal vez fue un pibón de la leche y rompía corazones de dos en dos.

El chico que tenía delante sonreía socarrón, debió parecerle gracioso que le abriera la puerta y no dijera nada. Eso, sumado a mi cara de confusión y sorpresa, igual a imbecilidad humana.

«Itxel, di algo».

—Hola —habló el dueño de los ojos más negros que había visto nunca. No yo.

—Te has equivocado. —Fue lo único que se me ocurrió, y me dispuse a cerrarle la puerta en las narices.

No lo conocía y, si era un vecino que venía a pedir sal, no tenía, intentaba prescindir de ella. Sube la tensión y obstruye las arterias. De esto último nunca he estado segura.

No es sana y punto.

Lo que no me cuadraba era que me sonaba su cara.

—Vengo por la habitación que se alquila. —Paró la puerta con la mano y lo miré.

—Eres un chico.

Se echó un vistazo de arriba abajo ante mi afirmación, se llevó la mano al pecho, (oh, qué pecho), y rio.

—Gracias por recordármelo. La última patada en los cojones de una chica me hizo dudar durante varios días. La mala hostia que se gastaba Karla cuando no hacía lo que quería...

Me dispuse a cerrar de nuevo.

—Oye, oye. Perdona. Hemos empezado mal. —Dio un paso hacia delante—. Hola, me llamo Nico. —Alargó la mano en mi dirección.

Dudé si estrechársela o no, pero al final lo hice. La apretó con fuerza y me acercó a él un par de centímetros. Como si fuera gilipollas perdida, seguí sin hablar—. Ahora es cuando dices tu nombre. —Se tocó el cabello negro con los dedos de la mano que soltó.

—Eh, Itxel.

—Un nombre original, como tú.

Fruncí el ceño al escuchar esto último.

—Nunca he visto a nadie con un unicornio pintado sobre la mejilla — aclaró.

Me la refregué y los dedos se tiñeron de tinta. El agua debió despintar el dibujo de la tapa de la agenda y me manché la cara.

—Siento que hayas venido, Nico. Pero busco una compañera de piso, lo dejé claro en el anuncio.

—Vamos, dame una oportunidad. Ni siquiera me conoces. Soy muy limpio, no hago mucho ruido y me llevo todo el día fuera. Casi ni me verás. Sin contar que te pagaría la fianza y dos meses si me lo pides.

—No hace falta. Lo siento.

—Por favor, Itxel. Estoy desesperado. Llevo tres noches durmiendo en un hotel, la ventana de la habitación da a un restaurante chino y toda la ropa huele a pollo agridulce. Hablemos un rato, me puedes preguntar lo que quieras, contestaré con sinceridad. Lo prometo. —Juntó las palmas de sus manos y puso cara de cachorrillo abandonado.

Me dio penita, así que lo dejé pasar y le pedí que tomara asiento en una silla. Yo me senté en el sofá con las piernas cruzadas y me animé a hablar. Hice las preguntas de rigor.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—¿Y no preferirías compartir piso con otros chicos?

—No. Me gusta la limpieza. Prefiero no encontrarme comida con mohos sobre la mesa, o el frigorífico lleno de gusanos.

Los ojos se me abrieron tanto que casi saltan solitos al suelo.

—No te estoy mintiendo —siguió.

—¿Por qué estás en un hotel?

—Llegué hace muy poco de Madrid. Aún no he encontrado nada que me guste, y he visto ya cinco pisos. Vi que ponías el cartel en la facultad, lo cogí y te envié el mensaje. Hemos quedado mañana, pero tuve un rato libre y decidí pasarme.

Él era el chico de los ojos y la sonrisa bonita.

—No dijiste que eres un chico.

—No preguntaste.

—¿En qué curso estás?

—En segundo.

—¿Eres solvente? ¿Pagarías todo sin rechistar?

—Estudio por las mañanas y el jueves comienzo a trabajar en un bar de copas todas las noches. No tengo problemas de dinero.

—¿Tomas alcohol o drogas?

—Paso de las drogas. Tomo alcohol de vez en cuando, me gusta pasarlo bien cuando salgo de fiesta. ¿Tú no bebes?

—No —mentí, sin saber muy bien por qué.

—¿Nunca has bebido? —Levantó las cejas.

—No. —Me tomaba una copa de vez en cuando.

—¿Nunca te has emborrachado? —insistió.

Lo miré con muy mala cara y decidió no presionarme más. Levantó las manos en señal de disculpa y siguió:

—Tal vez llegue borracho algún día, pero prometo no equivocarme de habitación. —Me guiñó el ojo y me dejó sin respiración.

—¿Y cuándo estudias? —Carraspeé.

—No necesito estudiar mucho.

—Eres un cerebritito. —Pensé en voz alta.

—Algo así. —Sonrió.

—La luz, el agua, internet y el gas serán a medias. La limpieza también.

—¿Eso es un sí?

—¿Sueles ducharte todos los días? ¿Intentarás introducirme en alguna secta? ¿Pintarás la habitación de negro y encenderás velas para invocar al diablo?

Soltó unas risotadas.

—¿Lo preguntas en serio?

Asentí.

Miró hacia arriba y fingió que lo pensaba.

—Sí, varias veces. No, soy muy incrédulo y no me van esos rollos. Y... no me va mucho el color negro. Lo de no invocar al diablo no te lo puedo asegurar. Me gusta probar cosas nuevas —bromeó. O eso me pareció.

—Nada de fiestas. Las horas de estudio son sagradas, en época de exámenes no se puede poner la música o la televisión alta. Tú cocinas tu comida y tú recoges y friegas lo que ensucias. No soy tu chacha. Con la ropa igual. Si te parece bien, ponemos algo de dinero a medias para comprar friegasuelos, lavavajillas y cosas así. Esta casa es mía, no es alquilada. Te doy un mes de prueba; si no me gustas, te vas sin dar problemas.

—Trato hecho. —Alargó la mano y sonrió.

La cogí, no muy convencida. Era la segunda vez que lo hacía, pero esta vez su calidez me subió por el brazo hasta depositarse en la sien. ¿Qué era eso?

—¿Cuándo puedo mudarme?

—Cuando quieras.

—¿Te parece bien esta noche?

—Si me das la señal y un mes de adelanto, preparo el contrato mientras vas a por tus cosas. —El reloj marcaba la siete de la tarde. Mucho no podía tardar en hacer la mudanza.

—No llevo tanto dinero encima. Lo traigo cuando vuelva.

—Está bien.

—Perfecto. —Se levantó y me fijé en la piel de sus rodillas que se atisbaba entre la raja deshilachada de su pantalón vaquero.

—¿Me das tu nombre y apellidos? Los necesito para el contrato. —Me callé que también lo buscaría en las redes sociales y lo investigaría en cuanto se marchara.

—Nicolás... Navarro Santana.

—Apunta aquí tu DNI. —Le señalé la agenda y el bolígrafo.

Se agachó y lo escribió.

—¿Algo más?

—No.

—Pues me voy. Volveré para cenar. Pediré pizza para los dos, pago yo.

—Pagamos a medias —le aclaré en seguida.

Torció la boca en un gesto divertido y se marchó.

Ya tenía compañero de piso. Un chico. Un chico muy guapo, con los ojos más bonitos que había visto en mi vida.

Tenía ese atractivo macarra que a todas nos volvía locas.

A todas menos a mí. Después de lo que me había pasado el verano anterior, ni siquiera me planteé que me pudiera llegar a gustar y... que ocurriera todo lo que ocurrió.

«Qué ilusa has sido siempre, Itxel».

### 3

## SUSTOS



Lo busqué en Facebook, Instagram, Twitter y puse su nombre en Google. No encontré nada, absolutamente nada. ¿Qué chico de veintidós años no tenía una cuenta en alguna red social? Esto me puso bastante nerviosa, tal vez me había mentido.

Quizás ese no era su nombre real y quería matarme, cortarme a trocitos y meterme en el congelador para dar de comer a una jauría de perros que escondía en algún sitio a las afueras de la ciudad. Mi imaginación comenzó a darle tantas vueltas al asunto que decidí llamar a la persona más cabal y racional que conocía. Mi amiga Maite cogió el teléfono en el noveno o décimo tono.

—Hola, Harley Quinn. —Así empezó a llamarme cuando todo se hundió, y ella, y solo ella, me ayudó a quedarme a flote.

—Necesito tu ayuda, Viuda Negra —le respondí. Yo le puse ese nombre para que no desentonara con el mío y porque se le morían todas las mascotas. Le pedí un millón de veces que no adoptara más animales. Todos le agradecíamos su buena intención, pero ¿no se daba cuenta de que no le duraban más de diez días?

—Una cosa rápida que tengo mucho que estudiar.

—¡Pero si tú también has empezado las clases hoy! —Reí. Yo estudiaba mucho, pero ella no hacía otra cosa.

—Y ya tengo un examen la semana que viene.

—¿En serio?

—Claro que sí. ¿Qué te ocurre?

—Verás... Tengo un nuevo compañero de piso y...

—¿Qué? —me cortó.

—Que tengo compañero de piso.

—¿Un chico?

—Sí —contesté como si no pasara nada.

—¿Tus padres lo saben?

—Aún no se ha mudado. Lo acabo de entrevistar, vendrá esta noche.

—Vamos, que no les has dicho nada.

—Todavía no.

—Te van a matar.

—Vamos a probar un mes. Si no sale bien, se irá. Si se queda, hablaré con ellos. Ya sabes cómo son...

—Xel, tus padres son las personas más abiertas de mente que conozco, pero no sé yo cómo se tomarán que vivas con un chico desconocido. ¿Cuántos años tiene?

—Veintidós.

—¿Veintidós?! —gritó al otro lado, y tuve que retirarme el teléfono de la oreja.

—¡Penca! ¡Vas a dejarme sorda! —le reproché.

—Es mayor. ¿Cómo se te ha ocurrido siquiera que a tu padre le va a parecer buena idea?

—Ellos fueron los que insistieron en que buscara a alguien para que no estuviera sola todas las noches. Solo he hecho lo que me han pedido.

—Qué manera tienes de tergiversar la realidad.

—¡Yo no tergiverso nada! ¡No especificaron en ningún momento que tuviera que ser una chica! —me defendí.

—Guarda tus argumentos para cuando hables con ellos. A mí no tienes que convencerme.

—Pufff —refunfuñé.

—Lo que me extraña es que al final hayas decidido compartir piso con alguien... ¡Y con un chico!

Me quedé en silencio.

—¡Está bueno! —volvió a gritar, como si hubiera descubierto el definitivo (y tan deseado) remedio contra el cáncer. Ella estudiaba medicina y quería especializarse en oncología pediátrica. Nunca la entendí, creo que hay que ser muy fuerte para enfrentarse a esa enfermedad y en edades tan tempranas todos los días, sin embargo, ella era una auténtica heroína y merecidísima protagonista de una película de Marvel.

—Pesseee —contesté y me delaté.

—¡Deja de hacer ruiditos con la boca! —se quejó—. Eso es que sí.

—Es guapo —admití.

—Y, aparte de que tus padres te obligarán a volver a casa cuando se enteren, ¿cuál es el problema?

—Que no lo encuentro en redes sociales.

—Tranquila. Será tu amigo en la vida real —bromeó, metiéndose conmigo.

—¡Mai! ¿No te parece raro que no tenga Facebook?

—No.

—¿No? —Abrí mucho los ojos.

—No. Mi hermano tampoco tiene.

—Siento decírtelo, pero tu hermano es raro.

—Muy graciosa. —Se escuchó un ruido a través de la línea—. Espera — me pidió. Tardó unos minutos en volver a hablar—. Perdona. Mi compañera de piso se ha caído en la bañera.

—¿Le ha pasado algo?

—Le saldrá un pequeño chichón en la frente. Bueno, a lo que íbamos. Tal vez no tenga, tal vez haya tenido, pero ha decidido que solo sirve para cotillear y lo ha borrado; o... —cambió el tono de voz aunque intentó disimularlo—, tal vez se haya puesto un seudónimo para que nadie que él no quiera le encuentre. —Esto último lo dijo por mí.

Yo, en redes, desde hacía cuatro meses, me llamaba Lucy Sáez. Cuando todo ocurrió, desaparecí del mundo real durante un tiempo y, por supuesto, también del virtual. Pensé que jamás volvería a hacerme una cuenta en ninguna red social, pero solo tardé un mes alejada de ese mundo. No elegí ese nombre al azar. Itxel significa «lucero al atardecer», mis padres me lo pusieron porque me concibieron mientras el sol se ponía sobre el horizonte.

Me obligaron a escuchar esa historia cientos de veces, y a mí me daba grima imaginar a mis progenitores desnudos en la playa, pero siempre han sido bastante hippies y nunca han tenido pelos en la lengua.

Mar, así se llama mi hermana (imaginaos dónde hicieron el amor esa vez) y yo, hemos crecido traumatizadas escuchando hablar de sexo sin tapujos. Creo que por eso casi me gradúo en el instituto siendo virgen, pero no, lo hice con el mayor imbécil de todos los tiempos. Lo de Sáez era en honor a mi abuela materna; su primer apellido. Tenía muy pocos amigos, solo cincuenta y siete, y demasiados me parecían.

—Espero que lleves razón —musité.

—¿Qué te da miedo?

—Que sea un loco... Yo qué sé.

—¿Algo en él te ha hecho pensar eso?

—No. Parece bastante normal.

—Pues no le des más vueltas. Si no te convence, lo mandas a paseo. Fíate de tus instintos.

—Mi instinto es una mierda, ya lo sabes. Pero... Llevas razón. —Lo medité durante unos segundos—. Sigue estudiando. Siento haberte molestado.

—Tú no molestas. Llámame siempre que lo necesites.

—Lo sé.

—¿Estás bien? ¿Ha vuelto a llamarte?

—No desde que cambié de número. Estoy bien, no te preocupes.

—Hablamos mañana, ¿vale? Y me cuentas qué tal el primer día con tu nuevo compañero.

—Hasta mañana.

No me quedé mucho más tranquila, aún pensaba que me había vuelto un poco loca al compartir piso con un chico, pero estaba decidida a darle una oportunidad y eso iba a hacer. Nicolás llegó a la hora de cenar. Solo llevaba dos maletas y una mochila. Le abrí la puerta y le ayudé con el equipaje.

—No es necesario —cargó él con todo y lo metió en la que sería su nueva habitación. Salió de ella y se quedó bajo el vano de la puerta de la cocina, donde yo fregaba un par de vasos que había dejado durante el día. Me miraba con los brazos cruzados y con una sonrisa de medio lado.

—Te ayudaría, pero aún no he ensuciado nada —ironizó.

—¿Has traído la fianza y las dos mensualidades?

Se metió la mano en el bolsillo trasero del jeans y sacó unos billetes. Caminamos hasta el salón y firmamos el contrato encima de la mesa. Le enseñé cómo funcionaba el termo, la lavadora, dónde tendíamos, cómo se regulaba el agua caliente de la ducha... Durante media hora estuvimos dando vueltas por la casa y hablando de todo lo que necesitaba saber.

Cuando casi terminábamos, sonó el timbre. Lo miré extrañada mientras cerraba los cajones de la cocina.

—He pedido pizza. —Se dio la vuelta y fue a abrir. Volvió con dos cajas de Telepizza en una mano.

—¿De qué son?

—De peperoni y extra de queso.

—¿Las dos?

—La otra de carne y bacon.

Suspiré.

—¿Qué pasa? —preguntó, y las dejó sobre la mesa.

—No como carne. Soy vegetariana.

Abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

—Lo que has escuchado.

Se tocó el cabello, la cara, me miró y se carcajeó. Yo me contagié de su sonrisa y también lo hice.

—Vaya cagada. Y yo que quería impresionarte. —Se tiró de espaldas en el sofá.

—¿Por qué no has preguntado primero?

—Yo qué sé. ¿Qué probabilidades había de que mi nueva compañera de piso fuera vegetariana?

—¡Muchas! —Levanté las manos—. Cada vez somos más.

—Pues yo no conozco a nadie.

—A saber la gente con la que vas.

—¿Acabamos de conocernos y ya te estás metiendo con mis amigos? —Levantó una ceja, sorprendido.

—Eh... No. Perdona. No se me dan muy bien las relaciones sociales. Quiero decir... que... —me quedé trabada.

—No pasa nada. —Sonrió—. Tranquila. —Abrió una caja y cogió un trozo de pizza—. ¿Te importa si me la como? Estoy muerto de hambre.

—Estás en tu casa. —Me giré y me escondí en la cocina durante un buen rato.

Comimos juntos alrededor de la mesa. Yo una ensalada de pepino; Nico las dos pizzas enteras. No hablamos demasiado, él intentó entablar conversación, pero yo me sentía un poco cohibida, así que me fui a dormir demasiado temprano y estuve dos horas dando vueltas sobre la cama. Lo escuché darse una ducha y caminar por la casa durante unos minutos hasta que el ruido desapareció. Pensé que se había acostado y aproveché para levantarme y hacerme un vaso de leche. Me asusté cuando vi la puerta de la calle abierta y toda las luces apagadas. Se me paró el corazón y mi cuerpo comenzó a temblar. ¿Habían entrado a robar? Miré a mi alrededor y no vi nada fuera de lugar. Corrí hasta la calle y salí, respirando con dificultad y muy asustada.

—Itxel... —escuché un susurro a mi lado.

—¡Ah! —Di un pequeño grito y me llevé la mano al pecho.

—¿Te he asustado? —me preguntó Nico, sentado en el banco del patio de vecinos con un cigarro en la mano—. He salido a fumar. Pensé que dentro de casa estaría prohibido.

—Me has dado un susto de muerte. Creí que había entrado alguien en la casa.

—Lo siento. Otra vez la he cagado. A este paso me echas antes de hacer las dos semanas. —La luz de la luna le bañaba la cara y multiplicaba su atractivo por mil. Me quedé mirándolo embobada y sin decir nada—. ¿Quieres uno? —Levantó el paquete de tabaco y captó mi atención.

—No, gracias. Fumar mata.

—Y las malas decisiones... —farfulló, mirando al frente. Creo que no se dio cuenta de que lo dijo en voz alta.

—Me voy a la cama. Solo quería un vaso de leche. Cierra bien la puerta

cuando entres.

—Sí sí... —Parecía ausente—. Acuéstate tranquila.

No dormí demasiado aquella noche. Los pantalones cortos de deporte que llevaba, el pelo mojado sobre la frente y su incuestionable atractivo no me dejaron pegar ojo.

## 4

# QUIERO TU PLÁTANO



Los siguientes días fueron bastante iguales y aburridos. No vi a Nico demasiado, llevaba razón cuando dijo que no coincidiríamos mucho. Un par de días después de mudarse comenzó a trabajar en el pub, y yo solía salir de casa muy temprano por la mañana, así que me daba la sensación de que vivía sola, pero tenía a mi disposición doscientos euros más al mes. Alguna noche lo escuchaba llegar de madrugada, sin embargo, muchas otras me daba la sensación de que no volvía al apartamento. Una mañana me levanté y, como siempre, encontré su habitación cerrada. Caminé hasta el cuarto de baño con el albornoz en la mano y me tropecé en la puerta con una chica casi desnuda y el pelo rubio despeinado.

—Buenos días. —Me saludó con una sonrisa preciosa.

—Bu, bu, buenos días —tartamudeé ante tal despliegue de hermosura recién levantada. Yo, a esas horas, era un orco despeluchado.

La puerta a mi espalda se abrió y atisbé por el rabillo del ojo a mi compañero de piso con el pecho al descubierto y en calzoncillos. Me pidió disculpas y le ordenó, enfadado, a la chica, que se metiera dentro.

No volví a verlos, me duché y me fui. Desayuné con Victoria y Rosalía en la cafetería de la facultad. Tuvimos suerte y no había mucha gente, así que pudimos preparar la exposición de un trabajo que presentábamos ante la clase a principios de la tarde. Cuando llegó la hora de comer, aún estábamos sentadas en esas incómodas sillas, tratando de aprendernos todo el temario, concentradas en los puntos importantes.

—Hola, Itxel. —Nico se detuvo a mi lado y me saludó.

Musité un casi imperceptible «Hola», y él siguió—. He pensado que esta noche podíamos cenar juntos. ¿Pizza? —Levantó una ceja y sonrió.

—Vale. Pero...

—Sin carne. Yo me encargo. —Me guiñó un ojo y se fue.

Volví a lo mío y sentí dos pares de ojos idénticos clavados en mí.

Levanté el semblante y me di cuenta de que las chicas me observaban como si fuera un bicho raro.

—¿Qué pasa? ¿Tengo comida en la boca? —La limpié, asustada por haber hecho el ridículo de mi vida.

—¿Ese chico te acaba de pedir que salgas con él esta noche y te quedas igual? —preguntó Rosalía, con la cara desencajada por la sorpresa.

—No es eso. Es mi compañero de piso. —Aclaré.

—¿Ese buenorro es tu compañero? —le siguió Victoria.

—¿Vives con ese chico? ¡Si es el más guapo de la facultad!

—Y llevaba razón. Ningún otro tío se acercaba lo más mínimo al atractivo de Nico.

—Casi no nos vemos. Trabaja por las noches en un pub.

—¿En qué pub? —Rosalía se levantó y empezó a dar saltitos y palmaditas—. Tenemos que ir, tenemos que ir, tenemos que ir.

—No lo sé. Nunca se lo he preguntado. —Me encogí de hombros.

—Tía, pero ¿de qué vas? —siguió—. Esta noche se lo preguntas y nos llevas.

—Como quieras.

Seguimos preparando la exposición a conciencia. Llegó un momento en que la cafetería se convirtió en un sitio demasiado ruidoso para seguir y tuvimos que trasladarnos a la biblioteca, pero confieso que el tiempo que estuve allí no pude evitar mirar a Nico.

Reía con sus amigos, sentado sobre una mesa, y con una chica sobre sus rodillas.

Él no miró en mi dirección ni una sola vez, no tendría por qué hacerlo, pero, inexplicablemente, me molestó.

Salimos de clase con la sensación de haber hecho un gran trabajo.

La profesora nos felicitó al terminar y supimos que la nota sería bastante alta. Nos lo merecíamos. Echamos muchas horas a la asignatura en cuestión. Despedí a las chicas junto a la parada del autobús. Su hermano Rubén no pudo venir a recogerlas ese día y les quedaba un buen trayecto hasta llegar a su casa.

—¡El autobús no está tan mal! —Expuso Rosalía.

—Siempre que no nos toque sentarnos al lado de ese hombre. Huele mal.

—Victoria hizo una mueca.

Su hermana sacó un botecito de colonia de la mochila y nos roció a todas

con él.

—Arreglado. —Sonrió—. Venga, no me mires así. En dos semanas aprobaremos el carnet de conducir y papá nos comprará un coche.

—¡Qué bien! No me lo habíais dicho. Me llevaréis cuando llueva, ¿no? —bromeé, pero ellas se lo tomaron muy en serio. Me alegré de haberlas conocido por duodécima vez.

—Claro que sí.

—Por supuesto —respondieron al unísono.

Subieron al transporte público y yo caminé hasta donde tenía la moto aparcada. Me puse el casco y me abroché la chaqueta. Un Micra lila paró a mi lado, bajó la ventanilla y alguien llamó mi atención.

Miré en esa dirección.

—Nico ni sabe que existes. Eres invisible para él —me dijo la chica rubia, delgada y elegante que a mediodía estaba sentada sobre las rodillas de mi compañero de piso—. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo lo miras? Nunca se fijará en ti. No pierdas el tiempo. Además, está conmigo.

«Contigo y con la de esta mañana», pensé.

Llegué a casa muy cansada, pasaban las siete de la tarde y solo tenía ganas de darme una ducha, cenar, leer un poco y acostarme.

Me alegré de que Nico se encargara de la comida, me ahorraba cocinar y podía alargar el tiempo en el baño, así que decidí llenar la bañera y relajarme cubierta de agua hasta el cuello.

Puse a mi grupo favorito y What Makes You Beautiful de One Direction comenzó a sonar. Tarareé la canción, al igual que hice con las que vinieron detrás, a la vez que movía mi cuerpo, provocando pequeñas olas en mi improvisado jacuzzi. Salí con la piel de los dedos arrugada, apagué el altavoz que se conectaba al móvil por bluetooth, me puse una toalla alrededor del cuerpo y me fui a mi habitación. Cuando salí, con mi pijama de verano, me encontré a Nico en la cocina, con las manos en la masa (literalmente hablando).

—¿Qué haces? Creí que íbamos a cenar pizza.

—Y es lo que vamos a cenar.

—¿Ya has llamado?

—Las estoy haciendo yo. —Sonrió, mientras seguía moviendo las manos sobre algo muy viscoso. Debí poner cara de asco—. No lo mires así. Te gustará. Soy un experto cocinero.

—Sí, ya. —Abrí el frigorífico y bebí un poco de agua de mi botella.

—¿Podrías echar un poco de agua aquí? Pero del grifo. No puede estar fría.

Llené un vaso, me puse a su lado y comencé a verterla muy poco a poco.

—Avisa —le dije.

—Ya, está bien.

Lo miré y comencé a reír.

—¿De qué te ríes? —Él también lo hizo.

—Tienes harina hasta en el pelo.

—¿Y no estoy guapo?

Me encogí de hombros y dejé el vaso en el fregadero. Me dispuse a salir de allí cuando me paró.

—Oye, no te vayas. ¿No piensas ayudarme?

—Dijiste que tú te encargarías.

—Pero acepto la ayuda de una chica bonita. —Me puse colorada y tragué con dificultad.

—Tengo que terminar unos deberes. Lo siento. Avísame cuando esté listo. —Me escondí en mi cuarto aunque no debía hacer nada relacionado con la facultad. ¿Había dicho que yo era bonita? ¿Realmente lo pensaba?

¿Tendría que importarme? Para olvidarme del hecho de que le pareciera atractiva y de que lo hubiera dicho en voz alta y sin tapujos, me puse a leer la novela que me tenía tan intrigada.

Cincuenta páginas después, Nico llamó a mi puerta y me dijo, sin abrirla, que la cena estaba sobre la mesa.

Tomé asiento a su lado en el sofá y le di las gracias por el detalle.

—¿Qué lleva la mía?

—Tomate natural, berenjena, calabacín y un toque de albahaca. ¡Y un poco de mozzarella! —cambió el tono—. Queso sí comes, ¿verdad?

—Sí. No te preocupes. Está bien. —La probé e hice un ruidito de placer con la boca—. Cocinas muy bien. ¿Dónde aprendiste?

Suspiró, y pareció, de repente, viajar a otro lugar.

—Mi madre me enseñó —musitó.

—¿Cómo se llama?

—Fátima. —Tardó unos segundos en contestar.

—Un nombre precioso.

Él asintió y miró un punto fijo de su comida.

—¿No trabajas hoy en el pub?

—Es mi día libre. —Volvió del lugar donde había estado unos segundos.

—¿Y no prefieres salir a quedarte aquí? —Obvié terminar la frase con «Conmigo». Y menos mal, porque:

—He quedado dentro de una hora.

—¿No tienes clase mañana por la mañana?

—No creo que vaya a las primeras horas. Seguro que no

me pierdo gran cosa ¿Quieres más? —Levantó la botella de Coca Cola.

—Sí, gracias. —Llenó los dos vasos y se bebió el suyo casi de un trago.

—¿Cómo se llama el sitio donde curras?

—Red Dragon.

—¿Dragón Rojo?

—¿No te gusta?

—Está bastante bien.

Cenamos hablando de tonterías. Como del corte de pelo del presentador de televisión de la cadena que teníamos sintonizada aunque no sabíamos ni de lo que hablaban.

—Voy a darme una ducha. Se me está haciendo un poco tarde. —Se levantó, recogió la mesa y desapareció por el pasillo. Unos segundos después, volvió—. ¿Quieres venir?

—¿Adónde?

—Por ahí. Nos tomaremos algo, bailaremos, no sé. Lo pasaremos bien.

—No puedo. Tengo que estudiar —mentí.

—Vale, como quieras. ¿Otro día?

Le dije que sí y fui a la cocina a por algo de fruta. No encontré ninguna en mis armarios y caminé hasta su habitación para preguntarle si podía coger uno de sus plátanos. La puerta estaba abierta y llegué justo cuando se ponía la camiseta.

Carraspeé (sin querer) y él me miró.

—No tengo fruta. ¿Me das una? —Me lo pensé mejor y no le pregunté si me daba su plátano. En mi cabeza sonaba muy mal, en voz alta debía de sonar muchísimo peor—. Mañana compro y te la devuelvo.

—Itxel, no tienes que pedirme permiso. Coge siempre lo que quieras. —Se sentó sobre la cama y se puso los zapatos. Cuando se levantó, yo aún seguía allí, de pie, mirándolo.

—¿Necesitas algo más?

—No, no. Voy a ... —«Vete ya y deja de hacer el ridículo», me dije a mí misma.

Nico era guapo a rabiar, pero yo estaba acostumbrada a torear a los chicos como él. Había roto con uno unos meses antes y no me iba a dejar engañar otra vez. De acuerdo que mi nuevo amigo no era un completo gilipollas o, al menos, no lo parecía; pero yo ya había aprendido que nunca llegas a conocer a las personas del todo. Así que traté de imponer distancia entre los dos. Más distancia de la que ya existía, porque después de ese día, tardamos en volver a coincidir.

Empezó a hacer frío y los días se acortaron bastante. Notaba el cambio de temperatura, sobre todo, en la moto por la mañana. Tuve que ir a casa ese fin de semana y llenar la maleta de ropa de invierno. Mis padres se ofrecieron a venir a Granada y traerme lo que yo les indicase, pero aún no les había hablado de mi compañero de piso. Así que, con la excusa de que debía ver qué elegir para traerme, les convencí para que no viajaran hasta allí. Cogí el tren el viernes por la tarde y llegué a mi pueblo cinco horas después. Tuve que hacer transbordo en Sevilla, y en Huelva coger un autobús hasta Punta Umbría. Mi hermana se me tiró encima en cuanto me vio, y la abracé con tantas ganas que me entraron ganas de llorar. Hacía más de mes y medio que no la veía y estaba acostumbrada a pasar con ella muchas horas del día. Mi padre preparó hamburguesas de tofu para cenar y, cuando terminamos, Mar y yo nos metimos en la habitación a ponernos al día. Como siempre, nos tumbamos en la cama con las piernas levantadas, apoyadas sobre el cabecero y la pared.

—¿Vives con un chico? —Abrió los ojos como platos cuando se lo conté.

—Sshhh —la insté a que no chillara tanto—. Habla más bajo. Si mamá y papá se enteran, se enfadarán.

—¿Es guapo?

—¿Por qué siempre me preguntáis lo mismo?

—¿Lo es?

—Sí.

—¿Te gusta?

—Es simpático.

—Y está bueno. ¿Cuándo me lo presentarás?

—Vente cuando quieras. La semana que viene hay puente.

Planeamos la escapada de Mar para dentro de siete días y me contó que su amiga Bartola (sí, Bartola, menudo nombrecito le pusieron) lo ha dejado con su novio con el que llevaba desde el parvulario.

Nos levantamos y nos sentamos en la cama con las piernas cruzadas. La sangre nos iba a explotar dentro de la cabeza por la postura que teníamos.

—Se lo tienes que decir —me aconsejó, refiriéndose a mis padres y a Nico—. No puedes esconderles eso.

—Ya lo sé. Se lo diré el domingo antes de irme.

—No se lo tomarán muy bien.

Llamé a Maite el sábado para ver si estaba en el pueblo. Lo cierto es que no tenía ninguna esperanza de que así fuera; me la imaginaba estudiando durante horas, con litros y litros de café en el cuerpo y con unas ojeras de siete metros. Pero nada más lejos de la realidad. Quedamos donde siempre para tomar un café después de comer y me recibió con los labios pintados de rojo, el pelo liso y con

la piel bastante morena para la época en la que estábamos. Guapísima, aunque ella creyera lo contrario durante aquellos años. Nos dimos un fuerte abrazo y soltamos un par de lagrimillas.

—¿Vienes caminando? ¿Desde tu casa?

—No hay tanto. Me apetecía dar un paseo.

—¿Y la moto?

—Me la llevé a Granada.

—¿Y la de tu hermana?

—Está por ahí. Creo que tiene otro novio.

—Tú hermana sí que sabe vivir. Es mi *ídola*.

Bromeamos sobre el hecho de que Mar cambiara de noviete como de calcetines y, entre risas, nos tomamos un café. El buen rollo y la alegría de volver a estar juntas duró hasta que el imbécil de mi ex pasó caminando agarrado de la estúpida e indeseable de su novia y ex amiga mía.

## HARLEY QUINN TIENE GANAS DE PELEA



Maite me convenció para que saliéramos por la noche, así que, cuando terminamos de ponernos al día sobre nuestras aventuras y desventuras, llamé a mi hermana, que tuvo la decencia de venir a recogerme en su Vespa roja. Cuando le dije que había quedado, se apuntó sin pensarlo demasiado. Le pregunté si no salía con su chico mientras cenábamos algo de pie en la cocina.

—No. Ha quedado con sus amigos. —Contestó a la vez que metía el dedo dentro del tarro del guacamole—. Y no me caen bien.

—¡No seas guarra!

Se encogió de hombros y siguió a lo suyo.

—No le grites a tu hermana. —Mi madre entró en la estancia buscando algo en el bolso.

—¿Habéis visto mi móvil?

—Está al lado del televisor del salón —dije.

—Creo que un día voy a perder la cabeza. —Salió a cogerlo.

—¿Mis chicas preferidas salen hoy? —Fue ahora mi padre el que hizo acto de presencia y nos saludó con un beso a cada una.

—He quedado con Maite. —Especifiqué sin tener por qué. Era casi la única amiga de verdad que me quedaba en el pueblo. Después de lo que pasó, dejé de confiar en mi alrededor.

—Cuida de tu hermana. —Le pidió a Mar.

—Papá, yo soy la mayor. —Puse los ojos en blanco y le di el último bocado a mis verduras salteadas con salsa de soja.

—Tened cuidado —respondió, pasando de mi queja—.

¿Necesitáis dinero? ¿La moto tiene gasolina?

—Sí y sí. —Mar me ayudó a recoger los platos y nos subimos a la habitación a arreglarnos.

¿Sabéis lo difícil que es ir en moto con minifalda? Pues la llevábamos las dos. Ella iba conduciendo y podía juntar las piernas, pero yo no. Además, nunca me ha gustado ir detrás, prefiero conducir, me fio más de mí.

Maite ya nos esperaba en el bar. No había mucha gente, pero siempre me

ha parecido claustrofóbico. Demasiado oscuro. Nos dimos un pequeño abrazo y Mar fue a pedir unas copas. Le advertí que no podía beber porque, además de su minoría de edad, tenía que conducir a la vuelta. Ahí fue cuando me ofreció que llevara yo la moto cuando nos fuéramos, y, por supuesto, le dije que no.

Todo iba bien, hasta que «El Imbécil» y la «Novia del imbécil» entraron en el pub y me jodieron la canción, el baile y casi la noche. Mis acompañantes me rogaron que pasara del tema, pero me resultaba difícil deshacerme de las ganas de estrangularlos a los dos. Tomaron asiento al final del local, en unos bancos de madera, junto a los que antes habían sido mis amigos, pero que ahora ni me saludaban por remordimiento de conciencia.

Vale, «El Imbécil» tenía nombre, se llamaba Felipe, y una cara que le llegaba al suelo. Decir que era feo sería mentir, porque durante mucho tiempo me pareció el chico más guapo que había conocido; sin embargo, ahora, opinaba que se asemejaba más a un troll. Ni siquiera me miró, o yo no me di cuenta. Pedí otra copa y me la bebí casi de un trago. Media hora después me entraron ganas de hacer pis. Le pedí a Maite que me aguantara el cubata y, casi dando saltitos, me metí en el baño. Hasta aquí todo bien, cuando salí, cambió mi percepción del momento.

Esa (leer con tono de desprecio) estaba allí. Bueno, se llamaba Claudia, alias la «Novia del Imbécil». Muy amiga mía hasta que se lio con mi novio, (a mis espaldas, y con premeditación y alevosía). Muy amiguita nuestra, siempre con nosotros dos, acompañándonos a todas partes, y lo que quería era calzarse a Felipe (y lo consiguió).

Se me quedó mirando y, juraría que intentó decirme algo, no obstante, mi cara de «Si te acercas, te arranco los pelos de la coleta» la ahuyentaron. Mar se dio cuenta de la situación y llegó caminando hasta mí, me agarró de la mano y tiró para alejarme.

—No le iba a pegar —aclaré un poco mareada.

—Por si acaso. Has bebido demasiado y tú no estás acostumbrada. Además, está ahí la «Vacaburraca» —advirtió, refiriéndose a su hermana. Una tía de metro noventa de alto por uno y medio de ancho—. Esa nos da dos quantazos y nos rompe la cara.

—Entre las tres podemos con «La Vaca» —me envalentoné. En realidad tenía unas ganas tremendas de enfrentarme a ellas.

—¿Qué ocurre? —Maite se levantó.

—Coge las cosas que nos vamos. Aquí la Harley Quinn tiene ganas de pelea.

—Venga, Viuda Negra. Si tú la dejas nocaut con una llave de kung fu. — Intenté convencer a Mai, que, por suerte, pasó de mi (mala) idea.

Salimos del local. Bueno, ellas salieron. A mí me sacaron a rastras. ¿Por qué tenía que irme? Me gustaba la canción que sonaba y me apetecía bailar. En realidad, estaba borracha como una cuba, pero las ganas de fiesta no me las inventaba, así que nos fuimos a otro local y terminamos la noche al amanecer, con la moto aparcada en el garaje del padre de Maite y las tres apretadas en su cama. Como os podéis imaginar, a casa no pudimos volver.

El domingo preparé la maleta con la ropa de invierno y le pedí ayuda a mi hermana para poder cerrarla. Lo conseguimos sentándonos las dos encima. Bajé las escaleras y temí lo peor. Mis padres no estaban de muy buen humor porque por la mañana cogieron del buzón una multa por aparcar la moto sobre la acera. Razón por la que Mar se llevó un gran rapapolvo a la hora de comer. Pero yo tenía que contarles que le había alquilado una habitación a un chico, no podía alargarlo más. Al final llegaba la Navidad y no les habría dicho nada.

Entré en la cocina con cara de corderito degollado; casi todas las cosas importantes, en mi familia, suceden junto a los fogones.

—Mamá, papá. Tengo que deciros algo. —Me puse tan seria que mi madre se pegó la mano al pecho y empezó a gritar.

—Por dios, Itxel, que te dimos una muy buena educación sexual. ¡No te habrás quedado embarazada!

A mi padre se le cayó el azucarero de la mano, estrellándose contra el suelo en mil pedazos.

—¿Qué? ¡No!

—¿Entonces? Porque tu cara me dice que no es nada bueno lo que tienes que contarnos.

—Papá, respira —le recordó Mar.

Cogió aire y susurró algo así como que moriría de un ataque al corazón.

—Veréis —seguí—. ¿Recordáis que me dijisteis que alquilara una habitación y así tendría algo de dinero y no estaría tan sola?

—¿Eso es? ¡Qué susto! Podías haber empezado por ahí. —  
Mi progenitora se destensó.

—Es un chico.

—¿Quién? —siguió.

—Comparto piso con un chico. Se llama Nico.

—Después de que creyerais que estaba embarazada, no parece tan malo, ¿a que no? —bromeó Mar antes de morder el bocadillo de atún que se acababa de hacer.

La miré levantando las cejas y sonrió.

—Itxel, ¿por qué no nos has dicho nada?

—Os lo estoy diciendo ahora.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en casa? —Mi madre respiró antes de hablar, tratando de tranquilizarse.

—Un mes. —No me iba a poner a hacer cuentas ahora.

—¿Y quién es?

—Se llama Nicolás. Estudia en mi facultad. Está en segundo curso. — Tampoco iba a especificar que en realidad tenía veintidós años, edad para terminar la carrera universitaria.

—Cariño —intercedió mi padre—, pero ¿conoces a su familia? ¿De dónde es?

—De Madrid. Es muy simpático. No os preocupéis.

—Claro que nos preocupamos. Eres nuestra pequeña. —Vino hacia mí y me cogió de la mano.

—Papá, estoy bien. Es buena gente y... sabe cocinar.

—Está bien —suspiró—. Pero quiero conocerlo. En cuanto podamos vamos a visitarte.

—Vale. —Sonreí. No había sido tan difícil.

Me despedí de ellos en la estación de tren, justo antes de subir, sentarme en mi sitio, ponerme los auriculares en los oídos, cerrar los ojos y quedarme dormida. Me despertó el encargado de vagón en Sevilla para cambiar de andén. Volví a saludar a Morfeo en cuanto el nuevo tren empezó a moverse.

Llegué a casa muy tarde. La habitación de Nico tenía la puerta abierta y pude comprobar que él no estaba allí. Traté de dormir, pero como lo había hecho durante todo el trayecto (más de cuatro horas), me fue imposible. Me dispuse a sacar la ropa de la maleta y colocarla en el armario. Casi todo era de lana, así que no se había arrugado. Escuché un ruido en el salón y me asusté. Salí de puntillas a comprobar qué pasaba y me encontré a mi compañero poniendo una silla de pie.

—¡Itxel! ¡Has vuelto! —Levantó las manos y me señaló—.

Ven, vamos a bailar.

—¿Ahora? ¡Estás borracho!

—¿Qué? —Tiró de mi mano y pegó mi pecho al suyo—. Yo no estoy borracho. —Me movió de lado a lado—. Tal vez un poco bebido. —Me moví con él.

—¿Un poco? Pero si casi no te mantienes en pie. —Reí cuando trastabilló.

Comenzó a tararear una canción demasiado cerca de mi oído, tanto que consiguió que se me erizaran los vellos de la nuca. Puso la cara frente a la mía y sonrió. Yo lo hice con él, o lo intenté, no sé si me salió.

Me empujó hacia atrás sin soltarme la mano, hizo girar mi cuerpo en su dirección, enredándome en su brazo y nuestras mejillas se volvieron a unir. Un

segundo más tarde me retiró, me atrajo y me tumbó de espaldas sobre su mano, sosteniéndome casi en el aire sin dejarme caer.

—Bailas muy bien —susurró sobre mi boca.

La respiración se me cortó y solo podía ver sus labios, todo lo demás desapareció.

De repente, me levantó, me soltó y llevó los dedos de ambas manos hasta su pelo.

—Llevas razón. Estoy borracho. Todo me da vueltas. —Cerró los ojos y se quejó.

A mí sí que todo me daba vueltas. ¿Qué me acababa de pasar? ¿Había querido que me besara? ¡Nicolás! Mi compañero de piso, al que casi ni conocía, ese que iba con una chica por la mañana y otra distinta por la tarde, que trabajaba en un bar de copas y del que no sabía nada de nada, (a excepción de que estaba como un tren, sacaba buenas notas sin estudiar y me trataba bien).

—Me voy a la cama. —Me dio un beso en la mejilla que me dejó congelada y se marchó.

## LOS LUNES AL SOL



Me costó mucho levantarme ese lunes, hasta me planteé saltarme las clases y quedarme revolcándome en la cama. No me parecía mala idea, sin embargo, mi parte responsable me obligó a salir de casa y dirigirme a la universidad. Evité mirarme en el espejo; por norma no me maquillaba, así que hoy mis ojeras debían estar en todo su esplendor. Las chicas se dieron cuenta de que no había pasado una buena noche y no se equivocaban. No dormí mucho durante la madrugada, pero, no solo me afectó el hecho de haber dormido una siesta de cuatro horas, sino también el baile, la cercanía y las ganas de besar a Nico. Sí, esto último tuvo el noventa y cinco por ciento de la culpa de que no pegara ojo. Rosalía propuso que tomáramos un café en los quince minutos de descanso entre una clase y otra. No fuimos a la cafetería, no nos daría tiempo, así que lo sacamos de la máquina de vending y nos sentamos en cuclillas sobre el césped, mirando hacia el sol.

—¿Por qué me obligáis a tomar esta mierda? —Victoria se quejó.

—¡Pero si está buenísimo! —contestó Rosalía.

—A ti te gusta todo.

—Odio las patatas fritas —le recordó.

—Jamás entenderé que no te gusten las patatas. —Le di un sorbo a mi café, lo dejé en el suelo y me tumbé boca arriba con los ojos cerrados. El calor de los rayos me calentaba la cara y olía a hierba fresca y recién cortada.

—Hay una razón. —Explicó Vic y se rio—. Creo que ya tenemos confianza para contártela.

—¡Cállate! —Su hermana le dio un manotazo en el hombro y yo me incorporé para enterarme.

—Cuenta. Parece divertida —le pedí.

—Lo es. —Empezó a reír a carcajadas—. Cuando teníamos cuatro o cinco años, tuvimos un cólico y estuvimos dos días vomitando. Nos habíamos hartado de patatas. A ella, que había comido más, le salieron hasta por las orejas.

—¡Eso es mentira! —Cruzó los brazos, enfadada.

—Vale. Por las orejas no, pero por la nariz sí.

Empezamos a reír sin parar, y Rosalía se levantó y se alejó con un paso

rápido.

Me di cuenta de que a mi amiga se le cortó la sonrisa muy rápidamente y puso cara de susto. Seguí la dirección de su mirada y vi a Fede, uno de los chicos con los que coincidíamos en una optativa, hablando animadamente con una chica.

—Venga, vamos a buscar a Rosalía. —Se levantó disimulando y cogió su mochila. Yo hice lo mismo y no dije nada. Si ella no quería contármelo, no la iba a obligar; pero ese chico le gustaba, sí o sí.

Acompañamos a Rosalía a comprar un vestido. A mediodía, por el centro, se podía caminar. Propuse comer en un restaurante nuevo de comida vegana y las chicas no pusieron ninguna pega; al contrario, todas salimos fascinadas de allí. Visitamos miles de tiendas de todo tipo: ropa, zapatos y complementos. Y, aunque al principio me quejé por el aburrimiento, al final yo también llevaba bolsas en las manos. Ya que estábamos juntas y que hacía una tarde estupenda, decidimos pasar por mi casa, dejar las compras y hacer un poco de turismo. Todas nos conocíamos la ciudad al dedillo, pero Granada nunca pierde la magia por mucho que la visites. Entré en el apartamento con un poco de recelo. Aún no había visto a Nico desde lo que «no» había pasado la noche anterior y no sabía cómo reaccionaría él ni cómo reaccionaría yo. Tuve mucha suerte y no estaba allí. Menos mal. Porque Rosalía entró gritando que dónde estaba el tío bueno.

—Por favor, compórtate —le pidió su hermana.

Ella pasó de todo y se metió en la habitación de mi compañero de piso para, palabras textuales, oler una camiseta. Victoria puso cara de asco y yo disimulé porque, vamos a ser sinceras, grima no me daba, sino todo lo contrario.

—Me encanta esta casa —comentó, mientras miraba por la ventana—. ¡Y se ve La Alhambra! —Se sorprendió.

—Solo un poco. —Metí todas las bolsas en mi habitación y obligué a Rosalía a que saliera de la de Nico—. Venga, vamos. Al final se nos hace tarde.

Conseguí sacarlas de allí antes de que Nico pasara a cambiarse para ir al pub a trabajar. Algunas veces lo hacía, y yo tenía tanta suerte que nos encontraba allí y veía a una de mis amigas sobando sus camisetas. ¿Cómo se explica eso? No me lo quiero ni imaginar.

Merendamos en una cafetería junto al Darro y nos sentamos en el muro que lo delimita a impregnarnos del maravilloso sol. Tuvimos la suerte de que un grupo de música empezó a tocar en la calle y a cantar canciones en francés. Nos hicimos fotos, algún que otro vídeo y Victoria subió un Live a Instagram. Llevaba evitando este momento desde que las conocí y ya no podía hacerlo más.

Les di mi nombre en las redes y ninguna de las dos se sorprendieron ni vieron raro que tuviera un seudónimo. Reímos, paseamos y subimos tantas cuestas y escalones como fueron necesarios para llegar al Mirador de San Nicolás.

Nos sorprendimos al encontrarlo casi vacío porque siempre estaba repleto de turistas. Pudimos ver el atardecer sentadas en el muro y admirar la grandeza de la ciudad y de su monumento más importante, el mismo que había visto Victoria desde la ventana de mi salón. Las casas del barrio del Albaicín, con sus fachadas blanqueadas, están construidas en la ladera de una montaña, conocido como el Sacromonte, y desde arriba, donde nos encontrábamos, podías admirar toda la ciudad, y, en invierno, la nieve de Sierra Nevada.

—Nunca me acostumbraré a esto. Sigue impresionándome. —Comentó Vic, moviendo los pies, que le colgaban.

—Aquí me dieron mi primer beso. —Rosalía pensó en voz alta.

—Querrás decir tu primer y único beso —la increpó su hermana.

—¡Eres imbécil! —le dio un manotazo demasiado fuerte y la hizo tambalearse. La agarré con fuerza antes de que cayera los cuatro o cinco metros que tiene que haber hasta la calle que cruza por abajo.

—¡Rosalinda! ¡Casi me matas!

—Ha sido sin querer. Lo siento. ¡Y no me llames así! —  
refunfuñó.

—¡Pues ten cuidado!

—¡Estoy harta de que te metas conmigo!

Yo me reí, saqué un chicle de sandía de mi bolsillo y les ofrecí uno a cada una para que se olvidaran del asunto y firmaran la paz. Y, aunque parezca raro, funcionó.

Pasamos la última hora mirando al cielo, ensimismadas.

Al anoecer me acordé de una amiga a la que le encantaban las estrellas y que conocí en un campamento de verano al que mis padres nos llevaban a Mar y a mí de pequeñas. Creo que se llamaba Nerea y le ponía nombres a las constelaciones. Me pregunto qué habrá sido de ella.

Victoria sugirió que nos fuéramos porque el castaño de dientes la ponía nerviosa. Hacía frío, pero desapareció cuando empezamos a caminar. Bajar no nos costó tanto como subir, sin embargo, a esas alturas el cansancio había hecho mella en nosotras. Paramos en mi casa para que recogieran las compras y, maldita mi suerte, Nico estaba allí, preparando algo de cenar. Olía a berenjenas al horno o algo así. Victoria lo saludó con educación y Rosalía casi se le tira encima. Empezó a flirtear con él de una manera exagerada que me hizo hasta gracia. Él no se dio cuenta, o pasó de tontear, aunque la trató con mucho respeto y simpatía. Les dije que se quedaran a cenar; pediríamos algo, pero se marcharon

cuando vieron la hora que marcaba el reloj.

—Papá nos va a matar. Hoy no hemos estudiado. —Victoria me dio un beso en la mejilla.

—Le diremos que estuvimos en la universidad. —Arregló el problema la otra—. ¿Tienes dinero para el taxi?

—Sí. Vámonos. Adiós, Itxel. Nos vemos mañana. Acuérdate de llevar el trabajo de Ferrer.

Giré el pomo de la puerta y tuve ganas de desaparecer. Cerré los ojos y apoyé la frente sobre la madera.

Tenía que enfrentarme a mi compañero.

—¿Estás bien? —Escuché la voz de Nico detrás de mí.

Me incorporé y disimulé.

—Ehhh, sí. Me gusta el olor de la madera... Estaba oliendo la madera. Sí, eso. Estaba oliendo la madera. —Joder, debía parecer la persona más tonta del universo.

Sonrió y no dijo nada al respecto. Solo me preguntó si me apetecía cenar con él porque quería que hablásemos sobre algo importante. Me atraganté al escucharlo, supe al instante de lo que quería charlar. Iba a decirme que olvidase lo que ocurrió ayer porque soy insignificante para él y nunca jamás podría fijarse en mí. Suspiré y me animé. Tampoco importaba tanto lo que dijera, a mí ni siquiera me gustaba. (Vale, me gustaba, pero solo un poco y negaré haberlo reconocido).

Lo seguí a la cocina y lo ayudé a terminar la cena y a poner la mesa. Le sugerí que me expusiera ya lo que quisiera decirme, pero él me instó a que me sentara y esperara a que llevara las berenjenas rellenas de verduras y gratinadas con bechamel y queso. Le hice caso y casi me quedo sin uñas en los cinco minutos que tardó en sentarse a mi lado. Llevaba una camiseta gris de mangas cortas y unos vaqueros claros que le quedaban de muerte.

—Verás... —comenzó a hablar nada más sentarse.

—No tienes que decir nada —le corté.

—Sí, claro que sí. Supongo que debería pedirte perdón. —Frunció el ceño—. No lo he hecho hasta ahora porque me avergonzaba.

«¿Perdón? ¿Por qué? ¿Por no querer besarme? ¿Y le da vergüenza?»

—Debería haberte pedido permiso antes... —siguió.

Yo estaba completamente perdida. ¿No me besó porque no le di permiso? Traté de que no notara mi cara de desconcierto.

—Nico, yo...

—Sé que no hablamos nada sobre traer a gente a casa y metí a María sin preguntarte. Lo siento, de verdad. No sé en qué pensaba.

Yo diría que «con qué» pensaba, más bien.

—Te refieres a eso... —musité, por suerte, sin que me oyera.

—No volverá a pasar.

—Puedes traer a chicas al apartamento. Yo traeré a chicos cuando quiera —dije en voz alta y muy segura de mí misma. Hasta yo me sorprendí al escuchar las palabras salir de mi boca.

¿Traer chicos a casa? Pues sería la primera vez desde que lo dejé con Felipe y me enfadé con el sexo masculino. ¿Y a quién? ¿Al que me miraba en clase de Expresión Gráfica con cara de bobo? Mi vida amorosa se presagiaba un desastre, como hasta el momento, pero sola.

«Mejor sola que mal acompañada», me dije mientras Nico se tocaba el pelo y se relajaba.

—¿Te parece bien? Creí que te había molestado. —Se sorprendió.

—Por supuesto que no. Solo me asusté. No esperaba encontrármela allí. — Me llevé queso a la boca—. Pero te agradecería que no se pasearan desnudas por la casa.

—Vale. Estoy de acuerdo.

Levantó el vaso de agua y lo hizo chocar con el mío.

—Quería aprovechar y comentarte algo más. —Lo dejó sobre la mesa y me miró.

Ahí venía.

Tierra, trágame un poquito.

—He pensado invitar este fin de semana a un amigo. Se quedará aquí un par de días. Hace mucho que no nos vemos.

—Está bien. No pasa nada. Mi hermana también vendrá este fin de semana. —Respiré.

—¿Tienes una hermana? No lo habías dicho.

—No has preguntado.

—¿Y cómo se llama? —se interesó demasiado.

—Mar. Tiene dieciséis años —dije a modo de aviso—. Y es muy impresionable. —Me callé el hecho de que cambiara de novio como de calcetines.

—¿Crees que le impresionaré?

—No te emociones. No es difícil hacerlo.

—Quería pedirte un favor y... —Se revolvió el pelo—. No puedo librarme del trabajo el viernes. ¿Te importaría que quedara con vosotras y después lo lleváis al pub?

Abrí mucho los ojos, sorprendida por la petición.

—Os invitaré a lo que queráis. Te deberé una. Es de Madrid, nunca ha

estado aquí y no quiero dejarlo solo.

—No lo conozco. No me parece buena idea. —No le recordé lo mal que se me dan las relaciones sociales.

—Es muy simpático. Te caerá bien, y solo serán unas horas.

—Yo no... —intenté negarme de nuevo, pero me miró con los párpados caídos y no pude decirle que no.

—¿Cómo se llama?

—Javier.

—De acuerdo. Pero solo si limpias la casa durante una semana.

—¿Lo dices en serio? —sonrió.

Asentí con la cabeza.

—Dos semanas. —Elevé la propuesta y levanté el mentón.

—¿Qué? —Abrió los ojos de par en par.

Arqueé las cejas y esperé a que se decidiera.

—Hecho. Tú ganas. —Me ofreció la mano para que la estrechara. Un cosquilleo subió por mi brazo cuando toqué su piel—. Pero sé amable con él.

—Siempre soy amable.

—Discrepo. A mí casi me cierras la puerta en las narices cuando nos conocimos.

—Creí que te habías equivocado de casa.

—¡Eso es mentira! Cuando te expliqué que venía por lo del anuncio también quisiste echarme.

—Porque no me parecía buena idea compartir piso con un chico. Ya te lo dije.

—¿Y ahora? ¿Te has arrepentido de vivir conmigo?

—No sé. —Encogí los hombros y bebí agua—. Casi no coincidimos.

En realidad sí lo sabía. Algo me decía que con casi total seguridad me arrepentiría de haberlo dejado entrar en mi vida.

Pero hay cosas que no podemos manejar, y tratar de hacerlo es una memez. El destino hace lo que se le antoja con nuestras vidas y eso lo aprendí a base de bien.

—¿Lo harás algún día? ¿Me dirás si estás a gusto conmigo?

Lo ignoré.

—A mí me encanta estar aquí contigo. —El corazón me empezó a palpar con fuerza—. Estoy... cómodo.

¿Cómico? Si tenía una ínfima esperanza de que se pudiera fijar en mí, la destrozó en aquella décima de segundo.

Gracias, Nico, por la bofetada de realidad.

Como diría La Vecina Rubia: «Me estaba haciendo ilusiones y me estaban quedando preciosas».

## VISITAS



Recogí a mi hermana en la estación de tren el viernes a mediodía. Tuve que saltarme la última clase (cosa que odiaba) porque mi madre no quería que anduviera sola por la ciudad.

Obviemos el hecho de que se la conocía casi mejor que yo, (a ella y a los chicos guapos de su edad que la habitaban). Por fortuna, traía una mochila que se la pudo colgar en la espalda y subirse a mi moto. Paramos a comer en un MacDonald's y nos reímos recordando la de momentos que vivimos con nuestra abuela.

Una tarde de verano casi morimos ahogadas en una piscina de plástico con tres centímetros de agua. No pasó nada porque papá se dio cuenta de que jugábamos a ver quién aguantaba más y las dos somos muy cabezotas.

Terminó de comerse su hamburguesa ante mi mirada de asco. No me daba grima ver comer carne, pero Mar siempre ha sido un cerdito zampando.

—Llévame ya a casa. Quiero conocer a Nico —pidió, limpiándose la boca con una servilleta.

—Mar. —La miré fijamente—. Es mucho mayor que tú —le advertí.

—Tranquila. No se me ocurriría ligar con un chico que te gusta.

—A mí no me gusta —aclaré, cansada porque todo el mundo pensara eso.

—Vale. Pues si no te gusta, no te importará que tontee con él. —Encogió los hombros.

—Sí me importa. Pero solo porque eres mi hermana pequeña y Nico...

—Nico ¿qué? —Levantó una ceja.

—Nico es... Es... pues eso. Está cada día con una chica diferente. Incluso lo he visto con dos chicas el mismo día.

—¡Estás celosa! —gritó.

—¿Qué? ¡No!

—¡Claro que sí! —insistió.

—No, Mar. Nico me cae bien, pero nunca me enamoraría de alguien como él. Otra vez no.

—Yo no estoy hablando de amor. —Torció la boca en una mueca muy sarcástica.

—¿Has terminado? —Aparté mi ensalada—. He faltado a clases por ti. A ver si puedo enviar un trabajo por correo antes de las cuatro.

Le pedí a mi hermana que hiciera algo mientras yo entraba en la web de la universidad y terminaba mis tareas. Se puso una película en el salón y se tumbó en el sofá con las luces apagadas. Una hora más tarde la desperté de la siesta que había empezado a echar y le pregunté si quería ir a merendar antes de buscar a Javier.

—¿Quién es Javier? —Se desperezó.

Recordé que no le había dicho nada.

—Un amigo de Nico. Viene de Madrid, también a pasar el fin de semana.

—Abrí la persiana y la luz le hizo cerrar los ojos.

—¿Es guapo? —preguntó, después de quejarse como un vampiro.

—¿Hay algo que te importe de un chico a parte de su físico?

—Sí, pero lo primero es lo primero.

—Yo qué sé. No lo conozco. ¿Quieres darte una ducha? Aún tenemos un rato.

—Dime el nombre y apellido de Nico y lo buscamos en Facebook. Seguro que también encontramos a ese tal Javier.

—No tiene Facebook. —Recogí el vaso que había sobre la mesa y lo llevé a la cocina. Un metro y medio más allá.

Mar me siguió con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—¿No tiene Face?

—Nop. —Le resté importancia.

—¿Te lo ha dicho él?

Callé.

—¡Lo has buscado! —Me acusó con el dedo—. Intentas hacer creer que te da igual, pero no es así.

—Sí me da igual. Lo busqué porque no sabía si compartir piso con él.

—Qué raro. —Miró hacia el techo.

—No lo es. No todos tienen Facebook. —Olvidé que yo también pensé que sería un rarito porque no interactuaba en redes sociales.

Pasé por su lado y le insistí en que se duchara.

—¿Huelo mal? —Se olfateó la camiseta roja.

—No, tonta. Es para que estés más cómoda.

Volvimos a la estación de tren a eso de las siete de la tarde. Nico me mandó un

mensaje avisándome de que le había dado mi teléfono a Javier para que me llamara. Cuando Mar se dio cuenta de quién me había escrito, comenzó a cantar «Como una ola, tu amor llegó a mi vida, como una ola...» sobre la moto y con las manos abiertas de par en par. Tuve que amenazarla con dejarla tirada en el arcén si no se callaba y dejaba de moverse.

Me costó sudor y lágrimas (y parar tres veces) lograr que estuviera quietecita y con la boquita cerrada.

Un chico muy alto y bastante mono se acercó a nosotras con una sonrisa en los labios. Llevaba el pelo con greñas sobre los hombros, rubio, con ojos oscuros y cuerpo atlético. Mar me preguntó si era él.

—No lo sé. Ya te he dicho que no lo he visto en mi vida.

—Pues espero que sí. ¿A este me lo puedo ligar? ¿O tampoco quieres? — Casi susurró porque el muchacho ya estaba muy cerca de nosotras.

—¿Itxel? —preguntó frente a mí.

—Tú debes ser Javier. —Asintió con la cabeza sin abandonar la sonrisa. Acercó su cara a mí, se agachó y me dio dos besos, uno en cada mejilla—. Ella es Mar. Mi hermana pequeña. —Acentué lo de pequeña.

Ellos también se saludaron como correspondía.

—Encantado de conoceros a las dos. Eres tal y como Nico me ha contado. —¿Nico le había hablado de mí? ¿Qué le habría dicho? ¿Sería bueno o malo?

Dejé de hacerme preguntas inútiles e innecesarias y les pedí que nos fuéramos. Había demasiado ruido a nuestro alrededor. Mar y Javier subieron a un taxi y yo les seguí en la moto. Cansada del tráfico, los adelanté y aparqué en el patio de casa. Bajé hasta el Paseo de los Tristes y allí esperé a que llegaran, unos minutos después. Javier se quedó mirando La Alhambra que, de noche e iluminada, impresionaba muchísimo más. Le recordé el nombre de aquella maravilla y asintió.

—La he estudiado.

—¿Qué estudias? —le preguntó Mar, interesada.

—Arquitectura.

—¿Dónde? —siguió con el interrogatorio. A saber lo que le había estado diciendo en el coche de camino aquí.

—En Madrid.

—¿Y por qué Nico no la estudia allí?

Abrí los ojos de par en par y le regañé por ser tan entrometida. Por fortuna, Javier sonrió, se encogió de hombros y respondió.

—No le gustan mucho las grandes ciudades. —Miró hacia otro lado—. Esto es precioso.

—Si quieres, mañana podemos hacerte de guía. Hay sitios increíbles que los turistas no conocen y no están tan masificados.—Propuso.

—Me encantaría. —El otro aceptó.

Cuando me di cuenta, ellos charlaban unos pasos más atrás mientras yo entraba en el patio de nuestro apartamento y abría la puerta. Lo acompañé hasta la habitación de Nico y le enseñé el cuarto de baño.

—Si quieres darte una ducha, aquí tienes toallas limpias.—Le expliqué dónde podía encontrar cada cosa, y lo dejé solo.

Le pedí a Mar que se comportara y ella me recriminó que solo hacía de buena anfitriona. No le pude reprochar nada porque llevaba razón; además, yo le había prometido a Nico que sería simpática con su amigo, así que le di las gracias y lo esperamos sentadas en el banco del patio. Entramos unos minutos después, casi al mismo tiempo que él salía de la habitación con el pelo todavía mojado.

Hablamos sobre qué hacer y decidimos salir a cenar por los alrededores. Javier se sorprendió al observar que, con la bebida, le servían, además, una tapa.

Nos acomodamos alrededor de una mesa.

—¿Y en qué curso estás? —Mar bebió de su cerveza y la dejó sobre la madera.

—Este es el último.

—A todos os ha dado por lo mismo —contestó en un tono bastante despreciativo hacia la arquitectura.

—¿No te gusta?

—Lo veo bastante aburrido.

—No sabe dibujar —especifiqué.

Mi hermana me miró enfadada y me dio una patada por debajo de la mesa. Abrí los ojos y moví la cabeza a modo de disculpa intentando cambiar de tema, pero Javier parecía interesado en ella.

—¿Qué estudias tú? Espera. Déjame adivinar... Economía.

—Aún voy al instituto. —Se echó el pelo hacia atrás y le dio un trago a su cerveza—. Pero sí, se me dan muy bien los números.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—Tu hermana, menor de edad, está bebiendo alcohol. —Se dirigió a mí con una sonrisa de oreja a oreja. Me encogí de hombros y le di un trago a mi botella.

—Ya es mayorcita. —Le resté importancia— ¿Desde cuándo conoces a Nico?

—Desde pequeños, hace tanto que ni me acuerdo.

—¿Y por qué no se quedó contigo a hacer arquitectura en Madrid? — volvió a preguntar lo mismo, pero de diferente manera. Mi hermana siempre ha sido muy lista y algo no le olía bien.

—Él... ha estado... —Frunció levemente el ceño. Se tocó el cabello y respiró—. Será mejor que se lo preguntes a él.

Ni a Mar ni a mí nos pasó desapercibida la incomodidad en su rostro y en sus palabras. Parecía un tema peliagudo y eso nos creó mucha más curiosidad.

Javier no nos dejó pagar la cena y tampoco el taxi que tuvimos que coger para llegar al Red Dragon. Pronto nos dimos cuenta de lo agradable que era hablar con él. Sus padres regentaban una empresa de construcción en la que hacía sus primeros proyectos. Tenía una hermana mayor a la que adoraba y un perro llamado Tiranosaurio Rex.

—¿De verdad llamas así a tu perro? —Entré en el bar riendo a carcajadas, escuchando de lejos a Mar decir que iba al baño o se hacía pis encima.

—Si lo vieras, entenderías por qué. —Me agarró del brazo y me apartó para que dos jóvenes pasaran a nuestro lado.

—¿Qué pasa? ¿Se come a otros perros?

—¡No! Jamás le haría daño a nadie. Me refiero a que es muy grande. Pesa como doscientos kilos.

—¡Qué exagerado!

—Lo digo en serio. Una vez casi aplasta a mi sobrina.

—¿Tienes una sobrina? ¿Cuántos años tiene?

—Tres, pero parece mayor. Es muy pesada.

—¿Y cómo se llama?

—Lucía.

—Qué nombre más bonito.

Vi, por el rabillo del ojo, a Nico llegar hasta nosotros.

—¿Qué pasa, tío? —Abrazó a su amigo con palmadita en la espalda incluida.

—¡Eh! ¿Qué tal? ¿Cómo va todo?

—Bien. Ya ves... trabajando. Siento no haberme podido coger el día libre.

—No te preocupes. Lo estoy pasando genial. Itxel y Mar son muy simpáticas. —Me rodeó los hombros con un brazo y me atrajo hacia él. Fue solo un segundo y no me sentí incómoda, pero, por un momento, deseé que fuera Nico el que se atreviera a tocarme así. (Sobrio, específico).

Mi compañero de piso me miró y sonrió.

—No me dejes beber más cerveza, después meo cada cinco minutos. —

Mar llegó a mi lado.

—Mar. Este es Nico, mi compañero de piso. Ella es mi hermana, Mar.

Giró la cabeza hacia un lado y se encontró con la sonrisa perfecta de Nicolás.

—Hola —la saludó y le dio dos besos—. No te preocupes. Eso nos pasa a todos. —Le susurró al oído, pero lo escuché.

—¿Qué queréis tomar? —Nos invitó a que lo acompañáramos hasta la barra, en la que se metió—. Cerveza no.

—Le guiñó un ojo a mi hermanita y esta se puso tan colorada que estuvo a punto de explotar. (Como yo, pero de celos y envidia).

—Yo quiero un Jim Beam con hielo.

—¿Todavía bebes esa mierda?

—Es uno de los mejores whiskies del mundo.

—Tonterías. —Puso varios vasos sobre la barra— ¿Y qué quieren las señoritas?

—Yo un licor de mora —pidió Mar.

—Es menor de edad —recordó Javier, sonriendo.

—Pues entonces sin alcohol —respondió Nico con el mismo gesto.

—Tus amigos cada vez me caen peor. —Mi hermanita cruzó los brazos, enfurruñada.

—¿Y qué refresco te pongo a ti? —Se giró en mi dirección mientras llenaba las copas de hielo, con maestría.

—Un gin-tonic, por favor —contesté impertinente.

—Tú no bebes. —Levantó una ceja.

—Te mentí. —Cuadré los hombros.

Me di cuenta de su semblante sorprendido, sin embargo, no dijo nada. Preparó las bebidas y nos preguntó qué habíamos hecho durante toda la tarde. Javier le contó lo bien que lo habíamos tratado y lo que le había gustado la casa. Charlamos los cuatro hasta que otra camarera agarró por el hombro a Nico, le dijo algo al oído y este fue detrás de ella, no sin antes disculparse.

—Sentaros allí. —Señaló una mesa junto a la barra—. En cuanto tenga un rato libre, os acompaño.

Media hora después, bailaba junto a Mar, en medio de la sala, una canción de Katy Perry.

Ni siquiera recuerdo cuál era, lo que no se me olvida (ni a mí ni a ninguna persona de las que estaban allí) fue lo que pasó a continuación.

En uno de los giros vi a mi compañero de piso hablando demasiado cerca de una chica, así que me quedé clavada en el suelo observando la situación. Ella

le acariciaba el brazo a la vez que él le sonreía. Alguien chocó con mi cuerpo, me empujó y me hizo trastabillar, tanto que caí de rodillas contra el suelo.

«Mierda», pensé. «Lo que me faltaba».

Una persona se agachó delante de mí y me preguntó si estaba bien.

—No ha sido nada. —Levanté la cara y un chico me miraba preocupado. Cogí la mano que me ofreció para levantarme. Le di las gracias y me limpié las rodillas.

—¿De verdad estás bien? —Me apartó un mechón de la cara.

—¿Qué ha ocurrido? —Escuché la voz de Nico a mi lado.— ¿Quién eres tú?

—Me han empujado. —Aclaré, y miró a mi acompañante con ganas de matarlo—. No ha sido él. Este chico me ha ayudado.

—Itxel, ¿qué hacías en el suelo? —Mar puso un brazo en jarra.

La situación más surrealista no podía ser.

—Tienes una herida en la mano. Ven, te la curaré. —Nico tiró de mi muñeca y me llevó con él.

Nos metió en una especie de almacén detrás de la barra y cerró la puerta para que la música no nos molestara.

—Siéntate aquí. —Me señaló unas cajas vacías y apiladas.

—No es nada.

Sacó lo que intuí como un botiquín de un armario a nuestra derecha, lo abrió sobre una mesa y se detuvo delante de mí, demasiado cerca. Cogió mi mano con suavidad y la observó con detenimiento.

—Parece que solo es un rasguño.

—Ya te lo he dicho. No sé qué hacemos aquí.

Impregnó una gasa en alcohol y me limpió la herida. Di un pequeño grito por el escozor y, como acto reflejo, me retiré. Él me apretó la muñeca con fuerza y mi corazón comenzó a bombear sangre en cantidad. Cuando levanté la mirada, sus ojos la esperaban para acogerla.

## ¿CONFÍAS EN MÍ?



Nico me pareció guapo desde la primera vez que lo vi, pero con el paso de los días me había podido fijar en esos detalles que hacen especiales a algunas personas; y él tenía tantos que su atractivo y la exclusividad de ellos lo hacían un ser único. Tenía un lunar debajo del ojo que parecía dibujado a conciencia, de un marrón miel pintado a pincel, el pelo brillante y sedoso, una pequeña cicatriz sobre el labio que le daba un aire peligroso y seductor y un estilo al vestir digno de admirar. Juraría que no era experto en moda, no; sino todo lo contrario, era de esas personas que podrían desfilan sobre una pasarela con un saco de patatas que les sentaría de maravilla e irían perfectos. Así era Nico: normal pero extraordinario.

Sus ojos no podían ser menos, y el negro de su iris los dotaba de una profundidad abrumadora, pero en la que te ahogaría de buena gana. Nuestras bocas estaban tan cerca que un leve movimiento por parte de cualquiera de los dos las uniría, y podía sentir su respiración mezclarse con la mía. No sabría asegurar cuántos segundos pasamos mirándonos, cabe la posibilidad de que fueran veinte, así como que fuera uno. A mí me parecieron mil y me dieron ganas de probar el sabor de sus labios, no obstante, no ocurrió. Nico se separó, informándome de que había terminado y que tenía que volver al trabajo.

—Ten más cuidado la próxima vez —avisó, mientras guardaba el botiquín dentro del armario.

—No lo he hecho a propósito. —Bajé de las cajas y me puse de pie, a la vez que pensaba que todo había sido por su culpa. Vale, o por la mía, por ser tan rematadamente tonta y quedarme embobada admirando su belleza y cómo flirteaba con una compañera.

No sabía por qué, pero estaba enfadada, me daba rabia que me gustara y él no me viera ni como una mujer.

Y lo era, a mis dieciocho años mi cuerpo ya se había desarrollado por completo. Bonito y con curvas sin llegar a ser voluminoso.

Debí soltar la frase con ese tono robusto y acompañándolo de algún gruñido, porque se volvió hacia mí y me preguntó si estaba enojada.

—Claro que no —volví a hablar demasiado brusca.

—Itxel, somos amigos, puedes contarme lo que quieras. —Dio un paso en mi dirección.

—No me pasa nada. Solo...

—¿Javier se ha sobrepasado? Es muy directo cuando le gusta una tía, pero le prohibí que se acercara a ti.

—¿Que hiciste qué? —Mi cabreo se elevaba por momentos, nunca me ha gustado que se entrometan en mi vida—. Sé cuidar de mí misma.

—No he dicho que no supieras. Solo me preocupo por ti.

—Pues no lo hagas. No eres mi padre. —Me giré y salí del almacén.

Necesitaba respirar aire fresco, así que crucé la pista de baile, en la que Mar y Javier contoneaban sus cuerpos a ritmo de una canción de Shakira, y salí a la calle.

Nico no me siguió, no quería que lo hiciera, era su presencia lo que me había removido algo por dentro, algo que hacía mucho no sentía.

Lo que ocurrió es que se había mezclado con una emoción nueva que desconocía por completo.

Esperamos a que mi compañero de piso cerrara el bar y salimos de él pasadas las cuatro de la mañana.

Anduvimos hasta llegar a casa, pero no recuerdo muy bien el camino, porque, después de aquello, me tomé un par de copas más.

Dejamos que mi hermana y su amigo hablaran la mayor parte del tiempo y nosotros nos dedicamos a callar y escuchar lo que decían.

Nada coherente, por cierto. Entramos en la corrala riendo a carcajadas y pedí un poco de silencio y respeto para mis vecinos.

Mis padres me dieron una muy buena educación, pero, además, me preocupaba que los llamase alguien y les contaran que otro chico había estado en casa el fin de semana, amén de que sus dos hijas (una menor de edad) habían llegado borrachas a las tantas de la mañana. No es que tuvieran mucho que dejarme en el futuro, sin embargo, me preocupaba que me desheredaran.

—Me voy a la cama. —Me refregué la cara con la palma de la mano.

—¿Adónde vas? Aún es temprano —se quejó mi hermana.

—Mar, son más de las cinco. Y no chilles.

Vi a Nico poner una botella de whisky y cuatro vasos sobre la mesa del salón. Me miró y me retó.

—¿No te crees capaz?

—No me gusta el whisky.

—También tengo ginebra. —Depositó otra botella de cristal sobre la madera y levantó una ceja.

Pude elegir acostarme, no obstante, la valentía de la que te dota los dieciocho años y la falta de sensatez que también te da, hicieron que me quedara, cogiera un vaso, lo llenara hasta la mitad y me lo bebiera de un trago. Abrí la boca en cuanto terminé de beberme el líquido y dejé que un fuego abrasador bajara por mi garganta. Mar comenzó a aplaudir y a pegar saltitos. Javier dio un par de carcajadas y Nico torció el gesto en uno asombrado.

No debí hacerlo (y os aconsejo que no lo hagáis nunca).

Una arcada me subió desde el estómago hasta la faringe y casi no me dio tiempo a llegar al baño y vomitar dentro del inodoro. Ese último trago no fue lo único que eché. Juraría que lo que había comido en Nochebuena del año anterior también fue depositado dentro de aquella taza de váter. Estuve como quince minutos pasándolo fatal, con mi hermana riendo a mi lado y yo acordándome de la última vez que me pasó. «Beber no me sienta bien, beber no me sienta bien, ya no bebo más. Al menos de esta manera sin sentido y porque un idiota me rete».

Cuando pude levantar la cabeza del agujero, me di cuenta de que mi hermana había desaparecido, y que, en lugar de ella, Nico se arrodillaba a mi lado y me agarraba del pelo.

—¿Estás bien?

—¿Tengo pinta de estar bien? —contesté, limpiándome la boca con la manga.

Él torció el labio en un gesto complaciente y me acarició la mejilla.

—Estás pálida.

—Creo que voy a desmayarme.

—Date una ducha. Te sentirás mejor.

Asentí con la cabeza y me ayudó a levantarme.

—No debí haberte puesto en esta situación —siguió.

—He sido yo. —«Que soy una lerdá». Esto último me lo callé.

—Estaré fuera si necesitas algo.

—¿Y Mar?

—Se han acostado todos.

—Vete a la cama. Estoy bien.

—Hace un momento has dicho que no lo estabas.

—Suelo recuperarme pronto. No tienes que preocuparte por mí.

—Pero quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque somos amigos y... compañeros de piso.

Esperé a que se fuera para cerrar la puerta con pestillo y quitarme la ropa. Ducharme o no era una decisión que tenía que tomar. Limpiarme el vómito de

todo el cuerpo era una necesidad, y lavar la ropa antes de meterme en la cama mi mejor opción para que no se estropeará ni que el piso oliera a perro muerto mañana por la mañana. Por todo ello, me di una ducha rápida, cogí la ropa y la metí en la lavadora que se encontraba en la cocina. Al levantarme del suelo, tras cerrar el bombo del electrodoméstico, vi que Nico había entrado y encendía el fuego.

—¿Qué haces?

—Voy a prepararte una infusión. Te sentará bien.

Pasaban las seis de la madrugada y yo estaba muy cansada, así que no le discutí la iniciativa y fui a tumbarme en el sillón.

Abrí los ojos al escucharlo.

—Venga. Tómatelo. Mañana te alegrarás.

—Mañana me va a doler mucho la cabeza. Y tú tendrás la culpa.

—¿No habías dicho que yo no era el culpable? —Tomó asiento a mi lado y me ayudó a llevarme la taza a los labios.

Me hubiese gustado decirle que era el culpable de que me sintiera así. Tan... tan... Ni siquiera sabía qué sentimientos despertaba en mí, porque me eran completamente desconocidos hasta el momento.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Todo me daba vueltas, pero, poco a poco, el torbellino se fue calmando.

Sentí que alguien me tapaba con una manta y me subía los pies al sofá. Después de eso, entré en un sueño profundo e intenso.

El sábado me despertó la risa de mi hermana en la cocina. Hablaba con otra persona sobre veinte formas de ponerte un pañuelo. La segunda voz no sonaba femenina, pero parecía que sabía del tema una barbaridad. Agudicé el oído y escuché a Javier pedirle que se lo pusiera tal y como había dicho. La noche anterior vino en trombo a mi cabeza y un pinchazo de dolor me atravesó la sien. Cerré los ojos y tragué con dificultad.

—Chicos. La Bella Durmiente se ha despertado. —Avisó mi hermana a un metro de mí—. Por fin. Son más de las dos de la tarde. ¿Qué haces durmiendo en el sofá?

Me incorporé y me senté, a la vez que me tapaba los ojos con los dedos.

—No sé... —advertí, desorientada.

—Vaya, parece que ha cobrado vida. —Nico salió de su habitación como si él no se hubiera acostado casi de día, y perfectamente ataviado con unos vaqueros rotos, una camiseta y el pelo peinado.

—Vamos a comer, ¿te apuntas? —Mi hermana cogió su bolso y se lo colgó.

«Espera, monina. Aún estoy aterrizando en el planeta tierra. No me trates como humana cuando todavía respiro con branquias».

—Iros vosotros. Itxel y yo vamos ahora. —Les informó Nico.

—Necesito ducharme —farfullé con la voz pastosa.

—De acuerdo. Llamadnos y os decimos dónde estamos. —Mar me echó una mirada de aprobación, (como si la necesitara), y se esfumó en milésimas de segundos seguida por Javier.

—Vete con ellos. Yo voy a tardar tres años lunares en reponerme.

—No tengo prisa. —Nico introdujo las manos en los bolsillos de los jeans y se balanceó.

—Es tu amigo. Y viene a pasar el fin de semana contigo. —Insistí.

—Vale. Voy a serte totalmente sincero. —Liberó sus manos, deshizo los dos metros que nos separaban y se agachó para estar a mi altura. De nuevo, mis ojos, fueron a parar hasta sus labios—. Hay algo entre Javier y tu hermana, y no quiero pasar la tarde de aguantavelas —susurró como si me estuviera contando un secreto.

—Ella es menor. Y no sé si fiarme de tu amigo —contesté en el mismo tono después de tragar con dificultad.

—Me da la impresión de que Mar sabe cuidarse muy bien.

—Me pareció que, durante una milésima de segundo, él también observó mi boca. Lo sé, probablemente, imaginaciones de una joven deseosa de recibir un poco de amor por parte del chico que le gusta. ¿He dicho que me gusta? Lo retiro.

Carraspeé y me repuse.

—Exactamente. Y no quiero tener que ir a buscarla a comisaría porque le ha rebanado las pelotas a Javier.

Soltó un par de carcajadas y se incorporó.

—Me encantaría ver eso. —Alargó las manos y me cogió las mías—. Vamos, levanta. Quiero que me acompañes a un sitio.

—¿Qué sitio? —pregunté, con nuestras manos entrelazadas y el corazón bombeándome a mil.

Tiró de mi cuerpo, me puso frente a él, de pie, y me rodeó, sin soltarme, con nuestros brazos, mi cintura.

Nuestros labios quedaron demasiado cerca otra vez.

Parecía que lo hacía a propósito.

Y nunca ocurría, nunca. Nunca se aproximaba lo necesario para rozarnos, para sentirnos, para besarnos.

—¿No confías en mí? —preguntó, y su respiración me cosquilleó la piel.

¿Confiaba en él? ¿Debía? Casi no lo conocía. Que te guste alguien no

significa que sea buena persona, aunque lo parezca.

¿Cabía la posibilidad de que mi sexto sentido se hubiera vuelto a equivocar y me estuviera jugando una mala pasada? Me iba a arriesgar. Me arriesgaría. Sí. Algo me decía que Nico merecía la pena, que esa persona ocultaba muchos secretos que yo algún día descubriría.

—Conozco esta ciudad como la palma de mi mano —avisé como respuesta.

—¿Qué te apuestas que te sorprende?

—No hay nada que tengas que yo quiera —me tiré el farol. Había tantas cosas que podría brindarme para que yo fuera un poquito más feliz...

—Seguro que se te ocurre algo...

—Me harás todos los trabajos del próximo semestre de Fundamentos Físicos Aplicados a las Estructuras —propuse, segura de que lo rechazaría.

—Hecho —cerró el trato.

La boca se me abrió unos milímetros por la sorpresa, sin embargo, fui lo bastante rápida en cerrarla y evitar que se riera de mí.

—¿Qué consigo yo si nunca has estado allí antes? —siguió.

—Te lavaré la ropa —dije, porque era lo que menos me pesaba. Pero no coló.

—Me acompañarás en las vacaciones de Semana Santa a Madrid —soltó, como si me estuviera pidiendo que lo acompañara al supermercado a comprar helado.

—¿Qué? —Me salió voz de pito.

—Lo que has oído. —Se puso la chaqueta y abrió la puerta, quedándose a un lado para cederme el paso.

—¿Para qué quieres que yo te acompañe a Madrid? —Salí y esperé a que cerrara.

—Te lo diré pronto. Tienes que volver a confiar en mí.

—Para eso queda mucho tiempo. —Lo miré.

—El tiempo que necesito —contestó, enigmático pero sin esconderse de mí.

Tenía que confiar en él.

Y lo hice.

A la joven Itxel le gustaba jugar con fuego.

Por muchas veces que se quemara.

## ¿TÚ Y YO?



Salimos de casa dispuestos a pasarlo bien. O, al menos, él. Yo me debatía entre seguir poniéndome nerviosa, o relajarme hasta el punto de llegar a que todo me diera igual. Pero esta última opción no era válida, ya que cabía la posibilidad de abrirle mi corazón y contarle lo que había pasado los últimos meses. No es que estuviera falta de cariño, pero echaba de menos tener una amiga a la que contarle mis sentimientos, y Nico, a pequeños pasos, se convertía en un buen amigo.

Amigo.

No quería reconocerlo, pero eso éramos: amigos; y debía mentalizarme. Así que busqué una posibilidad intermedia entre:

1. El nerviosismo. Lo que conllevaba no hablar en todo el día y parecer tonta de remate.

2. El pasotismo. Dejar que todo me resbalase, ser sincera con él en un alarde de valentía (infantil y suicida) y arrepentirme el resto de mi vida.

Opté por la opción número 3: La amistad pura y sincera, aderezada con un poco de sal y pimienta. Se basaba en parecer su amiga sin serlo del todo. Me explico: «Hola, Nico. Soy tu mejor amiga, a la que puedes contarle tus confidencias y con la que reirás y lo pasarás de muerte, pero la que no va a perder del todo el misterio y seguirá manteniendo la sensualidad y el enigma necesario para conservar (si existe) el interés por ella».

Fácil, ¿no? Pues eso.

Pronto me percaté hacia dónde caminábamos. En un principio no dije nada y esperé a que cambiara de dirección. No podía ser que me llevara a uno de los monumentos más visitados del mundo cada año.

Era imposible que yo no lo conociera, se veía desde mi casa, casi había crecido entre sus patios y jardines.

Mis padres se declaraban acérrimos de la historia de esta ciudad y nos la metieron por los ojos desde pequeñas.

Cuando vi que, en efecto, íbamos hacia allí, pregunté:

—¿La Alhambra? ¿En serio piensas que vas a sorprenderme trayéndome aquí? —Aparté un mechón de mis ojos de un soplido—. La conozco como la

palma de mi mano.

—¿Estás segura?

—Tanto como de que me ahorraré hacer muchos proyectos de una de mis asignaturas. —Sonreí.

—¿Te crees muy listilla? —Imitó mi gesto, y un rayo de sol se posó sobre su cara.

Encogí los hombros y no dije nada.

Obvié el brillos de sus ojos.

Obvié la luz de su mirada.

Obvié lo que me atraían sus mejillas.

Obvié lo que me gustaba.

Seguimos caminando en silencio, hasta que nos cruzamos con un puesto de mini pizzas y el olor me cambió el gesto.

—¿Tienes hambre? —No le pasó desapercibida mi mueca de placer.

—La resaca —me excusé.

Se detuvo a la derecha y le pidió al chico dos trozos de la de espinacas. Pagó, me dio uno de ellos y le di las gracias.

—¿Te has vuelto vegetariano?

—Tal vez me lo proponga... —Le dio un mordisco.

—No serías capaz. No aguantarías sin comer carne ni un mes.

—¿Qué te apuestas?

—Ya está bien de apostar por hoy.

—¿Te da miedo volver a perder?

—Aún no he perdido —puntalicé.

—Tú lo has dicho. Aún no has perdido...

Terminamos de comernos lo que se convertiría en el almuerzo sin parar de caminar y tiramos las servilletas en una papelería muy cerca de nuestro destino.

—Ya hemos llegado —entonó como si fuera un guía y yo una turista de, por lo menos, China, a la que todo lo andaluz la dejaba fascinada.

Entorné los ojos y me crucé de brazos.

—Venga, un poco más de entusiasmo —pidió, pero yo bostecé a conciencia—. Vamos a tener que doblar la apuesta.

—De eso nada —me negué con rotundidad.

—Pues quiero que finjas un arrebató de alegría.

Solté una risotada.

—¿Estás loco? Hay demasiada gente. —Miré a nuestro alrededor.

—¿Qué te importa la gente? No nos conoce nadie. Ni siquiera hablan nuestro idioma.

—¡Eso no lo sabes!

—¡¡Voy a bajarme los pantalones!! —gritó muy fuerte.

Esta vez sí que no pude dejar la boca cerrada. Se me abrió, junto con los ojos, las carnes y la vergüenza.

—¡¡Voy a bajarme los pantalones y pasearme en calzoncillos!!

—¿Qué haces? —Tapé mi cara para que nadie pudiera, llegado el caso, reconocerme.

—¿Ves como nadie se entera? Nadie entiende lo que digo.

—Esos nos miran como si fuésemos terroristas. —Señalé a dos, con toda seguridad, japoneses desorientados.

—Muchacho —un hombre mayor se nos acercó—, ni se te ocurra hacer lo que dices. Mi mujer tiene el corazón muy delicado.

Lo miramos.

Nos miramos.

Y rompimos en carcajadas durante más de un minuto.

Cuando cesamos de partirnos de la risa, me agarró de la mano y tiró de mí hacia un lateral del edificio, muy alejado de la puerta por la que entran los visitantes.

Éramos amigos y me mentalizaba de ello cada minuto, no obstante, Nico cada vez se tomaba más licencias para acercarse a mí, y esto me lo confirmaron las semanas posteriores. Al principio creí que eran imaginaciones mías, al menos, eso me decía; después las dudas fueron aumentando poco a poco hasta desdibujar la línea que separa la amistad de algo más.

—¿Adónde vamos? Por aquí no se entra. —Apunté.

—Tu ignorancia solo verifica lo que ya sabía. Voy a ganar.

—¿Por qué estás tan seguro?

Llamó a un hombre ataviado con un uniforme de seguridad, que se nos acercó al reconocerlo.

—Porque yo nunca pierdo —aseguró—. ¡Hola, Fran! —  
Saludó al susodicho.

Esperamos a que abriera la cancela de acero y se chocaron la mano como si fueran viejos conocidos.

—¿Qué tal, Nico? Creía que ya no vendrías.

—Hemos parado a comer algo. Si te causamos muchas molestias, lo dejamos para otro día.

—No no. No te preocupes. Está todo controlado. Pasad. —  
Alargó la mano y señaló un pasillo

—Gracias, tío.

—Gracias a ti. Mi familia nunca olvidará lo que has hecho por nosotros.

Llegamos a unas escaleras y Nico me indicó que bajara con cuidado porque algunas piedras estaban bastantes sueltas.

—Estamos en el lado izquierdo de La Puerta de la Justicia.

—Lo sé... —respondí, levantando la vista y encontrando algo que me dejó estupefacta.

Delante de nosotros crecía un pasillo muy largo, con suelo de arena y paredes de piedras rojizas, de un ancho de unos dos metros.

—Vamos —me invitó a que lo siguiera.

Recorrimos el trayecto en el más puro silencio. Yo, admirando la estampa que me rodeaba. Él, saboreando el triunfo, estaba segura.

Nunca había estado allí antes. Mi cara no lograba ocultarlo (ni lo pretendía); la fascinación que sentía, el embrujo en estado puro... Podía ver a los habitantes de estas tierras, siglos atrás, transitar por ellos con ropa de época, túnicas, pulseras de oro y muchos colores...

Nos detuvimos en un foso con una sección a cielo abierto y levanté el semblante para deleitarme con el azul del cielo.

—Esto es... —casi tartamudeé.

—Mira esto. —Marcó con el dedo un lugar frente a nosotros y me quedé embobada en la bóveda moderna que cubría parte del techo—. Este pasillo daba acceso a los carros que llevaban la piedra con la que se construyó el Palacio de Carlos V. —Casi podía escuchar el traqueteo de las ruedas de madera sobre la arena y la piedra.

—Llevas razón. —Fue lo único que pude decir.

—¿Qué dices? —Se llevó la mano a la oreja, simulando sordera.

—He dicho que llevabas razón.

—No te escucho. Debe ser esta acústica antigua... —comentó, sabiendo que algunas salas, como la de Los Secretos, posee una acústica avanzada a su tiempo, y dos personas son capaces de hablar con susurros desde puntas opuestas de la habitación y mantener una conversación sin que nadie más se entere.

—Tú ganas, no conocía este sitio. —Resoplé.

—Me debes un viaje.

—Y tú una explicación. No pienso ir contigo a Madrid si no sé adónde ni con quién.

—Vamos a Madrid e irás conmigo. —Levantó las palmas de las manos como si fuera obvio.

—Te crees muy gracioso.

—No puedes romper tu promesa.

Fui a hablar cuando escuchamos la voz del vigilante de seguridad que nos había dejado entrar. No se dirigió a nosotros directamente, pero nos avisaba,

de alguna forma, de que debíamos marcharnos sin ser vistos. Iba con otra persona, y parecía, por su aspecto, ser un importante empresario o alguien de la alcaldía. Al fin y al cabo, casi eran lo mismo.

—Por aquí. —Nico corrió por otro pasillo y yo lo hice tras él.

Las paredes se fueron estrechando cada vez más y más, y llegó un momento que casi me era imposible avanzar.

—Nico —lo llamé con un hilo de voz. Él giró la cabeza y me miró—. ¿Falta mucho? Me estoy agobiando.

—Unos cinco metros.

—Puff —resoplé.

No sin esfuerzo, volteó el cuerpo y quedó frente a mí.

—Mírame. —Me levantó el mentón con dos dedos, y tragué con dificultad—. Estoy aquí. Jamás permitiría que te ocurriese nada malo.

Asentí varias veces y muy rápido, no obstante, las manos no me dejaban de temblar y el corazón quería salir por mi boca.

Tenía las paredes pegadas a mis costados.

Mi estado no le era indiferente.

—Itxel. Solo tenemos que dar unos pasos y saldremos.

Las gotas de sudor resbalaban por mi frente.

—Piensa en algo bonito —me pidió.

Para pensar estaba yo.

—Dime, ¿qué significa tu nombre? —Intentó distraerme.

—Yo... No me acuerdo. —Cerré los ojos y respiré profundamente.

—Sí te acuerdas.

—¿Cómo sabes que tiene un significado?

—Todos lo tienen. —Me entretuvo con la conversación.

—Lucero... Lucero al atardecer.

—Muy apropiado.

—Nico... Me estoy mareando.

—Escucha. Las paredes no se van a mover y ya no se estrechan más.

—Buff.

—Ahora vas a invitarme a una cerveza y esto no te va a servir como excusa para librarte. —Bajó las manos por mis brazos y las entrelazó con las mías—. Hazlo por mí. Da un paso. —Y lo di.

Un paso.

Y otro.

Y otro.

Y otro.

Todos y cada uno de ellos agarrada a su mano y confiando en él.

Nico dejaba de ser un desconocido para convertirse en un amigo.

Uno de verdad, de esos con los que sales de un sitio prohibido muerta de miedo pero no puedes parar de reírte, de esos con los que tomas cervezas y brindas por más momentos increíbles, de esos que paran en una tienda de abalorios y te obligan a aceptar una pulsera como regalo, de esos a los que le devuelves el presente con una cena en un mirador, de esos que te acompañan a casa y te cogen en brazos cuando te duelen los pies, de esos con los que te sientes tan a gusto que el tiempo pasa veloz, de esos que te miran y te ven, de esos con los que deseas pasar todo el día aunque el único plan conste de ver pelis tumbados en el sofá y comer palomitas hasta vomitar.

—Déjame aquí —le pedí, tras pasar un día inolvidable y llegar al patio de nuestra casa. Nico me soltó y posé los pies descalzos sobre el suelo. El último kilómetro lo recorrimos conmigo sobre su espalda.

Las horas se esfumaron de una manera vertiginosa, ni siquiera nos acordamos de Javier y Mar. Desde luego, ellos tampoco nos echaron de menos aquel sábado en el que decidieron montarse sus propios planes.

Me extrañó sobremanera mi falta de preocupación por mi hermanita pequeña, la misma que había dejado en manos de un chico mayor y desconocido. Traté de convencerme de que, si era amigo de Nico, era amigo mío y podía fiarme de él.

Creo que llegué a esta conclusión por culpa de mi madre. Sí, de mi madre. Crecí escuchando una canción que decía (ponle música si te atreves): «Los amigos de mis amigos son mis amigos». Una necedad, lo sé, pero a mí en ese momento me sirvió para no sentirme mal.

Cruzamos el vano de la puerta riendo por el simple hecho de hacerlo, entramos en el salón y lancé los zapatos a una esquina.

El cansancio acumulado me tiró de bruces sobre el sofá y pronto avisté el bolso de mi querida hermanita colgado de una silla. Fruncí el ceño y todos mis sentidos (no solo el sexto) se alertaron.

Nico hablaba sobre tomarnos la última mientras esperábamos a nuestros invitados cuando levanté la mano y le pedí que callara. Me miró extrañado, pero haciendo lo que le pedía. Me llevé el dedo índice a los labios en posición vertical y giré la cabeza hasta la puerta de mi habitación, tras la que escuché un ruido.

Despegué el culo del sofá y pegué la oreja a la madera.

¡Oh, Dios mío! ¡Quise arrancármela! ¡Y después arrancarme los ojos con la imagen que mi avanzada imaginación formó en mi cerebro!

Nicolás se puso a mi lado y me imitó, sin embargo, su reacción ante el hecho de que mi hermanita se lo estaba montando con su amigo en mi cama fue muy diferente.

Yo: casi me arranco los pelos.

Él: se descojonó de la risa.

¿Qué hicimos?: Nico me agarró de la cintura e impidió que abriera la puerta, gritara como una posesa, la obligara a hacer la maleta y la mandara de vuelta a Huelva en un taxi, aunque, para pagar el viaje, tuviera que vender la moto, (la suya, por supuesto).

—Está bien —claudiqué a susurros, de pie en la cocina y con una manzana en la mano—. Volveré a dormir en el sofá y tendré pesadillas el resto de la vida.

—De eso nada. Dormirás en mi habitación.

—No permitiré que duermas en el sofá porque a la irreverente de Mar se le haya antojado perder la virginidad con un desconocido —hablé más de lo debido.

¿Ves? Cuando cojo confianza me abro, no puedo evitarlo.

Mi compañero de piso levantó las cejas y soltó una gran risotada. Le tapé la boca con la mano y le pedí que no hiciera tanto escándalo. Lo último que necesitaba era ver a alguno de los dos en paños menores. ¡O desnudos!

—Olvida lo que he dicho —le pedí.

—No te preocupes, pero supongo que Javier se dará cuenta.

—Pufff. Madre mía, vaya metedura de pata. —Oculté mi cara detrás de las manos por la vergüenza.

—Vamos a la cama —indicó.

Salí de mi escondite y lo miré muy muy extrañada. Hasta donde sabía, (y conocía mi casa al dedillo), solo había una cama.

—¿Qué cama?

—La mía.

—¿Quiénes?

—Tú y yo.

# 10

## UNA CAMA



Tú y yo.

Él y yo.

Yo y él.

Itxel y Nico.

Nico e Itxel.

Podía llevarme toda la noche barajando probabilidades y utilizando fórmulas que no manejaba desde nunca, que todas me llevaban al mismo punto, todas sumaban lo mismo, todas las opciones terminaban con el mismo resultado: nosotros dos en su cama. Unas seis u ocho horas compartiendo metro y medio cuadrado con un chico. No era la primera vez que me acostaba con alguien. Y no me refiero al sexo, sino a compartir espacio para dormir. Pero Nico era alguien especial, y su propuesta, y mi posterior reacción, me confirmaron que, por aquel entonces, yo ya estaba coladita por sus huesos.

—No pienso acostarme contigo. —Me negué en rotundo.

—¿Por qué? ¿Dudas de mi higiene?

—¡No! —contesté, demasiado rápido. Podía haber utilizado un fingido desagrado por las sábanas del sexo masculino, pero estropeé mi única coartada razonable.

—He cambiado las sábanas esta mañana.

—No es por eso. —Seguía sin pensar demasiado.

—Entonces, ¿por qué?

—Me muevo mucho. No voy a dejarte dormir.

Reaccioné tan rápido que hasta yo misma me sorprendí, dadas las circunstancias.

—No te preocupes por eso. Duermo como un tronco.

Tiró la piel del plátano que comía a la basura y salió de la cocina dirección a su habitación, (y, si no lo evitaba, nuestra habitación por esta noche).

«Venga, Itxel, invéntate algo. Alguna fobia. Una alergia. Alérgica en un alto grado a los chicos guapos y simpáticos».

Terminé de arengarme cuando entraba ya en su dormitorio y me tiraba una camiseta a los brazos. La cacé al vuelo y la miré como si no entendiera lo que ocurría, o faltara algo importante. ¡Los pantalones!

—No pienso dormir contigo con una simple camiseta.

—Yo duermo sin ella. —Se la quitó delante de mí y me giré, dándole la espalda.

—Podías desnudarte en el baño. Y ponte un pijama si quieres que duerma a tu lado.

—Voy al baño —lo escuché muy cerca de la puerta—. Y sí, quiero que duermas a mi lado. —Dijo como si nada, y me dejó sola.

Me desvestí con rapidez, me coloqué la camiseta negra por encima de la cabeza y me metí bajo las sábanas con rapidez antes de que volviera.

Entró en el dormitorio en slips como si estuviera solo y, en vez de reprocharle que apareciera medio desnudo, me quedé embobada en su perfecto torso y su vientre plano.

—¿Ya has terminado? —Escuché su voz, y levanté la mirada hasta la suya. Me observaba con una sonrisilla guasona y engreída.

—¿Mmm?

—¿Has terminado ya de mirarme?

Escondí la cabeza bajo la almohada, me tumbé de lado y me arrimé a una esquina. Por el rabillo del ojo vi que se ponía un pijama y, unos segundos después, sentí la cama hundirse a un palmo de mí.

—¿Apago la luz? —Musitó.

—Como quieras.

—No me importa dormir con la luz encendida. No me despierta ni un terremoto.

—Prefiero que la apagues.

Escuché el clic del interruptor y toda la habitación se oscureció. Cerré los ojos y me pegué más al filo del colchón.

—Si sigues alejándote, vas a terminar por caerte de la cama —susurró, y noté que aguantaba la sonrisa.

—No sé de qué hablas. Estoy bien así.

Advertí un dedo suyo en mi espalda y toda la piel se me estremeció.

—Estoy seguro de que, si empujo unos milímetros, te tiro. —Lo movió casi imperceptiblemente.

Ignoré el cosquilleo en mi estómago y le pedí que se detuviera. O eso, o me golpeaba la cara contra el suelo.

—Está bien. —Concluí.

Lo escuché reírse.

—¡Eres...! Anda, ven. —Me agarró de la cintura, tiró y me pegó a su cuerpo—. No seas idiota.

El olor a limpio de su ropa y el aroma del jabón, que aún desprendía su

piel, me dejaron sin respiración durante un momento; el suficiente para que el tiempo transcurrido en silencio sirviera como contestación y su respiración se normalizara, indicando que Nico entraba en un profundo sueño.

Así me quedé dormida. Con la mejilla derecha sobre su hombro y su brazo rodeando el mío. No sé cómo mi reacción no fue la de apartarme y evitar el contacto, ni siquiera entiendo cómo accedí a pasar la noche con él. Bueno, no lo entendí en aquel momento. Los hechos ocurridos a partir de entonces fueron explicando y dando pie a las situaciones que sucedieron.

El domingo desperté sola en una cama que no era la mía. No esperaba amanecer abrazada a la cintura de Nicolás, ni con sus labios susurrando en mi oído que le gustaba, ni desayunando juntos sobre el colchón, ni con su boca recorriendo mi vientre...

Vale, no lo esperaba, pero lo había soñado. Mi pervertida mente cobró vida propia durante la madrugada y se había montado una película que rozaba lo pornográfico. Pero, ¿por qué Nico no estaba a mi lado? No era tan tarde.

—¡Buenos días, hermanita! —Mar entró en la habitación y se tiró sobre mí. Me quedé helada. Ahora empezarán las preguntas sobre por qué había pasado la noche con mi compañero de piso y qué había pasado entre nosotros. No obstante, contra todo pronóstico, eso no ocurrió.

—Mar, pesas demasiado. —La empujé hacia atrás.

—Deja de gruñir y escucha. Tengo que contarte algo. —  
Se sentó con las piernas cruzadas a mi lado.

—No hace falta, te escuché. —Apoyé la espalda en la pared.

—¿Me escuchaste?

—¿Crees que perder tu virginidad con Javier ha sido buena idea?

—¿Qué?

—Eso.

—Yo no... Yo no... ¡No me he acostado con Javier! —Casi me regañó.

—Entonces... Lo de anoche... Cuando llegamos...

—Me he liado con él, como con todos, pero no nos hemos acostado. Le dije que nunca lo había hecho y le pareció bien. Javier es un buen chico.

—Supongo... —No supe qué decir.

—¡Me ha invitado a Madrid! Iré las vacaciones de Navidad.

—Mamá no lo permitirá.

—Claro que sí. Creerá que voy contigo.

—¿Y cómo va a creer eso si yo estoy en casa?

—Porque no estarás. Ese fin de semana lo pasarás aquí, en Granada. Todo arreglado.

Mar me contó con pelos y señales los planes que había urdido durante toda la noche (además de besuquearse con Javi) y desapareció tan rápida como vino.

Nico entró en la habitación antes de incorporarme.

—Buenos días, lucero. —Se acercó al armario y lo abrió.

—No le has dicho a mi hermana que hemos dormido juntos.

—Les he dicho que he dormido en el sofá. Cuando se han levantado ya estaba allí. —Volteó el cuerpo y se detuvo frente a mí.

—¿Por qué? —Eran muchas las razones que se me pasaban por la mente a toda velocidad, pero una ganaba por goleada: Se avergonzaba de mí. No quería que su amigo supiera que habíamos pasado la noche en la misma cama.

—Ya me he dado cuenta que Mar es una metomentodo y quería ahorrarte el interrogatorio.

Suspiré y me levanté. Recordé que solo llevaba una camiseta cuando sus ojos viajaron hasta mis pantorrillas.

—Se te ven las bragas —sonrió de oreja a oreja sin levantar la vista.

—¡No me mires! —Tiré de la camiseta hacia abajo y retorcí las piernas.

—¡Has sido tú! ¡Que te desnudas delante de mí! —Me señaló.

Cogí la almohada, me cubrí con ella y salí de allí sin poder evitar reírme.

Acompañamos a la estación de tren a nuestros invitados del fin de semana. Por fortuna, no tuve que ver cómo Mar y Javier se besaban para despedirse. Por una razón que desconozco, no lo hicieron. El tren de Mar salió casi una hora antes que el de Javier. Aproveché este momento para darle las gracias por tratar tan bien a mi hermanita y le pedí que siguiera comportándose así con ella cuando lo visitara en Madrid.

Sí fui testigo de la complicidad que había entre los dos madrileños y de cómo Javi le pedía a su amigo que recapacitara sobre la posibilidad de volver a la capital. La contestación de este fue clara y concisa: un rotundo no.

Volvimos a casa y cenamos espárragos al horno con queso y bechamel. Rebañé el plato y Nico rio por mi acción. Le tiré una servilleta y charlamos sobre el fin de semana, sobre lo bien que lo pasamos, y bromeamos recordando mi ataque de pánico al verme apretada en aquel pasillo construido siglos atrás.

Me dio las buenas noches, después de que recogiéramos la cocina entre los dos, y me dijo que podía dormir con él si quería. Me quedé helada ante la propuesta, pero su cara de pícaro me dio a entender que era una burla y no debía tomármela en serio.

—No volvería a dormir contigo. Roncas —contesté.

—Los dos sabemos que eso es mentira. —Me guiñó un ojo y desapareció

en su dormitorio.

Las siguientes semanas me afané por estudiar y adelantar trabajos para poder disfrutar las vacaciones de Navidad. Cuando no estaba en la biblioteca con Victoria y Rosalía, me las pasaba hablando con Nicolás, comiendo con él o viendo películas tirados en el sofá. Poco a poco fuimos conociéndonos mejor. Le gustaban las películas de vaqueros, los vinilos y, de pequeño, se disfrazaba de Michael Jackson cada vez que tenía la oportunidad.

Cada día nos acercábamos más, pero nunca pasaba nada. Parecía que una barrera invisible nos impedía dar un paso hacia convertirnos en algo más que buenos amigos. Había tenido la oportunidad de besarme en varias ocasiones y nunca lo había hecho. Podía haber sido yo la que se lanzara, pero mis dieciocho años y el miedo al rechazo me lo impedían.

Vivía en una burbuja. Convertí esas semanas en un capítulo especial de Los Mundos de Itxel, en el que todo iba bien. Casi había olvidado al idiota de mi ex y lo que me hizo, adoraba a mis amigas y me divertía de lo lindo con Nico, al que no le gustaba de la forma que yo hubiese deseado, pero el que parecía disfrutar con mi compañía y buscaba cualquier momento para estar conmigo. Hasta quedábamos en la universidad cuando teníamos un rato libre y nos tumbábamos sobre el césped a escuchar música o hablar sobre arquitectura.

Esa mañana todo parecía igual. Me levanté temprano, me duché, me vestí, fui en moto a la facultad, atendí en clase, reí con Vic y Rosalía, Nico me envió un mensaje para avisarme de que no podríamos comer juntos hoy y lo hice con ellas en la cafetería, pedimos tarta de postre e hicimos planes para salir el jueves y despedirnos hasta después de Reyes. Solo quedaban unos días para las vacaciones de invierno y estaríamos dos semanas sin vernos, así que queríamos pasar tiempo juntas fuera de las paredes académicas.

—¿Por qué no te quedas y nos acompañas a esquiar? —me preguntó Rosalía.

—Me encantaría, pero no puedo.

—¿Ni un par de días? —siguió Victoria.

—Lo cierto es que el fin de semana próximo estaré por aquí. No me voy hasta el lunes. —Recordé el plan de Mar.

Rosalía comenzó a aplaudir y todas reímos.

Lo pasaríamos genial en Sierra Nevada y aprovecharía para olvidar que mi hermanita estaría en Madrid con Javier. Si mis padres llegaran a enterarse, nos matarían.

La sonrisa se me cortó en cuanto mis ojos fueron hasta la puerta principal y vieron entrar a Nico. Agarraba a María, la chica que amaneció en mi casa y encontré medio desnuda en el baño, sus brazos rodeaban sus hombros y pegaba

sus labios a su cuello.

El gesto de felicidad desapareció y, aunque traté de disimular, mis amigas me preguntaron si me ocurría algo.

—Eh... No. Solo... Se me está revolviendo el estómago. Voy al baño, ahora vuelvo.

Di una gran vuelta para no cruzarme con ellos y no tener que pasar por el pasillo donde estaba la mesa en la que se habían sentado. Cuando salí del aseo, me encontré de frente con la tal María y su cara de serpiente. Vale, la chica era muy guapa y no se parecía a este reptil, pero yo le vi la cara verde, verde mohoso concretamente.

Llegué a la mesa, recogimos las bandejas y salimos del local. Aún nos quedaba un par de clases antes de marcharnos a casa.

—¡Itxel! —escuché la voz de Nico muy cerca de mi espalda. Suspiré, me obligué a sonreír y di la vuelta.

—¡Hola! No te había visto.

—Me han llamado del bar. Tengo que trabajar esta noche y no podré cenar contigo. Si quieres pasarte, te invito a una copa.

—No, gracias. Prefiero quedarme en casa y poner lavadoras. Quiero dejarlo todo arreglado antes de volver a Huelva.

—Vale, pues nos vemos mañana.

Asentí con la cabeza.

—Te debo una cena. —Me señaló a la vez que se giraba y se marchaba.

—¿Prefieres poner lavadoras? —Vic abrió los ojos.

—Tengo muchas cosas que hacer —expliqué.

—Y una de ellas es contarnos qué te pasa.

—No me pasa nada.

—Por supuesto que sí. Se te ha cambiado la cara cuando te ha dicho que esta noche trabajaría.

—Porque... Porque ya tengo preparada la cena. Me he levantado muy temprano para hacer tortilla de patatas —inventé.

—¡Podrías invitarnos a nosotras! Recuerda que ya tenemos coche y podemos volver tarde —propuso Rosalía.

—Pensé que no te gustaban las patatas.

—No me gustan fritas.

—¡Ros, no seas pesada! —Le regañó su hermana.

—No no. Es muy buena idea. ¿Os parece bien a las nueve?

—¡Perfecto!

No había hecho tortilla y, como no me daba tiempo a cocinarla y que se enfriara, paré en un supermercado de camino a casa y compré una de esas que

solo hay que calentar en el microondas o darle vuelta y vuelta en la sartén.

Me sentí mal cuando me felicitaron porque era la mejor que habían probado en años, pero, entiéndanme, no podía decirles la verdad; contarles los verdaderos hechos, implicaba aceptar delante de ellas que Nico me gustaba aunque fuera un poco, y nunca lo había dicho en voz alta, ni siquiera a mí misma.

## 11

# UN VIEJO AMIGO



Evité a mi compañero de piso durante los días siguientes, no fue difícil acostarme antes de que él llegara del pub y levantarme temprano para ir a clase, cambié los desayunos en casa por los de la cafetería de la facultad y comí con las chicas a mediodía. El destino se unió a mi cruzada y no vi a Nico ni por casualidad por el campus, así que solo tenía que esperar a que el viernes se marchara a pasar la Nochebuena a Madrid y yo estaría sola el fin de semana.

El jueves por la tarde lo pasé buscando los esquís en el trastero y aproveché para ordenarlo un poco. Llamé a mi madre varias veces para preguntarle si tiraba algunos enseres y le recordé que no iría a casa hasta el lunes

porque viajaría el fin de semana a Madrid con Mar (y sus ideas de pacotilla metidas en mi imaginaria maleta). Evité que me consultara más de lo necesario y colgué en cuanto pude. Las goteras de sudor me caían de la frente a chorros. Nunca se me ha dado bien mentir, pero además, hacérselo a mis padres siempre me ha dejado muy mal sabor de boca, así que prefería evitarlo. Me anoté mentalmente mantener una charla con mi hermanita en cuanto la viera y pedirle que no me metiera más en sus marrones.

Crucé el patio con los esquís en brazos y tropecé con varios escalones porque no me dejaban ver en absoluto. El estruendo de una maceta caer y romperse me puso los pelos de punta. Mercedes y Paco me matarían por el estropicio causado, debía hacer desaparecer el cuerpo del delito antes de que lo vieran; por ello, caminé más deprisa y lo único que conseguí fue romper un farolillo y engancharme a una cortina. Parecía un programa de estos de broma.

Tiré para zafar los flecos con la mala suerte de que se rompió y todas las bolas que lo adornaban salieron rodando por el adoquinado.

La que estaba liando yo solita. Recogerlo todo me iba a costar sudor y lágrimas.

—¡¿Itxel?! —Escuché delante de mí, en la puerta ya de casa.

Retiré los esquís hacia un lado y moví la cabeza.

Un chico rubio y de ojos verdes me miraba con una sonrisa abierta y sincera.

—¿Enric? —caí en la cuenta.

Traté de soltar el equipo de esquí en la pared, sin embargo, tropecé y casi me caigo con este encima. Enric ayudó a que otro desastre no ocurriera y me aguantó por los hombros hasta incorporarme.

—¿Cuánto hace que no nos vemos?

—No lo sé. Mucho tiempo —contesté, entre avergonzada y alegre de encontrarme con un viejo amigo.

—¿Cinco? ¿Seis años?

—Me alegro mucho de verte, pero, ¿qué haces aquí? Creí que habíais vendido la casa.

—Mi abuela enfermó y desde entonces no bajamos. —Se refería a bajar desde Barcelona.

—Lo siento.

—No te preocupes. Estamos bien.

—¿Tus padres han venido?

—Sí, han salido de compras.

—Me encantaría saludarlos.

—Vamos a pasar las vacaciones aquí. Ven a casa cuando quieras. —Señaló

la puerta frente a la mía.

—Oh. Yo me voy el lunes a Punta Umbría, pero los visitaré el fin de semana.

—Estupendo.

—Bueno... Pues... ya nos vemos... —Me volví, cogí los esquís y los levanté a pulso.

—¿Necesitas que te ayude con eso?

—No, gracias —dije, tambaleándome otra vez.

—Itxel —me interpeló. Yo me detuve, me mantuve de pie a duras penas y le miré, rogando porque no tardara en decirme lo que quisiera—. ¿Te parece si salimos este fin de semana? Me encantaría que hablásemos un rato.

—Sí, vale... —Respiré hondo y dejé caer mi cuerpo contra la puerta ya abierta para disimular mi poca fuerza.

—¿El sábado por la noche?

—Perfecto.

—Hasta entonces.

Esperé unos segundos a que se fuera, o entrara en su piso y dejara de mirarme, pero no lo hizo; así que, como pude, cerré la puerta de una patada y, en cuanto escuché el golpe, caímos desfallecidos al suelo: los esquís y yo.

El sábado amaneció un día estupendo. Mucho sol y nada de viento. Las chicas me recogieron a las siete de la mañana, y a las ocho ya estábamos en Sierra Nevada. Lo pasamos genial, las horas se esfumaron tan rápidas que, cuando quisimos darnos cuenta, era hora de volver a la ciudad y dejar la montaña atrás. Ingresé en el apartamento de mi abuela con el pelo revuelto, el mono y la señal de las gafas de sol en la cara. Esperaba no encontrar a nadie sobre el sofá, y no lo hice. Me topé con Nico bajo el quicio de la puerta de la cocina; él salía y yo entraba a por un vaso de agua. Me llevé un susto de muerte y el grito que di se lo dio a entender. Pensé que ya se habría marchado a su tierra a pasar las vacaciones con su familia.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Esta también es mi casa.

—Me refiero a... Supuse que ya estarías en Madrid. —Cogí un vaso y lo llené con agua del grifo.

—¿Por qué?

—Faltan unos días para Navidad.

—¿Dónde has estado? —Cambió de tema, y me miró de arriba abajo.

—Con Vic y Ros en Sierra Nevada.

Me tiré en la cama, cansada del día que había pasado. No recordaba lo que suponía esquiar durante horas, me dolían hasta músculos que desconocía. Pero tenía que levantarme y darme una ducha.

Enric vendría en un par de horas (más o menos) a recogerme y no podía dejarlo tirado. Hacía mucho que no nos veíamos. Me incorporé con mucha fuerza de voluntad y me senté en el filo del colchón.

«Venga, Itxel, levántate. A la de una, a la de dos y a la de...»

—Itxel, ¿te apetece que veamos una peli? Yo cocino. —Nico asomó la cabeza en mi dormitorio y me interrumpió.

—No puedo, he quedado.

—Has pasado todo el día con las chicas.

—No he quedado con las chicas. —Me mosqueó que diera por sentado que no tenía más amigos con los que salir a pasarlo bien.

Levantó levemente una ceja y frunció el ceño. Todo en uno.

—¿Una cita? —cruzó los brazos.

—No es una cita. He quedado con un viejo amigo. —Me tiré de espaldas de nuevo, reventada—. ¿Te importaría despertarme dentro de una hora?

No recuerdo si me dijo sí o no. Me quedé dormida en milésimas de segundos.

Desperté con el mono de la nieve aún puesto y un calor que explicaba por qué había soñado que me moría de sed en un desierto desolador. Me quité las mangas e hice un nudo con ellas a mi cintura. Me ducharía y me pondría unos vaqueros antes de que Enric viniera a buscarme. Ese era el plan, hasta que vi en la pantalla del móvil la hora que marcaba y me sorprendí. Pasaba de la media noche.

Salí al salón y me encontré a Nico viendo la televisión.

—¿Por qué no me has despertado?

Encogió los hombros y cambió de canal.

—¿Ha estado aquí Enric?

—¿Te refieres a un chico rubio con cara de sabelotodo?

—Es rubio, sí. ¿Ha estado o no ha estado?

—Sí —respondió escueto.

—¿Y qué le has dicho?

—Que estabas dormida. —No me miró en ningún momento de la conversación.

—¿Cómo? Te dije que me despertaras.

—Lo intenté.

—¿Lo intentaste? —Levanté las manos.

No contestó y siguió ignorándome.

—Pufff —rebufé, y me fui a mi dormitorio, había llegado la hora de ducharme. Cuando terminaba de hacerlo, Nico dio dos toques en la puerta y me informó de que me había preparado un sándwich vegetal.

Me puse el pijama y salí en busca de comida, un hambre voraz me entró de repente y casi se me olvida lo enfadada que estaba con él.

—El sándwich no te servirá de nada. —Tomé asiento a su lado en el sofá y le di un bocado.

—También he hecho palomitas —señaló el bol—, y he encontrado una nueva serie en Netflix que seguro que te gusta. —Puso cara de no haber roto nunca un plato.

—¿No trabajas?

—Me he pedido la noche libre.

—¿Un sábado?

—Me debían un favor. ¿Me perdonas o no? —Hizo un puchero.

—Si le echas margarina a las palomitas. —Sonreímos.

Vimos tres capítulos de «Cómo defender a un asesino» y nos acostamos a las tantas de la madrugada. Se me pasó por la cabeza tocar al timbre de mi vecino y pedirle disculpas por dejarlo tirado, pero no me parecían horas; así que el domingo sería lo primero que haría.

Llamé a su puerta pasadas las doce de la mañana. Me abrió su madre, que me reconoció al instante. Después de los saludos, los abrazos y las preguntas de rutina, me despedí de ella y le rogué que le dijera a Enric que fuera a casa en cuanto pudiera.

No vi a Nico en toda la mañana. Apareció a la hora de comer con varios dulces cubiertos de chocolate para que merendáramos juntos. Prometí hacer zumo de naranja.

—Yo abro —indicó, cuando escuchamos el timbre de la puerta y yo terminaba de comer el postre.

—Hola, ¿está Itxel? —Escuché la voz de Enric.

—¿Otra vez tú? ¿Qué quieres? —preguntó, no de muy buenas maneras.

—Me está esperando. Ella me ha dicho que viniera —contestó el otro, alto y seguro.

—¡Hola, Enric! —fui hasta él y le di un pequeño abrazo.

Mi compañero de piso se marchó sin dejar de observarnos—. Perdona por lo de ayer. Pasé todo el día esquiando y me quedé dormida.

—No te preocupes. ¿Tienes planes para hoy?

—Para esta noche no. —Recordé que iba a merendar con Nico.

—¿Te recojo a las nueve?

—Vale. —Sonreí.

Volví al salón y me senté de nuevo junto a Nico.

—¿De qué lo conoces?

—Casi de toda la vida. La casa de en frente es de su familia, pero hacía muchos años que no lo veía.

—Puedes irte ya con él si lo prefieres.

—¿Y dejar que te comas todos los dulces? De eso nada. —Crucé las piernas y estiré los brazos y el cuello. Las agujetas del ejercicio realizado el día anterior comenzaban a acuciar—. Por cierto, ¿cuándo te vas?

—¿Adónde?

—A Madrid.

—Pasaré las vacaciones aquí.

—¿Qué? —Puse los ojos como huevos.

—Tengo que trabajar en el bar —explicó, pero algo me decía que no era esa la razón por la que pasaba lejos de su hogar la época más mágica y familiar del año. A mí jamás se me ocurriría—. ¿Cuándo te vas tú?

—Mañana por la mañana.

—Puedo llevarte a la estación con tu moto.

—Gracias, pero necesito coger un taxi. En el maletín de la Vespa no caben mis maletas.

Seguimos viendo capítulos de la nueva serie hasta que él se marchó a trabajar y yo me arreglé para salir con Enric.

Apareció a la hora prometida y tan guapo como lo recordaba. Ya no era un niño, pero sus facciones seguían rebosantes de adolescencia. No había perdido ese brillo en los ojos que solo te da la pureza y la juventud, ese que desaparece con el paso del tiempo, de los avatares del destino y que se va junto con la inocencia y la creencia de que somos invencibles e infinitos.

## 12

# UNA CITA



Lo cierto era que me vestí sin pensar en que aquello pudiera convertirse en una cita, ni en que se pudiera asemejar. Tenía la vieja sensación de estar a punto de salir a jugar a la pelota con un amigo. Recordé la de tardes que pasamos en el patio de vecinos y la de veces que nos remojábamos con la manguera que se utilizaba para limpiar las zonas comunes y regar las macetas. Infinitas las regañinas que nos tocó aguantar (estoicamente, para el pequeño número de pie que calzábamos) por dejar todo perdido de charcos de agua.

Enric me miró con una sonrisa en los labios y una rosa en las manos.

—La he arrancado de esa maceta. Vámonos antes de que nos pillen — bromeó, y me demostró que él estaba teniendo la misma sensación que yo.

La cogí, le di las gracias por el regalo y salimos corriendo como si Paco viniera detrás de nosotros con una zapatilla en la mano.

—¿Adónde vamos? —pregunté, comenzando a bajar la calle.

—Adonde quieras. Tenemos coche. —Pulsó el botón de un mando a distancia y la puerta de un parking muy pequeño, que siempre había estado allí, se abrió.

Subimos a un Fiat 500 L Cross nuevo en color verde oscuro y me explicó que lo acababan de comprar sus padres hacía un par de meses.

—Me saqué el carné el año pasado. ¿Tú lo tienes?

—Prefiero las motos.

—La Vesta de tu puerta...

—Es mía. —Asentí.

Salimos del aparcamiento y condujo durante unos quince minutos.

Caminamos uno al lado del otro hasta la puerta de un restaurante, me cedió el paso como un caballero y paramos junto a la barra, en la que un camarero nos atendió y nos acompañó a una mesa que mi acompañante había reservado con anterioridad.

Le conté qué hacía en Granada, me preguntó por mi hermana y por mis padres y hablamos de mi abuela. Nos encantaba merendar pan con aceite y azúcar y ver dibujitos sentados justo delante del televisor mientras ella hacía galletas y nos atiborraba con ellas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Le dio un sorbo a la cerveza.

—Claro. —Lo imité.

—El chico con el que vives... ¿Sales con él?

—¿Con Nico? Es solo mi compañero de piso.

—Las dos veces que he coincidido con él parecía celoso.

Achiné los ojos y negué repetidamente.

—Lo dudo mucho.

Nos trajeron el primer plato y durante media hora estuvimos hablando de la decisión que tomé hace algunos años: no comer carne. Este tema nos mantuvo entretenidos, y se burló de toda las salchichas de pollo que me comí cuando solo levantaba unos palmos del suelo.

—¿Adónde quieres ir ahora? —Salimos del local y nos dirigimos de nuevo al coche.

—Me encantaría pasar más tiempo contigo, pero mañana cojo el tren muy temprano y aún no he terminado de hacer las maletas.

—Vaya... —Parecía decepcionado.

Volvimos a casa escuchando música y tarareando las letras de las canciones. Metimos el coche en el garaje y un viento helado nos cortó la cara al salir de él.

—¿Me dejarás la moto algún día? —La señaló cuando entramos en la corrala.

—La próxima vez que vengas. Espero que no pase tanto tiempo. Es una pena que te vayas después de vacaciones.

—Eso no es del todo así. —Rio, y se retiró el pelo de la frente.

—¿A qué te refieres?

—Voy a estudiar aquí. Comienzo en Enero.

—¿En serio? —levanté el tono de voz.

—Hice un traslado de expediente y lo han aceptado. Siempre quise estudiar en esta ciudad.

—¡Eso es estupendo! —Me tiré sobre su pecho y lo volví a abrazar. No entendía por qué ya lo había hecho dos veces, sin embargo, me salía como una reacción natural. Pasamos tantos buenos momentos durante tantos veranos, que lo consideraba parte de mi familia granadina—. ¿Quieres pasar? Te presentaré a Nico.

—Mejor otro día. —Se abrochó la chaqueta e hizo alusión al frío que hacía.

—Será mejor que nos metamos dentro, o nos vamos a congelar — comenté.

—Lo he pasado muy bien esta noche.

—Yo también. Podemos repetir cuando vuelva.  
—Eso está hecho.  
—Anda, vete. Puedo escuchar tu dentadura castañear.  
Me reí, y él lo hizo conmigo.  
—Me ha alegrado verte. —Me miró fijamente a los ojos.  
—A mí también.  
—¿Cómo vas a la estación?  
—Cogeré un taxi en El Paseo de Los Tristes.  
—Yo te llevo.  
—No es necesario.  
—Insisto.  
—Está bien. ¿A las ocho aquí?  
—Una hora perfecta.

Me puse el pijama y esperé a que Nico llegara para poder despedirme de él, no obstante, me quedé dormida en una postura imposible sobre el sofá y, en una de las veces que me desperté, me fui a la cama muerta de frío.

El lunes tuve que cerrar una de las dos maletas sentándome encima. No había manera de poder llevar la cremallera hasta el final.

—¿Necesitas ayuda? —Nico entró en la habitación cuando despegaba el culo de ella.

—No hace falta. Me ha costado pero lo he conseguido —contesté triunfal—. ¿Qué haces despierto tan temprano? Anoche llegaste muy tarde.

—¿Hice mucho ruido? ¿Te desperté?

—No. Te estuve esperando para despedirme de ti, pero me quedé frita. —Últimamente hablaba con él con más naturalidad. Nos convertíamos en amigos de verdad.

—El bar estaba a tope. Había ganas de fiesta.

—Esta ciudad siempre tiene ganas de fiesta. —Cogí una maleta y la arrastré hasta el salón. Él agarró la otra y me siguió.

—Bueno, pues... Nos vemos a mi vuelta.

—No, no. Te acompaño en el taxi. Estas pesan como si llevaras piedras. —Miró mi equipaje.

—Oh, te lo agradezco, pero...

—Pero nada. No me quedaré tranquilo si vas sola. Venga, nos vamos ya y te invito a desayunar.

—No, no es eso. Me refiero a que... —En ese momento el timbre sonó.

Nico arrugó el entrecejo y miró en dirección a la puerta.

—Debe ser Enric. Va a llevarme en su coche. —Puse cara de circunstancias.

—Ah... —Fue lo único que le salió decir.

—Gracias, de verdad. Es un bonito gesto por tu parte.

—No importa —me cortó. Y ahora sonaron dos golpes en la madera—. Tu amigo tiene prisa. Querrá invitarte también a desayunar.

—Sí, debería marcharme ya... —Me moví nerviosa sin saber muy bien qué hacer o cómo comportarme, hasta que él deshizo el paso que nos separaba y me abrazó. Durante el primer segundo me quedé petrificada, después me atreví a rodearle la cintura con los brazos y posé mi mejilla contra su pecho.

—Te echaré de menos, lucero —susurró muy cerca de mi oído.

—Y yo también. —Nos retiramos unos milímetros y nos miramos algunos segundos.

¿Qué era eso? Podía sentir su corazón latir, y sus labios brillaban.

—Mi madre no cocina tan bien como tú —bromeé, buscando una forma de terminar con la emoción que me embargaba.

Le dije adiós de nuevo y sacamos las maletas al patio, hasta que Enric nos dio los buenos días y lo relevó. Casi no se dijeron dos palabras y, por prisas o falta de reacción de recién levantada, no los presenté formalmente y ellos no lo hicieron por iniciativa propia.

Desayunamos en una cafetería cercana a la estación y corrí hasta el andén con las dos maletas. Enric y yo comenzamos a hablar delante de los cafés y casi pierdo el tren. Podía haber cogido otro al día siguiente, pero no olvidaros de que yo, en realidad, venía de Madrid y había quedado con Mar en Huelva para llegar juntas a Punta Umbría. Aprovecharíamos el trayecto en autobús (unos quince minutos) para urdir una historia común de lo maravillosamente bien que lo habíamos pasado en la capital.

Mi hermanita me abrazó con fuerza en cuanto me vio y yo hice lo mismo. Hacía un mes que no nos veíamos y casi ni hablábamos. Ella había estado muy ocupada con los exámenes y se olvidó de mí de una manera descarada, sin embargo, bien que se acordó cuando llegó la hora de su viaje fugaz a ver a Javier.

Me hizo un breve resumen de la escapada y comentamos los puntos claves en los que íbamos a basar nuestra mentira. No nos fue difícil llevarla a cabo porque en cuanto llegamos a Punta Umbría, saludamos a nuestros padres y nos fuimos a ver a nuestros amigos. Bueno, ella a los suyos; yo llamé a Maite para vernos en la cafetería de siempre.

Se volvió loca cuando me vio y nuestro abrazo duró más de un minuto, acaparando las miradas de los que nos rodeaban.

Nos pusimos al día de nuestras vidas y le conté la vuelta de Enric y lo contenta que estaba. Ellos se conocían, por supuesto. Mai había pasado muchos veranos con nosotros en Granada, y hasta diría que le había llegado a gustar cuando rondábamos los diez años.

—Babeabas por él —recordé.

—¡Eso es mentira!

Nos carcajamos durante toda la tarde e intenté que quedáramos al día siguiente de nuevo, pero se negó porque tenía que estudiar para los exámenes; así que aproveché para hacer lo mismo y ya nos veríamos el día de Nochebuena para almorzar y tomar unas copas.

Y eso hicimos. Mar se unió a nosotras justo antes de comer. Ellas se atiborraron de choquitos fritos, puntillitas, atún a la plancha y gambas. Yo las miré con cara de añoranza y me conformé con verlos y olerlos desde la distancia. Hacía mucho que me había propuesto no comerlos y podía llegar a ser muy testaruda cuando me lo proponía. Me conformé con calamares del campo, tomate aliñado y unas albóndigas de tofu, especialidad de uno de los bares que visitamos.

Todo el mundo reía y cantaba, como nosotras. Aunque nunca nos ha gustado mucho el vino, nos tomamos un par de copas con algún conocido y brindamos por estar juntas y tenernos.

A eso de las cinco de la tarde nos trasladamos a la calle principal, cuya zona es peatonal, y asistimos a una nevada con la que el restaurante El Marinero deleitó a todos sus asiduos clientes.

—Me han regalado un conejo. Lo he llamado Rabbit. —Nos anunció Mai.

—¡Qué nombre tan original! —se mofó Mar.

—¡No puedes tener animales! ¡Los matas! —le regañé, como una auténtica defensora de ellos.

—¡No los mato! ¡Se mueren!

—Yo creo que se suicidan de aburrimiento —siguió bromeando mi hermanita.

Nos reímos a carcajadas, y Rafa, el hermano mayor de Maite, nos saludó, nos felicitó la Navidad y charló con nosotras mientras sus colegas lo esperaban.

Todo iba genial, hasta que mi ex y su novia aparecieron acompañados de los que consideraba mis amigos. Maite y Mar se dieron cuenta del cambio drástico de mi cara y miraron en la dirección que lo hacía yo.

—Xel, pasa de ellos. —Maite llamó mi atención.

—No deja de mirarme.

—¿Quién?

—Felipe. La tiene agarrada de la mano y no para de mirarme.

—Ese tío es un cabrón —afirmó mi hermana.  
—No hables así —le regañé.  
—Vale, pero lo es.

Seguimos bailando bajo la nieve artificial al ritmo de una música que casi ni escuchábamos, pero no nos importaba. Hablamos sobre lo que haríamos por la noche, y el pelo se nos empapó del agua de la espuma.

—Qué asco. Esto huele a friegasuelos. —Mar se llevó un mechón a la nariz y la arrugó.

—Voy a pedir. —Levanté el vaso vacío, y me fui a por otra ronda.

Entré en El Pirata, uno de los pub, y pedí tres copas a voces. El local estaba repleto de gente y mi voz no llegaba a ninguno de los tres camareros.

—¿Te echo una mano? —Escuché una voz muy conocida a mi lado, y los pelos se me pusieron de punta. No sabría decir por qué. Me asqueaba más que otra cosa.

Miré a Felipe y levanté una ceja.

—Espero, por tu bien, que ninguna de tus manos se acerquen a mí.

—Xel...

—No me llames así —lo corté, echándole una mirada amenazante.

Solo mis amigos y mi familia lo hacían y él no pertenecía a ese círculo cerrado en el que no se entraba con facilidad. Irrumpió un día con fuerza, pero salió a patadas en cuanto me enteré que me estaba engañando con una de mis mejores amigas.

—Estás muy guapa —se atrevió a decir.

Volví a llamar a los camareros y uno de ellos se acercó a mí y, con un gesto de cabeza, me preguntó qué quería. Le pedí, esperé a que echara las copas y me afané en ignorar a mi ex.

—Xel, venga. Lo hice mal, pero...

—Te he dicho que no me llames así —mascullé—. Y sí, lo hiciste mal, pero no importa. No me importas una mierda. —Cogí las bebidas y caminé hasta la calle, sin embargo, él llegó, me agarró del brazo y me detuvo.

—Quiero decirte algo. —Me miró con esos ojos que tanto me costó olvidar y casi cedo ante su petición.

—Déjame en paz. —En ese mismo momento, alguien empujó los vasos con su cuerpo y le tiró el líquido en el pecho. Miré en su dirección y vi a mi hermana con cara de mala leche y a punto de saltarle encima.

—¿No la has escuchado? Déjala en paz, gilipollas.

Tiró de mi mano y me llevó con Maite. Nos preguntó qué había pasado, se lo contamos y fuimos a otro bar a seguir con la fiesta. Me costó olvidar su

cuerpo tan cerca del mío después de tanto tiempo, pero lo conseguí y logré divertirme como minutos antes lo hacía.

Las vacaciones pasaron antes de lo esperado. Sentía morriña porque me encantaba estar en casa rodeada de mi familia y, aunque eché de menos a Nico, me daba pena volver a Granada. Le felicité el Año Nuevo y él me devolvió el mensaje. Le pregunté si estaba bien y me aseguró que sí, que no había parado de trabajar y no había echado de menos su casa. Que hiciera mención al tema sin haberle preguntado me demostró que sí que había sentido añoranza y que necesitaba decírselo a alguien. Me propuse hablar con él en cuanto llegara.

El mismo día de Reyes cogí el tren. Me hacía falta un día para instalarme, guardar ropa, centrarme y seguir estudiando para los inminentes exámenes. Llegué a casa de mi abuela pasadas las ocho de la tarde. Deseaba ver a mi compañero de piso antes de que se fuera a trabajar, pero no me dio tiempo y ya se había marchado.

Fue un segundo, solo un segundo en el que decidí dejar las maletas junto a la cama, lavarme la cara para refrescarme del viaje, peinarme, coger la moto y conducirla hasta el Red Dragon.

De repente, quería verlo, necesitaba verlo. Y ese sentimiento se convirtió en una necesidad.

## LA FIESTA



Entré en el local quitándome los guantes y refregándome las manos una con la otra. El termómetro debía marcar menos de cero grados. Con casi total probabilidad, de un momento a otro, podría caer una nevada; por ello, me arrepentí de haber cogido la moto. No sabía si podría volver a casa en ella.

Barrí el local con la mirada un par de veces sin encontrar a Nico, y eso que casi estaba vacío. La gente debía estar en casa disfrutando de sus regalos, mientras yo buscaba a alguien que no quería encontrarme. Fue duro aceptarlo, pero ni eso mermó mis ganas de verlo y esperar una reacción por su parte.

Caminé hasta la barra y pedí a la camarera un refresco.

Con el frío que había pasado, anhelaba un café o un chocolate, pero ni lo servían ni a mí me apetecía hacer el ridículo. Tomé asiento en un taburete y esperé a que apareciera durante, al menos, media hora. Viendo que no hacía acto de presencia, le envié un mensaje sin obtener respuesta.

—Perdona, ¿Nico no trabaja hoy? —interpelé a la chica que recogía vasos muy cerca de donde yo estaba, con la mano congelada por culpa de los cinco hielos que le habían puesto a mi vaso. Casi no pude despegarlos del cristal, me dejé allí parte de las huellas dactilares.

—Se ha pillado unos días libres. —Siguió a lo suyo, y ni me miró. Por un segundo pensé que podía ser transparente.

Dejé la granizada de Coca Cola a medio beber y me fui. Bueno, no. Antes de largarme, me llamé tonta de remate como un millón de veces. Me había mentido. Me había dicho que tenía mucho trabajo y que casi no le dejaba tiempo libre.

¿Habría pasado algo? Insistí con varias llamadas, que volvió a ignorar, (dicho sea de paso), y conduje de vuelta demasiado rápido.

Olvidando un aspecto importante de mi forma de ser, como era la responsabilidad, y arriesgando mi vida por el hielo fino y resbaladizo formado sobre la calzada.

Nicolás no llegó esa noche. Ni la siguiente.

Ni la siguiente.

Ni la siguiente.

Y, mientras tanto, mi preocupación aumentaba, porque el muy indeseable tampoco me devolvía las llamadas ni los mensajes. Y los leía, estaba claro, porque el doble check se ponía azul y mi cara rondaba ese color, pasando por el morado y el verde, tratando de admitir que me dejaba en visto sin importarle lo que pudiera pensar, (como desear colgarlo de un pino).

Enric llamó a mi puerta el martes por la tarde y me invitó a merendar. En un principio, decliné la oferta porque estudiar era mi prioridad, pero me convenció, prometiendo que sería rápido e indoloro, y que más tarde iríamos a la biblioteca de la universidad. Así que nos tomamos un café de pie en una cafetería cercana antes de coger el coche, que sus padres le habían dejado, y nos dirigimos a la facultad.

La jornada de estudio se alargó hasta bien entrada la madrugada, y, entre risas, porque mi estómago no dejaba de gruñir y todos nos miraban como si un alienígena estuviera a punto de salirse por la boca, abandonamos el lugar y fuimos a cenar a un MacDonal'd's abierto veinticuatro horas.

Mi vecino me caía estupendamente, siempre lo había hecho, me reía con sus historias y su forma de ver la vida. Quería pasarlo bien y lo hacía, aunque no dejaba de lado sus responsabilidades. Estudiaba Derecho y tenía claro que, en un futuro, ser jurista le haría feliz; así que quedamos todos los días para hincar los codos delante de los apuntes, y pronto aprendimos que las horas se hacían más amenas si las pasábamos juntos.

Casi se me olvida que Nico había desaparecido de la faz de la Tierra. Podía haber muerto de forma trágica e imprevista que jamás me hubiera enterado. Esta situación me abrió los ojos y supe que, en realidad, no sabía nada de él. No sabía quién era, no conocía a su familia, nunca hablaba de su vida ni de Madrid.

Le pedí a Mar que sacara punta a sus dotes de detective y le sonsacara a Javier si había visto a su amigo. Me tranquilicé cuando el jueves por la noche supimos que estaba bien. Básicamente se lo preguntó sin rodeos. Muy sutil no era mi hermanita. De todos modos, algo le olía mal. Sus palabras exactas fueron: Aquí huele a muerto y no veo ningún cadáver. No le hice demasiado caso porque sus sospechas se basaban en que no lo encontraba en ninguna red social y eso le parecía tan raro como poder levitar. La despedí deprisa y colgué el teléfono antes de que volviera a soltarme el mismo sermón.

—Quizás no vuelva... —barrunté, comiéndome un plátano, sentada sobre un escalón y el sol en la cara.

—Claro que sí. Tiene que recoger sus cosas —dijo Vic metiéndose un gajo

de una mandarina en la boca.

—Así no ayudas. —Suspiré.

Se encogió de hombros y se tragó otro.

—¡Chicas! —Rosalía llegó a nuestro lado—. ¡Nos han invitado a una fiesta! —anunció con efusividad, pero, parece ser, que no le respondimos igual, sino con bastante indiferencia y eso no le gustó—. ¡Un poco de alegría que es viernes! Menudos cardos...

—Mi gozo en un pozo. —Bufó Victoria.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó su gemela.

—Nada —contestó con desgana.

—Pues cambia esa cara de petarda amargada.

Miré a Vic y arrugué el entrecejo. No sabía qué le podía ocurrir. Ni idea. No había hecho mención a ningún problema ni a otra cosa que le preocupara.

—¿Dónde es la fiesta? —Me levanté y tiré la cáscara de la fruta en una papelera a dos metros.

—En casa de Jorge Mora. Está en clase de Estructura.

—¿A qué hora? —Cogí mi mochila y me la colgué de los hombros.

—A las once. Podemos cenar algo antes de presentarnos allí. No creo que haya mucha comida. A excepción de patatas y aceitunas.

—Paso. —Vic se incorporó y cogió su bolsa.

—Iremos las tres y no hay más que hablar. —Ros se giró y se alejó de nosotras dándonos la espalda, irritada.

—¿Vas a decir qué te pasa?

Me contestó con el silencio más absoluto.

—Está bien. Vámonos a clase o llegaremos tarde. —No insistí.

Anduvimos hacia el edificio de nuestra izquierda, sobre el caminito de piedras.

—Por cierto. Sí iremos a esa fiesta. Necesitamos olvidarnos de los exámenes al menos durante unas horas. —Obvié el hecho de que yo necesitaba con urgencia dejar de pensar en el dichoso Nicolás.

—Pero paso de cenar —concluyó la conversación.

Le envié un mensaje a Enric y le dije que fuera buscando atuendo adecuado porque esa noche quemaríamos la ciudad.

Enric: «Suerte que tengo mono ignífugo».

Yo: «Como vayas en chándal, hago como la que no te conoce».

Enric: «Irás de mi brazo. Y lo sabes».

Sonreí ante su respuesta y guardé el teléfono en el bolsillo de mi chaqueta antes de subir a mi Vespa y dirigirme a casa.

No esperaba lo que encontré al llegar. Fue como un golpe en el pecho del boxeador más experimentado, como una bofetada sin manos que me daba una de las personas que más me importaban. Sí, de pronto y sin avisar, Nicolás se había convertido en alguien elemental en mi vida; por eso, al verlo sentado en el sofá como si no hubiese desaparecido durante casi una semana y nada hubiera ocurrido, reaccioné de aquella manera: Tiré la mochila al suelo, las llaves sobre el cristal de la mesa y me fui a mi habitación sin ni siquiera decirle «hola», finalizando mi actuación con un gran portazo como broche a mi acto de rebeldía.

Intenté estudiar, no obstante, no pude leer ni una página entera.

Nico estaba al otro lado de la puerta y lo único que me apetecía era echarle en cara por qué se había esfumado y no me había llamado, ¡ni una sola vez! En realidad deseaba hacer esto, pero acompañándolo de un buen puñado de tortazos.

Tras dos horas, necesité salir de la habitación para hacer las cosas que los mortales necesitamos para no morir, como beber, comer, hacer pis... Sobra decir que ni lo miré cuando pasé por su lado y entré en la cocina. Casi me ahogo al beber de la rabia que me salía del pecho en forma de fuego. Estaba que mordía. Un segundo más tarde, suspiré y me giré. Lo encontré de frente, con su cara a menos de un palmo de mi cara. Bendita cara. Se la hubiese partido, pero qué guapo era.

—Itxel, quiero explicarte...

—No te he pedido explicaciones. —Lo rodeé y salí al salón. La cocina era minúscula, y se achicó más todavía con él tan cerca.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Sé que has estado preocupada.

—¿Preocupada? ¡Tú no sabes nada! —Me volteé y me encaré con él.

—Tranquilízate. —El tono condescendiente que utilizó, me cabreó aún más.

—Pero, ¿a ti qué te pasa? ¡Desapareces durante casi una semana, no me devuelves las llamadas, no respondes a mis mensajes!

—Lamento...

—¡No me sirven tus lamentaciones! ¡He estado muy preocupada! ¿De qué vas?

—Mi vida es bastante complicada.

—¿Y por eso no has tenido ni un minuto para decirme que estabas bien? No me vengas con esas. Creí que éramos amigos.

—Y lo somos. —Bufó, y se acarició la cara.

—No. Los amigos no hacen eso. —Puse un brazo en jarra.

—Yo...

—Tú, nada. Compartimos piso. Eso es todo —resolví.

—Itxel —me llamó pero lo ignoré, como él había hecho conmigo durante los últimos días y me encerré en mi dormitorio.

No esperaba que entrara e intentara seguir conversando conmigo, y tampoco lo hizo, el muy desvergonzado; sin embargo, algo en mí se removió por dentro. Hacía mucho que no discutía con un chico. Desde la última vez que Felipe y yo mantuvimos una riña de las grandes y lo mandé a tomar viento fresco. Tras ello, llegué a casa destrozada y lloré durante toda la noche, cosa que me prometí que jamás se volvería a repetir. Así que lo dejé todo a un lado, olvidé que Nicolás me ponía de los nervios, y esperé a mi simpático vecino.

Cuando vino Enric a buscarme, Nico ya se había marchado.

—Eso es un chándal. —Lo señalé en la puerta de la corrala.

—¡Es un pantalón moderno!

—Eso es un chándal lo mires por donde lo mires. —Me reí.

—Pero ¿qué sabrás tú de moda? Siempre vas con el mismo vaquero.

—¿Te estás metiendo con mi ropa? ¿Tú, que te llevabas todo el verano con el mismo bañador?

—Estoy a esto. —Hizo un gesto con dos dedos indicando un centímetro—. De dejarte que vayas andando.

—Mejor yo conduzco y tú vas corriendo. Total, vas preparado, llevas chándal. —Soltó una risotada.

—No tienes carné. —Se detuvo delante de mí.

—Yo no he dicho eso.

—Pero no tienes. —Pulsó el botón y el coche se abrió.

Me encogí de hombros y tomé asiento en el sitio del copiloto.

La fiesta la organizaba un chico pelirrojo y de piel muy blanca que pasaba las clases pensando en las musarañas. Hasta el momento, no sabía leer el pensamiento, no había heredado esa faceta de mi abuela, (ahí lo dejo), pero solo había que verle la cara de ausente para estar segura de ello.

No nos conocíamos muy bien, solo habíamos hablado un par de veces y parecía amable y simpático.

No lo consideraba un amigo, aún así, tuvo la deferencia de invitarnos a la fiesta y nos recibió con una sonrisa y palabras agradables.

—La bebida y la comida en la cocina. La música en el salón. El hielo en el congelador —bromeó—. La verdadera fiesta en la piscina climatizada —fue señalando cada lugar—. Pasadlo bien. Si necesitáis algo, estaré por ahí, enrollándome con alguna chica. —Desapareció entre el gentío.

—Qué pena que no he traído bañador. —Vacilé.

—Yo llevo debajo del chándal el bikini. —Me guiñó un ojo y,

agarrándome por debajo de la cintura, me guio hasta la cocina.

—¿Cerveza? —Levantó dos botellines recién sacados de la nevera.

Mientras brindábamos, me sonó el teléfono y leí en la pantalla el nombre de Victoria. Me informó que estaba en la fiesta y no me encontraba, así que quedamos en el jardín trasero. Rosalía llegó corriendo y me regaló un efusivo abrazo, me dio las gracias por convencer a su hermana y me susurró al oído que habían visto a Fede, el chico que le gustaba a Vic, agarrado de la mano con una chica. Por supuesto, la cara de la afectada era todo un poema, pero un poema de Neruda que incluía hasta una canción desesperada. Daba penita mirarla; si lo hacías durante más de cinco segundos, te echabas a llorar a moco tendido.

Tras saludar a Enric, al que habían conocido en sendas noches de estudio, les propuse bañarnos en la piscina cubierta y olvidar a los tíos imbéciles e insensibles que no piensan más que ellos mismos. (Vale, esto lo dije también por Nico, pero quería ayudar a mi amiga, y eso iba a hacer).

—¿Estás loca? No tenemos bañador. —Los ojos de Victoria se convirtieron en círculos perfectos.

—¿Qué más da? La ropa interior tapa lo mismo —añadió Rosalía.

—Yo estoy con Ros. Me encantaría veros en ropa interior.

Enric puso cara de pícaro. Le empujé hacia atrás por el comentario fuera de lugar, tropezó, se agarró a mi brazo y ambos caímos sobre el césped frío, riendo y diciéndonos barbaridades como:

—Eres un perverso.

—Yo también me despelotaré.

—¡No quiero verte así!

—Seguro que sí, pero no quieres reconocerlo.

Nos reímos a carcajada limpia y me ayudó a levantarme. Cuando me incorporé, vi de frente a Nico, con unos vaqueros desgastados, una chupa de cuero negra y las manos en los bolsillos delanteros.

Me observaba sin ninguna expresión en el rostro, al menos, ninguna que la gente pudiera reconocer, pero yo no era gente, yo era la chica que vivía con él y que lo conocía mejor de lo que él y yo esperábamos.

Nico estaba triste, pero no sería yo la que iría a averiguar por qué.



## EL ÚLTIMO BAILE



Nuestras miradas no desconectaron hasta que Enric me preguntó si estaba bien e interrumpió la conexión que se había establecido entre nosotros.

—Sí —contesté, cuando volví por completo a mí.

—Entonces, ¿nos bañamos? —Levantó la comisura de la boca, pícaro.

—Eh... —Pensé que debería contestar si no quería que mis acompañantes se percataran de lo que me había dejado fuera de lugar—. No vas a tener tanta suerte. —Hice una mueca divertida con la cara.

Traté de obviar la presencia de Nico, sin embargo, me fue imposible. Y aseguro que lo intenté. Vaya si lo intenté. Pero tenía algo inexplicable, algo que me atraía hacia él como las abejas a la miel.

—Vaya pringadas. No sabéis pasároslo bien. —Rosalía cruzó los brazos y se puso de morros.

—Claro que sé —replicó Victoria—, pero no quiero estar colgada en la red dentro de una hora.

—Pero si está todo el mundo igual. —Señaló hacia la cristalera tras la que se encontraba la piscina y los chicos y chicas en ropa interior que se divertían en ella.

—Y todos saldrán en Youtube.

Ros volvió los ojos y desapareció murmurando algo ininteligible.

—¿Alguien quiere una birra? —preguntó Enric.

Las dos levantamos las manos y lo seguimos hasta la cocina, donde un grupo de chicos jaleaban a dos de ellos mientras estos terminaban con dos filas de vasos de cerveza. Conté hasta cincuenta tirados sobre la encimera cuando terminaron.

Partimos hacia el salón, donde la música sonaba muy alta, y bailamos durante más de una hora.

—Voy al baño —grité a Victoria, que movía el cuerpo a ritmo de J Balvin junto a Enric.

Le pregunté a una chica por el aseo más cercano y me indicó que subiera las escaleras y siguiera hasta el final del pasillo. Cuando llegué arriba, me sentí

exhausta; quizás debería hacer más ejercicio o ir caminando a la universidad, porque mi estado físico cada vez era más lamentable. Antes, podía esquiar todo un fin de semana que no me cansaba.

Una puerta se abrió a mi derecha, una chica salió, muy rápida, de una habitación, me empujó y me tambaleé. Un tío, el mismo que bebía cerveza en la cocina como un cosaco, llamó mi atención desde dentro.

—Eh, ¿quieres pasarlo bien? —Hizo un gesto con la cabeza para que fuera con él.

No entiendo por qué, los pies se me clavaron al suelo y no fui consciente de que me tenía agarrada por el brazo y me empujaba hacia el interior hasta que no cerró la puerta y el golpe me asustó.

Se acercó a mí e intentó besarme, pero no llegó a tocarme, porque una persona entró en la habitación, lo empujó y le dio un puñetazo que lo tiró sobre la cama.

—¿Qué haces, tío? —gritó, tocándose el labio y mirando la sangre en su mano.

—¿Qué haces tú? Vete ahora mismo de aquí si no quieres que llame a la policía —le avisó Nico, gritando más que él.

El chico se fue sin decir ni una palabra y nos dejó solos.

—¿Te ha hecho algo? ¿Estás bien? —Nico dio un paso hacia mí y lo aparté.

—Estoy bien... —murmuré, tratando de asimilar lo que había estado a punto de ocurrir.

—Vamos, te llevo a casa.

—No hace falta. He venido con Enric.

—No veo a ese tío por aquí.

—Yo... Estaba buscando el baño. Enric y Victoria están bailando abajo.

—¿Y por qué no te ha acompañado? —Insistió, cada vez más malhumorado.

—¡No soy una niña pequeña!

—¡¡Podía haber abusado de ti!! —Vociferó, casi perdiendo los nervios y dejándome totalmente fuera de juego.

Me quedé helada ante su reacción, y la respiración se me cortó. Se le veía realmente preocupado y su estado me afectó.

—Lo... Lo siento —tartamudeé. Él se movió de lado a lado, nervioso, introdujo los dedos de la mano derecha entre su cabello y, después de unos segundos, se detuvo, de nuevo, delante de mí.

—Vámonos a casa —me reclamó, como si me estuviera pidiendo un favor.

Fui a decirle que sí, cuando Enric irrumpió en el dormitorio y me llamó.

—Itxel, estás aquí —se le veía un poco mareado.

—No vas a irte con él. Ha bebido. —Manifestó Nico, con su mirada clavada en mí y apretando los puños junto a los costados.

—Enric, ¿estás bien? —Me acerqué a él.

—Tu compañero lleva razón. No podré conducir en unas horas. —Se refregó los ojos y bufó.

—Me parece genial —musitó Nico—. Vamos, Itxel. —

Alargó su mano hasta mí. La miré y dudé si cogerla o no. No pensaba dejar a Enric tirado en una chalet a las afueras de la ciudad.

—No voy a dejarlo aquí. Nos vamos todos o no me voy —afirmé, segura.

Se lo pensó durante un momento; después, me ayudó a buscar a las chicas y a meter a Enric en el taxi.

—Yo me llevaré su coche —dijo mi compañero de piso.

Le quité las llaves de la chaqueta y se las di.

—Nos vemos en casa. —Me despedí de él y cerré la ventana trasera antes de congelarme.

Dejamos a Vic y a Ros en la puerta de su casa y nos dirigimos hasta mi barrio.

Cuando llegamos, Nico ya nos esperaba en la puerta de la corrala.

Me ayudó a bajar el cuerpo de Enric, pagó al taxista y lo metimos en su casa. No convencí a Nicolás de que lo dejáramos sobre su cama, así que se tuvo que conformar con dormir la mona sobre el sofá.

—Gracias por ayudarme. —Le manifesté mi agradecimiento en cuanto entramos en nuestra casa.

—Tienes que tener más cuidado —masculló, cruzando el salón.

—No te entiendo. —Mi corta frase lo detuvo.

—Deberías ser más selecta con tus amistades. —Se volvió y me miró.

—¿Con qué amistades?

Apretó la mandíbula y me regaló una mueca de desprecio.

—Enric no te conviene. No debió dejarte sola —insistió.

—Enric es un buen chico. Se sentiría fatal si supiera lo que ha estado a punto de pasar.

—Lo que no ha pasado porque yo lo he evitado.

—Y ya te he dado las gracias varias veces. ¿Qué quieres?

—Tienes que tener más cuidado. ¿Por qué has ido a esa fiesta?

Arrugué el entrecejo sin saber por qué me hacía esa pregunta.

—Me invitaron. ¿Por qué has ido tú?

—Porque te invitaron a ti.

—¿Qué...? —No lo entendí.

—Me voy a la cama. Es tarde —me cortó, se metió en su dormitorio y cerró la puerta.

Me acosté dándole vueltas a lo que había dicho, no obstante, entre lo cansada que estaba y lo que había bebido, me dormí con la ropa puesta y sin taparme con la colcha; una mala decisión que pagué con un gripazo que me duró una semana.

El fin de semana siguiente lo pasé en la cama. Vic vino a cuidarme durante el día para que no estuviera sola.

Nico desapareció antes de que pudiera verme con el moquillo recolgando; y hasta el domingo por la noche, cuando me escuchó ahogarme en un ataque de tos, no se enteró de mi enfermedad transitoria.

—Itxel, ¿estás bien? —Asomó la cabeza por la puerta de mi habitación, como siempre hacía.

—Sí, no te preocupes —aseguré.

—Pareces constipada.

—Tengo gripe. Nada del otro mundo. Mañana estaré mejor.

—¿Prometes llamarme si necesitas algo?

No contesté y me quedé dormida. Al día siguiente, me desperté pasadas las diez de la mañana oliendo a tostadas recién hechas y café.

—¿Puedo pasar? —Mi compañero entró con una bandeja en la mano.

—¿Qué haces aquí? Ya habrán empezado las clases.

—Paso. Necesitas que te cuiden.

—Ya estoy mucho mejor. —Tosí durante treinta segundos.

—Ya lo veo. Bébetela leche con miel. Te sentará bien.

—Eso es para las anginas.

—Eso es para todo. Si quieres llamamos a mi abuela y le preguntamos.

Sonreímos durante un instante; luego, todo se tensó.

—Bueno, estaré en el salón. —Señaló hacia él con el dedo—. Si necesitas algo...

Asentí y dejé que se marchara, porque lo que yo necesitaba, él no estaba dispuesto a dármelo. Sin embargo, lo detuve antes de perderlo de vista.

—¿Algún día me lo contarás? ¿Me dirás por qué saliste huyendo de Madrid?

Pude oír su respiración desde donde estaba. Cogió aire varias veces antes de decirme adiós.

Aproveché el resto de la mañana estudiando para el examen que tendría

lugar dentro de tres días. Estábamos de los nervios. Las chicas mandaban posibles preguntas de examen por el grupo de WhatsApp y aún nos poníamos peor.

Vic y Ros vinieron a estudiar al día siguiente al terminar las clases y me pusieron al día de lo que me había perdido. Enric y yo nos enviamos varios mensajes y prometimos vernos en dos semanas, cuando todo terminara. Él también tenía planeado estudiar los finales de febrero con compañeros de su facultad.

Nico entró en el apartamento mientras las gemelas y yo debatíamos un tema con el que no nos aclarábamos, sentadas alrededor de la mesa del salón. No nos interrumpió, se metió en la cocina y tardó un par de minutos en salir.

—Lo estáis planteando mal. Empezar por la base no siempre es lo más acertado —explicó, sin que nadie le preguntara; pero dio en el clavo, y nos dimos cuenta de ello en el momento exacto que hicimos lo que había propuesto.

—¿Podrías decirnos qué opinas de esto? —Rosalía le enseñó una de las posibles preguntas y, en contra de lo que yo creía, tomó asiento a mi lado y nos lo aclaró.

Así estuvo durante varias horas, resolviendo las dudas que le planteábamos las tres. Nico me sorprendía cada día un poco más y esa tarde, además, admiré su capacidad intelectual.

—Tengo que irme o llegaré tarde a trabajar. —Se levantó, y miró la hora en el reloj de su muñeca.

—Si quieres, puedo llevarte —me ofrecí a acercarlo en mi moto para devolverle el favor.

—Te lo agradecería. Se me ha ido el santo al cielo.—Cogió su chaqueta de cuero y se la puso.

—Me cambio de zapatos y nos vamos.

Subí a mi moto y esperé a que él hiciera lo mismo, pero se quedó mirándome con el casco ya abrochado y preguntó:

—¿Por qué no te llevo yo?

—Porque esta no es tu moto.

—Pero...

—Subes o te vas andando. —Me envalentoné.

Él suspiró, se montó detrás y me agarró por la cintura.

—Espero que no te importe. Le tengo mucho aprecio a mi vida.

Noté el calor de sus manos sobre mi piel a través de la ropa y tardé unos segundos en acelerar y olvidarme de que Nico me abrazaba de una forma u otra.

—Hemos llegado a su destino. —Frené en seco, y su casco chocó con el

mío.

—Eres un peligro. —Se bajó, se lo quitó y me lo entregó.— ¿En qué tómbola de feria conseguiste el carné?

—Me lo gané en los globos. Fue fácil. —Lo guardé debajo del sillón.

—Gracias por traerme... vivo.

—Vete a currar.

—¡Hoy he vuelto a nacer! —Gritó, caminando de espaldas y sonriendo.

Le hice la señal del pajarito con el dedo, arranqué de nuevo y me marché.

Las dos semanas de exámenes fueron como la primera temporada de *The Walking Dead*. El campus se quedó desolado y, si veías a alguien por los pasillos, podías confundirlo con un caminante: blanco (de la falta de sol), delgado (por solo alimentarse de café), ojeras (de no dormir) y arrastrando los pies (de cansancio y desesperación).

Por fortuna, todo llega a su fin, ya sea bueno o malo, y los exámenes terminaron, para bien o para mal.

Yo esperaba que el resultado de mi esfuerzo fuera excelente, y las chicas confiaban en que los suyos también resultaran así.

Por eso, decidimos ponernos guapas y salir a bailar. Enric aceptó mi proposición de pasarlo bien en cuanto me escuchó, y quedamos, como siempre, para marcharnos juntos desde donde vivíamos.

Me topé con Nicolás en el patio justo al salir.

—¿Te vas? —me preguntó.

—He quedado con las chicas y con Enric. ¿Quieres venir?

—No. Yo... Tengo que trabajar, pero me gustaría hablar contigo de algo. —Dijo, un poco enigmático. Había estado muy raro, más de lo habitual, durante las dos últimas semanas. Lo achaqué a la tensión de los exámenes, pero ya había pasado lo peor y él seguía con una cierta rigidez corporal.

—¿Podemos dejarlo para mañana?

—Claro...

Comencé a caminar hasta la puerta de Enric.

—Itxel, ten mucho cuidado. —Me frenó.

—No te preocupes. Lo tendré.

## OTRA CITA



—¿Otra vez chándal? —Arrugué el entrecejo y miré la prenda.

—¿Qué? Son unos jeans de cien pavos —argumentó Enric, irguiéndose.

—¿Cien pavos te han clavado por eso? Menudo despropósito. —Solté una sonrisilla.

Cerró la puerta y salimos a la calle.

—¿Qué me dices de la oveja que llevas abrazada al cuerpo? —me chinchó.

—Pero, ¿de qué hablas? Esto es lana sintética. Yo soy animalista.

—Pues parece una oveja muerta.

Paré en la puerta del garaje, me puse de puntillas y le observé el bigote con detenimiento y exageración.

—¿Te has pintado el mostacho? ¿Qué pasa? ¿No te crece el pelo? —Me metí con él.

Cambió la cara por una de dolido y me sentí fatal por haber acertado con su punto débil. Sin proponérmelo había dado en la diana.

—Es broma. Se ve que tienes pelusillas.

—No intentes arreglarlo.

—No, no. Mira. —Lo agarré de los hombros y lo puse frente a mí—. Si empieza aquí y termina aquí. —Acaricié la zona, y el contacto unió nuestras miradas y nos detuvo a los dos. Podía sentir su respiración sobre la mía.

Tragué con dificultad al darme cuenta de nuestra cercanía y de las tremendas ganas de besarlo que me había entrado de repente.

Y parecía que él sentía lo mismo, porque, poco a poco, deshizo la distancia que nos separaba y, muy lentamente, unió su boca con la mía.

Fue un beso dulce y cálido que, si bien no puso en marcha un sinfín de fuegos artificiales, sí produjo un pequeño movimiento de tierra bajo mis pies, leve pero suficiente para que, al retirarme, lo hiciera con una sonrisa.

—Te habrá hecho cosquillas mi pelusilla —susurró.

Solté una carcajada, tiré de su chaqueta, lo alejé de mí y lo insté para que abriera el coche y pusiera la calefacción.

—Arranca o me convierto en estalactita. —Uní las manos y eché vaho.

—Querrás decir estalagmita. —Le dio al contacto y aceleró.

—Creí que solo sabías de leyes.

—También sé besar.

Miré a través del cristal y sonreí. De refilón vi que él también lo había hecho.

Quedamos con las gemelas en la puerta de un bar en el que ponían tapas tan grandes con la cerveza que cenabas sin necesidad de pedirte nada más, así que siempre estaba lleno de estudiantes que se caracterizaban por no tener ni un duro; básicamente todos, o la gran mayoría.

Rosalía empezó a aplaudir al vernos, no sabría decir si el hambre la devoraba, o saltaba para no congelarse, el frío que hizo en Granada ese invierno no parecía normal, aún así no nevaba, y a todos nos extrañaba.

—¿Y esa sonrisilla? —A Victoria no le pasó desapercibido mi gesto, y lo musitó cuando Enric y Ros entraron en el local.

Me encogí de hombros y le indiqué que pasara dentro.

—No pienso dejarlo correr. Ha pasado algo entre vosotros.

—Solo somos amigos.

—Muy amigos diría yo.

Nos tomamos unas cervezas y reímos cuando intentamos que Rosalía comiera algunas patatas fritas.

No hubo forma de que probara el tubérculo, y terminó contándole a Enric la pesadilla que vivió el día que no supo parar a tiempo y le salieron por casi todos los agujeros del cuerpo.

Nuestro amigo casi se parte de la risa ante tal historia y la conversación dio paso a un raudal de anécdotas surrealistas que todos habíamos vivido alguna vez.

—Venga, algo te habrá pasado. —Mi amigo chocó su hombro con el mío.

Sí, yo también había vivido momentos vergonzosos en mi pasado, pero no quería contarlos, o, mejor dicho, contarlos, en singular, porque uno ganaba por goleada.

—No seas así, yo te conté lo de las patatas —me recordó Ros.

—Yo diría que me lo contó tu hermana.

—Lleva razón —manifestó Vic.

—Eres una bocazas. —Se cruzó de brazos y se enojó.

Era curiosa la facilidad que tenía Rosalía de pasar de la euforia al cabreo en menos de un segundo.

—No os enfadéis. Lo cuento, ¿vale?

Enric se frotó las manos y achinó los ojos.

—Es muy muy vergonzoso. —Lo miré.

—Nada conseguirá que deje de adorarte.

—¿Me adoras?

—Te adoro.

Nuestra conversación fluía en un tono muy guasón, sin embargo, nuestras amigas nos miraban como si fueran damas de honor el día de nuestra boda.

—Vale, tortolitos. —Nos cortó Victoria.

—¿Estáis saliendo? —Preguntó Rosalía con la boca fruncida.

—No —dije, veloz.

—Porque ella no quiere. —Enric me señaló.

Terminé soltando lo prometido y me obligué a no morir de pudor mientras contaba que, una tarde, de vuelta en el autobús, se me descompuso el cuerpo y tuve que correr por la calle para llegar al baño de casa a tiempo. Y “casi” llego. Ahí lo dejo.

Me arrepentí durante toda la noche de haberme sincerado. Cada vez que iba al baño, me preguntaban si llevaba papel o si necesitaba que me llevaran en brazos. Muy graciosillos, sí. Pero a Vic se le escapó un pedete delante de uno de sus novios y Enric tuvo un gatillazo con una chica mucho mayor que él. Casi estábamos todos en paz.

Bailamos hasta bien entrada la madrugada y se nos ocurrió la gran idea de hacer fiesta de pijama en casa del hombre del grupo. A Enric le encantó la idea y dijo que nos dejaba pernoctar en su apartamento si dormíamos todos en la misma cama. Estuvimos debatiéndolo durante todo el trayecto de vuelta y, al final, nos repartimos como pudimos en las habitaciones. Ninguna de las tres durmió con él, aunque a mí se me pasó por la cabeza. ¿Qué quieres que te diga? Me gustó el beso.

Desperté con la pierna de Rosalía por encima de la cabeza, casi a la altura del cuello. Creo que cuando abrí los ojos, sus dedos rozaban mi boca, y del empujón que le di, cayó al suelo causando un gran estruendo.

—¡Un terremoto! ¡Un terremoto! —Se puso en pie de repente, y no pude hacer otra cosa que reír a carcajadas al verle la cara y el pelo enmarañado.

—¿Qué pasa? —Enric y Vic entraron en la habitación como si estuviera ardiendo.

Rosalía los miró desconcertada, luego se dirigió hacia mí y se enfadó. Qué raro. Ros enfadada. En cero coma dos segundos se le habría pasado.

Nos despedimos en el patio. Ellas partieron en su caballo hacia su morada (me he comido una novela del siglo XII) y yo entré casi a hurtadillas en la mía. No sé por qué lo hice, no tenía nada que ocultar ni a nadie que ocultárselo, así que Nico tampoco tenía razones para hablarme como me habló esa mañana.

Saludé con una mano a mi compañero de piso cuando me descubrió con los zapatos colgando de la otra.

—¿Dónde has estado? —Me clavó la mirada y arqueó un brazo.

—Buenos días para ti también —musité.

—La mañana terminó hace mucho. —Me escuchó, y respondió—. ¿Por qué llegas a estas horas? ¿Dónde has dormido?

Arrugué el entrecejo y me centré en él.

—No sabía que tenía que avisarte si pasaba la noche fuera.

—Estaría bien que lo hicieras. Me has tenido preocupado.

—No me digas. No has dormido esperando a que llegara.

No dijo nada.

—Podías haberme enviado un mensaje —siguió.

—Estuvimos bailando hasta el amanecer.

—Y no tuviste ni un segundo para acordarte de mí. —

Volvió a atacar.

Resoplé.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué te pones así? —Me desesperaba a cada segundo.

—Vaya pinta que tienes. ¿Te has acostado con él?

—¿Qué? —Abrí la boca y los ojos.

—Ya me has oído.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Te pregunto yo con quién te acuestas?

Apretó la mandíbula.

—No lo hago. No te metas en mi vida. —Terminé y caminé hasta mi dormitorio, pero él me detuvo.

—Que no me lo preguntes no significa que no te importe.

Nuestras miradas conectaron y un escalofrío recorrió mi piel.

—No me importa, Nico. Y no, no me he acostado con Enric.

—Yo no he dicho que fuera con él.

—Pero lo piensas.

—Le gustas mucho —aseguró.

—Lo sé. Y a mí me gusta él. —No sé de dónde saqué fuerzas para decir esto. Tal vez se me escapó porque era verdad. Enric me gustaba y, aunque nadie despertaba en mí lo que Nico, mi compañero de piso no sabía ni que existía, y yo tenía ganas de crear momentos bonitos con alguien especial otra vez. Que Enric

apareciera en mi vida cuando más lo necesitaba era una señal. Y a mí me gustaban las señales.

Ahí terminó nuestra conversación. Tras mi declaración, me soltó y me cobijé en mi dormitorio. Salí a merendar, dispuesta a arreglar lo que sea que se hubiese roto entre nosotros, sin embargo, Nico se había marchado a trabajar, supuse.

Dos golpes sonaron en la puerta justo antes de darle un bocado al sándwich. Me lamenté por la desafortunada interrupción y fui a abrir con muy mala cara y, por lo visto, mahonesa chorreando por un lado de mi barbilla.

—Normalmente tardo al menos dos minutos antes de dejarle la boca así a una chica.

—¿Se puede ser más guarro y perverso? —Escupí un poco de lechuga al hablar.

—No soy yo la que está vomitando cosas verdes por la boca. —Enric me siguió hasta el salón.

—¿Qué quieres? No pienso volver a salir contigo.

—No creo que nos dejen entrar en la discoteca.

—Measte en la pista de baile. No te dejarán entrar a ti.

—Les dijiste que eras mi novia. Seguro que tienen nuestras fotos colgadas debajo del letrero «Maleantes».

—Diré que te he dejado porque quiero reformarme. Seguro que me dan otra oportunidad.

—Dame tú a mí una y salgamos juntos.

—Ya salimos juntos.

—Digo, solos.

Suspiré.

—Dame una razón para que acepte tu propuesta. —Me crucé de brazos simulándome una chica dura.

—Anoche me besaste y te gustó.

—¡Eso es mentira! ¡Me besaste tú! —Lo señalé.

—Yo no lo recuerdo así. ¡Te tiraste encima! —Rompimos en carcajadas, hasta que poco a poco se fueron disipando.

—Vale, acepto. Pero solo porque me gustó.

—Y porque estás deseando que ocurra de nuevo.

—Vete antes de que se me estropee el sándwich y cambie de opinión.

—Te recojo a las nueve. ¿Cena, cine y paseo? —Abrió la puerta de la calle y me miró.

—¿Se puede ser más aburrido? —Lo piqué.

—Tú conmigo no te aburrirás nunca. Te lo prometo.

Cerró, y yo... Yo me comí el bocadillo sin perder la sonrisa.

Me di una ducha, la segunda del día, y me fui a mi cuarto a ver qué podía sacar del armario que fuera bonito y sexi sin llegar a escandaloso. Lo cierto era que casi toda mi ropa fluía entre lo cómodo y lo elegante, así que opté por un vestido básico negro de mangas largas y cuello alto y unos salones verde botella.

No me percaté de que Nico estaba en casa hasta que entró en mi habitación y casi me provoca un infarto. Me llevé la mano al pecho mientras aspiraba con fuerza.

—¿Te he asustado?

«No, monino. Solo estoy interpretando el papel de la actuación de fin de curso».

—Hoy no trabajo y había pensado que podríamos ver una peli. —Dejó caer el hombro en la pared.

—Me encantaría, pero no puedo.

—¿Salís de nuevo?

—Sí. —Me di brillo en los labios y salí al salón.

—¿Hoy no me invitas?

—Eh... —Cogí el abrigo y el bolso—. No.

—¿No puedo salir con vosotros? —Levantó las cejas.

—No es eso. Quiero decir que... —Resoplé—. Hoy no salgo con las chicas. Solo con Enric.

Frunció el ceño, se posicionó con las piernas arqueadas y los brazos cruzados.

—¿Y no puedo acompañaros?

—Salimos en plan cita. Quiero decir que... Me ha pedido una cita.

Apretó la mandíbula, dejó caer los brazos a sus costados y se metió en su habitación sin decirme ni adiós.

# 16

## TREGUA



Enric me preguntó qué me pasaba nada más verme la cara. No me había gustado la reacción de Nico antes de marcharme. Últimamente estaba muy raro. Casi no nos veíamos desde que estuvo una semana desaparecido. No le había vuelto a sacar el tema, si no me contaba la razón de por qué se fue, sería porque no quería. No me gustaba forzar a la gente a revelar secretos, sin embargo, algo me decía que Nico estaba deseando desahogarse conmigo. Aún así, algo nos separaba cada día un poco más.

La noche transcurrió como mi cita había predicho. Cenamos, pero no hubo sitio para el aburrimiento. Vimos una peli, pero ni parpadeé en las dos horas. Y paseamos, pero todo el trayecto transcurrió entre bromas y confidencias.

—Este lugar es extraordinario. —Nos detuvimos en el Mirador de San Nicolás y observamos la ciudad de madrugada.

—Toda la ciudad es extraordinaria —afirmé, abstraída.

Me miró y amusgó los ojos.

—¿Vas a decirme ya qué te ocurre?

—No sé a qué te refieres. —Encogí un hombro.

—Estás como en otro sitio.

Llevaba razón. Lo pasaba bien, pero una parte de mí volaba perdida en la marea de sensaciones que Nico me creaba. No me cautivaban los derroteros que estaba tomando nuestra relación los últimos días y me propuse mejorarla en cuanto llegara a casa.

—Nico está muy raro. Me preocupa —mencioné.

—Ese tío es bastante raro.

—No lo es. —Lo defendí, como si lo hubiera insultado.

Hinchó el pecho y respiró.

—No quiero hablar de él. Ahora estamos aquí tú y yo.

—Llevas razón —musité, arrepentida.

Agarró el cuello de mi abrigo y me pegó a él.

—Yo siempre llevo razón. —Sonrió sobre mis labios.

—No te creas... —Lo abracé por la cintura.

De nuevo, todo ocurrió muy despacio y de forma muy pausada. Pegó sus

labios a los míos y me besó con mucha ternura durante varios segundos.

—Tienes la nariz helada —susurré, con una sonrisa bobalicona.

—¿Aún la tengo pegada a la cara? Creí que se me había caído.

Reímos.

—Vámonos a casa. Hace mucho frío —aconsejó.

—Me pregunto cuándo nevará.

—Cuando tenga que nevar.

Enredó sus dedos a los míos y caminamos agarrados de las manos. Era como si lo hubiésemos hecho siempre, y recordé que sí, que en más de una ocasión recorrimos esas calles con nuestras manos entrelazadas, corriendo y gritando sin parar. Por supuesto, de eso hacía muchos años, pero me sentí bien, como una niña pequeña a la que los Reyes Magos le han traído el regalo que pidió con ilusión en su carta.

No me quedé a dormir en su casa aunque me lo pidió. Lo pensé bien y acepté que no estaba preparada para acostarme con él. No quería que fuéramos demasiado rápido y todo terminara antes de empezar, así que nos volvimos a besar en el patio, y nos separamos.

Durante la siguiente semana traté de ver a Nico e izar la bandera blanca. Mi plan consistía en proponerle una noche de amigos en el sofá. Quizás una peli de vaqueros, dos pizzas vegetarianas y varias tarrinas de helado sirvieran para unir fuerzas y empujarnos hasta el punto en el que nos encontrábamos antes de las vacaciones de Navidad. Pero no hubo suerte, y mi compañero desapareció como si nunca hubiera existido. Aseguraría que una noche ni siquiera durmió en su cama, y supuse que comía en la facultad, porque en casa no lo hacía. Le envié varios mensajes para vernos alguna tarde, pero no obtuve respuesta. Y sé que los leía.

El jueves por la mañana, Enric me llamó y me propuso ir a una fiesta en casa de un amigo, sin embargo, yo tenía otros planes para esa noche; así que lo animé para que llamara a las gemelas y las invitara a ellas. Rosalía se volvería loca, seguro. Me sentí fatal al inventarme un catarro que no existía, no me gustaba tener que mentirle, pero insistiría en que lo acompañara y mi idea era otra totalmente distinta. Se me metió en la cabeza ir al pub a ver a Nico y preguntarle qué le pasaba conmigo. Sí, eso estaba dispuesta a hacer: acorralarlo detrás de la barra del bar y obligarlo a que hablara de por qué me evitaba. Porque eso es lo que hacía.

Esperé a que mi vecino se fuera, cual garrapata detrás de la puerta, y paré

un taxi. No podía coger la moto, se suponía que dormitaba debajo de una manta con un gran resfriado. Quince minutos tardé en llegar al Red Dragon y que me empezaran a temblar las piernas. No tenía ni idea de lo que hacía, solo deseaba volver a reír con mi amigo y verlo reír de nuevo a él. El Nico que conocí hacía ya casi cinco meses no era el que ahora me evadía y pasaba de mí.

Entré en el bar con el gorro de lana puesto, del que no me deshice hasta llegar al centro del local y barrerlo con la mirada. Esta vez vi a Nico al instante. Charlaba con una chica con la que parecía tener mucha complicidad. Esto no me acobardó, me daba igual con quién estuviera hablando. Me acerqué pisando con fuerza el suelo de madera y me detuve a un metro de él. No tuve que llamarlo, giró la cabeza hacia un lado como si me estuviera esperando, y sus ojos se clavaron en los míos. Le dijo algo al oído a su acompañante femenina, esta se sonrojó y desapareció entre, supongo, su grupo de amigas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, demasiado cerca.

—Me apetecía tomar algo. —Levanté el semblante para poder seguir mirándolo a los ojos.

—¿No te acompaña tu novio?

—Enric no es mi novio.

—Lo que sea —respondió, con un tono muy despectivo.

—No he venido a discutir contigo.

—¿Y para qué has venido?

—Ya te lo he dicho. Me apetece una cerveza.

Me atravesó con la mirada y se cruzó de brazos.

—Quiero hablar contigo —admití.

—Ahora no puedo perder el tiempo. Estoy trabajando. «¿Será estúpido?», pensé.

Me rodeó y se metió detrás de la barra.

Resoplé sin moverme y me dije que, ya que había llegado hasta allí, no iba a darme por vencida tan pronto.

Me animé a seguirlo e insistí, poniéndome frente a él.

—¿Y cuándo crees que podremos hablar? No apareces por casa. —Levanté el tono de voz para que el metro y medio que nos separaba y la música no impidieran que me escuchara.

—He estado ocupado. —Recogió un par de vasos y los metió en lo que supuse, por el ruido, un fregadero.

—¡Eres un hipócrita!

—¿Qué? —Levantó el semblante y me miró con las cejas levantadas y una sonrisa muy cínica.

—Que eres un hipócrita. No puedes enfadarte porque paso de ti y no te

envío un mensaje, cuando tú no contestas a los míos.

Dejó lo que estaba haciendo y se centró en mí.

—Yo solo me preocupo por ti. ¿Por qué estás tú aquí?

—Echo de menos a mi compañero de piso —anuncié, sincera. Y pareció que mi comentario lo ablandó.

Puso las manos sobre la madera y respiró.

—Itxel, vete a casa.

—No.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me prometas que hablarás conmigo.

Asomó una sonrisa ladeada.

—Te lo prometo.

—¿Saldrás muy tarde? —curioseé.

—No lo sé.

—Te esperaré despierta. Prepararé algo de cenar.

—No es necesario.

Encogí los hombros y me dispuse a marcharme.

—Espera. Llamaré a un taxi.

Caminamos juntos hasta la calle, sacó su teléfono del bolsillo trasero del pantalón y habló con alguien.

—Un amigo te llevará a casa. Me quedo mucho más tranquilo.

—No entiendo la preocupación que tienes por mi seguridad —dije medio bromeando, pero su semblante lo cruzó una sombra ennegrecida que no comprendí.

—Me alegra que hayas venido en taxi. No me gusta que vayas en moto —aseguró.

—Llevo conduciendo motos desde hace años —me expliqué, sin saber por qué debía hacerlo.

—Son peligrosas. —Hablabamuy en serio.

—Son útiles y divertidas. —Traté de que suavizara el gesto.

Un coche se detuvo delante de nosotros y un chico saludó a Nico con complicidad. Cruzaron un par de frases antes de volverse hacia mí y despedirse.

—Sube —ordenó.

—No conozco a este chico de nada —me opuse.

—Me conoces a mí. —Los ojos le brillaban.

—Sube. Hace frío. —Insistió.

—Tú vas en mangas cortas.

—Yo nunca tengo frío.

—Tienes los pelos de punta. —Señalé sus brazos.

Los miró y sonrió.

—Vete —arengó.

—Hasta luego. —Di un paso hacia atrás, pero me agarró de la muñeca, me pegó a él y me abrazó.

Un montón de mariposas de millones de colores comenzaron a revolotear en mi interior y soltaron tanta purpurina que me salía hasta por las orejas. ¿Qué era aquello? La reacción de mi cuerpo me dejó fuera de juego.

—Yo también te echo mucho de menos —susurró, acariciando mi oído. Y pude sentirlo acariciar toda mi piel.

Me soltó, y me acomodé en el asiento del copiloto, mientras él mantenía la puerta abierta.

—Gracias, colega. —Le dijo a su amigo. Este hizo un gesto de cabeza y Nico cerró de un portazo.

Hice un par de bocadillos, los envolví, los dejé sobre la mesa y me tumbé en el sofá a leer un poco. No sé cuánto tiempo pasé dormida hasta que Nicolás me despertó y se sentó a mi lado.

—¿Qué hora es? —Bostecé.

—Las dos de la madrugada.

—¿Tienes hambre? He hecho bocadillos.

—Ven. —Me rodeó el hombro con un brazo y deshizo el espacio que nos separaba.

—Estás muy frío —farfullé.

Acomodé la cabeza en su cuello y cerré los ojos de nuevo.

—¿Dónde has estado? —seguí.

—Trabajando... —Me acarició el cabello y me estremecí.

—Me refiero al último mes... —musité.

Surcó con la yema de sus dedos el arco de mi cara y viajó por mi cuello.

—Muy lejos de aquí... —dijo en un tono cálido y delicioso.

—No vuelvas a marcharte... —Me sumí en un sueño muy profundo.

Desperté en mi cama, arrullada bajo una manta y sintiendo un calor que no era el mío. Por un momento, pensé que Nico dormitaba a mi lado, pero enseguida noté que eran los rayos de sol que cruzaban la ventana y volaban hasta mis sábanas.

—Buenos días. He preparado el desayuno —anunció mi compañero, apostado bajo el vano de la puerta—. Son más de las diez.

Pegué un respingo y me incorporé.

—¡Es muy tarde! ¡Tengo clase!

—No puedes ir. Estás resfriada —dijo, enigmático.

Fruncí el ceño y lo miré contrariada.

—Tu amigo ha venido a preguntar cómo estabas de tu catarro. Por lo visto, anoche no saliste de la cama. —Levantó una ceja e hizo una mueca socarrona.

Pillada con las manos en el tarro de mantequilla.

Me senté en la cama y bufé.

—No le he dicho que viniste a verme —aclaró.

—Gracias. —Lo miré.

—¿Por qué lo hiciste?

—Ya lo sabes.

—No. No lo sé. —Caminó hasta mí y se sentó a mi lado.

—Quería hablar contigo. Odio que nos comportemos así.

—Es por mi culpa.

—Es culpa de los dos.

—No lo entiendes. Soy yo —exhortó.

Fruncí el ceño, desorientada.

—No soporto verte con él —dijo, sincero, con sus pupilas clavadas en las mías.

Llevaba razón. No entendía nada.

—¿Qué...? ¿Por qué? —Un montón de emociones se mezclaron en mi interior. ¿Celos? ¿Soledad? ¿Rabia? ¿Contradicción?

—No lo sé. Pero no me gusta. No me fío de él.

—Enric es buena persona. —Traté de asimilar la realidad que me cayó de repente como un jarro de agua fría. Nico no sentía algo romántico por mí, sino que sus posibles celos se basaban en que otro chico había entrado en mi vida y lo había relegado a él a un segundo lugar. Tipo: «No soporto quedar en segundo puesto», o «No quería la golosina porque no la deseaba nadie, pero ahora que otro la ha cogido, se me ha antojado a mí»—. Mi amistad con él no tiene nada que ver contigo. Necesito que todo vuelva a ser como antes.

—¿Y cómo era antes? —preguntó, mirándome los labios.

—Pasábamos tiempo juntos. —Me mordí el mío.

—A mí me gusta estar contigo... —Suspiró, y noté el calor de su aliento sobre mi boca.

Una fuerza me empujó y me levantó, apartándome de él y rompiendo la intensidad que atravesaba el cuarto.

—Y... ¿Y por qué me evitas? —Traté de centrarme.

—No te evito. —Se revolvió el cabello y también se puso de pie, dejando una distancia considerable entre los dos—. Solo... Pensé que no notarías mi ausencia, casi no pasas tiempo con nadie más. —Confirmó mis sospechas.

—Eso no es cierto. Siempre estoy con las chicas.

—Vale. Admito que estoy celoso. Antes pasábamos muchas tardes juntos.

Me gustaba estudiar contigo.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Te lo estoy diciendo ahora. ¿Me perdonas?

—Claro. Pero no te perdono que no me despertaras para ir a clase.

—Aún estamos a tiempo de llegar a las dos últimas. Te llevo en mi moto.

—Tú no tienes moto.

Sacó la llaves de mi Vespa de su bolsillo y las hizo tintinear delante de mí.

—Hoy conduzco yo. Vístete. El desayuno se enfría.

Miré mi indumentaria y me percaté de que solo llevaba una camiseta de mangas largas.

—No recuerdo haberme desnudado anoche.

—Lo hice yo.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Cómo te atreves?

—Susurrabas que no podías dormir en vaqueros. Que te apretaban aquí. —

Hundió un dedo en mi cintura y un calambre fue desde allí hasta mi sexo—. Casi suplicaste que lo hiciera.

Di un paso hacia atrás.

—Jamás te suplicaría nada —aseguré.

—Ya veremos... —dijo, con una expresión maliciosa.

Le tiré un cojín, que rebotó en su pecho, y rio. Fue el sonido más delicioso que había escuchado en semanas. Cuando Nico reía todo se iluminaba, y, si lo hacía por mí, también me iluminaba yo.

## LA CASITA ROSA



—Agárrate fuerte. Nunca se me han dado bien estas máquinas —dijo Nico, apostado delante de mí, y acelerando.

Algo me decía que eso era mentira, pero le seguí el juego y rodeé su cintura con mis brazos como si de un salvavidas se tratara.

Pronto descubrí que mis sospechas eran ciertas, y su maña al conducir no la había adquirido jugando a videojuegos o yendo en bicicleta. Estaba acostumbrado a llevar motos y callejear con ellas, la manejaba como si fuera una extensión de su cuerpo.

Paró justo en la puerta de la facultad, esperó a que me bajara y la aparcó. Nos quitamos el casco al mismo tiempo y, al mirarlo, me vi reflejada en el cristal de espejo de sus gafas de sol. Tenía el pelo bastante enredado y, cuando me fui a peinar con los dedos, él me ayudó. Me gustó el tacto de su piel rozando mi mandíbula... Eso y la visión de su cabello enmarañado y la sonrisa dibujada en su rostro me catapultó a otro lugar, y casi me olvido de que la última clase empezaba en dos minutos.

—Gracias por traerme. —Le estampé mi casco en el estómago y se quejó.

—¡Eh!

—Nos vemos a la hora de comer. —Caminé hacia atrás y me despedí.

—¿Vas a dejarme así? ¿Qué hago con esto? —Los levantó.

Me encogí de hombros, sonreí y me fui.

Las chicas me esperaban a un par de metros y enseguida fui consciente de que habían sido testigos de la escena.

—Creí que preferías morir antes que dejar tu moto. —Vic hizo una mueca de marisabidilla.

—No he tenido opción. —Agarré mi mochila, y seguí caminando.

—Nico está para mojar pan. —Rosalía lo miró de reojo, y me siguió.

—¿Cómo estás? —Me preguntó la otra.

—¿Qué? —No podía borrar la sonrisa boba de mi cara.

—Del catarro. Enric nos dijo que estabas muy enferma —  
aclaró.

—Ah, sí. Estoy mucho mejor.

—¿Por eso has llegado tan tarde? —Fue ahora su hermana la que me interrogó. Aquello se convirtió en Guantánamo en breves segundos. Bueno, vale, solo fueron un par de preguntas de rutina, pero a mí me parecía que tenía un foco sobre la cabeza y las manos esposadas. ¿Por qué? Porque tenía algo que ocultar, sí. Nico me gustaba, me gustaba cada día más, pero por alguna extraña razón, Enric también. No me parecía raro sentirme atraída por dos chicos a la vez, pero eran tan diferentes...

—Pasé una mala noche con la tos —inventé.

—Se te ve fastidiada, sí... —Victoria asintió varias veces sin ocultar el gesto, que decía: no me lo creo.

—¿Cómo lo pasasteis? —Cambié de tema a conciencia.

—¡Genial! Enric nos llevó a un bar de tapas nuevo, ¡y fuimos al karaoke! —contestó Rosalía, emocionada.

Me contaron su fantástica velada de camino a nuestra última clase. Yo trataba de escucharlas sin perder detalle, pero el recuerdo del cuerpo de Nico pegado al mío la noche anterior en el sofá y hacía muy poco en la moto me evadía del momento y me desconcentraba. Eso, me turbaba, y lo estuvo haciendo durante toda la hora siguiente, en la que la profesora Rubio estuvo explicando «nosequé» de «nosecuánto». No me enteré absolutamente de nada. Por lo visto, hasta nos mandó realizar un trabajo para la próxima semana y presentarlo ante la clase.

—Lo mejor sería hacerlo cuanto antes —expuso Vic, ya en el pasillo.

—Estoy de acuerdo. Podemos quedar mañana, esta tarde tengo clase de italiano. ¿Qué te parece? —Ros me miró con una sonrisa.

—Qué... —Aterrícé de Saturno.

—Si puedes quedar mañana.

—Sí, claro...

—¡Estupendo! Vamos a comer, tengo hambre. —Se fue en dirección a la cafetería.

—Es para hacer el trabajo que la profesora Rubio acaba de mandarnos —me explicó Victoria.

La miré caminando detrás de Ros.

—Lo sé.

—Sí, ya...

Le di un pequeño empujón en el hombro y pasé de explicarle mi viaje astral.

Nico entró en la sala poco después de que nosotras tomáramos asiento en una de

las mesas libres y cogiéramos la comida. Iba acompañado de Louis, un estudiante de intercambio con el que había congeniado y el que ya nos había presentado alguna vez, y un par de chicas muy atractivas. Una de ellas le hablaba muy emocionada y demasiado cerca de la cara. A él parecía interesarle más la pantalla de su móvil que la morena, aún así, ella no perdía la esperanza de que Nico la mirara y le dedicara un segundo de su tiempo. No lo hizo. Levantó el semblante y sus ojos se encontraron con los míos. Enseguida despidió al grupo y caminó hacia nosotras.

—Hola, chicas —se dirigió a todas con una sonrisa—. Te acabo de escribir un mensaje —me informó a mí, levantando el teléfono.

—Tengo el móvil en la mochila.

—He pensado que podríamos dar una vuelta en mi moto esta tarde. —Tomó asiento a mi lado, y bebió un sorbo de mi refresco.

—Esa es mi Coca Cola y la moto de la que hablas también es mía.

—¿Tus padres no te enseñaron a compartir? —Pasó un brazo por detrás de mi silla y se acomodó.

—Y a defenderme de los abusones como tú.

—¿Crees que soy un abusón?

Asentí con la cabeza y reí.

—Suerte que esta tarde tendré la oportunidad de demostrarte que te equivocas.

—¿Me devolverás la moto?

—Tal vez...

Louis se sentó frente a nosotros y dejó la bandeja sobre la mesa, relatando que el tirador de cerveza se había roto y no tenían.

—Pon una queja en el buzón de sugerencias —le aconsejó Ros.

—Claro. Mire, señor Rector, no podemos estudiar sin alcohol, aunque sea de baja graduación. —Las hermanas empezaron a discutir entre ellas, y Louis medió.

—¿Qué me dices? —Nico se dirigió de nuevo a mí, ignorando a los demás.

—¿No tienes que trabajar?

—No entro hasta las diez.

—Me encantaría. Y también me encantaría recuperar mi moto. No quiero volver a casa andando.

—Yo te llevaré. No tienes que preocuparte por eso.

—Oh, gracias. Es todo un detalle por tu parte.

—De nada. —Me guiñó un ojo, me quitó la manzana, que esperaba junto a mi plato, y la mordió.

—Enric me dijo ayer que os veríais hoy —comentó Vic, mientras nos lavábamos los dientes frente al espejo de uno de los baños de la facultad.

—No he quedado con él.

—Ya lo sé. Has quedado con Nico. Anoche también estuviste con él, ¿no?

—Sí. Fui a buscarlo al bar. Necesitábamos hablar. —A mi mejor amiga, junto con Maite, no podía mentirle.

—Y veo que lo habéis arreglado.

—Creo que sí. —Nos secamos las manos con las toallas de papel.

—Me gusta verte tan feliz, pero, ¿sabes lo que haces? A Enric le gustas mucho.

—A mí también me gusta.

—¿Y Nico?

—Nico es mi mejor amigo y mi compañero de piso. Lo pasamos bien.

—Itxel... —Intentó avisarme de lo mal que saldría todo si seguía actuando así, sin embargo, estaba segura de que no hacía nada malo. Solo pretendía mantener una buena relación con los dos y disfrutar de la compañía de ambos cada día.

La puerta del baño se abrió y un grupo de tres chicas entraron para retocarse el maquillaje. Hasta sacaron un peine del bolso y comenzaron a peinarse. Las dejamos hablando de cremas faciales y la cita de los viernes por la tarde para darse rayos uva.

Nico me esperaba en la puerta de la facultad con mi mochila sobre sus hombros y mi abrigo en una mano. Parecía un modelo de pasarela con esos vaqueros rotos, las zapatillas de deporte Nike, las gafas y su maravilloso pelo. Me quedé ensimismada mirándolo hasta que me sonó el teléfono.

—¡Hola! —Saludé a Enric sin dejar de mirar a mi compañero de piso.

—¡Itxel! Perdona que no te haya llamado antes. Olvidé que tenía que entregar un proyecto y llevo todo el día haciéndolo. ¿Qué tal te encuentras? Me pasé esta mañana por tu casa.

—Eh... Sí. Estoy mucho mejor. He venido a clase, pero ya me voy a casa.

—Me alegro mucho. En cuanto termine de estudiar voy a verte, ¿vale?

—Tengo que hacer un trabajo con las gemelas. Esta noche te llamo.

Nos despedimos y colgué el teléfono sintiéndome fatal. No me gustaba mentirle y me dije que no volvería a hacerlo jamás, porque, entre otras muchas cosas, no había nada que ocultar.

—Vamos a casa. —Nico me ayudó a ponerme el abrigo y la mochila.

No me pasó desapercibida la mirada que me echaron dos chicas apostadas junto a una farola. Me sonaban sus caras de verlas por allí, y juraría que una de ellas se había sentado más de una vez sobre las rodillas de Nico a la

hora de comer.

Me puse el casco y lo abroché.

—¿Preparada? —Miró hacia atrás y yo le sonreí, todavía observando a las tías.

Pasamos por casa a dejar las mochilas y los libros y nos dirigimos a La Casita Rosa, una cafetería muy bonita que podía presumir de hacer las mejores tartas de la ciudad.

Ignoré las dos llamadas de Maite mientras me deleitaba con las magdalenas. Nico se comió cinco muffins en menos de dos minutos acompañados de un tazón de chocolate. Bromeamos sobre el hecho de la dieta que íbamos a tener que seguir los próximos días para conseguir que nos cerraran los pantalones. No nos importó chuparnos los dedos delante del otro ni reír con la boca abierta y los dientes manchados de crema.

Mi teléfono volvió a sonar.

—Cógelo, a lo mejor es importante. Voy a soltar lastre. —

Se levantó y fue al baño.

—Guarro —dije moviendo la boca, sin sonido alguno.

—¡Hola, Viuda Negra!

—Menos mal, sigues viva. Creí que te había tragado la tierra. —Me sermoné sin saludarme siquiera. Hacía mucho que no hablábamos y juraría que era por mi culpa.

—Lo siento.

—Me he enamorado —anunció.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—¡No me lo puedo creer!

—Pues créetelo.

—¡No me lo digas! También estudia medicina.

—¿Cómo lo sabes?

—Te llevas todo el día estudiando. No podía haber sido de otra manera.

—Nos conocimos en una fiesta, listilla.

—Sí, seguro. En una fiesta en la biblioteca. —Reí.

—Me di un golpe en una pierna y él me ayudó.

—¡Qué romántico! ¿Tropezaste con una librería?

—Estoy a nada de colgarte —refunfuñó.

—Está bien, está bien. Cuenta.

Alfredo parecía un tipo simpático, al menos ella lo describió así. Educado, de buena familia y súper dotado (en lo que a estudios se refería, de la cama aún

no teníamos noticias). Quería que lo conociera y me informó que pasaría unos días de las vacaciones de Semana Santa en su casa, (como un amigo). No tuve más remedio que contarle mis planes para esas fechas.

—No iré a Punta Umbría para entonces.

—¿Por qué? —pegó un gritito.

—He prometido a Nico que viajaría con él a Madrid.

—¿Tus padres lo saben?

—Aún no.

—No se lo piensas decir, ¿verdad?

—No lo sé. Ya veré. Les diré que me quedo a estudiar.

Me regañó durante algo más de dos minutos por mi mala decisión.

—Tengo que dejarte. —Vi a Nico junto a la barra.

—¿Cuándo nos veremos?

—Te quiero. Te llamo luego. —Colgué al mismo tiempo que él llegaba y se sentaba.

—Necesito un digestivo. —Resopló.

—¿Un té?

—Un gin-tonic. Pero, ¿tú dónde vives?

—En casa de mi difunta abuela. Con un tío muy cerdo. —Puse los codos sobre la mesa.

—¿Y cómo lo soportas? —Hizo lo mismo y se acercó a mí.

—No lo soporto, pero no se lo digas —susurré, a modo de secreto.

—No lo haré, pero tendrás que prometerme que volveremos aquí cada semana —musitó, reduciendo todavía más la distancia.

Tragué con dificultad y traté que no me afectara que sus labios se movieran a dos centímetros de los míos.

—¿Tanto te gusta el rosa? —De ese color estaban pintadas las paredes y cubría parte del mobiliario de la cafetería.

—Es mi color preferido. ¿Cuál es el tuyo?

«El negro de tus ojos», pensé.

—El azul cielo.

Nos quedamos mirándonos unos segundos.

—¿Vas a darme ya las llaves de mi moto? —Me eché hacia atrás y rompí el momento.

—No.

—¿Cómo puedes tener tanta cara?

—Vámonos. Ya he pagado. —Me ignoró. Se levantó y se puso el abrigo que colgaba de la silla.

—¿Cómo que ya has pagado? Pagamos a medias. —Lo imité.

—¿Quieres dejar de relatarme? Eres insufrible. —Hizo una mueca de pesadez, y yo fruncí la boca.

—¿Insufrible yo? —Le di un empujón.

—Una tortura. —Me rodeó el cuello con un brazo.

—Tú eres un pesado.

—Un pesado que conduce una Vespa. —Se subió a mi moto y, con una señal de cabeza, me invitó a sentarme detrás.

Se fue a trabajar después de darse una ducha rápida. No volví a pedirle las llaves de la moto, pero me las encontré sobre la mesa cuando deposité sobre ella mi cena.

El timbre de la puerta sonó al terminar de tragar el último bocado de mi hamburguesa de espinacas.

—Te traigo sopa caliente. —Enric levantó una taza de la que salía humo.

La cara se me cambió a una de circunstancia que no pude ocultar.

—Ya has cenado —siguió.

Asentí con la cabeza y me disculpé.

—No te preocupes. Dime que no has visto esta película y se me olvida.

Sacó del bolsillo un DVD en el que se leía «Un paseo para recordar».

La cara me volvió a cambiar.

—No puede ser —masculló.

Asentí de nuevo.

—Soy el peor novio de la historia.

Abrí los ojos de par en par por esto último.

—Quiero decir amigo, sí, amigo...

—Cállate ya. —Rompí a reír y le quité importancia—. He visto la película una cien veces, pero no me importaría verla contigo. Si tuviera reproductor de DVD, claro.

—Qué suerte que yo sí tengo.

—Cojo el abrigo y nos vamos.

—También tengo mantas.

Vimos la película y lloré con el final, como siempre hacía. Enric no se rio de mí, al contrario, me arropó entre sus brazos y me susurró que no pasaba nada. Nos quedamos dormidos sobre el sofá de su salón. Cuando desperté, había amanecido.

## BAILEMOS



Abrí los ojos y bostecé varias veces antes de ver que Enric dormía a mi lado. Hacía un ruidito muy gracioso al respirar, tenía la boca abierta y las orejas coloradas debido al calor de la calefacción. El televisor aún estaba encendido y podía escuchar los pájaros revolotear y cantar en el patio. Traté de levantarme sin despertarlo, sin embargo, en el primer movimiento, se quejó y abrió los ojos.

—Buenos días —musité.

—¿Qué hora es?

—Muy temprano. Sigue durmiendo. Me voy.

—Quédate —ronroneó.

—He quedado con las gemelas para hacer un trabajo. —Me levanté y me rodeé el cuerpo con una de las cuatro mantas con las que nos habíamos tapado.

—¿Nos vemos luego?

—No lo sé. Me la llevo. Ya te la devolveré. —Señalé la especie de edredón.

Creo que ya estaba dormido de nuevo cuando salí de allí, porque no contestó. Entré en mi casa tapada hasta las cejas, en pijama y con el pelo revuelto. Nico salió de la cocina con una taza de café en la mano.

—¿Lo último en moda?

—Me quedé dormida viendo una película.

—¿Es el nuevo atuendo para ir al cine? —Me miró de arriba abajo.

—Estoy rodeada de graciosos. Me quedé a dormir en casa de Enric. — Parece que la noticia no le sorprendió.

—Os escuché cuando llegué.

No le aclaré que lo que hizo fue escucharme llorar como una magdalena con el final de una película que había visto una docena de veces.

—Me duele la espalda —me quejé.

—¿Un mal colchón? —preguntó como si no le importara.

—Me quedé dormida en el sofá.

Respiró, como si hubiera estado conteniendo el aire.

—Vete a la cama y descansa.

—No puedo. He quedado con las chicas. —Caminé hasta mi habitación.

—¿Te llevo en mi moto? —Levantó una ceja.

—Déjame en paz. —Sonreí y me tiré, sin poder evitarlo, sobre mi cama.

Vic me llamó para recordarme que debía llevar mi ordenador porque los de ellas se estaban formateando. Llegué a su casa después de dar tres vueltas a una urbanización bastante pija. Su hermano Rubén me dio la bienvenida y sus padres me trataron con mucha educación y cariño. El chalet impresionaba, parecía el castillo de una princesa moderna dotado de la última tecnología. Con una Tablet manejaban las luces, las ventanas, persianas, teléfonos, electrodomésticos... Pasé más tiempo alucinada por la domótica y por la arquitectura del edificio que haciendo el trabajo por el que había conducido la moto hasta allí.

La noche del sábado y la tarde del domingo la pasé viendo películas románticas con Enric. También me invitó a cenar, pero le dije que no, a sabiendas de que Nico libraba y le había prometido mediante mensaje de texto que comería algo con él.

No podía comparar los momentos que pasaba con cada uno de ellos porque me lo pasaba genial con los dos, así que las próximas semanas las dediqué a disfrutar de la compañía de ambos. La relación con Enric se volvió un poco más íntima y me besaba cada vez que surgía la oportunidad; y con Nico... Nico era Nico, no lo podía explicar.

Él no me besaba, ni siquiera lo intentaba, pero me daba algo que nadie más me daba: seguridad.

Con él me sentía plena, tranquila, y llegó a un punto en el que nos tratábamos como un matrimonio octogenario, nos cuidábamos pero sin ningún tipo de sexo ni una relación que pudiera poner en peligro la amistad que forjábamos cada día. O eso me decía.

Nico aceptó de manera natural que saliera con Enric. Y Enric asumió, si es que realmente tenía que hacerlo, que Nico era mi amigo, además de mi compañero de piso, y que mi relación con él no tenía nada que ver con la nuestra. Hasta se hicieron amigos, no íntimos, pero se toleraban y mantenían alguna que otra conversación cuando coincidían.

La última semana, antes de las vacaciones de primavera, el Red Dragon preparó una fiesta para despedir a los estudiantes hasta el próximo cuatrimestre, así que Nico nos invitó a todos. Vic y Rosalía se apuntaron al instante. Yo tuve que convencer a Enric para que nos acompañara, sus amigos de la facultad de Derecho tenían otros planes y ya les había prometido que asistiría. Al final llegamos a un punto intermedio, y se pasaría primero por la fiesta de los futuros juristas y después vendría con nosotras.

Las chicas vinieron a recogerme en el coche a la hora de cenar. Comimos

algo de camino al pub y tuvimos la suerte de aparcar en la misma calle del local. Pisamos el acerado con nuestros zapatos de tacón de varios centímetros y enseñando piernas. Hacía frío, pero era un día especial y ni la nevada que se avecinaba lograría que hoy dejásemos colgados de los armarios nuestros modelitos.

Un portero, que nunca antes había visto por allí, nos dio la bienvenida y abrió la puerta para que entráramos. Estaba lleno de gente y la música sonaba bastante alta, tanto para que no me enterara de lo que decía Rosalía, solo veía el movimiento de su boca.

—¿Qué? —Pegué mi oreja a su boca.

—¡Que esto es genial! ¡Vayamos a pedir!

La seguimos entre la marabunta, colándonos por el hueco que ella hacía y conseguimos llegar a la barra.

—¡Nico! —Ros lo llamó.

Este miró hacia nosotras, sonrió y se acercó.

—¡Hola! Estáis guapísimas —dijo, mirándome a mí, (que me puse colorada. Tonta que soy).—. ¿Qué queréis tomar? Invita la casa.

Hicimos el pedido y esperamos a que lo preparara.

—¿No viene Enric? —me preguntó mi compañero de piso al darme la copa personalmente y posicionarse delante de mí.

—No lo sé. Tenía otra fiesta.

—Gilipollas. —Creo que murmuró.

—¿Qué?

—Me encanta esta canción —me ignoró—. Vamos a bailar. —Salió de la barra, me cogió de la mano, tiró y me llevó al centro de la pista.

Sonaba Bad Romance de Lady Gaga. Empezamos a bailar normal, pero llegó un momento que nos volvimos locos y danzamos sin tener en cuenta que nos rodeaban un montón de gente. Ni la música podía esconder nuestras carcajadas. Nico me agarraba de la cintura, me daba vueltas, me separaba y me pegaba. En uno de los giros, nuestras narices chocaron y nos quejamos de que teníamos dos pies izquierdos cada uno.

Ninguno hizo alusión a que nuestros labios casi se rozan, seguimos haciendo el ganso y pasándolo de muerte hasta que otra camarera vino y le pidió ayuda.

—Prométeme que después repetimos la coreografía —manifestó.

—Estoy deseando que eso ocurra. —«Eso y otras muchas cosas». «Itxel, ¡no!», mantuve una conversación conmigo misma.

Desapareció en el almacén y fui a hablar con las chicas. No encontré a Victoria y me extrañé. Le pregunté a su hermana dónde se había metido, supuse

que habría ido al baño.

—Está con Fede.

—¿En serio? —Abrí los ojos. Ella me señaló a la derecha de dónde estábamos y vimos a los dos hablando y riendo. Me alegré por ella, y por él. Victoria era una maravillosa persona.

Pedimos otra copa, bailamos, reímos y charlamos con compañeros de clase. Vic se acercó a nosotras y nos presentó a Federico, al que ya conocíamos de vista, pero con el que nunca habíamos tenido el placer de conversar.

Parecía un tipo simpático, pero algo no me gustó.

No supe descifrar qué, sin embargo, no me dio muy buenas vibraciones.

Por supuesto, esto no se lo dije a Vic, solo eran cosas mías; intentaría conocerlo mejor y ya está. Desde lo de Felipe no me fiaba mucho de las personas y tenía que cambiar. No todo el mundo es igual.

Salimos a la calle a tomar un poco el aire y nos encontramos a Nico fumando un cigarro junto a un coche. Fuimos hasta él y nos ofreció una calada.

Negué con la cabeza, horrorizada.

—Lo sé. Fumar mata —repitió lo que ya le dije un día, meses atrás.

—Yo quiero uno —pidió Ros.

—¡De eso nada! ¡Se lo diré a papá! —Victoria la amenazó.

—Chivata. —Pasó de ella y cogió el cigarro que Nico le tendía. Este le acercó un mechero y Rosalía dio una calada demasiado fuerte, tanto que empezó a toser y casi vomita. Todos empezamos a reírnos mientras ella trataba de respirar.

Durante los siguientes cinco minutos estuvimos quejándonos del frío que hacía y de que los dedos de las manos se nos iban a caer a trozos.

—Los de los pies tampoco me los siento. Creo que me los voy a tener que cortar a la altura del tobillo —dijo Vic.

—A mí la congelación me llega a las rodillas —comentó Ros.

Nico tiró su cigarrillo a un lado cuando lo terminó, me agarró de la mano y me miró.

—¿Entramos en calor? —preguntó.

Se me pasó por la cabeza que a lo mejor se refería a meternos mano en una esquina del pub, pero pronto esa idea mutó a que sería más probable que me propusiera que ardiéramos en un horno de leña.

En realidad se refería a bailar juntos de nuevo, y eso hicimos. Volvimos al centro del local, esperamos a que sonara una canción y... la mirada de Nico se me clavó muy dentro. Destilaba felicidad.

Me asió de la cintura, me giró y, en esas, vi a Enric caminar hasta mí con una sonrisa enorme que imité. Salí corriendo hasta él, salté a su cintura y lo abracé.

Me alegraba que hubiera decidido asistir a la fiesta y pasar un rato conmigo. Se lo agradecí y le pedí que me acompañara a bailar con Nico, pero cuando miré hacia allí, este ya no estaba, había desaparecido.

Una hora, dos... No estoy segura del tiempo que pasamos moviendo el cuerpo a ritmo de las canciones más conocidas del momento. Estaba sedienta, así que dejé a Ros, Enric, Vic y Fede bailando y me encaminé hasta la barra a pedir un refresco, ya había bebido bastante.

—¿Qué te pongo? —gritó una de las camareras.

No me dio tiempo a indicarle qué quería. Nico le dijo que ya se encargaba él y se marchó.

—¿Me pones un refresco?

No me contestó, ni siquiera rio ni me dedicó una de sus miradas. Sirvió mi pedido y me lo ofreció.

—Cóbrate ya, que luego se me olvida. —Puse un billete de diez euros sobre la madera.

—No es necesario. —Lo cubrió con la mano y lo llevó hasta mí.

—Insisto. Ya nos has invitado a muchas. —Se lo volví a dar.

—He dicho que no. —Apretó la mandíbula, me clavó una mirada tirante y se fue hasta un lateral de la barra.

Cogí mi dinero y me dije que esto no iba a quedar así. Lo seguí, entré donde estaba y me enfrenté a él.

—¿Se puede saber qué te pasa? Creí que estábamos bien.

—Yo estoy perfectamente —aseguró, hosco, mientras cogía una caja de botellines de cerveza vacíos y desapareció en el almacén. ¿Y qué hice yo? Ir tras él.

Allí la música casi no se escuchaba.

—Nico, ¿he hecho algo mal? —le hablé a su espalda.

No contestó e insistí.

—Nico, no pases de mí. —Siguió ignorándome— ¡Nico! ¡Estoy aquí! ¡¡No hagas como si no existiera!! —grité muy alto y fuerte.

Él se giró de repente, dio dos pasos hasta mí y se posicionó a pocos centímetros de mi cuerpo.

—Sé que existes, Itxel. Ese es el problema.

—¿Por qué tiene que ser un problema? —tragué con dificultad.

—Tú no sabes nada de mí.



# 19

## ¿WHAT?



Lo sentía cerca, me refiero a físicamente cerca, porque por dentro me parecía que estaba muy lejos de mí, o, al menos, eso intentaba, distanciarse de una persona que quería conocerlo de verdad: sin secretos y sin mentiras.

Me hubiera gustado que nadie entrara y nos interrumpiera, pero no fue así. Una camarera entró en el almacén, la misma de antes, y volvió a pedirle ayuda. No me extrañó, el local rebosaba de personas, casi no podíamos caminar, y él estaba allí para trabajar, no para mantener conmigo una conversación sobre nuestra relación de amistad y por qué no me dejaba formar parte de su círculo más cercano.

Le conocía muy pocos amigos. En la facultad siempre estaba rodeado de chicas o de Louis, y hablaba muy poco de su vida en Madrid. Sumando toda la información, adivinaba que Javier era su único amigo y que por alguna razón que se me escapaba no había querido estudiar arquitectura en la capital. Su madre se llamaba Fátima y la quería de una manera especial, o eso transmitía cada vez que me contaba algo de ella.

—Tengo que irme —avisó.

Asentí mientras me mordía el labio inferior.

—Luego hablamos. El sábado nos vamos a Madrid.

—No sé si deberíamos.

Frunció el ceño como si no entendiera lo que le quería decir.

—¿Qué voy a hacer yo allí?

—Acompañarme, pero... no tienes que hacerlo si no quieres.

—Perdí la apuesta.

—Te libro de ella. Jamás te obligaría a hacer algo en contra de tu voluntad.

—Salió de allí y me dejó sola.

Busqué al grupo y nos marchamos del lugar. Victoria y yo votamos para dar la noche por finalizada y planchar la oreja en la almohada lo antes posible, pero ganaron los fiesteros Enric, Rosalía y Fede, que nos obligaron a comer churros al amanecer.

Me acosté con el peso del chocolate y la masa revolviéndome el

estómago. Un consejo: «No te hartes de zampar antes de irte a la cama, te será muy difícil coger el sueño». De todas formas, me quedé dormida, aunque tardé más de lo normal y pude escuchar a Nico llegar pasadas las ocho de la mañana. La noche había sido larga para todos y mi compañero de piso debía estar destrozado de trabajar. Supongo que por eso, cuando me desperté, a las tres de la tarde, él seguía sobando en su habitación con la puerta cerrada.

Me mensajeé con las gemelas acordándonos de lo vivido horas antes. Vic nos contó que Fede la besó en la puerta de su chalet y le pidió que salieran juntos estas vacaciones. Le dimos la enhorabuena y nos alegramos por ella. Ese chico le gustaba desde hacía mucho y nunca se había atrevido a acercarse a él. No os he dicho cómo se llamaba nuestro grupo de WhatsApp. Antes de revelar el nombre, he de deciros que teníamos dieciocho años y ni dos dedos de frente, aunque estuviéramos ya en la universidad. Allá va: Three Direction. Se entiende, ¿no? Ellas también eran fanes del grupo One Direction y no nos fue difícil ponernos de acuerdo cuando se creó. Tres balas perdidas en la misma dirección, diría yo; Vic, Ros y yo. Entonces, no sabía lo elementales que serían en mi vida, y eso que dicen que las amigas de la universidad serán las más importantes de nuestra existencia.

Perreé sobre el sofá toda la tarde, y no me refiero a bailar reggaetón, sino a hacer la vega con una botella de agua para la resaca.

La puerta de Nico se abrió a las seis, (no sé muy bien por qué ese día estuve pendiente de la hora. Sería porque en breve Nico partiría a Madrid. Solo. Sin mí), me saludó con un golpe de cabeza y se metió en el cuarto de baño durante media hora justa.

Lo escuché ducharse antes de pasearse delante de mí con solo una toalla atada a la cintura, descalzo y el pelo mojado. Se perdió en la cocina mientras yo lo hacía entre mi propia baba, que recogí antes de que se percatara. En serio, estaba bueno, pero bueno bueno. Vientre plano con los abdominales perfilados, el abdomen le terminaba en uve y le seguían unas piernas torneadas.

Unos segundos después, cruzó el salón y volvió a su habitación sin decir una palabra. Tuve que esperar una hora para que se dignara hablar conmigo.

—Tengo hambre. —Tomó asiento a mi lado como si nada hubiera pasado.

—Hay burrito vegetal en el frigorífico.

—¿Me ofreces tus sobras?

—Hazte algo si quieres —respondí desganada.

Me levanté y me metí en mi habitación. No me apetecía discutir con él otra vez. Nuestra vida era un ir y venir de emociones. Ahora estamos bien. Ahora estamos mal. Y no sabía la razón de que eso fuera así.

Abrí el armario para coger ropa y, cuando lo cerré, lo encontré a medio

metro de mi.

—¡Ahh! —Me llevé la mano al pecho—. ¡Qué susto!

—Soy gilipollas.

—Un poco, sí. Pero no importa. Olvidémoslo.

—Aún quiero que me acompañes a Madrid.

—¿Por qué? —pregunté, seria.

—Porque te necesito.

—Esa respuesta es muy amplia. No me vale. —Lo rodeé y anduve hasta el aseo.

Él me siguió. Nos pasábamos las horas uno detrás del otro, sin encontrarnos.

Fui a cerrar la puerta y él la frenó con una mano.

—Vamos a casa de mi hermana. Es muy pesada. Prefiero no ir solo — soltó.

Algo me decía que no era del todo verdad, o, por lo menos, seguía escondiendo algo importante.

—Además, tengo los billetes comprados.

—No es buena idea, Nico. —Supliqué en silencio que no insistiera más.

—Por favor, nos está esperando. Ya sabe que vas. —Amusgó los ojos, y me enterneció.

—¿Tú realmente quieres que vaya? A tu hermana puedes decirle que me he puesto enferma o me ha surgido un problema familiar.

—Lo sé, Itxel. Pero quiero que vengas. Claro que quiero que vengas. — Dio un paso hacia mí, me apartó un mechón de pelo de la cara y lo dejó detrás de mi oreja. El tacto de su piel con la mía me estremeció. Siempre lo hacía, no podía evitarlo. Nico era para mí un rayo de potencia descomunal, pura electricidad.

—Vale —musité.

—Lo pasaremos bien. Te lo prometo. —Sonreímos de lado.

Llamaron al timbre de la puerta y mi burbuja, en la que vivía con Nico en la Ciudad de Arcoíris de Itxel, donde los unicornios cagaban golosinas y vomitaban donuts, explotó.

—Anda, vete. Tengo que ducharme. —Lo eché.

—¿Pido comida a domicilio?

—Vale.

—¿Qué quieres?

—Lo mismo que tú.

—Eso quería escuchar. —Me guiñó un ojo, y cerré. Hasta varios meses después no supe todo lo que se escondía detrás de estas dos últimas frases.

Salí con ropa deportiva, me apetecía estar cómoda y relajada, pero nada más lejos de la realidad. Me refiero a lo de relajada. Llegué al salón y me encontré a Nico y Enric mirando la televisión, ni siquiera se escuchaba, pero dudo mucho que estuvieran echando cuenta de lo que emitían. La tensión se podía cortar con un cuchillo, sin embargo, dudé sobre si sacar armas blancas era o no buena idea.

—La comida tardará poco en llegar —me informó mi compañero.

—Enric, ¿te quedas a cenar? —pregunté. ¿Qué podía hacer? Salía con él, no lo vería en una semana y no podía echarlo sin más. Despacharlo, se dice en mi pueblo.

—Vale.

—Solo he pedido comida para dos —argumentó Nico.

—Da igual. Yo no tengo mucha hambre —dije.

¡Mentira! Me hubiese comido cuatro berenjenas, cinco espárragos y veinte hamburguesas de tofu, no obstante, regalaría hasta mis galletas porque aquella situación terminara.

¡Qué guay!

¡Planazo!

¡Los tres alrededor de una mesa!

Por suerte, la cena no tardó en llegar. Enric intentó pagarla, pero Nico no lo dejó. Su cara reflejaba una emoción desmesurada, como si hubiera ganado una de las batallas en la guerra que libraban. Pedí que pusiéramos una película mientras comíamos. Me daba igual cuál, lo único que deseaba era terminar con ese silencio maligno. De nada me sirvió la estrategia «Que se entretengan con indios y vaqueros y así no se pelean», porque Enric habló para dar pie a que Nico metiera la pata de una manera descomunal.

—Entonces, ¿mañana te vas a Madrid? —le habló a Nico.

—Sí —contestó sin mirarle.

Tragué con dificultad al darme cuenta de que aún no le había dicho a mi amigo (con derecho a besos) que me marchaba a la capital. No se me había olvidado, solo esperaba el momento adecuado, y con lo que pasó la noche anterior, pensé que al final no viajaría hasta allí.

—Me alegro de que no te vayas a Huelva. Tengo planes para nosotros —expresó, agarrándome de la mano.

Nico me echó una mirada de reproche, pero no dijo nada, de momento. Al terminar de cenar, se levantó, recogió su plato y se detuvo frente a nosotros.

—Itxel, el tren sale a las diez. Nos vamos a las nueve. Me voy a dar una vuelta. —Soltó sin más, y se fue a la calle, dando un portazo como despedida.

Enric me miró con semblante circunspecto.

—¿Qué ha querido decir?

—Veras... No te lo he dicho antes porque creí que no iría —mentí un poco.

—¿Qué tenías que decirme?

—Le prometí a Nico que pasaría las vacaciones con él.

—¿Qué? —Abrió los ojos de par en par y las cejas le llegaron al techo.

—Fue hace mucho tiempo. Perdí una apuesta.

—¿Te vas con él porque perdiste una apuesta? No tienes por qué hacerlo.

—Lo sé.

—¿Entonces? —Puso un brazo en jarra y levantó el otro—. Porque no lo entiendo.

—Quiero ir. Nico es mi mejor amigo y quiero conocerlo mejor. Además... me necesita.

Respiró y se tocó el cabello.

—¿Te necesita? Ese chico tiene problemas y tú no quieres verlo. —Me señaló.

—Me da igual. Puedo ayudarlo.

—Pero... ¿cuánto hace que lo conoces?

—Eso no importa.

—¡Claro que importa! ¡No me fio de él!

—Es curioso porque él no se fía de ti.

—¿Qué? ¿Qué importa lo que ese tío piense de mí? ¡Tú me conoces desde que éramos niños! —levantó la voz.

—Enric. —Me acerqué a él y lo agarré de las dos manos—. Es la última noche que vamos a pasar juntos hasta dentro de una semana. ¿De verdad quieres que discutamos? —Intenté calmarlo.

Lo pensó durante varios segundos, tras los cuales, reaccionó.

—Llevas razón. —Me agarró por el cuello—. Ven aquí—. Me rodeó con sus brazos y acomodé mi mejilla en su pecho.

—Nunca me ha gustado pelear contigo —murmuré.

—A mí tampoco. —Eché la cabeza hacia atrás y me miró—. Voy a echarte mucho de menos.

—Y yo a ti.

Deshizo la distancia de nuestros labios y me besó. Fue un beso largo y sentido, pero no explotó nada dentro de mí. Para que me entiendas, los unicornios del País de Arcoíris de Itxel bebían de un río de Coca Cola con peces de confeti y purpurina ajenos a lo que sucedía. Nada los hizo levantar las alas de colores y volar, así como cagar donuts.

Me levanté de noche para hacer la maleta. Todavía no había amanecido y yo preveía que el trayecto en tren lo iba a hacer durmiendo. Pillamos un taxi en el Paseo de los Tristes que nos llevó hasta la estación.

Nico se metió conmigo y mi cara de zombi mientras discutíamos porque me dejara pagarle el billete, cosa que no ocurrió. Se negó en rotundo a que me gastara ni un euro en un viaje al que él me había invitado. Por esto, el trayecto no solo lo hice sobando, también de morros porque no me gustaba que me pagaran algo así.

Madrid siempre me ha gustado. Es una ciudad cosmopolita, llena de color, diversidad, tolerancia, alegría. Emanada libertad por todos lados. Allí cada uno va a lo suyo y no se mete con nadie, o eso me parecía. Esperamos la cola para coger otro taxi, que tampoco me dejó abonar. Refunfuñé y él se rio de mí como si le hiciera gracia que me molestara tanto el tema del dinero. Él trabajaba todas las noches muy duro en un bar, y no me parecía correcto que se gastara en mí más de lo que tuviera. Por supuesto, ya he dicho que no lo conocía.

Bajamos del coche y vislumbré una urbanización muy pija, mucho más que la de las gemelas, mucho más que nada de lo que hubiera visitado antes.

—¿Vives aquí? —Bajé unos centímetros mis gafas de sol.

—Vamos a casa de mi hermana.

—¿Es Paris Hilton?

Me miró y soltó una carcajada.

—Para nada. —Comenzó a caminar, y yo lo hice a su lado.

—Es aquí. —Se detuvo delante de una gran verja negra, y llamó a una especie de portero con una pequeña cámara.

De pronto, Nico me agarró de la mano, y entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Qué haces? —Miré el punto exacto en el que nos tocábamos, y después a él.

—Serás mi novia la próxima semana.

—¿Cómo? —Solté un gritito.



## QUIERO ENSEÑARTE ALGO



Estaba anonadada. No, no, estaba hostiada, muy hostiada, atontada, gilipolleada. No podía reaccionar, y mira que traté de decir algo. Yo que sé: «¿Te has vuelto loco?», «¿Cuándo hemos empezado a salir?», «Entonces, ¿puedo besarte ya?». Me di un toque mental por haberme hecho esta última pregunta y me supliqué a mí misma que me centrara y reaccionara.

—«¡Nicolás! ¡Ya está aquí Nicolás!» —Escuchamos a través del portero automático, justo antes de que la cancela de hierro comenzara a abrirse.

Él tiró de mi mano y anduvimos por un caminito de piedras grises al que rodeaba un jardín inmenso lleno de flores y árboles.

La puerta del chalet se abrió y una chica morena de pelo largo salió a correr en dirección a nosotros. Abrazó a Nico con mucha fuerza y sentimiento, tanto que hasta yo lo sentí. Sin embargo, él no me soltó, aunque le devolvió el abrazo.

—¡Me alegra mucho que estés aquí! Pensaba que no ibas a venir. —Aseguró—. ¡Hola! Soy Celeste, la hermana de este impresentable. —Lo señaló, y me dio dos besos—. No sabes las ganas que tenía de conocerte. Nico solo habla de ti.

Lo miré y arrugué, de manera disimulada, el entrecejo. ¿Hablaban de mí? ¿Y qué decía? Porque su novia no era. Hasta donde sabía, solo compartíamos piso. A mí me gustaba mucho, pero él no tenía ni idea.

Una niña, también morena y de unos tres o cuatro años de edad, apareció de la nada y se abrazó a las piernas de Celeste.

—Mi vida. —La cogió en brazos—. Está aquí tu tío. —La pequeña se escondió tras el cuello de su madre—. No te conoce, si vinieras más a menudo... —comentó, sin tono de reprimenda alguno.

—¡Nicolás! —Ahora fue un hombre el que nos saludó. Chocó una mano con la de Nico y después se dirigió a mí—. Leandro. Encantado de conocerte.

—Mi cuñado —aclaró mi compañero. No lo podía negar. La niña era clavadita a él.

Pasamos dentro y nos llevaron hasta el dormitorio en el que pasaríamos los

próximos días. Era grande, pero solo había una cama y la sorpresa que me llevé debió reflejarse en el rostro.

—He preparado solo un dormitorio. No quiero que penséis que soy una antigua. Solo soy cinco años mayor que Nicolás. Y vivís juntos... ¿a quién queremos engañar?

«A ti», pensé. Y resoplé sin poder evitarlo.

—Todo perfecto, hermanita.

—Voy a terminar de preparar la comida. He pensado que os apetecería descansar. Hoy comeremos más tarde.

—A Itxel le parece buena idea. —Sonrió. Yo le hice una mueca con la boca, denotando mi disconformidad con su osada afirmación, y me callé porque... porque era verdad. Necesitaba dormir un rato.

Celeste salió del dormitorio y cerró la puerta. A continuación miré al mentiroso que tenía por compañero de piso y puse los brazos en jarra.

—¿Somos novios?

—Solo unos días.

—Me debes una explicación.

Se tiró sobre la cama y me ignoró.

Lo empujé y traté de tirarlo al suelo, sin conseguirlo.

—Esta cama es mía. Tú duermes sobre la alfombra.

—Pero si mide dos metros.

«Dos metros no son suficientes para alejarme de ti».

—¿Cómo se te ocurre decirle a tu hermana que dormiríamos en la misma habitación? —Tomé asiento en el lado derecho.

—Yo no le he dicho nada. —Él lo hizo en el izquierdo.

—¡No hacía falta! —Levanté las manos—. Podías haberle explicado que no nos acostamos.

—Somos “novios”. —Entrecomilló la palabra con un gesto de las dos manos—. ¿Cómo iba a creerse que no nos acostamos?

—Salgo con Enric, y no me acuesto con él —aclaré, sin pensarlo.

Se hizo un silencio entre los dos.

—Vamos a dormir un poco. Yo también estoy reventado. —Se tumbó sobre el edredón.

—¿A qué hora llegaste anoche? —Me tumbé yo.

—No lo sé. —Flexionó los codos y se llevó las manos detrás de la cabeza.

—Necesito dormir doce horas... —Cerré los ojos.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

- Me alegro —susurró.  
—¿De qué...? —musité, en un estado de duermevela.  
—De que no te hayas acostado con él.

No dormimos doce horas, ni mucho menos. Mi nuevo compañero de habitación (y de cama) me despertó con suavidad, hasta que se dio cuenta que tenía que utilizar un tono más grave para que me levantara. Nos dimos una ducha rápida y bajamos al enorme comedor. Una señora con uniforme rosa y delantal blanco terminaba de montar la mesa, que nada tenía que envidiar al mejor restaurante cinco estrellas Michelin, ¿o son tenedores? Ni idea. El caso era que no le faltaba un perejil, (expresión muy repetida en mi pueblo para referirte a algo cuidado hasta el más mínimo detalle, recargado y pomposo).

—Buenas tardes. La comida se servirá en cinco minutos.—Nos sonrió muy dulce.

- Tu hermana...  
—Es un poco pija, sí.  
—No he querido decir eso —traté de excusarme.

Celeste, Leandro y Marta, así se llamaba su sobrina, nos invitaron a tomar asiento y comenzamos a comer. Entrante, primer plato, segundo plato y postre.

No estaba acostumbrada a tanto protocolo, pero mis padres me enseñaron a comportarme desde bien pequeñita, aunque he de admitir que me hice un lío con los cubiertos.

En mi casa solo había un tipo de tenedor, el que, básicamente, se utilizaba para todo. Comprobé que Nico sí que sabía del tema y supo emplear cada uno de ellos. Caí en la cuenta de que tal vez él se había criado en una casa como esta, con servicio, chófer y todas las comodidades. No es que yo hubiera crecido en una casa destartalada o en la miseria, pero esto era otro nivel, “Maribel”.

No le pasó desapercibida mi ignorancia y, aunque no hizo alusión a ella, sí se rio de mí. Terminé la comida sintiéndome victoriosa por haber sabido sobrellevar la tarea de adivinar cubiertos, copas, vasos y responder a la conversación, que trató sobre temas muy diversos. Desde la política actual, al mundo empresarial y la arquitectura. La casa la habían diseñado entre Leandro y Celeste y construido el padre de Javier. Me gustó saber de él, sin embargo, algo me decía que Nico no se encontraba muy cómodo con el coloquio.

—Ven, quiero enseñarte algo. —Mi compañero me agarró de la mano y me guio.

Bajamos por unas escaleras hasta un sótano oscuro, que se iluminó con nuestra llegada, debía tener sensor de movimiento. Tres coches aparecieron delante de nosotros. Todos de alta gama: un todoterreno, uno familiar y un Mini azul del que me enamoré al instante. Nada de lo que veía me hacía sospechar lo que encontré a continuación.

Nico levantó una lona verde oscura y de, debajo de ella, surgió, de manera mágica, una Harley Davidson negra mate de 2006. Creo que el grito que salió de mi garganta lo escuchó Maite desde la toalla en la que me la imaginaba tumbada en la playa de Punta Umbría.

—¿Te gusta?

—¿Estás de broma? —Me acerqué a ella y la acaricié con cuidado.

—¿Quieres dar una vuelta?

Lo miré con extrañeza.

—No la vamos a robar. Es mía.

—¿Qué?

Se subió a ella, giró la llave y la arrancó. No puedo describir el sonido que salía del motor. Solo las Harley suenan así. Era música celestial, una oda a las dos ruedas, un canto a un estilo de vida, era especial, era único, era...

—¿Vienes o qué? —Me dio un casco a juego con la máquina que tenía delante y me guiñó un ojo.

Salimos de allí como si fuéramos viento. No pude evitar gritar con todas mis fuerzas cuando aceleró en la primera recta, nada más dejar la verja atrás.

Condujo durante más de media hora. El cansancio dio paso a la lujuria más pura, que se introdujo en mi torrente sanguíneo y corrió por mis venas como nosotros lo hacíamos sobre la carretera. La euforia se apoderó de mí, no quería bajarme de allí, solo me apetecía seguir agarrada a su cintura, sentir el aire en la cara y escuchar el rugido del tubo de escape. Los vellos los llevaba de punta y no era de frío, sino de pura emoción.

Se detuvo en un parque a las afueras de la ciudad.

—¡Guau! ¿Por qué no me habías dicho nada de esto? —Me bajé y me quité el casco, dando saltitos sin parar.

Encogió los hombros y también se lo quitó. Apagó el motor y me miró.

—Me debes muchas explicaciones. Ni siquiera sabía de la existencia de tu sobrina.

—No hablo mucho de mi vida.

—Pues ya va siendo hora de que lo hagas.

—Lo sé —contestó, contra todo pronóstico, y abrí la boca.

—¿Vas a decirme quién eres? —Hice una mueca.

—Ya sabes quién soy.

—Sé que te llamas Nico y que cocinas muy bien. Poco más.

—Trabajo en un bar y estudio arquitectura.

—Pero no sé por qué no te quedaste en Madrid.

Le cambió la cara.

—No me gusta Madrid. —Colgó los cascos en un manillar y se bajó.

—¿Por qué? Es una ciudad maravillosa. —La señalé, a lo lejos.

—Me trae malos recuerdos.

—¿Qué te pasó?

Negó con la cabeza.

—No vas a contármelo, ¿verdad?

No contestó.

—¿No confías en mí? —Me entristecí.

—No es eso. No...No estoy preparado.

—Nico, estoy aquí. —Lo agarré por el cuello de la chaqueta.

—Si lo supieras, no estarías.

—¿Cómo que no? Eres mi mejor amigo.

Resopló, se tocó el cabello y caminó un par de pasos, dándome la espalda.

—No tienes que contármelo si no quieres. —Me puse tras él, y le acaricié los hombros.

—No me llevé la moto a Granada porque también me trae muy malos recuerdos —comenzó a hablar—. Verás, Itxel... —Se giró y se puso frente a mí—. Salía con alguien. Era mi novia. —Respiró—. Tuvo... Tuvo un accidente de moto. Un coche se saltó un stop y la arrolló.

—Yo... —Traté de decir algo.

—Murió. Yo lo vi todo. Iba detrás en mi moto. No pude hacer nada para salvarla. —Una lágrima rodó por su mejilla.

—Lo siento mucho.

—Mi padre me hace responsable de lo que pasó, pero yo... No pude hacer nada, no pude hacer nada —repitió, como si lo necesitara— ¿Y si fue culpa mía? Yo se la regalé. Ella no sabía conducirla, le daban miedo... Y yo... Yo insistí, ni siquiera tenía carné...

No lo pensé, me abracé con fuerza a él y dejé que se desahogara. Fueron unos minutos muy intensos en los que solo le acaricié el cabello y le dije que todo saldría bien. ¡¿Qué leches sabía yo si todo iba a salir bien?! Pero se dice eso, ¿no? Me sentía fuera de lugar, perdida, no sabía reaccionar, ni qué decir, ni qué hacer; sin embargo, tenía una cosa clara: lo iba a apoyar. Fuera como fuere yo estaría ahí para él. Ahora que había conseguido que abriera su corazón y me contara una de las muchas sombras que por aquella época ensombrecían el

corazón de Nico, no iba a dejar que el miedo se apoderara de mí, ni de él.

Puso las palmas de sus manos en mis mejillas y lo miré.

—Mi hermana cree que aún no la he olvidado y por eso no soy capaz de querer a otra chica.

—Por eso le has dicho que soy tu novia. —Acerté.

—Quería que dejara de preocuparse por mí.

—Pero aún no la has olvidado...

Se mordió el labio y llevó sus ojos hasta mi boca.

21

DE CINE



Todo se intensificó. Más todavía, quiero decir. La euforia de la velocidad sobre la moto, la libertad de estar tan lejos de casa, que se abriera a mí y me contara una parte tan dolorosa de su vida... Todo se unió para que, cuando se acercó a

besarme, yo no me separara. Quizás estaba deseando que lo hiciera, pero ahora existía Enric en mi vida, y no podía hacerle aquello. No obstante, me dio tiempo a apartarme y no lo hice. Al contrario, disfruté sintiendo cómo se aproximaba, cómo su respiración se mezclaba con la mía. Me rozó los labios con los suyos de una manera lenta y dolorosa, mientras me acunaba la cabeza entre sus manos. Suspiré en cuanto su lengua rozó mi labio inferior y sentí la humedad sobre mi sensible piel. Supe que había añorado y deseado aquel beso desde que lo vi aparecer en la puerta de mi casa la primera vez, mendigando cobijo.

Nuestras bocas se movieron al unísono, encajando a la perfección. Su lengua se enredó con mi lengua, bailando a un ritmo calmado, que fue mutando a intenso cada segundo un poco más.

Reaccioné al escuchar salir de su garganta un sonido ronco que me descompuso.

—Nico... —Lo aparté unos milímetros—. Yo... No puedo...—Puso la frente sobre la mía y suspiró con fuerza.

—Sí puedes —casi suplicó, en un susurro que destilaba dolor.

—No... No así... —Puse mis manos sobre las suyas.

—¿Te refieres a él? —formuló, abatido.

Asentí con la cabeza y lo miré a los ojos, sin ocultarme.

Le costó soltarme y alejarse, pero lo logró. Fueron unos segundos intensos en los que me debatí entre aferrarme a él y volver a besarlo, o dejarlo ir y hacer lo correcto.

Opté por la segunda opción y le pedí que nos fuéramos. Comenzaba a hacer frío, o esa fue la excusa que puse.

La noche llegó antes de lo esperado y, aunque estaba deseando dormir más de cinco horas seguidas, no me sentía preparada para tener que hacerlo al lado de Nico. Él parecía pensar lo mismo, porque cuando entramos en el dormitorio, después de cenar y despedirnos de todos, cogió mantas y una almohada del armario, las tiró en el suelo, se quitó la camiseta y anunció que iba a dormir allí.

—No tienes por qué hacerlo —manifesté.

—No quiero que tu novio se moleste —declaró, en tono hosco y desagradable.

—No tienes derecho a ponerte así. —Intenté que su torso desnudo no me despistara, y le regañé.

—¿No? Siento que me moleste que la chica que me gusta salga con otro.

—¿Qué has dicho? ¿La chica que te gusta? —Me enfadé, en contra de lo que puedas pensar.

—¿Qué pasa? ¿No lo sabías? —Se movió para coger un cojín de la cama y todos y cada uno de sus músculos se movieron con él (por lógica básica).

¡Madre del amor hermoso! La luz cálida de la mesita de noche se reflejaba en su morena piel y casi se me va el santo al cielo.

«Concéntrate, Itxel, mírale a los ojos».

—¡Pues claro que no lo sabía! ¡Llevas pasando de mí desde que nos conocimos! —protesté.

—¡Eso no es cierto! —chilló.

—¡Sí lo es!

—¡¡No!!

—No grites —mascullé, advirtiendo que quizás hablábamos demasiado alto.

—¿Sabes qué? Dejémoslo. Sales con ese imbécil.

—No lo insultes. Él no tiene la culpa.

—¿Y quién la tiene? —Dio un paso hacia mí.

—¡Tú! —Lo señalé como si fuera obvio—. ¿Con qué derecho me besas y me dices que te gusto, después de tanto tiempo? ¿Esperas a que salga con otro para soltarme todo esto? ¿Qué quieres? ¿Que me rinda a ti como si Enric no existiera? Has tenido infinidad de oportunidades para besarme. Creí... creí que no sabías ni que existía... ¿Por qué no lo has hecho antes?

—¡Porque estaba muerto de miedo!

—¿A qué tenías miedo?

Cogió aire y lo soltó.

—A enamorarme de ti como lo he hecho. A quererte como la quise a ella. A volver a amar a alguien a quien puedo perder de nuevo y terminar destrozado por dentro.

Esperó a que hablara, a que le contestara... pero mi lengua se quedó trabada.

—Nico... —solté un quejido, clavada en el suelo. Necesitaba tiempo para asimilar lo que acababa de escuchar.

Podía sentir su respiración agitada y el corazón bombeando fuerte dentro del pecho.

—No tienes que decir nada. Solo... Llevabas razón. Necesitaba sincerarme contigo. —Se tumbó sobre las mantas del suelo y apagó la luz.

Yo me acomodé en la cama y le pedí que se acostara a mi lado.

—No puedo.

—¿Por qué?

—¿Vas a volver a retirarte cuando intente besarte?

—Yo... No lo sé.

—Pues será mejor que me quede aquí abajo, porque tu chico me va a importar una mierda la próxima vez que lo intente y tú no me rechaces.

No dije nada. ¿Qué contestar a eso? A mí, por momentos, hasta se me olvidaba que Enric existía. Me sentía fatal por ello, pero no podía evitarlo. La atracción que sentía por Nico era nueva para mí. Ni Felipe había conseguido que mis sentimientos se convirtieran en algo tan grande. Había dicho que estaba enamorado de mí. Me quería. ¿Y qué hice yo? Quedarme como una estatua y mirarlo como una boba.

«Tonta perdida, Itxel».

Pasé la mayor parte de la noche mirando al techo, preguntándome qué hacía allí y por qué sentía aquella atracción hacia él. Quería abrazarlo, deseaba tumbarme a su lado y que me acunara entre sus brazos. No sé si él consiguió dormir, pero lo escuché suspirar tantas veces o más que yo.

Algo me llevó a abrir los ojos, y cuando lo hice, me encontré con la carita de su sobrina a pocos centímetros de la mía.

—Hola. —Levantó la manita, en la que llevaba una especie de colgante con muchas bolitas de colores.

—Hola, preciosa.

Alzó el brazo y me lo ofreció. Saqué la mano de entre las sábanas y lo cogí. Ella comenzó a correr y salió de la habitación. Me senté en la cama, bostecé y lo miré. ¿Acababa de recibir un regalo? Eso parecía. Lo deposité sobre la mesita de noche y me levanté.

—Buenos días. —Nico entró con ropa de deporte, los auriculares colgando por el cuello de la sudadera y el pelo revuelto y húmedo.

—¿Qué hora es? —Me asusté. ¿Qué invitada se queda en la cama hasta mediodía?

—No te preocupes, es temprano. He salido a correr. —Se deshizo de la camiseta y la tiró a un rincón de la habitación. Otra vez me vi obligada (ejem, ejem) a quedarme embobada sobre su piel, esta vez sobre su espalda—. Voy a darme una ducha. —Desapareció en el baño del dormitorio y resoplé. La semana se preveía larga y dura.

Saqué la ropa de la maleta y la colgué en el armario. Tuve que atusar alguna camisa porque las horas que ya llevaban allí dentro las habían arrugado por completo. Cogí una muda limpia y esperé a que Nico saliera de la ducha para poder dármela yo. Me senté en la cama, pero a los diez minutos me puse nerviosa y me levanté. Caminé hasta la puerta y me dispuse a dar un par de golpecitos. En ese momento, él abrió e hizo una aparición estelar, casi desnudo

con la toalla atada a la cintura.

—¿Podrías dejar de desnudarte delante de mí?

—¿Te molesta? —Con otra toalla, se atusó el cabello.

—Me incomoda.

—¿Nunca has visto un hombre desnudo? —Pasó por mi lado rozándome, yo diría que a conciencia.

—Claro que sí. —Crucé el vano de la puerta, me giré, lo vi a dos metros y fui a cerrar la puerta.

—Entonces, ¿qué más te da? —Muy despacio, cogió por una esquina la toalla que cubría su cintura, tiró y... ¡Cerré de un portazo con premura!

Bajé al salón con un pantalón gris, botas negras y chaqueta de este mismo color. Di los buenos días a todos y desayuné, junto con Nico, Leandro y Celeste, en la misma mesa de la comida y la cena. Para la primera comida del día también utilizaban todo el elenco de cubiertos y cristalería sobre la mantelería.

—Esto está muy bueno. —Saboreé una tortita recién hecha con trocitos de fresa y plátano encima.

—Es la especialidad de Rym. —Celeste señaló a la asistenta.

La felicité por la exquisitez que había preparado y seguí concentrada en mi plato.

—Podéis ir en mi coche. —Dijo Leandro a Nico.

—¿Me dejas tu todoterreno nuevo? —Amplió la sonrisa que le dibujaba la cara desde que desperté esta mañana.

—Si le pasa algo, te corto los huevos. —Le dio las llaves y chocaron las manos. Terminó de dar de comer a Marta y se despidieron.

—Os esperamos para cenar. —Concluyó su hermana.

—Sí, pesada. —Ni siquiera la miró—. ¿Has terminado? —

Me preguntó, sentado a mi lado.

—¿Adónde vamos? —Limpié mi boca con la servilleta y le di el último sorbo a mi zumo de naranja.

—Es una sorpresa.

—Espero que sea buena. Soy tu invitada.

—Por supuesto. Prometí que lo pasaríamos bien.

Cumplió su promesa con creces. El día transcurrió entre risas en el Parque Warner, un lugar donde no cabe el aburrimiento y sí mucha diversión.

Corrimos, nos disfrazamos, subimos a las atracciones, gritamos, me agarré a él con fuerza en la montaña rusa, comimos helado (aunque hacía frío) y devoramos un sin fin de donuts de chocolate, entre otras muchas cosas.

Entramos en una de las salas a ver Freddy Krueger y grité del miedo que pasé. Lo mandé a la mierda justo en el momento exacto en el que se carcajeó del color blanquecino de mi cara. Terminamos la tarde sentados en un banco y bebiendo un refresco con cañita.

—Estas cosas no deberían fabricarlas. Contaminan. —Mordí la pajita de plástico.

—¿Por qué no me has pedido una cerveza? —gruñó.

—Tienes que conducir a la vuelta y no querrás quedarte sin huevos — parafraseé a su cuñado.

—Adoro mis huevos.

—Por eso. —La conversación era una charla banal entre amigos—. Oye, en serio. No te desnudes delante de mí. ¡Esta mañana te quitaste la toalla!

—Pero tú no quisiste mirar. —Hizo un puchero—. Qué pena, te hubiera gustado.

Solté una carcajada.

—No creas...

Agarró las gafas de sol, que tenía sobre la cabeza, y se las puso delante de los ojos, al mismo tiempo que me castañearon los dientes.

—¿Tienes frío? —Me agarró por el hombro y me pegó a él. Yo no me separé.

—Gracias, lo he pasado genial.

—Pues mañana más.

En el camino de vuelta atendí una llamada de mi madre. Tuve que fingir que estudiaba en la biblioteca y que había salido fuera para hablar con ella. Le dediqué a mi acompañante una mirada de reproche cuando mi progenitora me preguntó por la música que se escuchaba de fondo.

—Hay unos chicos con él móvil. —Nico la apagó.

—Tenemos ganas de verte. ¿Cuándo podrás venir?

—No lo sé, mamá. Buscaré un fin de semana, ¿vale?

—Comienza a hacer bueno. Hoy hemos estado en la playa —soltó argumentos para convencerme de que los visitara—. Tu hermana ya presume de moreno.

Eché de menos estar en casa, salir con Maite y Mar y tomarnos algo en algún bar mientras el sol se ponía sobre el agua. Por esa época los turistas comenzaban a llenar las calles de Punta Umbría, todos los comercios abrían y el pueblo se llenaba de vida. Yo prefería la tranquilidad del invierno, pero unos meses de locura siempre venían bien. Los primeros baños, los primeros paseos por la orilla, la primera hamburguesa en Caracoles; todo se hacía por primera

vez durante las vacaciones de Semana Santa.

Colgué con un sentimiento de nostalgia que casi me hace llorar, no obstante, me alegré de estar en Madrid con Nicolás y me dije que pronto iría a Huelva a cargar las pilas y quitarme la añoranza de encima.

El teléfono volvió a sonar antes de guardarlo en el bolsillo de mi abrigo.

Vaya, Enric.

Pensé no cogerlo, pero ni siquiera le había enviado un mensaje para decirle que había llegado bien, así que descolgué y lo atendí.

—¿Qué tal va todo? —Preguntó.

—Genial. Hoy hemos estado en el parque de atracciones.

—¿Y Nico? ¿Se porta bien? —Fue al grano.

—Me trata muy bien, y su familia es estupenda. —Hice hincapié en que no estábamos solos.

—Tengo ganas de verte.

—Yo también, pero, escucha, ahora no puedo hablar, te llamo en un rato, ¿vale? —No me gustaba los derroteros que podía coger la conversación y mucho menos delante de Nico. Lo último que quería era hacerle daño.

—Era Enric —le informé, cuando ya había guardado mi teléfono—. Por cierto, ¿cómo ha adivinado tu familia que soy vegetariana? —Hasta el momento habían respetado mi dieta.

—Mi hermana es bruja... —pronunció, enigmático.

—¿Tiene una bola de cristal? —Abrí los ojos, fingiendo de manera exagerada.

—Y una baraja de cartas —siguió con guasa.

La hora de las comidas en casa de Celeste eran especiales, al menos en fin de semana. Se las dotaba de la importancia que tenían: un momento de encuentro y convivencia con la familia. La cena duró más de hora y media y, aunque agradecí la forma que tenían de tratarme, no pude ocultar que los ojos se me cerraran.

—Anda, acompáñala a la cama. —Celeste me sonrió con ternura.

—Gracias por la cena. Y, lo siento, ha sido un día muy largo.

—Marchaos. Leandro recoge.

—Me tocó la china —se quejó, pero a leguas se veía que no iba en serio.

—Nada de dormir. Te voy a llevar al cine —susurró en mi oído, de camino a las escaleras.

—¿Estás loco? Estoy destrozada.

—No me has entendido.

Anduvimos por un pasillo muy largo y subimos tres escalones muy anchos que no había visto hasta entonces. Empujó una puerta de doble hoja y una mini sala de cine apareció frente a nosotros. Disponía de una especie de camas con reposacabezas, conté ocho en total, pegadas de dos en dos, de un color rojo oscuro. Delante de ellas, una pantalla blanca que abarcaba toda la pared.

—Esto es surrealista. —Entré.

—¿Por qué? —Él lo hizo detrás.

—¿Quién tiene un cine en su casa?

—Quienes la diseñan personalmente. —Tomó asiento en una de las camas y me pidió que lo hiciera a su lado.

—¿Te gustaría diseñar la tuya? —Me senté.

—¿A ti no?

—La tengo diseñada. —Levantó una ceja, incrédulo—. ¿No me crees? Lo hice de pequeña.

—¿Y cómo es? ¿Un castillo de princesas? —Me chinchó.

—Déjame en paz. —Sonreí, y me eché hacia atrás.

—¿Qué peli quieres ver? —Cogió un mando y empezó a pasar nombres.

—Si quieres torturarme, pon una de vaqueros. —Acomodé la cabeza en la almohada.

—Prefiero cuidar de ti —dijo como si nada, apoyó su cabeza muy cerca de la mía y pulsó el play.

Abrí los ojos al escuchar la música final del film, esa que acompaña a los créditos y ponen demasiado alta. Tenía la mejilla sobre el pecho de Nico, su brazo me rodeaba la cintura y mi mano derecha reposaba sobre su vientre. Sus dedos me acariciaban la mejilla de una manera muy lenta, acto que no cesó cuando mis ojos se encontraron con los de él.

—¿Por qué has dejado que me duerma? —susurré.

—Estabas cansada —musitó.

—¿Te ha gustado la película? —Podía sentir el calor de su cuerpo pegado al mío.

—No la he visto.

—¿Y qué has hecho todo este tiempo?

—Mirarte a ti.



## NI SE TE OCURRA VOLVER A HACERLO



Nuestras miradas conectaron de una manera intensa. Mi cuerpo, pegado al suyo, sentía todo su calor. Sus ojos volaban hacia mi boca y mis ganas de volver a besarlo me impedían apartarme. Con la mano le acaricié el estómago, que subía y bajaba a causa de su profunda respiración. En el ambiente pesaban las ganas de dejarnos llevar y hacer lo que ambos deseábamos, sin embargo, pasaron varios segundos hasta que alguno de los dos habló.

—Será mejor que nos vayamos a la cama —susurró, y su proposición me erizó todos los vellos de la piel.

—Es lo mejor, pero... no quiero separarme de ti —me salió del alma.

—Pues no lo hagas. Pero ya sabes lo que pasará.

—No debemos hacerlo...

Llevó, mimándome la mejilla, su mano hasta mis labios y los acarició con la yema de sus dedos. Suspiré al sentirlos sobre la sensible zona, cerré los ojos y abrí la boca para soltar el aire. El centro de mi sexo se estremeció con el contacto y me arrimé más a él.

—Me lo pones muy difícil —advirtió.

Cuando los abrí, los suyos brillaban como dos estrellas, y me atraparon de nuevo. Me giró, dejándome boca arriba y se posicionó encima de mí, con las manos a los lados de mi cabeza. Bajó su cara hasta la mía y dejó un suave beso sobre mi nariz, después lo hizo en mi cuello.

Mis manos cobraron vida propia y se metieron por debajo de su camiseta, acariciando su espalda. Noté la sacudida de su cuerpo, a la vez que cogía aire y llenaba el pecho. Poco después, lo soltó muy despacio.

Me atreví a besarle debajo de la mandíbula y percibí la dureza de su miembro viril muy cerca de mi zona más íntima.

—Itxel... No hagas eso. —Soltó un bufido, y pude sentir su aliento enredándose con el mío.

—¿Por qué? —Me mordí el labio.

—Ya sabes por qué... —Se movió sobre mí, y gemimos.

—Me da igual todo... —Abrí más las piernas y las enrosqué en su cintura —. No puedes escapar.

—No quiero hacerlo. —Pegó nuestros pechos y me mordió muy cerca de la boca.

Los dos tragamos con dificultad.

Introdujo la mano derecha por mi sudadera y me acarició el costado con parsimonia. Todas mis células se activaron y solo deseaba besarlo.

De repente, gruñó, cerró los ojos y se levantó.

—Nico... —articulé su nombre sin poder ocultar la confusión, y aún tumbada sobre la cama.

—Mañana será un día muy largo. —Se movió, nervioso.

—Pero... —No salía de mi asombro. Estaba turbada—. ¿No quieres que ocurra? —Me incorporé y me posicioné frente a él.

—No es eso.

—Pues explícamelo, porque ayer parecías dispuesto a besarme. Es más, lo hiciste.

—¡Claro que quiero! —Levantó la voz.

—¿Entonces? —Hice lo mismo. Me sentía rechazada.

—Estoy deseando besarte, sueño todas las noches con ello. Pero te conozco, y sé que, te sentirás tan mal cuando ocurra, que me apartarás de tu lado.

Llevaba razón, no obstante, mis ganas superaron a mi juicio (que me decía que no podía traicionar a Enric) y seguí:

—Eso no es verdad —mentí.

—Sabes que sí. Incluso me echarás de tu casa, ¡de tu vida!

—Yo no... —Vacilé.

—Itxel. —Dio un paso hacia mí y me agarró de la mano. La electricidad que siempre sentía cuando me tocaba, se agrandó—. No quiero perderte. Te has convertido en la persona más importante de mi vida.

No podía hacerle aquello. No podía dejarme llevar por el momento y destrozar lo que teníamos. Nuestra amistad pesaba más que el calentón que nos acuciaba a los dos.

—Piénsalo bien y habla con él. A mí me da igual ese chico, pero sé que a ti no, y me lo reprocharás siempre. No quiero comenzar contigo de esa manera.

Asentí con la cabeza y me abracé a él. Posé la mejilla sobre su pecho y escuché, durante varios segundos, los latidos de su agitado corazón. Nico me mesó el pelo y me susurró que esperaría lo que hiciera falta.

Nos acostamos separados, como cada noche. Yo en la cama y él en el suelo, sobre un montón de cojines y mantas. Insistí en que lo hiciera a mi lado, me sentía fatal por dejarlo allí abajo, pero no hubo manera de convencerlo de que descansara sobre el cómodo colchón.

A la mañana siguiente, nos despertaron unos golpes en la puerta. Escuchamos la voz de Celeste, preguntando si podía pasar. Bueno, me despertó a mí. Nico parecía que estaba muerto.

—Nico, Nico —mascullé entre dientes.

Le tiré un almohadón y atiné justo en la cara.

—¡Nico!

—¡Argg! ¿Qué haces?

—Tu hermana va a entrar. Ven aquí. —Azucé la manos.

Pegó un respingo y se metió bajo las sábanas, arrimándose a mí.

—¡Un momento! —solicitó.

Me rodeó el cuello con un brazo y me apretó contra su pecho.

—¡Entra! —gritó.

La puerta se abrió y una animada Celeste, acompañada por Marta, disfrazada de fresa, nos dieron los buenos días.

—No quiero molestar. —Soltó una risilla—. Solo quería que supierais que nos vamos. Hay una fiesta en el Club y Marta no se la perdería por nada del mundo. Quiere invitaros. —Señaló a la nena—. Venga, díselo a tu tío —la animó.

—Tito Nico, ¿venís? —Se metió dos dedos en la boca.

—Por supuesto, peque. ¿A qué hora es?

—Os esperamos para almorzar —aclaró Celeste—. Puedes coger el Mini.

—Iremos en la moto.

—Ni se te ocurra. Quedas avisado. —Levantó un dedo.

Se marchó después de que Marta subiera a la cama y nos diera un beso a cada uno. Nos dejó la cara llena de algo pegajoso, pero no nos importó, esa niña era un sol.

Volvimos a quedarnos solos y, no entendí por qué, me sentí incómoda abrazada a Nico. Quizás fuera porque en ese momento interpretábamos un papel y no me gustaba mentirle a su hermana.

Me separé y me levanté.

—Son las once. Hemos dormido más de media mañana. —

Abrí el armario y me puse a buscar ropa. No encontraba mis vaqueros favoritos, así que descolgué un vestido largo de color rojo con florecitas muy pequeñas negras—. ¿Adónde vamos? —pregunté, cayendo en la cuenta de que tal vez necesite un estilo de ropa diferente. Conociendo el nivel de vida de su hermana y su cuñado, me imaginaba que tal vez necesitaba comprarme una pabela (a juego con mis zapatillas de deporte)—. Voy a darme una ducha y ahora vuelvo. —Cerré la puerta del ropero y me dije que luego escogería el modelito—. Nico... —Me di cuenta que dormía plácidamente abrazado a la almohada.

No volvería a dejarlo pasar la noche en el suelo. No se lo merecía. Yo era su invitada y no podía buscarse un problema de espalda porque no fuéramos capaces de mantenernos alejados del otro. Mantendría mis manos quietecitas y me encargaría de que las suyas no pasaran de la raya. Eso es. Pondríamos un muro entre los dos y ninguno lo sobrepasaría.

Tras darme una ducha y decidirme por el vestido, bajé a desayunar. Charlé con Rym sobre las noticias que daban en el televisor de la cocina y le pregunté por su familia.

Me contó que casi toda vivía en Casablanca, y que los visitaba en las vacaciones de verano.

Me sorprendí al saber que su marido era el chófer personal del padre de Nico.

De repente, me entró mucha curiosidad. Me quedó claro que la familia de mi compañero de piso (que trabajaba en un bar) era pudiente toda por igual.

No supe qué decirle para que no se notara mi interés por el tema, sin embargo, ella habló durante lo que me duró el café. Al principio me costó entablar conversación con ella, parecía reticente a estrechar algún tipo de lazo conmigo, pero cuando insistí y me abrí, no pudo parar. Me pareció que se sentía sola, y pronto comprobé que no me equivocaba.

—Basim trabaja mucho. Él quiere lo mejor para nuestros hijos.

Sus hijos iban a una escuela pública de las afueras y sacaban muy buenas notas. Uno quería ser abogado y otro médico. Por lo que hablaba de ellos, seguro que lo conseguirían.

Recogí mi vaso y mi plato, obligándola a que no me ayudara, y salí a pasear por los alrededores. Encontré un parque en el que jugaban algunos niños y me senté en un banco. Saqué el teléfono del bolsillo de mi abrigo y llamé a Enric. Le había prometido que le devolvería la llamada la noche anterior y se me pasó por completo.

—Hola —lo saludé—. Siento no haberte llamado.

—No te preocupes. Solo dime que tienes ganas de verme.

—Tengo ganas de verte. —No le mentí. Estaba deseando llegar a Granada y sincerarme con él. Éramos amigos desde pequeños y no pretendía hacerle daño.

—Me alegra escucharlo.

—Enric...

—Solo queda un par de días para que vuelvas. —Lo escuché suspirar.

—Sí. —No supe qué más decir. ¿Por qué lo había llamado? Estaba claro:

me sentía culpable y por alguna extraña razón pensaba que hablando con él me redimiría. Qué obtusa. No me libraría de la culpa hasta que no le confesara mis sentimientos hacia Nico y rompiera con la relación íntima que nos unía.

—Cuéntame cómo lo estás pasando.

—Bien.

—Vaya. Esperaba que me dijeras que muy mal y me pidieras que fuera a buscarte.

Sonreí.

—Estoy bien.

—Iría a buscarte. Lo sabes ¿no?

—Sí. —Bufé—. Tengo que dejarte. Me están esperando.

Colgué con un mal cuerpo tremendo, casi rompo a llorar. Quería a Enric de una manera especial, con un cariño adquirido con el paso de los años y me sentía fatal. El móvil comenzó a sonar y vibrar aún en mi mano. Miré la pantalla y vi el nombre de mi hermana en la pantalla.

—¿Qué quieres, pesada? —Seguro que llamaba para que le contase detalles de lo que posiblemente había pasado con Nico.

—¿Has visto a Javier? —Su pregunta me pilló desprevenida.

—No... No. No hemos quedado con él.

—Jo. Quería saber si te había preguntado por mí.

—¿No soléis hablar por WhatsApp?

—Sí... —No pareció muy segura.

—Mar, ¿ha pasado algo?

—Hace días que no responde a los mensajes.

—Llámallo.

—Paso. Olvídalo. ¿Te has besado ya con Nico? —Llegó la conversación que esperaba.

—No.

—Vaya palurda.

—Adiós. —No iba a dejar que me insultara, (ni me interesaba la tertulia que se avecinaba).

—No se te ocurra colgarm... —Pi pi pi pi pi.

Pocos minutos después recibí el siguiente mensaje:

«Mierda de hermana mayor, las hermanas se cuentan las cosas. Si me has despachado así, seguro que te has acostado con él. Cuéntame todo. ¡Cuéntame todo o no te hablaré jamás! Te lo prometo. Me busco otra hermana. Reniego de ti. Te lo juro por mi moto!»

Le envié un emoticono de un monito tapándose la boca y la imaginé de

morros y con los brazos cruzados, poniéndome verde delante de alguna amiga.

Rym me abrió la cancela del chalet y me propuso tomar un caldo caliente para el frío. Un anticiclón de la Antártida, por lo menos, recorría la mitad de la península y el viento helado me había congelado la nariz.

—No, gracias. ¿Dónde está Nicolás?

—No ha bajado aún.

Subí al dormitorio y lo vi sobre la cama. Tenía los ojos cerrados y respiraba tranquilo, así que di por hecho que seguía dormido. Me quité el abrigo y me deshice de los zapatos. Se me ocurrió cambiar el vestido por algo más abrigado. Me lo quité por encima de la cabeza y tomé asiento en la cama para sacarme las medias por los pies.

—¿Ahora eres tú la que se desnuda delante de mí? —Nico habló a medio metro de mi espalda.

Abrí los ojos como platos y susurré «mierda» entre dientes.

—Cierra los ojos —le pedí.

—De eso nada.

—Por favor —supliqué.

Se quejó y movió la cama. No sé qué hizo porque no me volví hacia él. Mi torso solo lo cubría el sujetador. Ni loca dejaba que me viera la delantera.

—Está bien.

Comprobé que miraba hacia la pared del lado opuesto.

Cogí la ropa y fui al cuarto de baño.

—Deberían darme un premio por esto —lo escuché mascullar.

## 23

# VAS A HACERTE DAÑO



Condujo el Mini durante unos diez minutos. Solo había que mirarle el semblante

durante un segundo para vislumbrar la sonrisa de satisfacción que se le dibujaba en la cara. A Nico le gustaba conducir, adoraba los motores, daba igual si eran motos o coches. Disfrutaba acelerando, frenando, cogiendo curvas...

Me acordé de lo que lloré de emoción durante más de media hora el día que me compraron la Vespa. La primera vez que la conduje y sentí la libertad corriendo por mis venas me creí capaz de volar y cruzar las nubes.

Llegamos hasta unos aparcamientos, tras los que se levantaba un edificio muy moderno, de dos plantas, con cristales que recorrían toda la pared del piso superior.

En la puerta, una persona saludó a Nico con mucha educación y le indicó que su hermana lo esperaba en el salón del lago.

—Gracias, Tomás. —Le habló con bastante familiaridad.

—¿Qué es esto? —pregunté, mirando embobada hacia todas partes.

A través de un arco muy grande, atisbaba un campo de golf, y al otro lado, un restaurante repleto de camareros con pajaritas.

—Un club de campo.

No pude evitar soltar un silbido cuando vi sobre nuestras cabezas una cúpula transparente desde la que se podía admirar el cielo.

—Eres igual de impresionable que tu hermana —bromeó.

—¿Tú sueles venir aquí? —Me quedé mirando un cuadro de tres metros de largo y dos de ancho que cubría una pared.

—Antes lo hacía.

—¿Y jugabas al golf? —Señalé hacia donde varias personas le daban a la pelotita.

Se encogió de hombros y, del asombro, solté una risotada. No me lo imaginaba con pantalones de tela a cuadros y un polo a juego. Qué decir del tipo de zapato que utilizaban los golfistas. Me dio la risa y se la contagié.

Llegamos hasta la mesa en la que su familia nos aguardaba y almorzamos acompañados por otra pareja amiga.

—Y dinos, Nico. ¿A tu padre le gustó la idea de que estudiaras en el sur? —Preguntó Francis, que tenía negocios con Leandro.

Él no contestó, y fue Celeste la que salvó la situación.

—Nico vive su vida y todos lo aceptamos.

—Eso no es cierto —dijo una voz a nuestra derecha.

—¡Papá! —Celeste soltó el cubierto y se levantó—. No sabía que vendrías hoy. —Su mirada se posó sobre la de Nico, culpable.

—Tenía unos negocios que atender. —Saludó a todos los presentes y luego se dirigió a su hijo—. Nicolás, ¿te importaría acompañarme?

No supe de qué, pero me sonaba su cara.

—Sí, me importaría. —Ni lo miró.  
—No te robaré mucho tiempo.  
—No te dejaría hacerlo —anunció, rudo.  
—Nicolás... —Sonó a advertencia.  
—Está bien —masculló.

Me dijo que volvería pronto y se marchó. No le quité la vista de encima hasta que se perdieron dentro del edificio.

El postre se me hizo eterno. No veía la hora de que Nico llegara de su obligado retiro y nos fuéramos. En seguida supe que la compañía de su padre no le hacía feliz. Le dolía tenerlo cerca, le hacía daño.

Celeste trató de entretenerme dándome conversación, no obstante, no pude concentrarme en lo que decía. Estaba preocupada, intuía que la historia que se traía con su padre tenía más fondo del que ya conocía y que me faltaban muchos detalles por descubrir, aún así, intenté ser educada y asentía con la cabeza cuando creía que era el momento.

Ella no mencionó nada sobre lo que acababa de ocurrir y lo que podía estar pasando muy cerca de aquí; al contrario, evadió la intensidad de hacía unos minutos y le dio helado a Marta.

Respiré cuando Nico se sentó a mi lado y me agarró la mano con fuerza, dejándola sobre su pierna.

Necesitaba mi apoyo y se lo iba a dar.

Sin preguntas.

Sin respuestas.

Esperamos un tiempo prudencial para disculparnos ante los presentes e informar de nuestra partida; no obstante, la carita de su sobrina, rogándonos que nos quedáramos a ver su actuación, nos convenció de que aguantáramos un rato más.

Entonces, como si de magia se tratara, fui consciente de que Nico pertenecía a ese mundo, a esa vida acomodada y repleta de privilegios. Conocía a casi toda la gente. Muchos lo saludaban con cariño, otros se detenían para hablar con él e interesarse por su vida.

Todo iba bien, hasta que noté cómo Nico tensaba, de repente, todos los músculos del cuerpo. Lo miré a la cara y atisbé que sus ojos se ensombrecían y que el color del iris se tornaba más oscuro, llegando a un negro ónice. Seguí la dirección de su mirada y me encontré con un hombre y una mujer de unos cincuenta años de edad que lo observaban con la misma intensidad. Muchas cosas pude atisbar en lo que parecía un encuentro que ninguna de las partes esperaba ni necesitaba, pero lo que sobresalía por encima de todo lo demás, era el dolor. Un dolor crudo, de ese que se te clava después de estallar en forma de

bomba de racimo.

Dos jóvenes se detuvieron delante de nosotros y rompieron con la sensación de ahogo que crecía dentro de mí. Nos salvaron de hundirnos en un mar que ni siquiera conocía. Preguntaron a Nico por qué no había asistido a su enlace nupcial y nos contaron que acababan de volver de Nueva York, lugar en el que habían pasado su luna de miel.

En cuanto nos dejaron solos, nos marchamos. No hubo necesidad de decirnos las ganas que teníamos de alejarnos de ese lugar.

Solo nos cogimos de la mano y caminamos hacia la salida.

Casi habíamos cruzado la puerta principal, cuando nos encontramos de frente con su padre. No lo vimos venir.

—¿Ya te marchas? —Le preguntó, muy brusco.

—No es de tu incumbencia.

—Lo es cuando me causas problemas.

—¿He arruinado algunos de tus negocios?

—¡Qué mas quisieras! —Levantó el mentón.

—Vete a la mierda.

—Compórtate delante de la señorita. —Me miró, como si acabara de percatarse de mi presencia.

Yo agarré con fuerza su mano y me pegué a él, que contuvo el aliento, supongo que para no insultarlo como se merecía.

—Vaya, no sabía que tuvieras novia —siguió.

—Tú no sabes nada de mi vida. —Apretó la mandíbula y se giró para largarnos.

—Espero que sepas cuidarla mejor —apostilló su padre.

Nico se detuvo en seco y casi me arranca la mano con la fuerza que hizo sobre ella. La cara le cambió. Me dio miedo.

Se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir? —Cada palabra le salió rasgada de la garganta.

—Nada. Solo deseo que hayas madurado lo suficiente para que no mates a nadie con tus errores.

—Eres un indeseable. —Dio un paso hacia él, estoy segura, para pegarle.

—Respétame. Soy tu padre.

—Tú no tienes respeto por nadie. Y, desde luego, perdiste el mío el día que comenzaste a tratarme como un asesino —le escupió, a dos palmos de la cara.

—Vámonos. —Tiré de él.

—Deberías hacerle caso a tu novia. Ya no tienes derecho a estar aquí.

Durante unos eternos segundos, creí que iba a abalanzarse sobre él y le partiría la cara de estirado.

Sin embargo, escuchó mis súplicas y, no sin poner mucho de su parte, pasó del que era su padre y cruzamos uno de los jardines que daban al aparcamiento.

—¡Estúpido! ¡Soy un estúpido! —Me soltó y gritó, con las manos en la cabeza—. ¡Joder, joder! —Comenzó a darle patadas a la rueda trasera izquierda del coche.

—Para —pedí—. Para, por favor —supliqué, sospechando que se partiría la pierna o el pie.

—¡Estúpido!

—¡Para!

—¡No es justo! ¡No es justo! —siguió pateando la goma.

—Nico, ¡para! ¡Vas a hacerte daño! —Lo agarré de la cintura y tiré de él para separarlo del automóvil, no obstante, asió mis manos y me empujó hacia atrás, logrando que cayera de culo sobre el asfalto.

—¡Ah! —me quejé, al sentir un dolor agudo subir por mi columna vertebral y arañarme las manos con la capa de gravilla que cubría el asfalto.

Al darse cuenta de lo que había hecho, corrió en mi dirección, se agachó, con la cara desencajada, y me preguntó varias veces si me había hecho daño.

—Estoy bien. —Le dio la vuelta a la palma de mi mano y vimos unas gotas de sangre.

—¡Dios mío!

—Estoy bien —repetí.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —Esgrimió una mueca de preocupación.

—No ha sido culpa tuya. —Dejé que me levantara.

—Hago daño a todo lo que quiero —habló más para él que para mí.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es. Mira lo que acabo de hacer.

—Ha sido un accidente. —Traté de hacérselo entender, pero él se alejó y miró al cielo, con los hombros caídos, como si un saco de piedras de una tonelada cayera sobre su espalda.

—Será mejor que te alejes de mí. —Susurró en un gruñido.

—Ya te lo he dicho. No voy a hacerlo.

—No quiero hacerte daño. —Me clavó la mirada.

—Pues no lo hagas.

—Itxel, no puedo más...

No supe muy bien a qué se refería. ¿La situación con su padre lo superaba? Pronto hizo desaparecer mi confusión:

—Necesito besarte —casi suplicó.

—Bésame. —No tuve que pensarlo.

Deshizo los dos pasos que nos separaban, sin prisa pero sin pausa, me agarró de la cintura y del cuello y pegó su boca a la mía muy despacio. Una neblina espesa se apoderó de mi lado cuerdo y solo deseaba que empezara y no parara nunca. Me aferré a su camiseta y terminé con el milímetro que nos distanciaba. Nuestras bocas ya se conocían, y pronto aprendieron a amoldarse a la otra. Nuestras salivas se mezclaron y el sabor a vino de su lengua me supo a gloria.

A cada segundo todo se volvía más intenso, nuestros besos más vivos, más húmedos.

Dientes.

Lenguas.

Pequeños gemidos.

Se nos olvidó dónde estábamos, tanto que pegó mi espalda a la puerta del coche y me devoró la boca sin contención; y yo lo dejé, abandonándome por completo, empujada por la lujuria. Nico sacaba esa parte desconocida de mí. No era virgen, pero nunca había sentido el placer que él me daba con solo besarme. Activaba mis células, las empujaba a una espiral que mareaba y me expulsaba a una dimensión diferente, donde todas las sensaciones se multiplicaban por mil elevado al cuadrado; lo bueno y lo malo.

—Vámonos —musité sobre su boca, sacudiéndome con su calor.

—No quiero. Me detendrás... —respondió, con miedo a que me lo pensara mejor y me arrepintiera.

—No lo entiendes. Vámonos —repetí, pegando mi cuerpo al suyo y soltando un jadeo al percibir su duro miembro sobre mi estómago—. Quiero sentirte. Del todo.

Me besó de nuevo con mucha ansia y, a regañadientes, abrió la puerta del copiloto y esperó a que me sentara para cerrar.

El trayecto se nos hizo eterno a los dos. Lo supe por los suspiros de desesperación que ambos soltamos. A cada poco nos mirábamos y sonreíamos.

Nos mataban las ganas de tenernos.

Nos moríamos por sentirnos desnudos.

Entramos en el garaje cada vez más excitados. Nuestras respiraciones se mezclaban en un baile incansable dentro del coche, donde solo se escuchaba la codicia por llegar, bajarnos y tocarnos.

No pude esperar a que apagara el motor, en cuanto detuvo el Mini, me quité el cinturón de seguridad y me abalancé sobre él, sentándome a horcajadas sobre sus piernas y devorando su boca como hacía diez minutos en el

aparcamiento del club de campo. Nico no se sorprendió, él ansiaba tanto como yo las caricias del otro. Puso las manos en mi cintura, las bajó y me apretó las nalgas con desesperación.

De nuevo, nuestros labios encajaron.

Deslizó mi abrigo por mis hombros e introdujo las manos dentro de mi camiseta, acariciando mi piel durante unos minutos; hasta que decidió que era momento de deshacerse de mi ropa y me sacó por la cabeza la parte de arriba.

El corazón se me iba a salir del pecho.

Sus ojos devoraron mi torso, solo cubierto por un sujetador de encaje color blanco.

## TU DELICIOSO OLOR



Su boca fue hacia mis senos, que lamió por encima del sujetador. Mis suspiros rebotaban en las paredes del coche y mis manos se perdieron entre su cabello, revolviéndolos. Su olor, ese perfume que tanto adoraba, me envolvió por completo y perdí la cabeza durante unos segundos. Bajé con las palmas acariciando su torso y agarré el botón y la cremallera de sus pantalones. Los abrí y, justo cuando iba a meter la mano, le debimos dar al claxon con alguna parte de nosotros y sonó alto y fuerte hasta asustarnos.

Comenzamos a mirarnos y a reír. La situación, que se había vuelto intensa por momentos, se tornó surrealista por el sitio en el que estábamos a punto de acostarnos. ¡Era el coche de su hermana! En el aparcamiento de su casa, y podían llegar en cualquier momento; así que le pedí que nos fuéramos al dormitorio, donde, probablemente, nadie nos interrumpiría.

Recorrimos el trayecto sin poder dejar de tocarnos y besarnos.

Me detuvo en uno de los pasillos, me pegó a la pared y devoró de nuevo mis labios. Me di un golpe con un cuadro, pero no me importó, solo fue otra causa más para reírnos y tomarnos de una forma natural lo que estaba pasando. Creo que los dos sabíamos desde el día que nos conocimos que esto iba a ocurrir. Pensé que la atracción solo existía por mi parte, pero me equivocaba, y me alegré de ello.

Entramos en la habitación a trompicones. Nico se iba quitando los zapatos sin separar nuestras bocas y luego se deshizo de los míos, lanzándolos a una esquina. Tiró de la cinturilla de mis vaqueros hacia abajo y me dejó en braguitas. No me sentí cohibida, como otras veces me había pasado, me sentía segura y a gusto con mi cuerpo; que, si bien no era perfecto, era mío y lo adoraba.

Hubo una época en la que dudé de él; Felipe me hizo sentir que quizás no valía, pero pronto aprendí que las decisiones de otras personas (acertadas o no) no pueden afectarme hasta el punto de odiarme a mí misma.

Todo surgió como si lo hubiéramos hecho mil veces. Cuando los dos estuvimos casi desnudos, me depositó en la cama con cuidado y me acarició todo el cuerpo, entreteniéndose en mis zonas más erógenas, tomándose su tiempo en

todas ellas.

Casi exploto cuando introdujo su mano entre mis braguitas y masajé mi clítoris con parsimonia. Sabía dónde tocar y cómo, robándome tantos suspiros como estrellas hay en el cielo. No pude aguantar demasiado y, aunque le supliqué que se detuviera, no lo hizo, llevándome a un orgasmo que comenzó en mi sexo y recorrió cada centímetro de mi piel, células y zonas que desconocía. Él me besó hasta que mis jadeos se fueron apagando entre nuestros labios y, a continuación, se levantó, cogió sus pantalones del suelo y, de la cartera, sacó un preservativo.

—¿Qué significa que lleves ahí un condón? —pregunté, mientras él se encogía de hombros y convertía la sonrisa en una muy culpable.

—Que soy un chico precavido. —Sin pudor, se bajó los pantalones, se arrodilló en la cama y lo deslizó por su miembro.

Tumbó su cuerpo sobre el mío, y besándome cada rincón, bajó mis braguitas, soplando sobre mi zona más erógena.

Suspiros.

Gemidos.

Volvió a subir.

—¿Estás segura de esto? —susurró sobre mis labios, al tiempo que me acariciaba la cara.

—Sí... —musité, aún conmovida por la explosión nuclear anterior.

Se introdujo en mí con sumo cuidado y delicadeza, moviéndose con lentitud. El rugido que salió de su garganta me humedeció de nuevo y no puedo explicar con palabras todo lo que percibí durante la media hora que estuvimos haciendo el amor.

Fue mágico.

Alucinante.

Descubrí lo atento que era.

Jamás se me hubiera ocurrido que ese chico, al que todo parecía darle igual, se pudiera mostrar tan respetuoso y considerado. No se corrió hasta que yo volví a hacerlo, y lo primero que hizo cuando se vació dentro de mí, fue besarme con cariño y preguntarme si estaba bien.

Quizás debería haberme invadido la culpabilidad, pero no lo hizo. Me sentía satisfecha. Nunca había tenido problemas para llegar al clímax, sin embargo, había sido totalmente diferente a todo lo que había vivido anteriormente en lo que a sexo se refiere. Y, ¿correrme dos veces? Jamás, ni quiera sabía que se pudiera. Por aquella época aún era un poco ilusa y la confusión se cernía sobre mí en muchos aspectos importantes.

—Todo bien —contesté.

—Necesito una ducha. —Hinchó el pecho y se llevó el antebrazo a la frente—. Vamos. —Se levantó.

—¿Adónde?

—Tú también la necesitas. —Me agarró de la mano y tiró de mí.

Entramos en el baño haciéndonos arrumacos y carantoñas. Abrimos el grifo del agua caliente y la regulamos a una buena temperatura. Creí que nos daríamos una ducha rápida, pero él tenía otros planes. Llenamos la bañera y nos sentamos dentro, uno frente al otro, con la espuma saliendo por el borde.

—Y, dime, ¿te ha gustado? —lanzó la pregunta sin decoro.

—Pero... ¿cómo te atreves? —Me sonrojé, y le lancé una mezcla de agua y espuma a la cara.

—No lo pregunto por lo que crees. —Se la apartó, y el semblante que apareció delante de mí fue uno mucho más serio y solemne—. Para mí ha sido... especial. Muy especial. —Sus ojos conectaron con los míos y el corazón me saltó en el pecho.

—Para mí también. No lo hubiera hecho si hubiese sido de otra manera.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. Prefiero no hablar de eso ahora.

Estaba con él en una bañera, desnuda, y acabábamos de acostarnos. Sabía que tarde o temprano tenía que enfrentarme al hecho de que una estrecha e íntima relación me unía a Enric y que lo había traicionado de cualquiera de las maneras. Nunca hablamos de exclusividad y no habíamos llegado ni siquiera a acostarnos, pero eso no significaba que no debía guardarle lealtad. Pronto tendría que hacerle frente, pero este no era el momento ni el lugar. No quería empañar lo que acababa de ocurrir con el peso que, probablemente, caería pronto sobre mi conciencia.

Respetó mi decisión y lo dejó correr. Aproveché para aclarar algunas de las dudas que cernían sobre mí.

—Esas personas... Las que te miraban en el club de campo...

Se lo pensó durante un puñado de segundos antes de contestarme.

—Son los padres de... Alicia. — El nombre lo susurró. No tuvo que aclarar que se refería a la que era su novia—. Hacía mucho que no decía su nombre en voz alta.

—Siento por todo lo que debiste pasar.

—Ellos también me culpan por la muerte de su hija. Todos lo hacen.

Callé durante unos instantes.

—Tu hermana...

—Ella es la única que me ayudó a salir adelante. Y Javier, claro. — Suspiró.

—¿Qué hay de tu madre?

Se encogió de hombros y convirtió la boca en una línea muy delgada y recta.

—La querías mucho...

—Sí...

—No puedes vivir así. No puedes seguir pensando que tú fuiste el culpable.

—Nada hubiera sucedido si yo no le hubiera comprado la moto.

—Fue un conductor imprudente. No tú.

Metió la cabeza dentro del agua y salió unos segundos después. Se incorporó y dejó un beso suave sobre mis labios, susurrando que teníamos que irnos. Estaba claro, dio por zanjada la conversación, pero me sentía satisfecha. En los pocos días que llevábamos en Madrid había conocido más de él que en todos los meses en Granada.

Entramos en un pub repleto de gente, con paredes de madera de colores y el techo manchado como si le hubieran tirado varios cubos de pintura. Cruzamos la puerta agarrados de las manos, sin esconderos de posibles miradas indiscretas, porque no las había, o eso pensaba yo. Javier apareció de la nada y se dio un abrazo con Nicolás. No le pareció raro vernos llegar como si fuésemos pareja, o, al menos, no hizo alusión al siguiente hecho irrefutable: no nos soltábamos.

Nos pidió que le acompañáramos hasta una mesa en la que nos esperaba un grupo de chicos. Tras las presentaciones, tomamos asiento y pasamos un rato agradable y muy bien merecido. Javier nos contó que pasaría parte del verano en Tailandia e invitó a Nico a viajar con él. En ese momento, no me preocupé porque pasáramos el verano separados, ni siquiera pensé en que dentro de dos días volveríamos a Granada y tal vez todo terminaría. Nuestro («mi», más bien) propósito era hablar con Enric y vivir felices para siempre, pero vamos a ser sinceros, las cosas nunca ocurren como planeamos.

—¿Cómo está Mar? —Por fin hizo alusión a mi hermana, con la que había tenido algo un par de veces.

—Planeando el fin de curso. —Obvié hacerle partícipe de las ganas que tenía la pequeña de mi casa de volver a quedar con él.

Un tal Luis y Javier se levantaron a por unas cervezas, mientras que los otros tres chicos discutían engarzados en una conversación sobre quién hacía más largos en la piscina en menos tiempo. Por lo visto, formaban parte del equipo de la universidad y, aunque amigos, también competían como rivales.

—¿Lo pasas bien? —Nico me susurró en el oído, con su brazo envolviendo mi cuello.

Me hizo cosquillas.

—¿Javier sabe lo... nuestro? —Encogí los hombros al recorrerme un escalofrío cuando dejó un suave beso detrás de mi oreja.

—Mmm... Lo nuestro —me imitó.

—¡No te rías de mí! —Lo empujé.

—Dame un beso. —Trató de unir nuestros labios, pero yo me retiré—. ¿Qué haces? —Levantó una ceja.

—Nada. —Me hice la tonta.

—Dame un beso —repitió, con una sonrisilla bobalicona.

—No. —Ahora me puse (vale, lo intenté) dura.

—¿Cómo que no? —Arrugó el entrecejo, exagerando. Los dos estábamos a punto de romper en carcajadas—. Te voy a besar cueste lo que cueste.

—¡He dicho que no! —No pude aguantar más, y terminé soltando risotadas, mientras él me hacía cosquillas en las costillas y llegaba a mis labios con los suyos. Me besó, después me mordió y, tras unos segundos, enredamos nuestras lenguas. Solo duró unos segundos, pero la intensidad no bajó en ningún momento.

Así pasamos los dos días que nos quedaban en la capital. Paseando de la mano, recorriendo kilómetros con la moto, aprovechando las tardes soleadas, viendo películas en el cine de su hermana. Besándonos y sintiéndonos en todos los rincones.

Riendo, hablando, contándonos confidencias. Le abrí del todo mi corazón y le hice partícipe de lo mal que lo había pasado con Felipe, de lo que me hizo y de que había perdido a casi todos mis amigos cuando la situación se complicó y obligó al grupo a posicionarse en un bando. Yo nunca les exigí que lo hicieran, sin embargo, una pequeña rueda comenzó a rodar y, al final, se hizo tan grande que nadie puro pararla.

Los «dimes» y «diretes» de los pueblos pequeños, la coincidencia de que muchos somos familia y la estrecha relación que nos une con uno y con otro, hicieron que me fuera a Granada y tuviera que olvidarme de muchas personas en las que antes confiaba y a las que quería.

Recuerdo esos días como los más especiales de mi vida hasta aquel momento; no quería que terminaran, deseaba parar el tiempo y que todo se detuviera.

Pero nunca he tenido ese poder, ni ese ni ninguno; soy una mortal más, de esas que se despiertan con el pelo enmarañado, el chocolate les engorda y tienen que poner lavadoras si quieren que la ropa interior (así como todas) esté limpia y huela a «Spa» al sacarla del armario.

El viernes hicimos el equipaje y nos dispusimos a despedirnos de toda la familia. Celeste, Leandro y Marta nos esperaban en el comedor con el desayuno preparado y listo para ser servido. Justo antes de entrar, Nico me detuvo y me rodeó la cintura con las manos.

—¿Qué te parece si nos vamos en moto? —dijo, con una sonrisa fabulosa.

—¿Qué? —contuve el aliento de la emoción—. Pero... ¿Qué pasa con las maletas?

—Mi hermana las enviará esta misma tarde. Mañana por la mañana las tendremos allí.

—Estás loco.

—Pero te gusta... —Dejó un suave beso sobre la comisura de mis labios y me soltó.

Admito que me tambaleé y me costó centrarme en caminar hasta mi asiento y comerme mi tortita. Lo conseguí, no se ponga en duda. Rym cocinaba de maravilla y todo lo convertía en un exquisito manjar. Le ayudé a recoger y me despedí de ella en la cocina, con un abrazo muy sentido. Me deseó lo mejor y me confesó que hacía mucho tiempo que no veía a Nicolás tan feliz.

Me lavé los dientes, besé a todos con cariño y regalé a Marta una bolsa de chucherías que había comprado para ella la tarde anterior. Todo iba bien, salí de la casa con una sonrisa en los labios y con la sensación de que allí tenía una familia y un sitio al que volver; pero todo mi mundo se vino abajo cuando vi a Nico discutir con una mujer. En seguida supe de quién se trataba.

## 25

## LA VUELTA



Estaban junto a su moto, que esperaba ansiosa porque nos subiéramos a ella y viajáramos al sur, pero, sin duda, había alguien que deseaba más que nos marchásemos lo antes posible.

La cara de Nico lo decía todo. Le dolía tener a su madre cerca. No podía ocultar la desazón que lo comía por dentro. En algún momento de nuestra

semana aquí, me pregunté por qué no la había visitado. Siempre que me había hablado de ella lo había hecho con amor, como si la idolatrara, sin embargo, algo mucho más fuerte los separaba y supe entonces que, como en cualquier guerra, ella tuvo que elegir y se quedó al lado de su padre.

La vida está repleta de decisiones, cada día tomamos miles de ellas. Empezando por si levantarnos ahora o unos minutos más tarde, si café o zumo, tostada o galleta, luz artificial o solar, qué vestido nos ponemos, o qué pantalón, ducha o baño, sabor de la pasta de dientes, pelo liso o rizado, labial rojo o rosado. Normalmente y, por suerte, sólo a veces esas decisiones afectan de manera drástica el rumbo de nuestro destino, y esta era una de esas.

Me detuve en seco porque no quería interrumpir la conversación, pero solo tardé unos minutos hasta que me vi obligada a ello.

—Sabes que te quiero —le dijo ella, acariciándole la mejilla. Él se tensó hasta límites infinitos y pude ver que una lágrima se escapaba de sus ojos. Ese hecho me atravesó el corazón como si de una lanza se tratara.

—No lo demostraste cuando debiste hacerlo.

—No quiero enfrentamientos con tu padre. Ya sabes como es.

—Lo sé. Por eso me marché lejos de él.

—Pero también lo hiciste de mí. Te echo de menos...

—Yo también —admitió.

—Entonces, ¿por qué no me has dicho que estabas aquí?

—Jamás volveré a pisar esa casa.

—Yo hubiese venido a verte.

—No has ido a verme en meses... —le reprochó.

—Creí que preferías que fuera así. Necesitabas tu tiempo.

—Lo que necesitaba era a mi madre... Y no la tuve.

—Perdóname. Siento no haber estado a tu lado.

—Ya no importa. —Se retiró de ella y cogió el casco—. Tengo que irme.

—Dame un momento, por favor.

Nico se lo abrochó y miró en mi dirección. Leí en su mirada la súplica tácita para que me acercara y nos fuéramos, así que lo hice y cogí el casco que me ofrecía.

—Hola —Fátima me saludó con una sonrisa amable en los labios, que desprendía mucho temor.

—Hola. —No sabía qué decir.

—Tú debes ser Itxel. Soy Fátima, la madre de Nicolás. —  
Alguien le había hablado de mí.

—Encantada... —susurré, cohibida.

—Nos vamos —sentenció Nico.

Se subió a la moto y yo fui a hacer lo mismo, pero su madre me detuvo un instante y me dijo:

—Me alegro de que te tenga. Cuida de él. —Me soltó y entró en la vivienda con un caminar muy elegante y distinguido.

No la perdí de vista hasta que se perdió en el interior.

—¿Lista? —Aceleró varias veces para calentar el motor.

Asentí con la cabeza y me agarré a su cintura.

Salimos de allí a una velocidad de vértigo.

Las siguientes dos horas y media las pasamos sobre la Harley, todo un placer para los sentidos, sin embargo, no podía apartar de mi mente lo que acababa de ocurrir.

Mi relación con mi madre era importante para mí, aunque no hablaba con ella cada día, la tenía presente en mis pensamientos y tomaba en cuenta su opinión cuando tenía que tomar una decisión trascendental. (Vale, a veces, pero tenía dieciocho años y creía que podía con todo yo sola). Aún así, mis padres eran uno de los pilares fundamentales de mi vida, sin el cual no podría mantenerme en pie. Y Nico lo hacía, lo tenía que hacer. No podía contar ni con su padre ni con su madre y eso debía de pasarle factura tarde o temprano.

Paramos en un área de servicio y echamos gasolina. No quise insistirle para que hablara de ello. Quedarse dentro algo que duele va haciendo daño y deja una herida difícil de sanar; sin embargo, presionar a Nico no era buena idea, ya había aprendido eso.

Me preguntó si quería tomar algo y le contesté que tal vez un refresco me vendría bien.

—¿Te duele la espalda? —se interesó.

—No.

—Podemos parar más a menudo.

—No es necesario —le aseguré, con mi Coca Cola en la mano y mirando las burbujitas.

—Entonces, si te parece bien, hacemos todo el trayecto que queda de un tirón.

Sonreí con los labios apretados y asentí con la cabeza.

Estaba preocupada, no solo por lo que había pasado, aunque él ocupaba casi todo el espacio ahora. Tenía que contárselo a Enric y no quería hacerle daño. Por lo que sabía, solo quedaba otro par de horas para tener que enfrentarme al problema y no estaba preparada. Me propuse mentalizarme durante el camino.

Me dio un beso y volvimos a la carretera. Pronto me di cuenta de que esta vez conducía mucho más despacio que antes. Quizás, a él tampoco le devoraban las ganas por llegar.

Comencé a oler a nieve y supe que en breves segundos vería Sierra Nevada a lo lejos. Justo cuando las montañas blancas aparecieron frente a nosotros, detuvo la moto en el arcén, se bajó, se deshizo del casco y me miró.

—¿Ocurre algo? —cuestioné, sin saber si habíamos tenido una avería.

Agarró el cierre del mío, me lo quitó y me besó. No me dio tiempo ni a sorprenderme. Lo agarré del cuello y lo apreté a mí.

—¿Cuándo vas a hablar con él? —susurró, con sus labios pegados a los míos.

—En cuanto lo vea.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Un consejo: Nunca hagas promesas que no sabes si vas a poder cumplir.

Aparcamos su moto detrás de la mía y, antes de bajarnos, Enric salió de su casa, alertado por el rugido del motor, y caminó hasta mí cuando se percató de que era yo la que estaba sentada en la parte de atrás de una Harley.

Me agarró por la cintura, me bajó en un abrazo y me besó sin dejarme posar los pies en el suelo.

—¡Itxel! —parecía muy emocionado.

Tragué con dificultad y, por inercia, le devolví el beso. Fue corto y no sentí nada, pero Nico debió pensar todo lo contrario. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos pude sentir la rabia correr por sus venas.

—¡Vamos! ¡Te he echado mucho de menos! —Tiró de mi mano hacia su casa.

—Yo me voy —masculló Nico, con la mandíbula y los puños apretados.

—Ah, hola, Nico. ¿Lo habéis pasado bien? —Lo saludó, obligado por la situación.

—Muy bien. Ahora te contará Itxel. —Nos regaló una sonrisa muy cínica a los dos.

Le hice una señal con las cejas, rogándole paciencia y tiempo para ser yo la que le rompiera el corazón al que era mi amigo desde la infancia.

—Hola, Itxel.

—Hola, cariño. —Los padres de Enric me saludaron nada más pisar el salón de su vivienda—. Nos alegramos mucho de que hayas vuelto.

—Yo me alegro mucho más. —Enric, que tenía rodeado mis hombros con sus manos, me pegó más a él y sonrió.

Beatriz, su madre, se acercó a mí y me cogió de la mano.

—Esta noche vamos a celebrar nuestro aniversario de boda y queremos

que nos acompañes. Serás nuestra invitada de honor.

—No... Yo... —Me quedé de piedra.

—Sabemos lo importante que eres para Enric, siempre ha estado muy enamorado de ti. Y hoy será un día especial para todos nosotros.

Miré a cada uno de ellos, suplicando que se me ocurriera algo para excusarme y no asistir, pero, ¿cómo podía hacerles aquello? La ilusión brotaba de todos, la felicidad inundaba la sala, ¿cómo iba a negarme? Acepté sin condiciones y tomé el café que me ofrecieron, escuchando todo lo que Enric había hablado de mí estos días.

Quise morirme.

Quise morirme dos veces.

Entré en mi casa cabizbaja. Sabía lo que me iba a encontrar. Nico se levantó, me abrazó y me preguntó cómo se lo había tomado.

—No te preocupes, lo entenderé. —Depositó un beso sobre mi sien.

Debió pensar, por mi semblante descompuesto, que había mantenido una tremenda pelea con Enric y que los dos habíamos terminado con el corazón roto. Yo lo quería, y Nico lo sabía. Claro que lo quería. Lo conocía desde que éramos unos enanos que arrancaban las flores y se las comían para saber a qué sabían los colores de sus pétalos.

—No es eso. —Lo miré, culpable.

Él arrugó el entrecejo y una espesa bruma le cruzó el iris.

—No se lo he dicho. —Afiancé mi respuesta con una negación leve de cabeza.

—No te entiendo. —Tragó con dificultad.

—No se lo he podido decir. —Traté de justificarme.

Nico se separó unos pasos de mí y se tocó la cara, nervioso.

—Explícamelo, Itxel, porque no lo pillo —solicitó, sarcástico.

—Sus padres estaban ahí y me han invitado a cenar esta noche...

—¿Qué? —me interrumpió, subiendo el tono de voz, incrédulo—. ¿Vas a salir con él?

—No es eso —respiré.

—¡Sí lo es! —Levantó los brazos.

—¡No es tan fácil!, ¿sabes? —Grité yo también.

—Ah, ¿no? Solo tienes que decirle que lo vuestro se ha acabado.

—No quiero hacerle daño...

—¿Daño? ¿Y qué se supone que debo sentir yo al verte salir esta noche con él? ¿Qué debo sentir? ¡Porque feliz no me hace!

—Nico... —Deshice el espacio que nos separaba y rodeé su cuello con

mis brazos—. Entiendo que te sientas así, pero déjame hacer esto a mi manera. Enric es mi amigo... —Lo miré a los ojos, implorando un poco de comprensión por su parte.

Respiró varias veces con ímpetu, resopló y pegó su frente a la mía con los ojos cerrados.

—Está bien, pero no me gusta... —Sentí su aliento en mis labios.

—Estoy contigo, ¿vale? Tienes que confiar en mí.

Suspiró y se mordió la boca con los dientes.

—Bésame —susurré, como si de vida o muerte se tratara.

Terminó con el milímetro que nos separaba y me besó con ternura pero sin perder la pasión con la que siempre lo hacía. Encajando su boca a la mía. Gruñó cuando le obligué a separarse de mí y protestó al comprobar que me iba a dar una ducha y tenía intención de hacerlo sola. No quería ensuciar lo que teníamos y no volvería a acostarme con él hasta que cortara definitivamente mi relación con Enric.

Otro consejo (que nadie me ha pedido). Igual pero con diferente receptor: No os prometáis nada a vosotros mismos si no vais a ser capaces de cumplirlo. Os sentiréis fatal.

De nada. (Emoji con ojo guiñado y lengua fuera).

Así que me puse un vestido de fiesta muy elegante, (la ocasión lo merecía), y me maquillé muy leve pero resaltando mis facciones. El rojo de mis labios también destacaba sobre el negro de la tela que me cubría hasta los muslos.

Nico se puso de morros cuando me vio y cruzó los brazos. Los ojos se les iba a salir de las órbitas.

—¿Vas a salir así? —gritó en tono agudo.

—No puedo ir a una fiesta de aniversario de cualquier manera. —No era mi intención excusarme de mi vestuario, siempre he vestido como me ha dado la gana, pero entendía su postura y lo que tenía que suponer ver a tu chica salir con otra persona.

—Pufff. —Bufó, y se tapó la cara.

Caminé unos pasos, me arrodillé frente a él y se las retiré.

—No es justo —se quejó.

—Lo sé. Lo siento.

—Jamás he soportado verte con él, pero ahora... Lo mataré si te toca. — Me acarició la frente y los labios.

—Nico... —sonó a comienzo de sermón.

—Estás muy guapa. —Me piropeó, con una sonrisa bobalicona,

queriendo cambiar de tema.

—Gracias. —Le di un beso en la boca, y lo dejé correr.

—¿Adónde vais a cenar? —preguntó, como si tal cosa.

Fui a contestarle, pero algo en mí me avisó de que no lo hiciera.

Me puse de pie y amusgué los ojos.

—No se te ocurriría aparecer por allí, ¿verdad?

Negó con la cabeza y miró hacia otro lado.

—No...

—Nico... —protesté, en plan aviso.

—No iré, ¿vale? Pero... —Se movió nervioso—. Te esperaré. Y llámame si necesitas que te recoja.

—No puedo subir en moto con este vestido. —Tiré del dobladillo hacia abajo.

—Iré en taxi. O alquilaré un coche si es necesario. —Me ablandó.

—Ven aquí —le sugerí. Introduje mis dedos de la mano derecha entre su cabello y lo acaricié.

—Deja de preocuparte.

—No quiero —replicó como un niño pequeño.

—Por favor... —imploré.

Puso las manos en mis mejillas.

—¿Por qué hemos tardado tanto? —Se humedeció los labios.

—¿En qué?

—En encontrarnos —susurró.

—No sabía que me estuvieras buscando...

—Lo hice desde el primer día que pisé esta ciudad.

—Yo supe que me traerías problemas nada más verte —sonreí.

—¿Problemas? —Torció el gesto—. ¿Yo a ti? Eres tú la que se va y me deja aquí solo... —Hizo un puchero.

—Ya te he dicho que tengo que hacerlo —me molesté un poquito.

—Perdona. Confío en ti.

No esperé a que Enric viniera a buscarme. Sabía que tenía que evitar según qué situaciones, y esta era una de ellas. Cabía la posibilidad de que Nico se abalanzara sobre él y le partiera la nariz de un puñetazo, así que me coloqué el abrigo y salí al patio. Parecía que nuestros relojes se habían sincronizado. Los tres cruzaron la puerta de en frente y nos dirigimos al garaje a por el coche.

La noche transcurrió entre una charla amable y risas.

Recordamos las tardes de verano en la corrala, la de veces que fuimos a la playa las dos familia juntas, y nos emocionamos cuando se dieron los regalos.

Un álbum de fotos de sus mejores momentos y dos anillos de oro blanco con la inscripción de los veintiún años que llevaban juntos. Enric y yo teníamos unos padres que nos adoraban y nos apoyaban y no pude evitar que la pena me comiera por dentro al recordar que Nico no disfrutaba de esa complicidad y amor.

La cena se alargó hasta bien entrada la madrugada, incluso brindamos con champán y comimos tarta. Dejamos a sus padres en la puerta de un hotel, donde pasarían la noche, y nosotros volvimos solos a casa.

Nos detuvimos entre nuestras puertas y me pidió que entrara en su apartamento. Supe, por el susurro sexi que salió de su garganta, que me estaba pidiendo que pasáramos la noche juntos (y revueltos).

—Estoy muy cansada del viaje —me excusé.

—Pues duerme conmigo. —Me agarró las manos y las balanceó.

—No puedo, en serio. Necesito mi cama —solté en modo broma, pero iba muy en serio.

—Mañana te llamo. —Me dio un corto beso.

—Vale. —Al día siguiente hablaría con él y le contaría todo.

Nos despedimos con un adiós y entré en casa. Él lo hizo cuando yo cerré la puerta.

Nico me esperaba sentado en el sofá, mirando la televisión pero con toda la atención en mí, aunque intentara disimularlo. Tomé asiento a su lado y le pregunté qué veía.

—Eso. —Señaló el programa de música que se emitía.

Posé la cabeza sobre su hombro y respiré. Me sentía cómoda y protegida, pero la sensación solo duró unos segundos, porque se levantó.

—Me voy a dormir. —Dejó el mando sobre la mesa y se marchó a su habitación.

Por supuesto, fui tras él.

—Hasta mañana, Itxel —me echó, nada más verme cruzar el vano.

—No ha pasado nada entre nosotros —aclaré.

—Lo sé. Te ha pedido que te acuestes con él y lo has rechazado. —Se quitó la sudadera y se puso una camiseta. Entre una y otra pude ver su torso moreno.

—¿Nos has espiado? —No salía de mi asombro.

Su semblante lo dijo todo: culpable, señoría.

—¿Cómo te atreves? —Puse los brazos en jarra.

—¡Lo has besado! —Vino hacia mí.

—¿Has mirado por la mirilla?

—¡Sí! ¿Y?

—¡Eso no se hace!

—¡Me pediste que confiara en ti y lo hice!

—¡No he hecho nada! Se supone que salimos. ¡¡No puedo retirar la cara cuando quiera darme un beso!!

—¡¡Me parece genial!! —vociferó.

—¡¡Perfecto!! —chillé sobre él.

—¡¡Estupendo!!

—¡¡Todo claro!!

—¡¡Me alegro!!

Nuestras bocas, cada vez más unidas a causa de la disputa, chocaron la una con la otra, empujadas por el deseo y las ganas de sentirnos.

## SUS CARAS, UN POEMA



Desperté en la que actualmente no era mi habitación, pero en la que había pasado muchas noches cuando era pequeña. Ahora tenía una cama grande; antes una litera de hierro que nos servía de castillo de princesas. Al moverme, sentí las sábanas acariciar mi cuerpo desnudo, y abracé la almohada en un gesto por tener a Nico más cerca. Allí había posado su cabeza y su cuerpo durante toda la noche, muy próximo al mío, y había dejado su olor, ese que tanto me gustaba. Cerré los ojos de nuevo y aspiré con fuerza, tratando de que llegara hasta lo más profundo de mi ser.

—Buenos días, lucero. —Nico apareció en el dormitorio con una bandeja en las manos, sobre la que se depositaba un vaso con zumo de naranja y unas tostadas.

—¿Me traes el desayuno a la cama? Esto parece una novela romántica.

—Nunca he leído ninguna —dijo sin darle importancia.

Pensé, entonces, que bien podía ser el protagonista de una de las tantas novelas que había leído y a los que me había imaginado siempre tan guapos como él.

Tomó asiento a mi lado y puso la bandeja sobre el colchón.

—Deberías —le aconsejé, dándole un mordisco a la tostada.

Se acercó por el otro lado y le dio un bocado.

—¡Eh! Esto es mío. —La retiré.

—Si no me das... Voy a tener que comerte a ti. —Se abalanzó sobre mi cuello y lo mordió. La sábana, que me cubría los senos, se deslizó un poco hacia abajo, casi descubriéndolos.

Reímos a carcajadas mientras yo trataba de apartarlo y agarraba el desayuno para que no se desparramara encima de la cama.

—¡Nico! ¡Nico! —Me quejaba, con la boquita pequeña.

—Arggg. —Siguió mordisqueándome los hombros y la cara.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y nos cambió el semblante. Él tensó el suyo. El mío variaba por segundos entre la culpabilidad y la molestia porque nos hubieran interrumpido. O debería decir «hubiera», en singular, porque no teníamos la menor duda de quién se trataba. Enric, por supuesto.

—No abras —le pedí, por muchas razones:

1. No quería que me viera así y en una habitación que no era la mía.
2. No quería que este momento terminara tan pronto.
3. Y, la más importante, no quería hacerle daño a ninguno de los dos.

—No pensaba hacerlo.

Mi teléfono sonó solo unos segundos después, y dejé que las llamadas se agotaran. Aún así, Enric insistió dos veces más y tuve que ponerlo en silencio para no volverme loca. Más tarde lo llamaría y quedaría con él en algún lugar para sincerarme.

Dejé el móvil sobre la mesita de noche y le di un sorbo al café. Nico había perdido el brillo de los ojos y ya no tenía ganas de acompañarme durante el desayuno.

—¿Adónde vas? —pregunté, tras ver cómo se levantaba.

—Hoy empiezo a trabajar. —Se puso una sudadera con gorro gris sobre la camiseta negra.

—Es muy temprano.

—Me han dado muchos días libres. Voy a hacer algunas horas extras la próxima semana. —Hablaba en tono neutro, o, al menos, lo intentaba, porque de lejos se oía su enfado.

Cogió su reloj del escritorio y se lo abrochó en la muñeca.

—Voy a llamar a las gemelas y nos pasamos por allí esta noche. Tomaremos algo.

—Vale. —Respondió, seco.

—Nico, mírame —le pedí.

Bufó, se tocó el cabello y se giró, hasta que sus ojos se encontraron con los míos.

—Voy a hablar con él, ¿vale? En cuanto me dé una ducha, lo llamo.

Deshizo el metro que nos separaba, se agachó y me dio un corto beso sobre los labios. Solo duró un segundo, pero ambos cerramos los ojos y lo sentimos muy adentro.

—Voy a morirme pensando que estás con él —susurró sobre mi boca.

—Espero que no te mueras. —Le acaricié las mejillas.

Supliqué al destino que pusiera un poco de su parte y no los hiciera coincidir fuera. Por una vez, me hizo caso, y Nico se marchó al pub sin tener que enfrentarse al que consideraba su enemigo. Sin serlo, ojo; porque Enric no tenía ni idea de lo que estaba pasando y, con seguridad afirmo, que era un buen chico.

Dudo que tuviera enemigos de ningún tipo.

Me di una ducha rápida, me vestí, me calcé unos zapatos de deporte y me puse el abrigo. Aún hacía un poco de frío y en la moto se notaba mucho más. Le

envié un mensaje a Enric, esperando que, al salir del baño, me hubiese contestado, pero no lo hizo. No me extrañó, solo habían pasado veinte minutos; sin embargo, seguí intentándolo durante toda la tarde sin conseguir respuesta. Incluso lo llamé varias veces y fui a su casa a buscarlo.

Nada. A Enric se lo había tragado un volcán.

Hablé con las chicas durante más de media hora y quedamos en que vendrían a recogerme y saldríamos en coche. Formamos una gran algarabía dentro del auto nada más encontrarnos en el Paseo de los Tristes. Teníamos muchas cosas que contarnos, aunque yo, en aquel momento, me guardé la más importante. Se supone que había estado en Punta Umbría todas las vacaciones.

Ellas habían pasado casi toda la Semana Santa esquiendo, aprovechando las últimas nevadas, pero habían tenido tiempo de salir de marcha y meterse en algunos líos.

Rosalía por fin había dado su segundo beso y ¡le habían sobado las tetas y el culo! Con su consentimiento, por supuesto. Se llamaba Julio, le gustaba bastante y había sido muy simpático con ella. Nos relató con pelos y señales el momento en el que casi “lo hacen”, (ella puso las comillas), y que le ha vuelto a pedir que salgan el próximo fin de semana.

Victoria no había tenido tanta “suerte”, (estas comillas las pongo yo), porque siempre es muy relativa. A veces creemos haber triunfado ante una situación y, tras varios días, meses o años, nos damos cuenta que no fue así, sino todo lo contrario. Conozco a personas a las que les ha tocado la lotería y, después de cinco años, estaban arruinados y en la indigencia. Total, que Fede, como había prometido, la llamó para salir y quedaron el miércoles por la noche. La cena transcurrió bien: charlaron, rieron y vieron que tenían muchas cosas en común. Tantas que ahondaron en muchos aspectos de la vida cotidiana (la más importante, al fin y al cabo) de cada uno, y Victoria creyó, a ciencia cierta, que había encontrado su alma gemela. Así que, en cuanto «Federico el de los huevos chicos» (a partir de ahora, por soplapollos y malnacido) la invitó a su casa y le pidió tácitamente que se acostaran juntos, ella aceptó. Lo hizo porque le apetecía, pero de alguna manera el otro la engatusó regalándole el oído y diciéndole todo lo que creía que mi amiga quería escuchar. Tanto fue así, que, nada más conseguir lo único que quería, pasó de ella, la dejó en su casa y no la volvió a llamar.

Le dije que lo lamentaba, que, en cierto modo, sabía cómo se sentía y que ya buscaríamos la forma de vengarnos.

—Gracias, sois las mejores amigas. —Nos abrazó a las dos en la puerta del Red Dragon.

—Faltaría, yo soy tu hermana gemela —replicó la otra.

Vic puso los ojos en blanco y sonrió, mientras yo le limpiaba una lágrima y prometía que esta noche lo pasaríamos genial.

Un segundo antes de cruzar la puerta del pub, recibí un mensaje de WhatsApp de Enric:

«Mañana te llamo».

Solo decía eso. Fue seco y conciso. No supe qué pensar al respecto. Él no era así. No le di demasiadas vueltas y me dije que tenía que ser fiel a mi palabra de amiga y cumplir la promesa que nos habíamos hecho hacía un segundo: Dejar todos los problemas y cuentas pendientes fuera y bailar hasta caer desfallecidas.

Nos dirigimos directamente a la barra. Hoy no deseábamos acercarnos a ninguna mesa.

Pedimos las bebidas y le pregunté a la camarera (que ya conocía y a la que le unía una amistad muy estrecha con Nico. Léase con mucho retintín) por él.

—Está detrás. —Hizo un movimiento de cabeza y señaló el almacén.

—Voy a ver a Nico. —Les indiqué.

Ambas asintieron al mismo tiempo, como si de dos clones sincronizados se tratasen, a la vez que absorbían el líquido con sus cañitas negras.

Vi a Nico con la vista puesta en una hoja de papel y, sin avisarle de mi llegada, lo abracé por detrás y posé mis mejillas sobre su espalda. Respiró con fuerza y se tranquilizó.

Se dio la vuelta con una sonrisa y fingió una mueca de desagrado cuando me puse en su campo de visión.

—Vaya, eres tú; creí que me había ligado a Jeny —se lamentó, de broma, chasqueando la lengua contra el paladar.

—Muy gracioso —fruncí la nariz. Él la besó y me acunó entre sus brazos.

—¿Por qué has venido tan tarde?

—Solo son las once.

—Me he acostumbrado a tenerte revoloteando a mi lado. Se me ha hecho el día eterno sin mi chica.

Otra camarera, una que no había visto nunca, nos interrumpió, entrando en la habitación con varias cajas de botellas vacías.

—Nico, necesito tu ayuda. —Salió como había llegado: veloz.

—¿Quién es? —pregunté sin segundas. Lo juro. Solo era curiosidad. No lo hice porque fuera inmensamente guapa, alta, delgada y “necesitara” la ayuda de... ¡mi chico! Lo había dicho él momentos antes, no yo.

—Mi sustituta. La han contratado en mi ausencia. Aún anda un poco perdida, pero es muy buena. Se quedará a trabajar toda la temporada de verano.

—Venga, vete. Tienes que trabajar.

—¿Has hablado con Enric? —Enunció como si nada, sin embargo, yo sabía que estaba deseando preguntármelo desde que lo abracé.

—No he podido. No contesta a mis llamadas —masculló.

—He insistido, te lo prometo... —Se me ocurrió que tal vez le había ocurrido algo—. Espero que esté bien —musité.

—¡Nico! —Jeny lo reclamó en un grito—. ¡La nueva necesita tu ayuda! —Volvieron a interrumpirnos.

—Después te veo. —Se despidió con un pico y se fue.

Las siguientes dos horas las pasamos bailando. La noche era joven y nosotras también, así que decidimos hacernos amigas y acompañarla hasta que amaneciera. Las amigas no se dejan solas nunca, mucho menos de madrugada. Por ello, nos propusimos despedirnos de la oscuridad al amanecer.

Pero una cosa es proponérselo, y otra, muy distinta, cumplirlo. Porque, claro, todo puede pasarles a tres chicas de dieciocho años durante cinco o seis horas de aventura nocturna.

El bar, casi quedó desierto cuando el reloj marcó las cuatro de la mañana. Nico bajó la reja de la entrada principal y nos quedamos dentro un grupo de no más de quince personas, contando con los tres camareros, (él incluido). Algunos clientes se atrevieron a encender unos cigarrillos. Entendí, porque nadie les llamó la atención, que debían ser de confianza y que lo hacían a menudo.

Nico se acercó a nosotras, que, casi al borde del infarto por llevar nuestros cuerpos al límite con cinco horas de baile, (somos lo más, a la hora de bailar. Y, sin haberlo pensado, me ha salido un pareado. Vale, ya me callo), decidimos tomarnos un descanso y poner los pies en alto al fondo de la sala. Yo a un lado de una mesa de madera, sobre unos sofás de cuero de unas tres personas de capacidad; y Victoria y Rosalía frente a mí.

Mi compañero de piso (ahora también Mi Chico) se sentó pegado a mi cuerpo, me rodeó los hombros con un brazo y me dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios. Todo muy normal. A la inversa que las caras de mis dos amigas, porque, rebobinemos: Nico me tenía medio abrazada y me había dado eso que todos podemos considerar un «pico distraído».

Madre del amor hermoso la que se avecinaba.

Nota recordatoria: Ellas no sabían nada.

—¿Todo bien, chicas? —preguntó, sin darse cuenta de lo que acababa de hacer; o... ¡por dios!, ¡claro que lo sabía! ¡Lo había hecho a conciencia!

Lo cierto era que las caras de mis amigas daban risa. Parecían estas muñecas de cerámica que mi madre guardaba de recuerdo y a las que se le salían los ojos del hueco. Sus bocas formaban una «o» perfecta de lo abiertas que las tenían. Si hubiera sobrevolado una mosca cerca, se las habrían tragado como si

fueran un agujero en medio del océano que se lleva todo lo que nada cerca.

Pasaron muchos segundos, demasiados, hasta que Vic pudo reaccionar y hablar.

—A mí se me está aguando la copa. —La levantó y la miró.

Nico le hizo una señal a Jeny para que nos trajera otra ronda.

A Ros le colgaba ya la saliva por la barbilla. Vaya bochorno de situación. Su hermana le dio un codazo y cerró la boca de sopetón. Las dos me lanzaron una mirada de incomprensión y yo convertí mis labios en una fina línea. ¿Qué iba a decir? No quería mentirles.

—¿Vamos a la discoteca? —manifestó Rosalía.

—Vale —contestó Victoria.

—Por mí perfecto —declaró Nicolás.

—Lo que queráis. —Le di la bienvenida al brusco cambio de tema.

—Termino de recoger y nos vamos. —Me dio otro beso y se marchó.

¿Qué pasó entonces? Que las gemelas me atosigaron a preguntas.

—¿Se puede saber qué era eso?

—¿Por qué Nico te ha besado?

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

—¿Cuándo ha ocurrido?

—¿Sois novios?

—¿Estáis saliendo?

—¿No salías con Enric?

—¿Sales con los dos?

No os especifico concretamente quien de las dos me hizo unas preguntas u otras porque ni yo misma, a día de hoy, lo tengo muy claro. Las formularon muy rápido, ellas eran clavadas y, del agobio, la imagen de una se mezcló con la de la otra.

No tuve más remedio que empezar desde el principio y asumir que había mentido a todo el mundo y había pasado las vacaciones en Madrid con Nico. Me salté los detalles más íntimos, pero les conté cómo había sucedido.

—Siempre supe que había algo entre vosotros dos —aseguró Vic.

—Yo también —apostilló Ros.

—Tú no te enteras nunca de nada —le replicó la otra, y comenzaron a discutir. Cuando dieron por terminada la trifulca, volvieron a depositar su atención en mí y soltaron la pregunta del millón.

—¿Cómo se lo ha tomado Enric?

—Aún no he podido decírselo.

—No le va a gustar.

—Le vas a hacer daño.

Lo sabía. No hacía falta que mis amigas me avisaran de lo que iba a pasar, aún así, jamás perdí la fe en que Enric entendiera que no se puede elegir a quién se ama y se lo tomara bien.

Nota recordatoria número dos: Tenía dieciocho años y aún pensaba que podía cambiar el mundo.

27

## PROMÉTELO



Del Red Drangon nos dirigimos a la discoteca. Caminando, por supuesto, ninguno de los cuatro podíamos conducir porque, aunque no bebimos mucho esa noche y todo lo quemamos bailando, seguro que sobrepasaba el límite en un control de alcoholemia. Nico y yo nos quedamos rezagados de las hermanas y le reproché que se hubiera comportado de aquella manera.

—¿Cómo?

—No te hagas el tonto. Sabías que no se lo había contado a las gemelas.

—No pienso aguantar más esta situación. Te besaré siempre que quiera.

—¡Nico! —di un golpe seco sobre el asfalto con el pie, y me detuve—. ¡No puedes hacerlo! ¡Tengo que decírselo a Enric!

—Pues díselo. —Encogió los hombros—. ¿Lo hago yo? —Se presentó voluntario.

—¡Ya te he dicho que no! —Resoplé, y casi me abandono a la desidia, pero no, jamás lo haré—. Deberías haber respetado mi decisión.

Miró hacia otro lado como si no hubiera roto un plato.

Lo agarré por la barbilla y lo obligué a escucharme.

—Tienes que prometerme que no volverás a hacerlo, que respetarás mi decisión y te mantendrás alejado de mí hasta que hable con él.

Se puso de morros.

—Promételo —insistí.

Calló.

—Nico...

—Te lo prometo —susurró, pero casi no pude oírle.

—No te he escuchado.

—He dicho que lo prometo.

Le costó cumplir su promesa el resto de la noche, pero lo consiguió. Bailamos juntos, sin duda, pero como simples amigos, (vale, de esos que se tienen muchas ganas). Todo marchaba viento en popa hasta que «Federico el de los huevos chicos» hizo acto de presencia e intentó besuquear a Victoria. Iba bastante desfasado y casi no se mantenía en pie, hecho irrefutable que no me disuadió para ponerme frente a él, apartarlo de mi amiga, señalarle con el dedo y decirle todo lo que pensaba. Terminé ladrándole a la cara, tanto que casi le muerdo y Nico tuvo que intervenir y separarme del indeseable.

Vic y Ros también se despacharon a gusto antes de salir corriendo a la calle.

—¡Sois unas macarras! —Nos gritó Nico, entre carcajadas, y todas le acompañamos —. No salgo más con vosotras.

—Ah, ¿no? ¿Con quién ibas a estar mejor? —Levanté una ceja.

—Con nadie —admitió.

Tiró de mi mano y me abrazó.

—Dame un beso.

Me encantaba verlo tan feliz.

—Lo has prometido —le recordé, sin dejar de reír.

—A partir de mañana cumplo mi promesa.

—Ya es mañana. —Miré hacia los rosas y naranjas del amanecer. Él dirigió su mirada hacia el mismo lugar.

—Lo sé... —musitó.

—¿Qué?

—Desde que te conozco sé que hay un mañana para mí. No me da miedo enfrentarme a él.

Tuve que besarlo. No: QUISE BESARLO. Deseé con todas mis fuerzas pegarlo a mí y que no tuviéramos que separarnos nunca.

Aun así, esa noche no pasó nada entre nosotros. Al menos, nada meramente físico. Fue mucho más allá. Dormimos juntos, eso sí, y nos

dedicamos a abrazarnos y a sentirnos. Sé que no se durmió hasta que lo hice yo, y, nuestra relación, fuera la que fuere por entonces, avanzó a grandes zancadas hacia un futuro más cierto, más real... Se afianzó.

Después de almorzar, Nico se marchó al bar y no volvimos a vernos en todo el día. Lo eché de menos, yo también me había acostumbrado a tenerlo de morros cerca de mí. Vale, no puedo ser tan injusta con él. Solo se enfadaba cuando me veía con Enric, o cuando sabía que iba a verme con él. Intenté hablar con mi vecino varias veces, pero ahora, incluso, no hacía llamada. Tenía al móvil apagado o fuera de cobertura. ¿Debía empezar a preocuparme? Lo hice de todas formas. Le dejé un mensaje en el buzón de voz y varios en la aplicación de WhatsApp.

La semana empezó de la peor manera posible: Nos dimos cuenta, (más vale tarde que nunca), que los exámenes finales y la fecha de entrega de proyectos estaban a la vuelta de la esquina. Nico trató de convencerme para que comiéramos juntos, pero me negué porque cabía la posibilidad de que me liara y me convenciera de seguirlo al fin del mundo. Y nada de viajes alrededor de la tierra aunque fueran imaginarios. Lo mandé a casa a estudiar y quedamos para cenar «algo verde», según sus palabras. Ese era el trayecto más largo que iba a recorrer hoy.

Las Three Direction pasamos el lunes en la facultad. Entre clases y horas en la biblioteca se me fue el día volando; sin embargo, Enric no salió de mi pensamiento en ningún momento, y eso era malo. Muy malo. Porque yo necesitaba concentrarme en terminar el curso con todas las asignaturas aprobadas, a poder ser, con buena nota.

No tuve que preocuparme más por él, porque mi teléfono comenzó a sonar, de camino a los aparcamientos, y lo descolgué, soltando un respiro.

—Enric, ¿dónde estás?

—Estoy llegando a Granada. He estado en Barcelona.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Mi tío... Mi tío tuvo un accidente —lo escuché sollozar— y tuvimos que coger un avión.

—Lo siento. ¿Está bien?

—Sigue en la UCI, pero es fuerte...

—¿Qué puedo hacer?

—Solo... ¿Me esperas en tu casa?

—Claro.

—En un rato nos vemos. —Suspiró y colgó.

—¿Qué ocurre? —Vic se asustó al ver mi cara blanquecina. Ella tenía agarrado varios libros con las dos manos y el bolso colgado del hombro izquierdo; yo llevaba mi mochila a la espalda.

—No estoy muy segura. El tío de Enric ha tenido un accidente y está grave.

—Vaya, lo lamento.

—Estaba en Barcelona. —Hablé, asimilando lo sucedido.

—¿Estás bien? ¿Prefieres que te acerquemos en el coche? —me preguntó Rosalía.

—No, no. No hace falta. Tengo que irme. —Subí a mi moto y la arranqué.

—¡Itxel! —Victoria gritó por encima del rugido del motor—. Ten cuidado. ¡No corras!

Me comí todas las uñas de los dedos (de las manos, apunto) mientras esperaba a que Enric llegara. Me sentaba, me levantaba, iba al baño, bebía agua, me sentaba otra vez. No sabía qué hacer para que las manillas del reloj que mi abuela tenía en el salón, y del que no nos habíamos deshecho por el amor infinito que le profesábamos, avanzaran. «Moveros, por favor». También me comí los pellejos de los labios, hasta el límite de saborear la sangre con mi lengua.

Toc, Toc.

Escuché los golpes en la madera cuando yacía medio dormida sobre el sofá. Automáticamente, mis ojos viajaron hasta el viejo reloj y comprobaron que rondaba la media noche.

Abrí la puerta y me encontré a un Enric destrozado. Aunque no lloraba, su rostro me habló y me dijo tantas cosas en tan poco tiempo que me dio mucha pena.

Lo había pasado fatal, adoraba a su tío y le dolía el corazón por el fatídico desenlace que podía tener.

Después supe que había sido un accidente laboral. Tuvo que atender un aviso de madrugada en un centro comercial muy grande e importante y el aparato que intentaban arrancar, explotó.

Tenía una empresa que trabajaba montando y reparando lo que se denomina frío industrial: grandes aparatos de aire acondicionado o frigoríficos y congeladores de dimensiones descomunales.

El grupo de emergencias tuvo que reanimarlo in situ, antes de poder trasladarlo al hospital. No había podido hablar con él porque estaba sedado desde entonces y se sentía fatal por haber tenido que volver a Granada tan pronto, pero tenía un trabajo muy importante que presentar dentro de dos días.

Se abrazó a mí con fuerza y yo lo hice a él de la misma manera. Hacía

bastantes años que mi querida tía Candela, hermana de mi padre, y a la que más amor le tenía, había fallecido por una enfermedad muy grave, pero jamás se me olvidará lo sola y desamparada que me sentí cuando ocurrió. Mi tía era la persona más maravillosa que habrá nunca sobre la faz de la tierra. Tanto como todas esas tías únicas que se convierten en las mejores amigas de sus sobrinas y sobrinos, dándole todo lo que tienen, hasta lo que no, y regalando el amor más infinito.

Se rompió. Empezó a llorar sobre mi hombro y yo lo arropé entre mis brazos, cerrando la puerta con un puntapié. Dejé que se tomara su tiempo para reponerse, hice un litro de infusión de manzanilla y tila y lo obligué a relajarse.

Me contó que su padre lo llamó de madrugada desde el hotel en el que pasaba su noche de aniversario y cogieron el primer avión destino a Barcelona con tres asientos libres. Antes de partir, vino a casa a despedirse de mí, pero no estaba; me llamó varias veces por teléfono, pero no se lo cogí.

Te voy a decir dónde estaba: Retozando en la cama con Nico y desayunando entre carcajadas, mientras él acababa de enterarse del grave accidente de un ser muy querido.

Me sentí fatal y quise morirme otra vez. Ahora una o dos me parecieron pocas. Así que quise morirme tres veces. Aún así, no las consideraré suficientes.

«Muy mal, Itxel, muy mal».

Estos dos días ni siquiera había hecho caso al teléfono, hasta se le había quedado sin batería y no se había percatado. Lo entendía. Solo estaba donde debía estar y con quién debía: en el hospital y con su familia.

Nos bebimos el litro de infusión entre los dos y casi nos quedamos dormidos, con mi cabeza sobre su hombro, en el sofá del salón.

—Enric, no puedes dormir aquí. Este sofá te destroza la espalda. —Le aconsejé en un susurro, anticipándome también a lo que podía ocurrir si Nico entraba y lo veía aquí, cosa que podía pasar en cualquier momento, visionando la hora.

Mi intención era que se marchara a casa, parecía bastante recuperado.

—¿Puedo dormir contigo? No quiero estar solo.

Me di un manotazo en la frente de manera imaginaria. Se lo había puesto en bandeja.

—Claro. —¿Qué podía decir? Mejor acostarnos aquí que pasar la noche en su casa y que a Nico se le ocurriera echar la puerta abajo a patadas y arrasar con todo a su paso. Por lo menos, si nos quedamos en mi dormitorio, podré dejar la puerta abierta y comprobará que no estamos manteniendo relaciones íntimas.

Podía verlo de mil maneras y explicarlo de otras mil. A Nico no le iba a gustar mi plan, o mi forma de llevar la situación, y podía liarla gorda; pero tenía

que arriesgarme.

Tumbados sobre la cama y frente a frente, la oscuridad se apoderó de nosotros.

Me desperté al escuchar un pequeño ruido en la cocina. Al principio, abrí los ojos, desorientada, aún era de noche; pasaron unos segundos hasta que comprendí lo que tenía a mi alrededor. Enric dormía a mi lado mientras que Nico acababa de llegar del bar y, con probabilidad, había venido a mi habitación y se había llevado una malísima sorpresa.

—Nico... —susurré tras él.

Se giró, dejó el fregadero a su espalda y lo agarró, apretándolo tanto que sus nudillos se volvieron blancos.

Tragó con dificultad y me pareció que quería hablar, pero enmudeció y abandonó la estancia con paso firme.

—Nico... No es... —Traté de explicarme ya en su habitación, sin embargo, me cortó.

—Para. —Levantó una mano y respiró. Tomó asiento en el filo de la cama, agachó la cabeza, apoyó los codos en las piernas y se revolvió el cabello con las manos—. Está ahí, en tu cama. Te tenía abrazada... Voy a volverme loco —mascullaba entre susurros de dolor.

—No sabes lo que ha ocurrido.

—¿Te has acostado con él? —Clavó su mirada en la mía.

—Por supuesto que no.

—Déjame solo —imploró.

—Yo... —Di un paso hacia él, pero su negación me frenó.

Hubiera preferido que me gritara, así, por lo menos, hubiese podido explicarle, aunque fuera a voces, que su tío había tenido un accidente y no podía abandonarlo en la soledad de la noche, pero que ni siquiera nos habíamos besado.

Nico ahora no estaba enfadado.

Nico estaba destrozado. Había perdido la confianza en mí.

Y eso me partía el alma en pedazos.



## LO ANTES POSIBLE



Me acosté en el sofá y, como preveía, amanecí con la espalda destrozada, pero no era lo único. Todos nos sentíamos mal por una cosa u otra. A todos nos atormentaba algo, y yo, además, me sentía tremendamente culpable por cómo estaba manejando la situación. Básicamente, no la manejaba, me dejaba llevar por las decisiones que mi conciencia tomaba en ese instante y no sopesaba las consecuencias que traerían más tarde. Reconozco que fui un desastre tratando de no dañar a ninguno de los dos, porque terminé perjudicando a ambos.

Miré en dirección a las habitaciones. La puerta de Nico estaba cerrada. La mía totalmente abierta y en la que adivinaba el cuerpo de Enric bajo las sábanas.

Respiré profundamente y fui a la cocina a por un café. Tenía que despertar a mi vecino si no quería llegar tarde a clase, sin embargo, antes, tuve una «magnífica y genial» idea (nótese la ironía) y pegué la oreja en la puerta de mi compañero de piso. No se escuchaba nada. O aún dormía profundamente, o había salido muy temprano.

Entré en mi dormitorio y zarandeeé levemente con la mano a mi invitado.

—Enric. Enric. Despierta.

—Mmm...

—Tengo que irme, es muy tarde.

—Mmm, sí... espera... —Hizo ademán de incorporarse, pero, al comprobar que ni siquiera lograba abrir los ojos, lo empujé hacia atrás y lo detuve.

—Quédate. No hay prisa.

Creo que se volvió a dormir en una milésima de segundo, o cabe la posibilidad de que no llegara a despertarse y hablara entre sueños.

Lo dejé allí, me di una ducha rápida, me vestí y me fui.

Las chicas hicieron alusión a mi mala cara. Les conté todo lo ocurrido: que aún no había podido hablar con Enric y que lo había dejado dormido en mi cama. No pudieron evitar mirarme con reproche.

—Lo sé. Soy idiota.

—Tú lo has dicho —manifestó Rosalía, y siguió caminando.

Las dos primeras clases se me hicieron eternas, los trabajos se acumulaban y los exámenes cada vez estaban más cerca. Empecé a agobiarme y, aproveché la comida, para llamar a Maite y desahogarme con alguien que me conocía casi mejor que yo misma.

—Mai...

—¿Qué pasa? —preguntó nada más escuchar mi voz desvalida.

—He metido la pata. Bueno... Aún ando en ello...

—Seguro que tiene arreglo.

—Eso espero, porque no quiero perder al chico que más he querido en mi vida.

—¿Has vuelto con Felipe? —gritó, asustada.

—¿Qué? ¡¡No!! —chillé yo también. Las gemelas, sentadas en un banco a tres metros de mí, giraron la cabeza al unísono hacia mí.

—¡Te has enamorado de ese chico!

—¿De qué chico? ¡No! —Presumí que hablaba de Enric.

—¿Por qué mientes a tu mejor amiga? Porque sigo siendo tu mejor amiga, ¿no? ¿O ya me has olvidado?

—Pero, ¿de qué hablas? ¡No estoy enamorada de Enric!

—¿Enric? ¡No hablo de Enric! ¡Me refiero a Nico!

Ah, pues de ese sí.

Callé. Y el que calla, otorga.

—Siempre supe que pasaría —aseveró.

—Parece que todo el mundo lo sabía... —Le di una patada a una piedrecita con la puntera de mis Vans.

—¿Y cuál es el problema?

—Pues que... —Me mordí el labio inferior—. Que he estado saliendo con Enric y... Y ahora no encuentro el momento de decirle que estoy con Nico.

—¡¡¿Quéééé?!!

Fui a hablar pero me cortó.

—¿Estás con los dos? ¿Has perdido la cabeza?

Sí, la había perdido por Nico.

—No estoy con los dos. Estoy con Nico. Con Enric nunca ha pasado nada serio.

—¿Y acaso importa? ¿Cómo se te ocurre?

—No sé ni cómo ha ocurrido. Todo pasó cuando lo acompañé a Madrid.

—Tienes que decírselo, Xel. No puedes hacerle eso. Tú, mejor que nadie, sabe lo que se siente cuando te mienten de esa manera.

—Lo sé... —Bufé.

—Hazlo ya. Lo antes posible.

—Pero no quiero hacerle daño. Está pasando por un mal momento. —Le hice un resumen de lo del accidente de su tío y su actual estado de salud.

—Lo siento mucho por él, pero no puedes retrasarlo, y lo sabes.

—Ya...

Nos dijimos cuánto nos queríamos y nos despedimos. Vi a Nico salir de la cafetería, que teníamos en frente, justo cuando colgaba el móvil.

Pasé al lado de las gemelas y salí corriendo hacia él.

—¡Nico! —Me ignoró y siguió caminando—. ¡Nico! —Insistí, pero volvió a pasar de mí—. Espera. —Lo agarré del brazo y se detuvo, pero no me miró—. Nico, habla conmigo, por favor. —Tenía la mandíbula apretada—. Esta noche se lo digo, te lo prometo.

—Eso ya lo he escuchado antes. —Se soltó y se puso a andar.

—Me he equivocado, lo sé, pero voy a arreglarlo.

—Ya no importa. —Se soltó y anduvo hacia la biblioteca.

Me moví y me puse frente a él, obligándolo a detenerse.

—¿Qué... qué quieres decir? —tragué con dificultad.

—Esta mañana... —Cerró los ojos, como si le doliera, y los volvió a abrir para seguir hablando—. Lo he visto esta mañana en tu cama. Sabía que estaba allí, pero... —Se revolvió el pelo—. No puedo, Itxel. Te juro que lo he intentado, pero no puedo.

—No te entiendo... —Casi me pongo a llorar.

Me rodeó y volvió a intentar escabullirse.

Lo intercepté de nuevo.

—Dilo —le pedí.

—No puedo.

—¡Dilo! —grité.

Sus ojos brillaban tanto como los míos.

—¡¡Dilo!! —Un grupo de chicas que pasaban por nuestro lado se nos quedaron mirando.

—Hemos terminado —habló en un tono duro y rígido. Me pareció que no le importaba aunque sabía que sí, pero me dolía, me dolía el corazón y el alma.

—No puedes decirlo en serio.

—No he sido yo. Has sido tú.

—¡Eso es mentira!

—Nos vemos en casa. —Dio la conversación por concluida y desapareció dentro de la biblioteca.

No pude evitar ponerme a llorar. Intenté que no me vieran los que andaban por allí y me escondí en los cuartos de baño. Comprobé que no hubiese gente en los inodoros y me lavé la cara con agua fresca. Me había equivocado

del todo, y había perdido al chico que más había querido.

Mi móvil comenzó a sonar en el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero.

—¿Dónde estás? Tenemos que almorzar ya. Es tarde.

—Sí... Ya... Ya voy. —Colgué, me limpié las mejillas con la manga de la sudadera y arrastré las últimas lágrimas que rodaban por ellas.

—¿Qué pasa? —Vic me pasó mi mochila.

—Nada.

—Has estado llorando —apuntó Ros.

—Nico y yo hemos roto.

—¿Cómo?

—Prefiero no hablar del tema. —Me colgué la mochila al hombro y entramos en la cafetería.

No comí mucho aquel día. Le di vueltas a las lentejas hasta marearlas, y el yogurt corrió la misma suerte. Vic, al tanto de lo poco que me había alimentado, me trajo un zumo de naranja y un café y me obligó a tomármelos.

No me apetecía entrar en la biblioteca porque sabía que Nico estaba allí, pero habíamos quedado con Marga, una compañera, para hacer un trabajo juntas y no podía negarme. Con suerte, ni lo veía, las salas eran muy grandes. Pero la suerte, últimamente, no era mi mejor aliada y, me lo encontré sentado, junto a dos chicos y una chica justo en la mesa de al lado de nuestra amiga de clase.

Victoria me miró.

—Podemos cambiarnos —susurró a mi lado.

—Lo preferiría.

—Vamos a aquella mesa de allí. Hay más luz —indicó.

Marga recogió sus cosas y todas la seguimos.

Traté de concentrarme y hacer mis tareas de la mejor forma posible, pero he de admitir que la presencia de Nico me distraía mucho. Acabábamos de cortar y yo no podía pensar en otra cosa. Además, la chica que estaba a su lado era María, con la que se había acostado un par de veces, al menos, que yo supiera. Los celos me comían por dentro y tenía ganas de arrancarme los pelos.

—Me lo tengo merecido —musité.

—¿Qué? —Margarita levantó los ojos de su ordenador y me miró.

—Nada... He encontrado lo que buscaba.

—Yo también. ¿Cómo vais? —preguntó a las gemelas.

—Me queda hacer el índice —comunicó Ros.

—Tengo que buscar el grosor de unas bases —anunció Victoria.

—SShhh —Alguien nos mandó a callar.

Salí de la sala para airearme y se me ocurrió entrar en el baño de nuevo y beber un poco de agua, sin embargo, no fue muy buena idea, porque me lo

encontré de frente y me dejó patidifusa.

Nico salía del aseo de chicas al lado de María. Casi echo fuego por los ojos. Me detuve en seco en medio del pasillo, justo delante de la puerta, y pasaron a medio metro de mí. La sonrisilla de ella no me pasó desapercibida. Me fui directamente a uno de los inodoros y vomité. No entendí muy bien por qué, supongo que necesitaba sacar lo que tenía dentro de mí y mi cuerpo reaccionó de aquella manera. Ansiaba irme a casa, así que me disculpé ante mi grupo de trabajo, les envié en ese momento por email mi parte del trabajo y me marché sin preparar la puesta en común.

Ya me pondrían al día mañana.

Tiré la mochila en el salón, me metí en mi dormitorio, cerré la puerta y caí de espaldas sobre la cama como si tiraras un saco de arena de un quinto piso.

Desperté cuando ya era de noche. Estaba desorientada. Debí quedarme dormida pasadas las seis de la tarde.

¡Pum!

¡Pum!

Escuché dos golpes en el salón y me asusté. ¿Qué era eso?

¿Qué hora era? Busqué el móvil en mis pantalones y miré encima de las mesitas de noche pero no estaba. ¡Mierda! Lo había dejado dentro de mi mochila. ¿Y mi mochila? Recordé que la dejé de cualquier manera sobre el suelo de la salita cuando llegué destrozada tras ver a Nico con María. Una lanza me atravesó el pecho en cuanto se me vino a la cabeza esto último.

¡Pum! Sonó más muerte.

—¡Joder! —Escuché a Nico quejarse.

Respiré. Era él, sin embargo, no lo parecía, la rareza de su voz me advirtió de que algo ocurría.

Lo encontré peleando con una silla, tratando de ponerla derecha y en su sitio.

—¡Quédate quietecita! —le indicó, a la madera con cuatro patas, apuntándola con el dedo—. ¡Hola, Itxel! —Me saludó, demasiado risueño y efusivo, en cuanto me vio—. Me alegro de que estés aquí.

—¿Dónde iba a estar? —Inquirí, sin pensarlo. Aún no me había percatado (soy tonta de remate) de lo borracho que iba.

—En la cama con tu novio —soltó con un reproche desmesurado—. ¡No me digas que está aquí! —Caminó hacia mí y me rodeó, entrando en mi habitación—. ¡Enric! —Lo llamó. Se giró cuando observó que no estaba—. No me lo digas, duermes tú en su casa hoy. —Me señaló—. Qué bonito... —Se revolvió el pelo y todo su cuerpo se balanceó.

—¡Espera! —Lo agarré de la cintura y evité que se abriera la cabeza con la mesita de noche. El olor a alcohol me puso los pelos de punta.

—¿Cuánto has bebido? —Intenté que no se cayera.

—No lo sé —farfulló.

—Creí que estabas trabajando... —vacilé.

—Y lo estaba... Creo... —casi no se le entendía—. Ponía una copa, yo me bebía otra. Ponía una, para mí otra... —Me agarró de los hombros e intentó enfocar su mirada en la mía—. Ha sido divertido.

—No habrás venido en la moto —le regañé.

—Me ha acercado María.

Otra vez María. Qué harta estaba de escuchar ese nombre. ¡Y solo llevaba horas haciéndolo! De nuevo me di cuenta. Nico había tenido que aguantar viéndome con Enric varios días, ¡nos había visto besarnos! Y, por lo que me había dicho, le molestaba desde hacía semanas, exactamente desde que volvió a mi vida.

Lo vi. Tuve que ponerme en su piel para darme cuenta de lo equivocada que estaba.

«Ya era hora, Itxel».

## LA LUZ SE LE APAGÓ



NICO

«Sangraba mucho. Sangraba tanto que el rojo intenso le cubría la cara y no se le distinguían sus preciosos rasgos. Su pelo, largo y rubio, yacía enmarañado sobre el mojado asfalto. Cuando esquivé los coches de la carretera, tiré la moto y conseguí llegar a ella, era todo lo que veía. Eso y las luces de los autos y las farolas reflejándose en su cuerpo, convertido en una amasijo de carne y huesos. No sentía nada, ni el agua caer sobre mí, ni el frío del invierno, ni un brazo que me agarraba y trataba de apartarme de aquella tortura. Me arrodillé junto a ella y la abracé por los hombros, suplicándole que despertara. No lo hizo. Ni en ese momento ni en ningún otro. Se fue. Se fue para siempre y ni siquiera pude despedirme...».

—¡No! ¡No! ¡Alicia! ¡Alicia! ¡No me dejes...! —Me desperté dando gritos, asustado y sudando.

Casi cada noche me ocurría lo mismo. No podía seguir así, tal vez debería buscar ayuda.

Me levanté y caminé descalzo hasta el baño. Tenía que marcharme pronto de ese hotel o tendría que empezar a preocuparme también por mi salud física, no solo por la mental. La higiene de la habitación brillaba por su ausencia y mi ropa olía a pollo agrisado del humo que subía por el respiradero del restaurante chino que había abajo. Lo cierto era que no podía permitirme un lugar más caro. Acababa de dejar Madrid y de independizarme, por decirlo de alguna manera, y, a excepción de unos ahorros, no tenía nada.

Solo me acompañaba la culpa, que, aunque traté de alejarme de ella, de nada me habían servido todos los kilómetros que interpuse.

Los errores del pasado no desaparecen de nuestra mente porque pongamos distancia; ahora sé que ni el tiempo consigue borrarlos, solo los desvirtúan o los esconden, pero vuelven cuando menos los esperas.

Me negué a aceptar la ayuda de mi hermana cuando quiso dejarme dinero para el viaje.

—Es un préstamo, Nico. Cógelo. Hazlo por mí. —Sugirió.

Se lo agradecí, pero el único favor que le pedí fue que me guardara la moto hasta que tuviera fuerzas para volver a conducirla.

Cuando Alicia tuvo el fatal accidente, mi padre no se comportó como yo esperaba, como se espera de un padre que ve que su hijo se desmorona por momentos. Solo estuve en casa una semana después de aquello. No pude aguantar más sus miradas de desprecio. Pensaba que yo era el culpable de su muerte y, aunque yo también lo sentía así, esperaba que él me ayudara a superar la pérdida, el dolor y el pesar.

Cogí mis cosas y me marché a casa de mi hermana, donde estuve hasta que me trasladé a Granada. Este hotel era lo único que me podía permitir.

Abrí la ventana, encendí un cigarrillo y me propuse buscar un lugar mejor en el que vivir que ese hotel destartado y frío.

Tenía tres citas concertadas para ver pisos durante los próximos días. Nunca me ha gustado compartir mi espacio con nadie y estaba acostumbrado a una casa de mil metros cuadrados, pero nada me importaba, yo solo deseaba empezar de nuevo y olvidarlo todo.

No tenía en mente vivir con una chica, pero cuando la vi colgando el cartel en uno de los paneles de anuncios de la facultad me sentí intrigado. Parecía desorientada, perdida en un mundo que no era el suyo, pero al que ansiaba pertenecer. No pude apartar la mirada de su pelo ondulado y de sus preciosos y grandes ojos marrones. La pillé girando la vista hacia mí, y me hizo mucha gracia el color rosado que tomaron sus mejillas.

Me acerqué al anuncio y no lo pensé ni un segundo. Arranqué el número de teléfono de la parte inferior y me lo guardé en el pantalón vaquero.

Me costó convencerla para que me diera una oportunidad y, cuando lo logré, una tranquilidad que no supe descifrar en aquel momento me inundó por dentro.

Itxel me atrajo desde el principio, pero nos hicimos tan amigos y yo me sentía tan cerca de alguien después de tanto tiempo, que no quería tentar a la suerte y destruir lo que teníamos; así que, sí, quise besarla docenas de veces, y sé que ella esperaba que lo hiciera en muchos de esos casos, sin embargo, prefería no jugar con fuego y arrasarlo con todo a su paso.

Fue la noche que dormimos juntos la que me di cuenta lo realmente especial que era para mí. No tuve pesadillas, conseguí dormir profundamente y deseé que no amaneciera nunca para poder tenerla pegada a mí. Abrazarla fue como retroceder en el tiempo y sentirme bien, reconfortado, sin cargas, sin miedos al mañana.

Cuando Enric apareció en nuestras tranquilas vidas y me percaté de la complicidad que había entre ellos, casi me muero de envidia, pero cuando los vi

besándose... No puedo explicar lo que sentí. Los celos no definen la sensación que me recorrió el cuerpo. Aún así, no le dije lo que sentía porque la veía feliz, y yo no sabía si podría mantener una relación tras lo que había ocurrido. Mi corazón todavía latía a duras penas, destrozado.

Prometí respetarlos y tomé la decisión de no interponerme, pero en Madrid, tenerla tan cerca, me superó. No es una excusa barata, es la pura verdad. A veces los sentimientos explotan de una manera tan grande que no se pueden controlar y eso fue exactamente lo que ocurrió. Fue como soltar un millar de mariposas en campo abierto y tratar de cazarlas con las manos. Imposible.

Y besarla... Besarla fue como tocar el cielo con las manos. Sentí que levitaba.

Hacer el amor con ella me transportó a otro planeta y, aunque me dio miedo no poder darle lo que ella se merecía, creo que lo conseguí. Itxel era especial y lo que ocurrió entre nosotros, mágico.

Las vacaciones casi habían sido un sueño, a excepción de algún encuentro desafortunado; por ello, me despedazó tener que verlos juntos cuando volvimos a Granada. Itxel no encontraba la manera de decírselo y yo trataba de no volverme loco.

Aquel día me fui a trabajar esperanzado. Itxel me había prometido que ese mismo día se lo diría, sin embargo, cuando llegué a casa y los encontré durmiendo juntos sobre su cama, casi caigo de rodillas al suelo. Tuve que morderme el labio hasta sangrar para no ponerme a gritar. No sé cuántos minutos estuve mirándolos desde la puerta del dormitorio. Quería coger a Enric, levantarlo y sacarlo a patadas del apartamento.

Conseguí llegar a la cocina y beber un poco de agua. No quería llorar, llevaba mucho sin hacerlo y no podía permitirme el lujo de dejarme empujar hacia el abismo del que huía.

—Nico... —escuché un susurro a mi espalda y me tensé.

Me giré hacia ella y tuve que agarrar el fregadero y apretarlo hasta hacerme daño para recordarme que no tenía derecho a obligarla a elegirme a mí. Salí de la cocina evitando su mirada y su cercanía, pero de nada sirvió, porque me siguió.

—Nico... No es...

—Para. —Levanté una mano y respiré, porque me ahogaba. No entendía lo que ocurría. No era tan difícil lo que tenía que hacer. Tomé asiento sobre el filo del colchón y revolví mi pelo, buscando una explicación—. Está ahí, en tu cama. Te tenía abrazada... Voy a volverme loco...

—No sabes lo que ha ocurrido.

—¿Te has acostado con él? —Esta vez sí la miré. Si iba a mentirme, que lo

hiciera a la cara.

—Por supuesto que no.

La creí. Supe que decía la verdad. Pero no era suficiente para mí. La situación me sobrepasaba.

—Déjame solo —supliqué.

—Yo... —Caminó hacia mí, pero la detuve con la mano. Si me tocaba, yo habría perdido. Caería rendido a sus brazos y la brecha en mi corazón se haría más grande cuando volviera a incumplir su promesa, y algo me decía que pronto lo haría.

Al día siguiente, mis peores vaticinios sobre mi despertar, se hicieron realidad. Enric estaba en el baño cuando quise entrar a lavarme los dientes. Fui educado y no lo maté, aunque sí tuve con él unas palabras muy desagradables. Tuve que morderme de nuevo el labio al escucharle reprocharme que Itxel era su novia y esta su casa.

—Así que me quedaré a dormir aquí cuando quiera —terminó el sermón.

—Esta también es mi casa —le advertí.

—No por mucho tiempo. Pronto me mudaré aquí con Itxel. ¿No te lo ha dicho? —Vio el desconcierto en mi cara—. Creí que ya te había avisado. No quiere dejarte en la calle.

Se detuvo en medio del salón, se puso la camiseta y volvió a mirarme.

—¿Crees que no sé que has intentado tener algo con ella? Me lo ha contado. Pero se ha arrepentido. Se ha dado cuenta de que alguien como tú nunca podrá hacerla feliz.

Este último comentario me rompió por dentro. Fue como si me leyera la mente, es lo que yo llevaba pensando meses. ¿Por qué había dado en la diana? ¿Acaso Enric sabía quién era yo en realidad y todo lo que había ocurrido?

Me repuse del golpe tras su marcha y conduje hasta la facultad. Aparqué la moto lejos de la de Itxel, intentando que las posibilidades de encontrarnos se redujeran al mínimo, pero solo lo conseguí hasta mediodía.

Quedé con Louis en la biblioteca después de comer y, al cruzar el patio, escuché mi nombre de su boca. Me costó horrores, pero no me detuve.

—¡Nico! ¡Nico! Espera. —Me agarró del brazo y su tacto me frenó en seco. Me dolía tenerla tan cerca después de lo que acababa de descubrir. —. Nico, habla conmigo, por favor. —Apreté la mandíbula y pegué los dientes para no soltar un exabrupto—. Esta noche se lo digo, te lo prometo.

—Eso ya lo he escuchado antes. —No quería seguir... No podía respirar.

—Me he equivocado, lo sé, pero voy a arreglarlo.

—Ya no importa. —Dije, escondiendo las miles de emociones que me embargaban y las ganas de llorar. Nada me importaba. Itxel le había contado lo

nuestro y prefería estar con él.

Caminé hacia la sala de estudio, pero me interceptó de nuevo.

—¿Qué... qué quieres decir? —Tartamudeó.

—Esta mañana... Lo he visto esta mañana en tu cama. Sabía que estaba allí, pero... No puedo, Itxel. Te juro que lo he intentado, pero no puedo.

—No te entiendo... —Casi me pongo a llorar.

Traté de escabullirme.

—Dilo —me pidió.

—No puedo. —Es cierto que no podía. A pesar de todo, la quería con todo mi alma.

—¡Dilo! —gritó.

No quería llorar.

—¡¡Dilo!!

—Hemos terminado. —Me costó decirlo, pero no tenía otra opción.

—No puedes decirlo en serio.

—No he sido yo. Has sido tú.

—¡Eso es mentira!

—Nos vemos en casa. —Di la conversación por finalizada y desaparecí dentro de la biblioteca.

Mentiría si dijera que logré estudiar aquella tarde. Ella pasó por nuestro lado con sus amigas y su olor, ya apegado a mí, se adhirió con más fuerza. No pude apartar la vista de la zona a la que se habían trasladado, mis ojos buscaban los suyos a pesar de todo.

Me fui a trabajar directamente desde la facultad. Ni loco pasaba por casa a cambiarme y encontrarme con los dos retozando sobre el sofá. Debía buscarme otra casa lo antes posible.

No recuerdo mucho de esa noche. Lo pasé bastante bien, si puede decirse así.

Bebí tanto como casi todas las clientas que me invitaban a una copa. Por norma las rechazaba, pero esta vez las acepté y las agradecí con la mejor de mis sonrisas. Me lie con María en la puerta del Red Dragon, justo antes de subir a su coche y que me acompañara a casa. Había perdido la cabeza, pero quedó la razón justa para negarme a coger la moto.

—Aparco y lo pasamos bien —me susurró mientras me besaba.

—No —negué.

—Vamos, dicen que hago las mejores mamadas... —Puso la mano sobre mi polla y la apretó. ¿Y qué hizo mi parte más amada? Nada. Muerta. Estaba muerta.

Siguió metiéndome la lengua hasta la garganta.

—Hoy no... —Estaba mareado, pero pude agarrarla por la muñeca y apartarla.

—Serás imbécil —me insultó, a la vez que yo trataba de salir del automóvil y no caerme en el intento.

No sé cómo logré meter la llave en la cerradura y hacerla girar. Lo cierto era que entré en casa y me choqué con una silla. La puse en su sitio pero me tropecé con otra. ¿Qué era eso? ¿El mobiliario me había declarado la guerra? Como eran de Itxel, se habían puesto de su parte... Estaba muy borracho, que quede claro, y mis razonamientos no eran de persona cuerda y sensata.

—¡Joder! —La tercera silla casi me destroza la rodilla— ¡Quédate quietecita! —Le ordené, imaginándome que era ella. Pero no tuve que imaginar mucho más, porque la vi frente a mí—. ¡Hola, Itxel! —Sonreí—. Me alegro de que estés aquí.

—¿Dónde iba a estar?

—En la cama con tu novio —dije como si fuera obvio— ¡No me digas que está aquí! —Una fuerza más grande que mi sentido común me empujó hasta su habitación—. ¡Enric! —Lo llamé pero no estaba, y sentí alivio aunque jamás lo reconoceré—. No me lo digas, duermes tú en su casa hoy. —Quería quemar el edificio entero—. Qué bonito... —Casi me caigo.

—¡Espera! —Itxel me agarró de la cintura y me estremecí.

—¿Cuánto has bebido? —Su cercanía solo me abrumaba más.

—No lo sé —farfullé.

—Creí que estabas trabajando...

—Y lo estaba... Creo... Ponía una copa, yo me bebía otra. Ponía una, para mí otra... Ha sido divertido. —En realidad me hubiese gustado estar con ella aunque fuera viendo una película.

—No habrás venido en la moto —tuvo el valor de regañarme.

—Me ha acercado María. —No lo dije para tratar de darle celos, solo me salió sin más, pero su cara cambió—. Vaya... ¿Celosa? No tienes por qué...

—¿No? Si no recuerdo mal, me la encontré una vez desnuda en el baño.

—Eso fue hace mucho... —Aún me tenía agarrada por la cintura, y yo me aferré a su cuello para no desvanecerme—. Yo he tenido que veros juntos hace unas horas... —susurré sobre su boca.

—Ya te lo he dicho.

—No hace falta que me sigas mintiendo. Me iré en cuanto encuentre algo que merezca la pena. O... me iré a un hotel.

—¿De qué hablas? —Arrugó el entrecejo.

—De ti y de tu novio... No voy a interponerme entre vosotros... —Me

sentí muy mareado.

—Nico... Yo te quie... —Caí en redondo y todo a mi alrededor se convirtió en una niebla muy espesa.

30

## AUSENCIAS



El día siguiente amaneció lloviendo. Una gran tormenta caía en la ciudad de Granada mientras yo trataba de recomponerme por todo lo ocurrido la noche anterior. Nico olía a perfume de mujer y supe con seguridad que algo había ocurrido entre él y María, aún así le había dicho que le quería. Mi boca y mi corazón se negaron a seguir callados y se sinceraron. Sin embargo, no sirvió de nada, porque Nicolás casi se desvaneció entre mis brazos cuando lo decía. No puedo explicar cómo conseguí arrastrarlo hasta su cama y tumbarlo sobre el colchón. Me acosté suspirando y tratando de buscar una solución. Acababa de ver con claridad el daño que le estaba haciendo y no podía reprocharle que se emborrachara, pero no entendí cómo había tratado de olvidarme en brazos de otra mujer. No quería llorar, no obstante, no pude detener las lágrimas que comenzaron a brotar de mis ojos. Me tapé la cabeza con la almohada y me desahogué como hacía mucho necesitaba. Y ahora, el día lloraba tanto como unas horas antes lo hacía yo.

Por fortuna, Nico no estaba en casa. Me lavé la cara y traté de ocultar los ojos hinchados detrás de unas gafas de sol. Las gemelas se metieron con mi fotofobia temporal en cuanto me vieron entrar en clase.

—Ya te las puedes quitar. Estamos dentro —me aconsejó Victoria.

—Y fuera no es que haga mucho sol —apuntó Rosalía, con el pelo mojado de la lluvia—. ¿Has venido en moto? —Achinó los ojos.

—He cogido el autobús —tomé asiento y me deshice de las gafas.

—Pero, ¿qué te ha pasado en los ojos? —preguntó Ros.

—Me ha picado un mosquito —inventé.

—¿En los dos?

No contesté. Vic me miró con complicidad y no hizo alusión a por qué parecía que un enjambre de avispas había dormido en mi cara.

El profesor comenzó a explicar el último capítulo del temario y conseguí mantenerme atenta hasta pasada la primera media hora. Cogí el teléfono y le envié un mensaje a Enric pidiéndole que quedáramos para hablar esa misma tarde. No me contestó hasta unos minutos después:

«Estoy preparando el proyecto. Esta noche te llamo».

Lo guardé sin poder contener un bufido.

—Señorita Marcos, ¿es un móvil lo que tiene en la mano? —Levanté el semblante y me encontré con la cara enfadada del señor Ferrer.

—Eh... —me quedé trabada.

Caminó hasta mí y extendió la mano. Se lo di sin pedir explicaciones.

La clase terminó hora y media después de que casi me muriera de la vergüenza cuando el profesor me pilló con las manos en la masa, pero ahí no terminó mi escarnio.

—Señorita Marcos, ¿puede quedarse? No le robaré mucho tiempo.

Las chicas me indicaron con la mirada que me esperaban fuera. Por suerte, no quedaban muchos compañeros en el aula para ser testigos de mi improvisado castigo.

Esperé a que nos quedáramos solos y la puerta se cerrara para poner mi teléfono encima de la mesa.

—¿Qué dije sobre los teléfonos móviles el primer día de clase?

—Lo siento... Era importante.

—¿Más que mis explicaciones el último día de clase?

Callé.

—Itxel —me llamó por mi nombre de pila—. El curso termina pronto, tienes que poner todo de tu parte para no bajar tu nota media.

—Lo sé.

—Últimamente te noto ausente. No participas en clase.

—Lamento mi comportamiento. He tenido algunos problemas.

—Lo entiendo, pero estamos en la universidad, pronto llegarán los exámenes. Espero que no me decepciones. —Metió el libro, que había traído hoy, en su cartera, se la colgó y se marchó.

Cogí mi teléfono y me encontré con las chicas en el pasillo.  
—¿Se ha llevado tu móvil? —inquirió Rosalía con los ojos abiertos.  
Lo levanté y se lo mostré.

Enric no me llamó esa noche. Recibí otro mensaje en el que me informaba que dormiría en casa de un compañero para terminar el proyecto y preparar la presentación. Me tiré sobre la cama y solo deseaba dormir y olvidarme del mundo, pero tenía que estudiar si quería aprobar todas las asignaturas. Me senté delante de mi escritorio pasadas las once de la noche y conseguí concentrarme hasta las dos de la madrugada, hora exacta en la que escuché a Nico en el salón. Puse la oreja en la puerta de mi dormitorio para comprobar si esta vez llegaba pasado de tuercas, pero no escuché nada que no fuera normal. Respiré al comprobar que hoy no había bebido. Se me pasó por la cabeza salir y hablar con él, pero algo me decía que ambos necesitábamos tiempo para tranquilizarnos y no hacernos daño cuando mantuviéramos la tan necesitada conversación entre los dos.

Me acosté mirando el techo y con la firme convicción de que no podía dejar pasar ni un día más sin hablar con Enric.

Lo primero que hice al levantarme fue llamarlo. Insistí tres veces, pero los tonos se agotaron sin lograr contactarlo.

Aunque sabía que había dormido en casa de un amigo, quizás había venido a ducharse y cambiarse de ropa, por ello, salí al patio en pijama y llamé al timbre de su puerta. Tras cinco minutos esperando que abriera, suspiré y me giré para entrar de nuevo en casa. Nico salía en ese momento con el casco en la mano.

—Nico... —Lo emplacé, pero él hizo caso omiso y subió a su moto—. Nico... —Aceleró con fuerza varias veces y el rugido del motor escondió mi voz.

—¡No te escucho! —gritó, y desapareció calle abajo.

Me di una ducha, porque, aunque había sido breve, el olor de los gases del tubo de escape se había impregnado en mi pelo. Vale, no había sido para tanto, pero me recordaba a él, y no deseaba estar todo el día lamiéndome las heridas.

No entendía por qué se comportaba así. Estaba dolido porque habían pasado varios días y aún no había conseguido hablar con Enric sobre lo nuestro, pero exageraba al ignorarme, porque, entre otras muchas cosas, vivíamos juntos y en algún momento tendríamos que coincidir. Como ese día en la cafetería a la hora de comer. La mayoría de las clases habían concluido y pasábamos las horas en la biblioteca o en el bar reponiendo fuerzas. Parecíamos hormigas agobiadas

por la carga que llevábamos encima. Ellas llevan comida para sobrevivir al duro invierno; nosotros, libros y mucha presión para aprobar los exámenes y poder disfrutar del maravilloso verano.

—Hola, chicas. —Louis dejó su bandeja sobre la mesa y tomó asiento al lado de Victoria—. ¿Cómo lleváis los estudios?

—Mal —le contestó.

—¡No digas eso! Casi tenemos preparadas todas las asignaturas —nos animó, de alguna forma, Rosalía.

—¡Nico! ¡Estamos aquí! —Louis levantó la mano y le indicó a su amigo nuestra posición en el comedor.

Levanté la mirada y me lo encontré caminando, desganado, hasta nosotros. Se pensó durante unos segundos si sentarse o pasar de largo. Al final, se posicionó lo más alejado de mí que le fue posible.

Ninguno de los dos habló durante la hora del almuerzo. Vic, Ros y Louis amenizaron la comida con una conversación a la que no presté atención. Intenté conectar mi mirada con la de Nico para averiguar qué le ocurría, pero él me rehuyó en todo momento. Fue incómodo para mí, pero, por suerte, los demás parecieron no darse cuenta de la situación. Bueno, Vic sí lo hizo, pero trató de que se notara lo menos posible.

A media tarde me disculpé y me marché a casa. Necesitaba descansar antes de volver a enfrentarme a la jornada de estudio.

Seguiría memorizando datos en mi dormitorio, más tranquila y lejos de Nico, que leía dos mesas más allá de la mía en la biblioteca.

Cené sola. No esperaba que me acompañara, pero, me había parecido escuchar, a la hora de la comida, que esta noche la tenía libre y no iba a trabajar, así que se me ocurrió que tal vez volvería a casa temprano y podríamos hablar sobre nosotros.

Mis plegarias no fueron escuchadas y me fui a dormir sin que él hiciera acto de presencia. Es más, me dio la sensación, cuando me levanté al día siguiente, que Nicolás no había pasado la noche en casa. Se me vino el mundo encima con todas las imágenes de él enredado en el cuerpo desnudo de María.

Decidí quedarme en casa a estudiar. No me apetecía coincidir con ellos en la universidad y vomitarme sobre los zapatos. Las chicas me llamaron para comprobar que estaba bien y, en cuanto colgué, llamé a Enric para hablar con él hoy mismo.

—Perdona mi ausencia de estos días. Dentro de dos horas presento el proyecto y tendremos todo el tiempo del mundo para estar juntos.

—Tenemos que hablar —quise abonar el terreno antes de sembrarlo.

—Yo también tengo algo muy importante que decirte. Esta tarde me paso

por tu casa, ¿de acuerdo?

—Vale.

Nico llegó al apartamento a las seis de la tarde. Me tomaba un café sentada sobre el sofá cuando él cruzó la puerta, dejó su mochila en el suelo del salón y se metió en su habitación sin saludarme siquiera. Estaba harta de la situación. No entendía nada. ¿Por qué hacía como que yo no existía?

—Nico. No podemos seguir así —dije, aprovechando que entraba en la cocina unos minutos después.

—Tranquila. Pronto me mudaré.

¿Había dicho que pronto se mudaría? Debía haber escuchado mal.

—¿Qué has dicho? —Me detuve bajo el vano de la puerta, mientras él habría una cerveza y le daba un trago.

—Estoy buscando piso. No tienes de qué preocuparte. —Esquivó mi mirada.

—¿Qué?

Me sorteó y salió a la sala de estar.

—¿Por qué estás buscando piso? ¿No te gusta este? —No salía del asombro. Estaba muy confundida.

—Venga, Itxel. Basta de mentiras.

—¿De qué hablas? —Arrugué el entrecejo.

—Sé lo que estás haciendo. —Dio otro buche de la cerveza y la dejó sobre la mesa.

—¿Qué sabes? Porque yo no tengo ni idea.

—¡¡Deja de mentirme!! —vociferó, levantando los brazos.

Me quedé completamente noqueada. No me esperaba su desmesurada reacción.

—¡No me grites! —Le pedí, cuando pude hablar.

Dio un paso hacia mí.

—Sé que sigues con él y que vais a vivir los dos juntos —siseó, muy cerca de mi cara.

—¿Qué? —Cada vez estaba más aturdida.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —Sus ojos ardían.

—¿A qué te refieres?

—¡¡Ya te lo he dicho!! —Su aliento llegó hasta mí como un cuchillo.

—¿Quién... quién te ha dicho eso?

—No te hagas la tonta conmigo...

—¿Quién te lo ha dicho?! —Insistí.

—¡¡Enric!!

—Pero qué... —miré al suelo, desconcertada. Enric le había dicho qué.

—¿Vas a decirme que no es cierto? —El dolor teñía cada palabra.

—¡Por supuesto que no es cierto! ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—¡¿De verdad me lo preguntas?! ¡¡Llevas pasando de mí desde que llegamos de Madrid!! ¡¡Está claro que lo prefieres a él!! ¡¡Me estoy volviendo loco con esto!! ¡¡Pero, ¿sabes qué?! ¡¡Prefiero que seas sincera conmigo a que me mientas en la puta cara!!

—¡¡No digas palabrotas!! ¡¡Y deja de gritar!!

—¡¡Tú también estás gritando!!

Nuestras respiraciones rebotaban en la habitación. Lo cierto era que la situación nos superaba a los dos y la conversación se nos estaba yendo de las manos.

Intenté tranquilizarme y respiré varias veces muy hondo, llenando los pulmones de aire y soltándolo después.

—No es cierto que me vaya a vivir con Enric. Llevo toda la semana tratando de hablar con él para contarle lo nuestro.

—Él me dijo que le habías revelado que tuvimos algo en Madrid, pero que te habías arrepentido y querías estar con él. —Se revolvió el pelo y suspiró

—Pero cómo... No lo entiendo... —No encontraba una explicación lógica a por qué Enric había hecho tal cosa.

—No puedo borrar de mi mente vuestra imagen besándoos.

—Tú te has acostado con María —me desgarró por dentro decirlo en voz alta.

—Eso es mentira.

—¿Vas a decirme que no has tenido nada con ella? ¿Dónde dormiste anoche? —Tenía que hacerle la pregunta o reventaba.

—Dormí en casa de Louis. Me duele tenerte tras la pared y no poder dormir abrazado a ti.

—La otra noche... Cuando llegaste borracho, olías a mujer.

—La besé. Estaba bebido y enfadado, pero... solo podía pensar en ti...

—Eso no me reconforta. —Se me cortó la voz y contuve las ganas de llorar.

—Itxel... —Deshizo la distancia que nos separaba y puso las palmas de sus manos en mis mejillas—. Lo siento... He estado volviéndome loco... Creí que no querías tenerme en tu vida...

—Eres todo lo que quiero... —Pegó su frente a la mía.

Nuestros labios solo lo separaban un par de milímetros.

—Necesito besarte... —musitó sobre mi boca, y yo me acerqué a él con parsimonia hasta que se unieron y, por fin, nos sentimos. Su piel, cálida, acarició

la mía, y su lengua buscó el calor de mi lengua.

—Pero, ¿qué...? —Alguien interrumpió nuestro momento de intimidad.

Miramos en esa dirección y nos encontramos con la cara de confusión y sufrimiento de Enric al lado de la puerta abierta.

# 31

## COMIÉNDONOS



—Enric... —Susurré. Seguro que no me escuchó, pero pudo leer su nombre en mis labios.

—¿Cómo...? —Apretó los puños y tragó con dificultad, justo antes de salir y comenzar a correr.

—¡Enric! ¡Espera! —Mi primer impulso fue ir tras él, sin embargo, Nico me agarró de la muñeca y me detuvo.

—No tienes por qué hacerlo. Nos ha mentado. —Me clavó la mirada.

—Lo sé, pero yo tampoco he sido sincera con él. Los dos nos debemos explicaciones.

—No quiero que te vayas... —musitó, y se mordió el labio inferior observando los míos.

Supe entonces que le aterrizaba que no volviera a él.

—Nico... —Le acaricié el cabello y lo besé—. Nada ni nadie me separará de ti.

—Estaré aquí... —Me devolvió el beso y me abrazó.

Me detuve en la puerta de nuestro edificio y miré a ambos lados de la calle. ¿Hacia dónde habría ido Enric? Comencé a caminar hacia abajo y me pareció vislumbrar que una silueta, que bien podía ser la de él, cruzó un callejón a mi derecha. ¿Qué podía perder? No sabía qué dirección tomar, por ello, me dejé guiar por mis instintos y anduve entre los estrechos pasillos del Albaicín.

Algunas callejuelas estaban cubiertas, incluso, por parte de las casas blancas y de piedra antigua que se amontonaban unas encima de otras en la ladera de la montaña.

—Enric... —musité cuando me topé con él.

Se tocaba la cara, sentado en un banco de una pequeña y recóndita plaza del antiguo barrio árabe.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —Se levantó y me señaló.

—Lo siento. Llevo intentando hablar contigo desde que llegué de Madrid.

—¡Lo sabía! Si es que lo sabía. —Tapó su cara con las manos.

—Ocurrió sin buscarlo. —Me disculpé.

—¿Por qué no lo he visto antes? —Ni siquiera me escuchaba.

—Lamento que te hayas enterado así.

—A ti no te importo. —Fue entonces cuando pareció darse cuenta de que estaba de pie frente a él.

—No digas eso, ¡claro que me importas!

—¡No! ¡No te importan mis sentimientos! Si te importaran, ¡no habrías jugado con ellos!

—Pero... ¿cómo puedes ser tan hipócrita? —Me enfervoricé—. ¡¡Tú has jugado con los míos y con los de Nico!! ¿Cómo se te ocurre decirle que vamos a vivir juntos? ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué lo has hecho!?

—¿De verdad no lo sabes?

—¡¡No...!!

—¿Cómo puedes no saberlo?

—¡No soy adivina!

—¡¡Llevo enamorado de ti desde que éramos niños!!

—¿Qué?

—¡¡Llevo soñando con tener algo contigo desde que tengo uso de razón!! Ahora que lo había conseguido... ¡¡No podía permitir que ese tío se interpusiera entre nosotros!!

—¡¡Eso no te da derecho a contarle mentiras!!

—¡No se me ocurrió nada mejor!

El corazón se me iba a salir del pecho y casi hiperventilaba. Me llevé la mano al cuello, traté de tranquilizarme y tomé asiento en el borde de piedra de la pequeña fuente que adornaba la plaza. Él lo hizo a mi lado y resopló.

—No sé qué más decir —siguió.

—Te equivocas en algo... —Lo miré—. Nico jamás se interpuso entre nosotros. Fuiste tú el que llegó cuando lo nuestro ya había comenzado. Y, ¿sabes qué? Él no hizo nada para evitar que tú y yo saliéramos porque creía que yo era feliz así. —Me incorporé, dispuesta a dirigirme a casa y estar junto a la persona que realmente me quería. Porque todas sus acciones y todos los hechos me demostraban que, aunque no me lo hubiera dicho, me quería. No podía ser de otra manera.

—Lo lamento. —Su voz me frenó durante unos segundos.

—Me has decepcionado —declaré, sin girarme.

—Tú a mí también.

—Creí... —negué casi imperceptiblemente—. Creí que, ante todo, éramos amigos.

—Yo siempre he querido ser más que eso. Por eso lo he hecho.

—Pero no todo vale. —Me fui sin mirar atrás.

Nico me acogió en su pecho en cuanto crucé el umbral de la puerta de la casa de mi abuela. Rompí en un llanto demoledor y dejé salir todas las emociones que se apilaban dentro de mí. Él no manifestó su opinión al respecto, solo me rodeó con sus brazos y me dio justo lo que necesitaba: un silencio cercano y calor, mucho calor.

No sé si fueron segundos, horas o minutos los que estuvimos abrazados en medio del salón.

No lo contamos, solo lo disfrutamos y sentimos con todo nuestro corazón. Llegó un momento en el que nuestras miradas se buscaron y pudieron leer tras la otra todo el amor que pugnaba por emerger.

Me acarició la mejilla, los labios, el mentón y el cuello.

Yo parpadeé de una manera muy lenta hasta cerrar los ojos y respirar para deleitarme con su olor.

No pude evitar soltar un gemido de satisfacción cuando sus labios se depositaron sobre los míos, y un escalofrío me recorrió por dentro.

Todos los vellos de la piel se me erizaron. Mis manos volaron hasta su sudadera, que agarraron el dobladillo de la cinturilla y la levantaron hasta sacársela por la cabeza.

Su pecho, debajo de la camiseta blanca, subía y bajaba tan veloz como el mío. Volvimos a besarnos con premura y nos devoramos, tanto que pude saborear la sangre de alguno de los dos. Nico me imitó y se deshizo de mi chaleco, tirándolo a cualquier esquina de la habitación en la que nos dejábamos llevar. Su camiseta fue la tercera prenda que rodó por el suelo; la mía, la cuarta. Sus manos viajaron hasta mis pechos y lo acariciaron por encima del sujetador. Nuestros torsos desnudos se frotaron y la electricidad corrió por ellos. Bajó los brazos y me agarró de los glúteos para empujarme hacia arriba; mis piernas rodearon su cintura y fue él el que nos llevó hasta su habitación.

Me dejó de pie junto a la cama y se arrodilló delante de mí para librarse de mis pantalones, besándome en dirección descendente cada tramo que surcaba. Una brisa cálida llegó hasta mi sexo cuando su boca lo rozó por encima de las braguitas. Dejé escapar un jadeo al notar que mi ropa interior también bajaba y la sacaba por los pies.

Estaba completamente desnuda, mientras él se incorporó y se desabrochó sus jeans, llevándose sus slips. Aduló mi cuerpo con la yema de los dedos y me besó, esta vez muy despacio.

—Itxel... Necesito que sepas algo... —susurró sobre mi boca—. Estoy enamorado de ti. Te quiero —aseguró, con el brillo de sus ojos hundidos en los míos.

—Yo... también te quiero —la emoción me embargó, y una lágrima cayó fugaz hasta estrellarse en mi pecho.

Hicimos el amor sin prisas, se introdujo en mí de una manera lenta y pasmosa. Lo sentí tan adentro que traspasó la barrera de lo físico. Esa noche supe que Nico se quedaría en mí para siempre. De una forma u otra, se tatuó bajo mi piel.

Las siguientes semanas fueron muy intensas, y no me refiero al amor que nos dábamos en todo momento, sino a las horas que le dedicamos al estudio. Vale, entre tema y tema nos dedicábamos a besarnos y darnos arrumacos. Éramos tan pesados que las gemelas estaban hartas de vernos abrazados y, como Ros decía: Comiéndonos la boca.

—No es lo único que se comen, Rosalinda —bromeó su hermana, sentada junto a ella en el césped frente a la cafetería.

—No me llames así —repitió, como cada vez que Vic se metía con ella—. Y no quiero pensar en eso. —Cerró los ojos y bufó—. Ahora no se me quita de la cabeza la imagen de los dos metidos en faena.

—Oye, ¿estás pensando en mi novio desnudo? —bromeé, con mi cuerpo entre las piernas abiertas de Nico. Él me rozaba el cuello con los labios.

—Ya pensaba en él así cuando no teníais nada. ¿Está tan bueno como me imagino? —preguntó.

—Mucho... —Asentí repetidas veces.

—Venga, se acabó el descanso. Tenemos que volver a la biblio —avisó Louis, tumbado sobre la hierba.

—No se te ven muchas ganas de entrar —comenté, advirtiendo que no se incorporaba.

—¡Vamos! —saltó y se puso de pie, dando una palmada—. El último empujón. Solo quedan tres semanas.

Esta frase me recordó que Nico y yo pronto tendríamos que separarnos, y me entristecí. Mi novio (sonaba raro pero era así) se percató del cambio en mi estado de ánimo y me susurró qué me pasaba.

—Nada... —Encogí los hombros y me puse a jugar con una piedrecita.

—Pues vamos al lío. El deber nos llama —Vic y Ros imitaron a Louis y se colgaron sus bolsas en los hombros.

—Id vosotros. Itxel y yo vamos ahora —les informó Nicolás.

Me rodeó la cintura con los brazos y, cuando nos quedamos solos, me giró y me puso de cara a él—. Dime qué te ocurre.

—No es nada —insistí.

—Sé cuándo mientes. Y me estás mintiendo.

—Es solo... que pronto me marcharé a Punta Umbría y tú volverás a Madrid.

—¿Crees que podrás deshacerte de mí tan fácilmente? —Colisionó su nariz con la mía con cariño. Yo enredé mis manos entre su cabello y lo acaricié.

De repente, me empujó hacia atrás y me tumbó de espaldas sobre el suelo con su cuerpo sobre el mío.

—Estamos en medio de la facultad —apunté, sin ganas de que se moviera.

—¿Y? —me besó el cuello, la mandíbula y el surco de los labios.

—Van a detenernos por escándalo público.

—La única manera de que me separen de ti sería esposado.

Sus palabras me derritieron y lo dejé que me besara durante unos minutos. Lo cierto era que yo también deseaba y necesitaba ese momento de complicidad con él.

Los alumnos caminaban a nuestro lado, pero a ninguno nos importaba. Con probabilidad, esta noche, habría colgado en Youtube un vídeo de nuestra excesiva muestra de cariño, pero ni eso nos disuadió de amarnos como lo hacíamos.

El jueves, los nervios me devoraban. Tenía un examen esa misma tarde y no podía estar con el culo pegado a la silla más de cinco minutos seguidos. Me había comido todas las uñas de las manos y no tenía nada que morder. Despegué los ojos de mis apuntes y di un barrido a la sala. Victoria y Rosalía estudiaban concentradas. Louis movía los labios al son de la canción que sonaba por sus cascos, y Nico dibujaba en el margen de una página de un libro. Como si me esperara, levantó la mirada y, con un gesto de cabeza, me preguntó qué pasaba. Encogí los hombros y volví a lo mío. Debía memorizar el último tema antes de la hora de comer.

—Ven conmigo —me susurró Nico al oído, y me estremecí. ¿Cuándo se había levantado?

Lo miré y achiné los ojos. Él no esperó respuesta por mi parte y comenzó a andar hacia la otra parte de la biblioteca. Me deleité con su manera de caminar, su forma de moverse entre tanto conocimiento y su despeinado cabello.

Tiré el bolígrafo, comido por la parte de arriba, y el sonido de este al caer sobre la mesa, hizo reaccionar a Victoria.

—¿Adónde vas? —Pude leer en sus labios.

No contesté y seguí al chico que me tenía loca.

Llegué hasta él y me agarró de la mano, besándola y guiñándome un ojo.

Un laberinto de pasillos se abrió delante de nosotros, tiró de mí y me guio hasta uno recóndito. Pegó mi espalda a una estantería de madera repleta de libros

y me apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Qué hacemos aquí? —susurré.

—Desestresarnos —me mordió el cuello.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

Me miró.

—Comiéndonos a besos —musitó, de manera muy sexi.

A continuación, llevó su lengua a mis labios y, con la punta, los dibujó. No pude contener el jadeo que emergió de mi garganta.

—No podemos hacer ruido. —Con la palma de la mano, y mucha delicadeza, me cubrió la boca.

Asentí, desesperada porque siguiera. La apartó muy despacio y rodeó mi cuello con ella. Bajó la otra hasta el filo de mis vaqueros y, con soltura, abrió el botón y bajó la cremallera.

—Nico... —Suspiré.

—Sshh... Tú, relájate. —Me ordenó, con sus labios rozando los míos, y me besó.

Introdujo la mano entre mis braguitas, me obligó a abrir más las piernas con un toque de las suyas y me masajé el clítoris muy despacio. Su boca acallaba mis gemidos, mientras él no paraba de darme placer. En cualquier momento, podía pasar alguien y ver lo que hacíamos, pero me importaba poco o nada, porque no lo detuve y lo dejé hacer.

El orgasmo se avecinaba y Nico pudo darse cuenta por la velocidad a la que latía mi corazón y mi humedad. Le mordí el labio con fiereza y se quejó, moviendo sus dedos con destreza y a más velocidad.

Sospechando que yo no podría contenerme, volvió a taparme la boca con una mano y dejó que me corriera. Sus ojos observaban cómo tocaba el cielo y bajaba de nuevo a la tierra. Cuando me tranquilicé, me regaló un beso largo y húmedo, y sonrió.

—¿Más tranquila?

—Sí...

Salió de mis braguitas, subió la cremallera de mis jeans y me puso el botón.

—Mi trabajo aquí está hecho. —Se tocó el paquete y se lo recolocó. Vaya problema que le había surgido ahora a él.

Me puse colorada por lo que acaba de ocurrir y dónde, y miré a ambos lados, nerviosa. Esperaba que no nos hubiera visto nadie. Los móviles son un arma de doble filo y no sería la primera a la que suben en estas condiciones a la red.

—No nos ha visto nadie. —Me leyó el pensamiento.

Me rodeó con los brazos y me besó la mejilla.

—Vámonos a casa —sugerí.

—¿Para qué?

—Para arreglar tu problemilla. —Choqué mi pelvis con la suya.

—Vaya, soy tan bueno que hago que se te olvide que tienes un examen dentro de dos horas.

—Mierda. —Hice un puchero.

## ¡SORPRESA!



Durante el examen, no pude olvidarme de los dedos de Nico dentro de mis pantalones mientras yo jadeaba con su mano tapándome la boca. Me había corrido entre los pasillos de un edificio repleto de gente y donde el silencio era una norma imposible de saltar. Tuve que coger aire, recogerme el pelo en una coleta y beber un poco de agua para aplacar el sofoco y finalizar el examen con éxito.

Victoria y Rosalía no paraban de escribir y yo trataba de no ahogarme con el calor que hacía en esa dichosa aula. ¿Habían puesto la calefacción a finales de mayo? Miré el aparato a dos metros de mí y comprobé que la luz no parpadeaba. Estaba apagado, la estufa era yo misma y estuve a nada de echarme el líquido de mi botella por la cabeza.

—¿Cómo te ha salido? —me preguntó Vic en el pasillo.

—Bien. —Por fortuna, mis ardores no llegaron a cargarse mi nota media.

Le envié un mensaje a Nico: «Prueba superada».

Nos sentamos en un banco a esperar a que Ros saliera y le pedí a mi amiga que no sacara los apuntes para comprobar las respuestas; sin embargo, no me hizo caso. Comprobó una a una que no nos habíamos equivocado. Me quedé mucho más tranquila cuando observé que había acertado en las que tenía algunas dudas.

—Esta noche salimos. Nos lo merecemos —dijo Ros, dando saltitos a la salida de la facultad.

—Aún no hemos terminado —apuntó Victoria.

—No tenemos otro examen hasta la semana que viene. Hoy descansamos.

—¿De qué habláis? —Nico se acercó a nosotras con los dos cascos en las manos.

—Quieren salir esta noche —le informé, justo antes de que me diera un pico.

—Yo no quiero —se quejó Vic.

—Venga. No seas aguafiestas. Salimos todos. Tú te apuntas, ¿verdad, Louis? —Lo miró.

—Yo voy donde tú vayas —contestó, guasón, pero me percaté que podía sentir algo por mi amiga.

—Pues no se hable más. Esta noche quedamos —zanjó, la que tenía ganas de juerga.

—Hay una fiesta en la facultad de derecho —informó nuestro amigo.

—Nos apuntamos. Todos —afianzó, y nos miró con las cejas levantadas.

—¿Nos vamos? —Nicolás me agarró de la cintura y me pegó a él.

—¿A casa? —Ladeé la cabeza y la dejé caer sobre su hombro.

—Aún tengo ese problemilla... —Me regaló una mueca perversa.

—Nosotros nos vamos —avisé, deseando llegar a casa, (ejem ejem).

—¿Nos vemos a las nueve y cenamos algo? —Habló Vic.

Quedamos en vernos a esa hora, y Nico y yo caminamos hacia la moto. Tenía ganas de estar con él y olvidarme de todo un rato, no obstante, algo me decía que, quizás, ir a una fiesta repleta de futuros juristas no era muy buena idea. No tenía nada en contra de ellos, pero uno en concreto me preocupaba bastante. Enric, por cierto. Con probabilidad estaba allí, y encontrarnos en un sitio cerrado y con alcohol de por medio podía convertirse en un cóctel mortal.

Subimos a su moto y me abracé a su cintura. Me encantaba la sensación de dejarme llevar por él y la velocidad a la que conducía: una muy prudente para la bestia con dos ruedas que manejaba.

Entramos en casa y, en contra de lo que esperaba, me preguntó si me apetecía algo de comer. Mi mente calenturienta tomó vida propia y pensó en lo que realmente deseaba, pero no lo dije en voz alta. Era curioso cómo se había activado mi desconocido apetito sexual desde que conocí a Nicolás. No es que antes no tuviera, pero con él todo era diferente. Me ayudó, sin saberlo, a aprender lo que me gustaba, lo que no, lo que me dejaba impasible y lo que me transportaba a otro planeta. Fue una época de reconocimiento a mí misma y de crecimiento en cuanto a sexo y a sentimientos se refería.

—Algo ligero. Tengo el estómago revuelto de los nervios.—Dejé la mochila en una silla.

—Ve a darte una ducha. Yo preparo la cena. —Metió las manos en los bolsillos traseros de mis vaqueros y escondió la cara en mi cuello. Rodeé su cintura con mis brazos y suspiré.

—¿Te preocupa algo? —Susurró junto a mi oreja.

—Esta noche... A lo mejor nos encontramos con Enric. —No me separé de él ni un milímetro.

—Me da igual.

Lo abracé más fuerte y le besé el hombro sobre la sudadera.

—Anda, vete, o no comemos —bromeó, lamiéndome el mentón.

—No me importaría cambiar el menú... —Suspiré, y noté su miembro

hincharse entre los dos.

—No puedo apartar mis manos de ti —soltó en una (no)queja.

—No quiero que las apartes.

—¿Y cómo te vas a duchar así? —Movi6 la pelvis de lado a lado y me acarici6 el sexo con el suyo.

—Dúchate conmigo —gemí.

—Estaba deseando que me lo pidieras... —Me levant6 en volandas y me llev6 hasta el cuarto de ba6o.

Nos meti6 dentro de la ba6era a los dos y abri6 el grifo. El agua fría cay6 sobre mi cuerpo y grité.

—¡Joder! Está helada. —Él también se quejó.

Entre risas, nos deshicimos de la ropa a zarpazos, y, con el agua más templada, se introdujo dentro de mí.

Nos lavamos los dientes delante del espejo y a la vez, desnudos, sin ninguna necesidad de ocultar nuestros cuerpos y dedicándonos sendas carantoñas.

—Ese cepillo es mío —advirtió, señalando el que yo tenía en la mano.

Me lo acerqué lentamente a la boca.

—No hagas eso —me pidi6.

—¿Por qué? —Lo acerqué más.

—No me gusta. Me da...

—¿Qué te da? —pregunté, sospechando que tenía una manía y estaba a punto de descubrirla.

—Me da... repelús.

—¿Repelús? ¿Yo te doy repelús? —Me fingí dolida.

—Tú no, el cepillo. Es que...

Me lo llevé de nuevo a los labios y lo detuve en la entrada.

—Itxel, no. —Se puso serio.

—¿Qué pasa si lo hago? —Levanté una ceja.

—No te besaré en toda la noche —amenazó.

—¿Qué? ¿Serías capaz?

Lo vi dudar, aunque intentó mantenerse en sus trece.

De repente, y veloz, lo introduje en mi boca y la cerré.

—¡No! —gritó, y me agarró de la cintura.

Solté una carcajada y casi me ahogo con el palo. Me subió a la encimera del lavabo entre risas, me lo quitó y me besó.

—¿No decías que no me besarías...? —conseguí decir entre beso y beso.

—Antes que renunciar a tus besos, me muero... —Me abri6 las piernas y me acarici6 los muslos.

—¿Itxel? ¿Itxel? ¡Estamos en casa! —gritó mi madre al otro lado de la puerta. Mi madre. ¡¡Mi madre!!

Nico y yo nos quedamos de piedra y se me cortó la respiración.

—¿Qué...? —Intentó hablar, pero, con rapidez, le tapé la boca con las manos.

Juro que casi me pongo a llorar. Esa fue mi reacción. Nico vio el miedo reflejado en mis ojos y, levantando las cejas, solicitó algo de información.

—Es mi madre —musité.

Prometo que casi se pone a llorar. Esa fue su reacción. La tez se le volvió blanca de repente y el iris de sus ojos perdió el color.

Alejé mi mano de su boca y me puse de pie. Recogí mi ropa del suelo y comprobé que no me la podía poner, estaba empapada. Busqué una toalla del armario y me rodeé el cuerpo con ella.

—¿Qué vamos a hacer? —Le di una a él y le pedí que se la pusiera.

—Quédate aquí. Los entretendré y me los llevaré a cenar fuera. No salgas. ¡Y no hagas ruido! —mascullé.

Cerré la puerta detrás de mí y me hice la sorprendida. Rectifico: pudieron deleitarse con mi cara de sorpresa.

—¿Qué hacéis aquí? —Saludé a mi familia al completo. Mi hermana también había venido de visita. No se trajeron al perro porque no teníamos—. ¿Por qué no me habéis avisado?

—¿Desde cuándo tengo que avisar a mi hija para verla?

—Mamá, tengo exámenes, estoy muy ocupada. Y vivo con Nicolás —les recordé, por si se encontraban alguna prenda de hombre por el suelo.

—No te preocupes. No queremos molestar. Estamos en un hotel. —Me besó.

—Solo queremos pasar un rato contigo. —Mi padre me dio un abrazo.

—¿Dónde está Nico? —preguntó mi hermana.

—No lo sé. Trabajando, supongo. —Desvié la mirada, y Mar, que nació lista, arrugó el entrecejo.

—Me visto y nos vamos, ¿de acuerdo?

—Y sécate ese pelo. Está muy mojado —aconsejó mi madre. Puse los ojos en blanco y caminé hasta mi dormitorio echando un ojo a la puerta del cuarto de baño.

Me vestí con premura. Unos vaqueros, una camiseta, sudadera y mis Vans preferidas. Escuchaba a mis padres charlar en el salón y se me ponían los vellos de punta. Si veían a Nico en el baño, del que yo había salido solo ataviada con una toalla, no sabía qué harían. Y no quería comprobarlo, así que me di prisa y volví con ellos.

Mi madre insistió en que debía secarme el cabello.

—Está bien así, mamá. No hace frío —contesté, cogiendo el móvil de la mesa y metiéndolo en mi bolsillo. El secador estaba en el aseo y ni si me ocurriría abrir la puerta.

—Voy al baño un momento. El camino ha sido muy largo —dijo mi padre, andando en esa dirección.

—Papá, tengo hambre. —Intenté que se lo pensara mejor.

Mi hermana me miró con una ceja levantada y sonrió.

—Venga, papá. Yo también estoy hambrienta. Ahora vas allí. Está muy cerca. —Mar me ayudó a salir del enredo.

—Qué poca consideración con vuestro padre —se quejó y salió a la corrala.

Subimos al Mirador de San Nicolás. Fuimos a pie, dando un paseo y admirando el anochecer.

Mis padres charlaban unos pasos por delante de nosotras.

—Dime la verdad. Tenías a Enric escondido en el baño.

—No.

—¡No me mientas! Te he librado de una buena.

—No te miento. —Le pedí que hablara más bajo.

—Pues cuéntame qué pasa —inquirió.

—Era Nico.

—¡¿Nicoooo?!

—¿Quieres callarte? —Me detuve.

—¡Cariño! Vamos rápido que tu padre necesita ir al baño.—Nos avisó nuestra madre, y aligeraron el paso.

—¿Nico?

Asentí con la cabeza.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Cuando te viera.

—Pues me tienes delante.

Le hice un resumen de todo lo sucedido y no paró de hacer muecas con la cara. Desde luego, Mar no contenía sus emociones.

Durante la cena, le envié un mensaje a mi chico en el que le informaba que nos veríamos en la fiesta y que Mar me acompañaría.

Me sentí bien rodeada de mi familia. Los echaba mucho de menos, aunque con todo lo que había pasado últimamente los había llamado en muy pocas ocasiones.

Entendieron que estaba concentrada en los exámenes y que ahora una

parte de mi vida se fraguaba en Granada. Lo que ignoraban era hasta qué punto eso era cierto.

Nos separamos en la puerta del restaurante. Quedamos para comer juntos al día siguiente y se marcharon a dar un paseo. Mar y yo caminamos de vuelta a casa de la abuela y cogimos mi moto.

Tardamos quince minutos en llegar a los jardines de la facultad de Derecho. Llamé a Nico para que nos indicaran dónde estaban y no me cogió el teléfono. Fue Victoria la que contestó y me dijo que bailaban a dos metros de la barra que se posicionaba al lado izquierdo del escenario en el que un grupo local daba un concierto.

A la primera persona conocida que vimos fue a Vic, que nos saludó con la mano sin dejar de mover el cuerpo.

—¿Lleváis mucho tiempo aquí? —pregunté.

—Más de una hora —contestó.

—¿Y los demás?

—Han ido a por bebidas.

—Esta es mi hermana. Mar.

Las presenté y se dieron dos besos.

—Nico nos ha contado lo ocurrido. —Rio.

—No me lo recuerdes. —Me di un golpecito en la frente con la mano.

—¡Hola! —Louis y Rosalía llegaron a nuestro lado.

—¿Y Nico? —Me interesé, imaginando que tal vez mantenía una trifulca con Enric en algún lugar.

—Ha ido a mear —anunció Louis.

Mar y yo caminamos hasta la barra y pedimos un par de cervezas.

—Aquí está mi chica. —Nico me abrazó y me besó.

—Ya conoces a Mar. —La señalé, para que recordara que mi hermana pequeña me acompañaba y no me metiera mano delante de ella.

—Hola, Mar. Me alegro de verte.

—Y yo a ti, cuñado. ¿Has pasado mucho frío en el baño?—Le guiñó un ojo y sonrió.

Nico soltó una carcajada y se pidió una cerveza bien fría.

Volvimos con el grupo y bailamos unas cuantas canciones. Yo no podía dejar de mirar a mi alrededor por si Enric aparecía en cualquier momento.

—No bebas demasiado —le pedí a Nico—. Tienes que volver en moto.

—¿Cómo habéis venido vosotras?

—En mi Vespa.

Tras un rato de risas y aguantar ser el motivo de las mofas de todos por el bochornoso rato que había pasado en casa por la casi pillada, me entraron ganas

de hacer pis. Pregunté a las chicas si alguna de ellas me acompañaban, pero ninguna quería dejar de bailar.

—Yo te acompaño. —Nico se ofreció.

—No hace falta. Vuelvo en seguida. —Me despedí con un pico, y me marché.

La cola de los baños portátiles daban la vuelta a los kioscos improvisados de comida rápida, pero no me quedaba otra que esperar. Pasaron más de diez minutos hasta que conseguí entrar en uno de ellos. Cuando salí, me dirigí a la barra a pedir un refresco. No podía beber más alcohol si quería volver conduciendo.

—Itxel —escuché la voz de Enric a mi lado y me detuve debajo de unos árboles.

—Enric... —Me giré.

—Me alegra que estés aquí...

—Sí... —No sabía qué decir. No me gustaba estar enfadada con él. Aún lo consideraba mi amigo, pero me puse nerviosa, porque no sabía cómo se iba a tomar Nico verme hablando con él en una zona bastante oscura y apartada.

—Llevo días buscando la forma de hablar contigo. Quería disculparme.

—No te preocupes. —Di un paso para irme.

—Espera. —Me agarró del brazo y me detuvo—. No me gusta que estemos así.

—No estoy enfadada. Ya no.

—Lo que hice no estuvo bien. No sabes cuánto me arrepiento. —Parecía que hablaba de verdad.

—Yo también te hice daño. Nos equivocamos los dos. —Dije sincera.

—¿Lo olvidamos? No me gustaría perderte. Somos amigos desde siempre.

—Claro. No es nuestra primera pelea. —Sonreí.

—La primera fue por una bolsa de canicas. —Sonrió él—. Te echo de menos.

—Yo a ti también. —Deshizo el paso que nos separaba y me abrazó. Yo lo rodeé con mis brazos y sentí su cariño. Ese que siempre nos habíamos tenido.

De repente, una fuerza sobrehumana lo empujó hacia atrás y lo apartó de mí.

—¿Qué cojones haces? —vociferó Nico en su cara.

—¿Qué haces tú, tío? —le reprochó.

¡Pum! Nico levantó el puño y lo estrelló contra la cara de Enric, que cayó de espaldas sobre el césped. Un segundo después, se incorporó y le devolvió el golpe, dando en la nariz de mi chico.

Este se recompuso en seguida, se tiró sobre el otro, lo agarró por la cintura y lo tiró de nuevo al suelo, rodando los dos por él.

—¡Parad! ¡Parad, por favor! —Grité.

—¡Pelea! —Dijeron muy cerca de nosotros.

De pronto, un grupo muy amplio de estudiantes nos rodearon y empezaron a jalear. Cuando llevé mi mirada a los combatientes me di cuenta de que no dejaban de darse puñetazos. En la cara, en el pecho, en el estómago... Enric sabía defenderse, pero era Nicolás el que ganaba por goleada. No me sentí orgullosa, sino todo lo contrario. ¿Qué persona cuerda reacciona así porque su novia haga las paces con un viejo amigo?

—¡Parad! ¡Parad! —seguí dando gritos a diestro y siniestro, pero parecían no enterarse.

Enric se levantó y se llevó la mano a la nariz, que sangraba a borbotones.

—¿Estáis locos? —chillé a ambos.

—Itxel... —Nico caminó hacia mí y yo lo hice hacia atrás.

—¡¡No me toques!!

—Pero, ¿qué..? —Parecía aturdido.

—¡Me has hecho daño! —Enric lo señaló.

—¡¡Cállate!! —Nico lo asesinó con la mirada.

Salí corriendo en dirección a mi moto. Quería irme de allí y que la gente dejara de mirarme. Estaba avergonzada, dolida y asustada. Apenas conocía al chico con el que salía. Lo acababa de ver dándole una paliza a un amigo, y lo podía haber matado.

Arranqué la Vespa, aceleré y salí del campus a toda velocidad.

—¡Itxel! ¡Itxel! —Nicolás corrió detrás de mí.

Ignoré sus llamadas y volví a acelerar.

Ni siquiera me paré a colocarme el casco. Solo quería alejarme de aquel lugar y de él.

Adelanté los coches esquivándolos en zigzag. Las lágrimas y el aire de frente no me dejaban ver, no obstante, no frené, no paré, no pensé en lo que podía pasar.

Las luces de los semáforos se reflejaban borrosas en mis ojos y no las podía distinguir. Escuché el inconfundible rugido de una Harley cada vez más cerca de mí y volví a acelerar. Aunque me era imposible distinguirla a través del espejo retrovisor, supuse que era Nico, y me enfadé todavía más.

Un pitido largo.

Un frenazo.

Un fuerte rugido.

Y... nada más.

La luz... se apagó.

33

## OTRA VEZ NO



NICO

No. No podía ser. No podía estar ocurriendo de nuevo. Otra vez no. Otra vez no. Parecía un sueño. Una mala pesadilla que no terminaba nunca. Lo vi todo a cámara lenta. Itxel adelantó a un par de coches por la izquierda, se saltó un semáforo y un auto que cruzaba la intersección le dio un golpe por la derecha. Su cuerpo salió despedido varios metros hasta que se estrelló contra la calzada, junto con su cabeza desnuda.

Frené en seco, haciendo que la rueda trasera derrapara, tiré la moto a un lado y corrí hacia ella. Corrí tanto como pude, acompañado por un miedo atroz, rezando porque su corazón siguiera latiendo e inyectándole vida.

Rodeé un coche, salté por el capó de otro. Las luces me cegaban, los pitidos de sus bocinas me sacudían los oídos y el olor a gasolina y goma quemada me desgarró la garganta. «Otra vez, no. Otra vez, no», me repetía sin cesar mientras recorría los metros que me separaban de ella y del amasijo de hierro en el que se había convertido su moto.

—¡Itxel! ¡Itxel! —gritaba, esperando que me contestara.

Vislumbré su cuerpo, frágil y abatido, tumbado sobre el suelo. La imagen de Alicia apareció en mi mente y me golpeó el pecho. Casi caigo desmayado al suelo de dolor, pero una fuerza sobrehumana me empujó hasta ella.

La historia se repetía y, si terminaba de la misma manera, esta vez jamás

me lo perdonaría.

—¡Itxel! ¡Itxel! —Clavé las rodillas junto a su torso y la abracé. Me pareció escuchar a alguien pedirme que no la tocara.

Tenía el pelo, enmarañado, en la cara, y se lo aparté con una mano como si se fuera a romper.

—¡Por favor, mi lucero! No te vayas. No me dejes. Quédate conmigo... — La acuné entre mis brazos. Las lágrimas salían de mis ojos a borbotones—. ¡¡Que alguien llame a una ambulancia!! —vociferé, desesperado.

Pegué el oído a su boca, esperando escuchar su respiración. Después lo llevé hasta su pecho, buscando el latido, pero no lo encontré.

No lo encontraba.

No lo encontraba.

—¡Te necesito, Itxel! ¡Te necesito! ¡No te mueras! ¡No te mueras! ¡Cualquiera menos tú! ¡Cualquiera menos tú!

La mesé entre mis brazos. No quería liberarla. No podía. ¿Y si se iba?

—Suéltala, chico —pidió a mi lado una voz grave, y me atusó el hombro.

—¡¡Suélteme!! —grité, muy alterado.

Mi cuerpo temblaba tanto que la hacía moverse a ella. Parecía dormida, tenía que estar dormida, pero algo me decía que no era así.

—¡Despierta, Itxel. Despierta! —Lloraba, desalentado.

Escuchaba voces, pitidos, gritos, acelerones, frenazos...

De repente, todo enmudeció. Como si alguien le diera a un interruptor y se hizo un silencio atroz, y un sonido, como un tintineo de campanillas, me hizo levantar la vista hacia el frente y fijarme en una luz blanca muy brillante que se acercaba. Mi corazón bombeaba con fuerza, y su latido retumbaba dentro de mí y explotaba en mi cabeza. La luz cambió de color y se mezcló con azules y naranjas, que parecían moverse al son de mis pulsaciones.

Bum, bum.

Bum, bum.

Bum, bum.

Bum, bum.

Una sombra cruzó la luminiscencia, abriéndose paso entre el gentío. La silueta de un cuerpo corría hacia nosotros, acompañada de otros. Comenzó a caer una especie de nieve muy fina. ¿Era mi imaginación la que veía nevar al final de la primavera?

Bum, bum.

Bum, bum.

Bum, bum.

El tiempo, ralentizado, volvió a recuperar su ritmo normal, y el ruido, el viento y las voces sonaron con más fuerza que antes.

—¡Apártese! —Alguien me empujó—. Señor, apártese. Déjenos hacer nuestro trabajo.

Me quitaron a Itxel de entre los brazos y caí hacia atrás, asustado. Me incorporé tras coger aire con ímpetu y traté de acercarme a ella de nuevo. Me agarraron por los brazos y me detuvieron.

—¡Itxel! ¡Itxel! —gritaba, una y otra vez—. ¡Déjenme! ¡Déjenme!

—Trataba de zafarme de las manos que me tenían atrapado—. ¡Tengo que estar con ella! Tengo que estar con ella...—Sollocé, y me rompí en mil pedazos.

Los médicos se afanaban por devolverla a la vida, o por no perderla, qué sabía yo. En lo único que podía pensar era que tenía que volver a verla sonreír, que no podía terminar todo allí. Itxel tenía mucho que aprender, que llorar, que cantar, que bailar, que vivir.

—Lucero... —musité, en un suspiro que se fue apagando conforme me daba cuenta que no reaccionaba.

—¡Un, dos, tres! —Gritó uno de los que la rodeaban.

Su cuerpo zozobró para volver a su sitio después.

—No hay latido —dijo otro.

—¡Carga!

—¡Un, dos, tres! —Su pecho se levantó del suelo varios centímetros y cayó.

—Nos la llevamos... —Siguieron hablando, pero yo perdí el hilo de la conversación.

Cuando volví a mí, corría detrás de su camilla, esperando que alguien me dijera que se iba a recuperar, o que todo era una pesadilla como tantas tenía cada noche. Pero nadie me despertó, y el sueño siguió hacia delante y me llevó a una zona conocida, en la que estuve una vez hacía mucho. Un hueco infinito en el que no había nada, solo un inmenso vacío donde el oxígeno no se renovaba, se iba agotando conforme respiraba.

La subieron a la parte de atrás de una ambulancia y me detuvieron cuando quise ir con ella.

—No puedes venir. —La palma de una mano en el pecho me frenó.

—¿Adónde... Adónde la llevan? —Balbuceé, observando cómo la conectaban a un montón de cables.

—Al hospital Universitario. —Cerraron las puertas y la perdí de vista.

—Tengo que acompañarla —supliqué, ya a solas, y nadie más me escuchó.

El vehículo arrancó, aceleró y desapareció por la calle a gran velocidad, haciendo sonar las sirenas y las luces de emergencia. Me sentí desolado. Fue entonces cuando llevé mi vista hasta mis manos y reconocí el color de la sangre impregnado en ellas.

—Dios mío...

—¡Nico! ¡Nico! —Mar y Louis llegaron a mi lado, corriendo entre los coche y la gente que se agolpaba alrededor del accidente—. ¡Nico! ¿Dónde está mi hermana? —preguntó.

No tuve que contestarle ni explicarle la gravedad de las situación, debió leerla en mi rostro, desencajado y atemorizado.

—Se... Se... Ella... —Trataba de formar una frase, pero me era imposible.

—Tranquilízate, amigo. —Louis me rodeo los hombros con un brazo y lo apretó en un pequeño gesto de cariño.

—Nico... —Mar suplicó, con una lágrima rodando por su mejilla, que dijera algo cuerdo, o ella se volvería loca.

—Ha tenido un... un... accidente. Yo... Intenté que parara, pero... —Me tiraba del pelo y suspiraba sin cesar—. Se saltó un semáforo. Un coche le dio un golpe y... —Me tapé la cara con las manos y comencé a llorar.

—¿Está bien? ¿Dónde está? —Me gritaba Mar, y yo la escuchaba como en un túnel.

—Se la ha llevado una ambulancia...

—¡Nico! —Victoria y Rosalía aparecieron de repente—. ¿Qué ha ocurrido?

Louis les explicó todo mientras mi cabeza no paraba de dar vueltas y vueltas como si hubiese caído en un agujero en espiral que no paraba de rotar.

—Me... voy. Tengo que ir con ella... —Musité, sin esperar que nadie me oyera.

—¡Nico! ¿Adónde vas? —vociferó Louis, al verme marchar.

No contesté. Levanté mi moto del suelo, la arranqué y aceleré todo lo rápido que pude. Quería llegar al hospital lo antes posible.

Pregunté por ella en el mostrador de urgencias, pero no me querían dar información. Atisbé, a través de una pequeña ventana en forma de ojo de buey, que los médicos se movían veloces ante un cuerpo inerte en una camilla. Me sonó la cara de uno de ellos y me asomé. Allí estaba Itxel, a la que apenas se le distinguían los rasgos de la cara por la mascarilla con la que esperaba que respirara. No paraban de hacerle cosas. La pinchaban, la monitorizaban, le

quitaban los pantalones cortándolo con unas tijeras.

—¡Itxel! —Pegué mis manos al cristal y supliqué que me escuchara—. Itxel, no te mueras, por favor...

—No puede estar aquí. Tiene que esperar fuera. —Un enfermero me invitó a largarme y, en contra de mi voluntad, tuve que salir.

El grupo llegó unos minutos después y, entre lágrimas, pude explicarles lo sucedido con más detalles. Todos enmudecieron y Mar comenzó a llorar. Después de una hora sin noticias de Itxel, le pedí a una persona que pasaba por allí con uniforme verde que, por favor, me ayudara. Unos minutos más tarde, salió un médico y nos comunicó su actual estado.

—El golpe en la cabeza ha sido muy fuerte, pero, por fortuna, parece, si no hay imprevistos, que no reviste gravedad. Ha sido un milagro. El TAC no revela fracturas importantes, pero vamos a hacerle una RMN para asegurarnos de la severidad de la lesión. De momento, no hay coágulo de sangre y la presión del cerebro es normal. Es una buena señal. Tiene varias laceraciones en el cuero cabelludo que estamos cosiendo. Me preocupa mucho el traumatismo interno en su oído derecho. En un rato volveremos a informarles de la evolución del paciente. Tengo que irme.

—¿Se va a poner bien? —Los labios me temblaban.

—Las próximas horas son decisivas —contestó, ambiguo, sin despejar mi duda.

—¿Cuándo podré verla? —Inquirí.

—¿Es usted familiar directo?

—Soy su novio.

—Yo soy su hermana.

—En cuanto sea posible, les avisamos. —Desapareció tras una puerta azul.

—Mar. Deberías llamar a tus padres. —Le aconsejó Vic.

—Lleva razón. Tienen que saberlo. —Ros le abrazó.

Di unos cuantos pasos hacia atrás hasta topar con la pared y pegué la cabeza a ella. Cerré los ojos y supliqué despertarme de esta pesadilla, sin embargo, cuando los abrí, todos seguíamos allí e Itxel no estaba con nosotros, sino debatiéndose entre la vida y la muerte en una cama de hospital.

—Un poco de agua. —Louis me ofreció una botella, la cogí sin fuerzas y cayó, desparramándose el líquido por el suelo.

La vi estrellarse sobre las losas blancas a cámara lenta, y el golpe, casi inaudible para el resto, retumbó e impactó en mis oídos.

Recordé el accidente de Alicia y cómo el viento ondeaba su pelo

mientras ella caía. La lluvia, mojaba su cuerpo y se mezclaba con mis lágrimas en mi cara.

Cerré los ojos, y cuando los abrí, el rostro que veía no era el de Alicia, sino el de Itxel, y mi corazón se partió en trocitos microscópicos. Gemí al darme cuenta de todo lo que la quería. La amaba tanto que me prometí hacer todo lo que fuera necesario para que ella tuviera una vida segura y feliz.

—Vamos al baño. Tienes que lavarte. —Mi amigo tiró de mí y me llevó al aseo.

Refregué la piel de mis manos y brazos para deshacerme de la sangre de Itxel. El lavabo se volvió de un rojo intenso y comenzó a faltarme el aire. Me eché agua en la cara, el pelo y el cuello. Algo me aprisionaba la garganta y me ahogaba. Como si una cuerda me rodeara el pescuezo y dos personas tiraran de ella en sentido contrario, apretando cada vez más.

Nos encontramos a los padres de Itxel en la sala de espera. Su madre lloraba abrazada a su marido, que trataba de consolarla aunque él no encontrara alivio. Caminé hasta ellos, que se separaron cuando me vieron llegar y me presenté.

—Soy Nicolás... Yo... Siento mucho lo que ha pasado.

—No ha sido culpa tuya... —susurró Cristal.

—Yo... Iba...

Por el rabillo del ojo, vi a Enric aparecer y nos interrumpió.

—¡Enric! —Los dos se alegraron de que estuviera allí y se abrazaron. Estaba claro el cariño que se tenían.

34  
LA CULPA



NICO

Salí fuera a fumarme un cigarrillo. Necesitaba un poco de aire fresco y menos enrarecido. Le ofrecí uno a Louis, que aceptó con agrado. No solía fumar a menudo, pero la ocasión nos tenía a todos desalentados. A él también.

Me habían entrado unas ganas tremendas de acercarme a Enric cuando entró en la sala de espera y gritarle a la cara que no se acercara otra vez a ella. Sin embargo, me contuve y no lo hice. La calle era el único lugar en el que encontré un poco de oxígeno que respirar.

Agradecí a mi amigo que, el rato que echamos fumando, lo pasáramos en silencio. No necesitaba promesas que no se pudieran cumplir y estaba harto de escuchar que todo iba a salir bien.

Cuando volvimos a la sala de espera, me encontré a Enric de frente, sentado en una de las sillas. Mar, Cristal y Arturo habían entrado a visitarla. Solo tardaron unos minutos en salir, y supliqué, que me dejaran estar con ella aunque solo fuera unos segundos; no obstante, la rotunda negativa del doctor me dejó desolado.

—Necesita descansar.

Y yo necesitaba verla.

La noche transcurrió entre la desesperación más absoluta y el miedo más atroz. No pegué ojo durante toda la madrugada. Me movía nervioso cada vez que la puerta de la UCI se abría, y caminaba de un lado a otro sin encontrar bálsamo que curara mis heridas.

—Estaba dormida. —Mar se acomodó a mi lado y susurró.

—¿Qué...? —Estaba aturdido, cansado, abatido.

—Cuando hemos entrado. Estaba dormida. No hemos podido hablar con ella —explicó.

Barrí la estancia con la mirada en busca de no sé el qué, y observé que Victoria y Rosalía dormían con las cabezas apoyadas una en la otra; Arturo

acariciaba con cariño el pelo de su mujer, y Enric tenía los ojos cerrados y dormitaba. ¿Cómo lograba hacerlo? ¿Eso era lo que le importaba?

—Ha sido por mi culpa... —musité, con una irremediable necesidad de expresarlo.

—No.

—Yo hice que se enfadara y cogiera la moto... Yo... Yo...

—gemí, y me aguanté las ganas de llorar.

—Nico. Tú no tienes la culpa. Intentaste detenerla.

—Si no hubiera ido tras ella, quizás esto no hubiera ocurrido... —Me masajé la sien y negué con la cabeza.

—No te hagas esto. —Me acarició el cuello.

—Mar... La quiero... Yo... la quiero... —Suspiré y no pude evitar que algunas lágrimas se me escaparan—. Si le pasara algo...

—No va a pasarle nada. Itxel es más fuerte de lo que crees—aseguró.

—Lo sé... Pero... ¿Qué pasa si...?

—No lo digas —me cortó.

—Estoy volviéndome loco. —Me revolví el cabello con las dos manos.

—Ella también te quiere.

—Lo sé... —Y quizás eso nunca debió ser así.

Los primeros rayos del sol al amanecer se colaron por la persiana de una ventana que tenía frente a mí, cegándome. Parpadeé varias veces, y mis ojos, aún brillantes del incesante goteo de dolor que desprendían mis pupilas, se acostumbraron a la intensa luz.

Los padres de Itxel habían entrado en la UCI a hablar con el doctor de los posibles cambios en su estado de salud y Mar y las gemelas fueron a por cafés.

—Toma. Necesitas beber. —Victoria me trajo una taza humeante y me obligué a tomarla.

Creí que la vería ese día, pero anocheció sin que me dejaran acompañarla aunque fuera unos segundos.

—Vete a casa, Nico. Tienes que descansar. —Arturo, su padre, se acercó a mí.

—Estoy bien, señor Marcos —le aseguré.

—Llévate a Mar. Te lo pido como un favor personal. Dormid un poco y volvéis.

—De acuerdo. —No podía negarme.

Mar se dio una ducha mientras yo preparé algo de cenar, y nos exigimos

mutuamente comernos los bocadillos. Si no lo hacíamos, íbamos a desfallecer. Ninguno de los dos podía dormir, así que nos vestimos y volvimos al hospital a eso de las dos de la mañana.

Nos llevamos un susto de muerte cuando, al llegar, nos encontramos a Cristal y Arturo llorando, abrazados y desolados. Me quedé clavado en el suelo. Como si mis botas fueran de hierro y un imán gigante las quisiera llevar hasta el núcleo de la tierra.

No.

No podía ser.

No podía ser.

«No puede ser». Me negaba a creer que el final hubiese llegado.

—¡Papá! ¿Qué pasa? —Mar corrió hacia ellos, asustada.

—Ha tenido una crisis muy grave...

—¿Qué? —gritó, desalentada.

—No te preocupes, cariño. Ya está estabilizada.

Juro que casi me desmayo.

La noche se me hizo eterna, mucho más que la anterior. ¿Cuánto iba a durar esta incertidumbre? ¿Cuándo terminaría este suplicio? Solo deseaba que se pusiera bien.

—Buenos días. —El médico de guardia se presentó al alba—. La señorita Marcos ha pasado una buena noche, después de todo, y ha despertado. Al parecer, con mucha hambre. La hemos trasladado a planta. —Sonrió.

—¿Podemos verla? —Preguntó Arturo.

—Sí, pero nunca más de dos personas a la vez. Y no la alteréis demasiado. Está aturdida. Dejad que sea ella la que imponga el ritmo.

Cristal y Arturo estuvieron dentro poco más de media hora. No fue hasta ese día por la tarde cuando, por fin, me permitieron entrar a verla.

—Nico, Itxel pregunta por ti —me dijo su madre, de pie a un metro.

Levanté la cabeza, que tenía apoyada sobre las manos, sentado en un sofá, y asentí, acompañando el movimiento con un suspiro. Iba a verla. Iba a verla por fin.

Caminé hasta la habitación, me detuve antes de empujar la puerta, y me dije que tenía que ser fuerte y hacerlo por ella.

Estaba dormida, o eso parecía. Me acerqué al filo de la cama y tragué con dificultad, intentando no echarme a llorar. Tenía la cabeza envuelta en vendas y la cara amoratada e hinchada. Me quedé embobado en su mano, repleta de heridas.

La cogí y la acaricié.

—Lucero... —susurré.

—Nico... —Escuché su voz, débil, y levanté el semblante para encontrarme con sus ojos, faltos de ese brillo que siempre resplandecía.

—Cómo... ¿Cómo estás? —Tartamudeé.

—Me duele mucho la cabeza. —Cerró los ojos y arrugó el entrecejo.

Apreté la mandíbula y tuve que infundirme ánimos para no salir corriendo de la habitación y no volver nunca más. Me mataba verla así. Todo había ocurrido delante de mí y no había podido hacer nada por impedirlo.

Estuve un par de horas sentado a su lado, sin soltarle la mano, casi sin parpadear.

Sus padres habían ido al hotel a descansar y, aunque Mar había intentado disuadirme de que fuera a fumar un cigarro, no pude apartarme de ella.

—Vaya, no esperaba encontrarte aquí. —Enric entró en la habitación con un ramo de flores en las manos—. No eres su familia.

Lo atravesé con la mirada y me negué a contestarle. Él sí que no tenía derecho a estar allí. Yo era su novio, él una persona que había tratado de separarnos y casi lo había conseguido.

—¿Cómo está? —preguntó, y dejó las flores sobre una mesa.

—Mejor... —contesté.

—Estaría mejor si no te hubiera conocido —manifestó.

—¿Qué has dicho? —mascullé.

—Lo que has escuchado. Todo esto es por tu culpa.

—¿Cómo te atreves? —Respiré con dificultad, y traté de tranquilizarme. Lo único que me apetecía era levantarme y partirle la cara. Otra vez.

—Sabes que llevo razón. Ella jamás hubiera cogido la moto sin ponerse el casco si no la hubieras alterado tanto. Itxel jamás hubiera conducido como una loca si no llega a ser por ti. Desde que apareciste en su vida, no es feliz.

—Y tú... ¿qué cojones sabes? —Los dientes me rechinaban dentro de la boca.

—La conozco mucho mejor que tú.

—Vete a la mierda. Ella me prefirió a mí.

—Y por eso está en esa cama. Conmigo esto nunca le hubiese sucedido.

Me impulsé hacia arriba y la silla rodó por el suelo un metro, haciendo un ruido considerable que debió despertar a Itxel.

—¿Qué...? —Farfulló.

Observé cómo abría los ojos muy poco a poco.

—Nico... Nico... —Apretó mi mano, que aún la tenía asida.

—Estoy aquí... —Me agaché junto a ella y le di un beso en la frente.

—Necesito... Agua —Su voz era un campo de minas.

Se la serví en un vaso y se la acerqué a la boca.

—Enric —lo saludó, al terminar de beber.

—Hola, Xel. Qué susto nos has dado.

Los dejé que hablaran unos minutos y me senté junto a la ventana. Pude darme cuenta de la complicidad y familiaridad que había entre ellos. Lo cierto era que el lazo que los unía era mucho más fuerte del que yo imaginaba. ¿Y si Enric llevaba razón?

—Estaré fuera. —Le dio un beso en la mejilla y se marchó, dejándonos solos de nuevo.

—¿Estás bien? —Me miró.

—Eso debería preguntártelo yo. —Sonreí en una mueca débil, y tomé asiento a su lado.

—Tengo sueño. —Bostezó.

—Debe ser por la medicación.

—¿Qué... Qué ocurrió? Estoy confusa.

Su pregunta me dejó helado. ¿Aún nadie le había contado el accidente?

—¿Qué recuerdas?

—Estábamos en una fiesta y... nos tomamos una cerveza... —Cerró los ojos y los abrió.

—¿Nada más? —consulté.

Negó con la cabeza.

—Es culpa mía, Itxel... Por eso estás aquí.

—Eso... Eso no es verdad... —Su garganta expulsó un sonido gutural aterrador.

—Sí lo es. Estabas hablando con Enric. Os vi abrazados y perdí la cabeza. Me peleé con él, casi lo mato. Tú te enfadaste, cogiste la moto y te fuiste. Yo... Salí detrás de ti en mi Harley y... Un coche te golpeó.

—¿Qué...? —parecía confundida.

—¿Lo entiendes ahora? —Me dolía el corazón.

—Yo... Yo no... —Movié la cabeza—. Fui yo. Yo tuve la culpa. Solo yo. —Me agarró de la mano y la llevó a su pecho.

Supe que jamás me perdonaría quedarme a su lado y destrozarle la vida. Lo que ocurrió con Alicia y el tiempo que tardé en superarlo se me vino en tromba a la mente.

—Todo lo que toco se convierte en cenizas. Soy yo... —musité, y agaché la cabeza, derrotado.

—Nico... Nico... Mírame —solicitó.

—No puedo...

—Nico, por favor. Mírame. No soy ella. No soy Alicia. Estoy aquí. Estoy viva. No ha pasado nada. Soy yo. Soy yo. Estoy bien, estoy bien. Mírame... — imploraba, leyéndome el pensamiento.

Los dos comenzamos a llorar, no pudimos detener las lágrimas que deseaban encontrar una salida.

—Me odio por quererte tanto... —Aseguré, con el corazón encogido.

—Yo te odiaré si te vas y me dejas.

Le solté la mano y me levanté.

—¿Me escuchas? Te odiaré. Juro que te odiaré... —sollozaba. Y con cada gemido que su boca desasía, mi alma se iba disolviendo y desapareciendo en el infinito firmamento.

Mar irrumpió en la habitación y preguntó qué ocurría. La observé con la cara desenchaja, miré a Itxel y me fui. No pude respirar hasta que el viento me dio en la cara.

Llegué a la que había sido mi casa durante los últimos meses y en la que había vivido maravillosos momentos con Itxel. No me detuve cuando crucé el salón; si lo hacía, todos los recuerdos me frenarían y no tenía ningún intención de arrepentirme de mi decisión.

Entré en mi dormitorio y las paredes se me vinieron encima. Hasta mi cama olía a ella. Cogí una hoja de papel de una de mis libretas y le escribí una nota en la que derramé más lágrimas que palabras. Aquellos párrafos se me quedaron grabados en la memoria a fuego aunque fueron garabateados con las gotas de mis miedos y mi cobardía.

Me animé a seguir adelante sin ella, saqué toda mi ropa del armario y la metí en mi maleta, que abrí sobre la cama. No podía parar de llorar. Hacía años que no me permitía hacerlo de aquella manera.

Escuché la puerta cerrarse y, por un momento, deseé que fuera ella. Eso era. Itxel llegaba de la universidad y todo había sido una maldita pesadilla. Me acababa de despertar de un sueño desolador y había confundido la realidad con la ficción.

—Nico. —Mar se detuvo bajo el vano de la puerta, y me demostró que no era producto de mi imaginación.

—¿Qué haces aquí?

—Xel me ha pedido que viniera. ¿Qué ha ocurrido?

—Me voy. —Cerré la cremallera.

—¿Adónde? —Achinó los ojos y levantó las palmas de las manos.

—No lo sé. ¿Acaso importa?

—¡Claro que importa! —protestó.

Clavó su mirada en la mía y me expliqué:

—Lejos de ella. —La rodeé, dejé la maleta junto al sofá y fui al baño a recoger mis pertenencias. No quería llevarme el gel de baño o el cepillo de dientes, lo tiraría en cuanto encontrara un contenedor, sin embargo, quería ahorrarle más dolor a Itxel, y, si lo encontraba allí a su vuelta, me recordaría.

—¿Por qué haces esto? Le vas a hacer mucho daño.

—Le haría más si me quedara.

—¿De qué hablas?.

—La gente que se acerca demasiado a mí muere. Yo... —Observé mi cara en el espejo y me horroricé—. Nunca más volverá a saber de mí.

—Hablas como si estuvieras loco. Me estás asustando.

—A veces pienso que lo estoy. —Agarré la maleta por el asa y me dispuse a marcharme.

—Cuídala, Mar. Y no dudes que siempre la querré más que a nadie ni a nada.

—Pues no te vayas, no lo hagas... —suplicó.

—Es lo mejor... Adiós. Despídeme de tu familia.

—¿Y qué le digo a ella? —Sus ojos destilaban dolor.

Me saqué la nota del bolsillo y se la di. Ella la miró y la cogió.

—Dásela. Espero que algún día sepa entenderme.

## MURMULLOS



Me sentía aturdida. Cada vez que intentaba levantarme de la cama, un zumbido muy fuerte retumbaba en mi oído derecho y mi cuerpo zozobraba.

—No te muevas, cariño. —Mi madre me agarró del brazo, y me detuvo.

—Estoy mareada. —Cerré los ojos y apoyé la cabeza de nuevo en la almohada.

—Ya ha dicho el médico que el vértigo durará unos días.

Suspiré y me animé a aguantar lo que hiciera falta para volver a casa. Deseaba más que nada acostarme en mi cama. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que Nico se marchó, lo único que tenía claro era que no iba a volver. No había venido a visitarme ni una sola vez. Mar me daba largas y evitaba contestarme cada vez que le preguntaba por él, pero solo tenía que leer en sus ojos que ella estaba tan segura como yo de que esa historia, nuestra historia, había terminado para siempre.

—¿Cuándo me darán el alta?

—Si sigues igual de bien, en pocos días. Tienes que recuperarte del todo.

—Le vibró el teléfono y lo cogió—. Voy fuera un momento, es tu padre.

Cualquier sonido me hacía daño en el oído. Acababan de operarme para no perder la audición por completo y aún no sabíamos si la cirugía había surtido el éxito esperado.

Tenía prohibido, por prescripción médica, hablar por teléfono, pero eso no me disuadió de llamar a Nico varias veces al día, cada vez que me quedaba sola; así que alargué el brazo y cogí mi móvil de la mesita. Esperé a que se acabaran los tonos sin conseguir contactarlo. No esperaba que descolgara, pero no desistía en mis intentos para que me diera una explicación.

Mi padre y Mar volvieron a Punta Umbría. No podían quedarse más tiempo en Granada. Uno tenía que trabajar y la otra estudiar para los exámenes finales. Por ello, ahora era mi madre la que me cuidaba a cada momento, aunque Victoria y Rosalía venían a verme casi todos los días y le daban el relevo durante, al menos, una hora. Ella aprovechaba para ir a casa, ducharse y

cambiarse de ropa. Me quedó claro que Nico había recogido las cosas del apartamento y se había marchado cuando mi madre dejó el hotel y se mudó a casa de la abuela.

Lloraba cada noche, pero intentaba que mi madre no se diera cuenta y, por fortuna, los medicamentos me dormían durante casi todo el día y no me dejaban pensar demasiado en lo que había ocurrido y lo sola que me había dejado. Vale, estaba acompañada por mis amigos y mi familia, pero la persona de la que me había enamorado perdidamente había salido de mi vida y un agujero negro se había abierto bajo mis pies.

Maite me llamaba todas las tardes, preocupada por la evolución de mi estado de salud.

—Lo importante es que te recuperes. Si tienes que estudiar este verano, pues estudias. Las cosas son como son. Hay que enfrentarlas como vengan.

—Lo sé, Viuda Negra. Eso no me preocupa.

—Sé lo que te preocupa. Y mi respuesta es la misma.

—Pero... Podría ir a buscarlo...

—Se ha marchado, Xel. Si quisiera que fueras tras él, al menos, te cogería el teléfono.

Me dieron el alta un viernes a mediodía. Mi padre y mi hermana viajaron desde Huelva y nos recogieron en el hospital.

—¿Qué tal los finales? —le pregunté a Mar, sentada en la cama, mientras esperábamos que un celador viniera y me sacara del edificio en silla de ruedas.

—Muy bien, aunque todavía me faltan muchas notas —me informó, trasteando con el móvil.

—¿Con quién hablas? —le reproché. Llevaba dos semanas sin verme y acababa de llegar. No creí que con quién estuviera mensajeándose fuese más importante que yo en aquel momento.

—Con... nadie —tartamudeó, bloqueó el teléfono y se lo metió en el bolso.

—¿Quién es tu nuevo novio?

—No tengo novio.

—¿Qué? —Apenas la escuché.

—Que no tengo novio —habló más alto.

—Seguro... —farfullé, quizás en un tono muy despectivo que no merecía.

—¿Qué has dicho? —Levantó el mentón.

—Nada. —Me incorporé y fui hasta la ventana.

—¿Se puede saber qué te pasa conmigo? —Frunció la boca.

—¿Cuándo vas a decirme qué te dijo Nico? Sé que hablaste con él aunque me lo niegues. —Le cambió la cara al escucharme.

—Itxel. —El doctor Arellano entró en la habitación para despedirse de mí—. ¿Con ganas de irte a casa? —Se detuvo a unos pasos y me miró.

—Eh... Sí.

—Toma. —Me entregó una tarjeta—. Esperan tu llamada. Estudiaran tu caso a fondo y te harán un audífono a medida. —Asentí con amargura—. No te preocupes, son imperceptibles y podrás llevar una vida totalmente normal.

—Gracias por todo. —Le agradecí lo bien que me habían tratado durante casi el mes que llevaba allí dentro y lo que me habían ayudado a entender y aceptar que había perdido casi con totalidad la audición del oído derecho.

Mis padres volvieron de su paseo hasta la cafetería y también se despidieron de él. Caminé hasta la silla de ruedas y, en uno de los pasos, me tambaleé y me agarré a mi padre.

—Los mareos y el vértigo irán desapareciendo poco a poco. Nos vemos dentro de una semana. Si tienes algún problema, no dudes en llamarme. —Terminó el médico.

Bajé del coche en la calle, justo en la puerta de nuestro edificio, y entré en el patio agarrada al brazo de mi madre, que me preguntaba si me encontraba bien.

—¡Itxel! —Enric se acercó a mí, y me abrazó.

—Eh, cuidado. Aún me duele la cabeza. —Sonreí.

—Oh, lo siento. Te estaba esperando. Me alegro de verte aquí. —Parecía feliz. Se había llevado las últimas dos semanas acompañándome todos los días un rato, en los que trataba de sacarme sonrisas muy difíciles de conseguir. Le conté, una tarde, que Nico había decidido dejarme y, aunque se entristeció por mí, me confesó que pensaba que, a la larga, era lo mejor.

—Agárrate a Enric. Voy a abrir la puerta —indicó mi madre.

—No hace falta. Ya he dicho que estoy bien. —Me molestaba tener que depender de una persona en todo momento.

Observé la corrala vacía, falta de vida, como si las flores de todas las macetas que lo adornaban se hubieran marchitado, pero no era así, seguían allí y sus pétalos coloreaban las paredes.

Pasaron unos segundos hasta darme cuenta de que era mi moto y la de Nico las que habían dejado aquello vacío. Pero el hueco que sentí fuera, no se asemejó a la emoción que me dejó desolada cuando entré en la casa. Quería que mi compañero de piso estuviera allí esperándome, y arrepentido de la decisión que había tomado. Me quedé embobada mirando la puerta de su habitación y se me cortó la respiración.

—Itxel, Itxel... —Mi madre me llamó varias veces. La miré y cogí aire—. ¿Te preparo algo de comer?

Asentí y me acomodé en el sofá.

—¿Quieres que veamos esta noche una peli? Podemos cenar en mi casa. Yo te cuidaré. —Se ofreció mi vecino.

—Estoy muy cansada. Tal vez mañana.

—Cuando quieras. —Se agachó y me dio un beso en la mejilla—. Tengo que irme. Llámame si necesitas algo. El lunes me examino por última vez y he quedado para estudiar.

Me recordó que el accidente había echado a perder mi cuatrimestre y que este verano iba a tener que hincar los codos mientras Maite y Mar tomaban el sol tumbadas sobre una toalla.

—Pufff. —Amoldé un cojín en mi espalda, aún dolorida.

—¿Te duele? —Mar cruzó la puerta con mi bolsa en una mano y su gran maleta para el fin de semana en la otra.

—¿Vienes a quedarte a vivir aquí? —La señalé.

—No es para mí, es para ti.

—¿Qué quieres decir? —Achiné los ojos.

—Viene vacía. Vamos a recoger tus cosas. Te vienes a Punta Umbría.

—¡¿Qué?! —grité, y mi vista viajó hasta la de mi de mi madre.

—Es lo mejor, cariño. No vas a terminar el curso y no puedes estar aquí sola. Además, comienza el verano. Te ibas a ir de todas formas. Solo lo vamos a adelantar unos días. —Manifestó, bajo el vano de la cocina.

—No... ¡No quiero irme! —anuncié, con un nudo en la garganta.

En el fondo de mi alma y de mi corazón, sentía, o quería sentir, que Nico pronto volvería, que amarnos como nos amábamos podría con todos nuestros miedos y que, si estaba allí, en la casa que compartíamos y habíamos vivido tanto juntos, mi amor lo traería de vuelta a mí.

O... Quizás me equivocada y él nunca me había querido.

—Está decidido —zanjó.

—No ¡No! No puedes obligarme. ¡Soy mayor de edad!

—Itxel... —Mar trató de hacerme entender—. Escucha a mamá. Tienes que venir a casa. Necesitas que te cuidemos. Yo estaré a tu lado...

La corté, me levanté y me fui a mi habitación. Comencé a llorar nada más cruzar la puerta y cerrarla.

No.

No podía terminar todo así.

No era justo.

No era justo.

Me tiré en la cama y mis lágrimas crearon un surco sobre la colcha que cubría la almohada. Quería verlo. Necesitaba ver a Nico. Lo amaba tanto que su ausencia me devoraba las ganas de ser feliz.

Noté que el colchón se hundía a mi lado.

—Vete, Mar, no tengo ganas de hablar ahora. —No obtuve respuesta por su parte, pero escuché que se abría el cajón de la mesilla y se cerraba después—. Déjame sola —le supliqué, con la cara pegada a la sábana.

—Hablé con él, Itxel —susurró mi hermana.

—¿Qué dices? —Giré el cuello y la miré.

—Seguí a Nico el día que se marchó.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? —Me incorporé y me puse de pie. Tuve que recomponerme en un segundo del leve mareo que me acució.

—Esperaba que te pusieras mejor.

—¿Cómo has podido escondérmelo?! —La señalé.

—¡No te enfades conmigo! Estaba preocupada por ti. Bastante mal lo estabas pasando ya.

—¿Qué te dijo? ¿Quieres decirme ya qué hablasteis?

—Será mejor que te lo cuente él. —Suspiró.

Miré hacia la puerta esperando que entrara. De repente, una alegría desbordante creció a borbotones dentro de mi estómago y me zarandeó el cuerpo.

Iba a verlo.

Iba a verlo.

Sin embargo... Nico no cruzó la habitación, no me dijo que me quería, ni me besó. No. Ese no era el final que se había escrito para nosotros.

Observé la mano de Mar levantada en mi dirección. Con sus finos dedos aguantaba una hoja doblada de color blanco.

—Es de Nico. Me lo dio el día que se fue. —Mar estaba compungida.

Alcé el brazo, que temblaba, y cogí aquella nota que ya me quemaba la piel. Tragué con dificultad y tomé asiento en el filo de la cama.

—Te dejo sola. Estaré fuera. Si necesitas algo...

Ni siquiera le contesté. Mi mirada se clavó en aquel trozo de papel. Parecía insignificante, pero bien sabía yo que sus palabras me iban a doler y marcarían mi futuro.

Lo abrí despacio, con los ojos ahogados en lágrimas y el corazón encogido de la emoción y el miedo.

Reconocí su letra, aunque parecía más alargada, tanto que me costó entenderla. Definiría aquello como garabatos escritos por las manos de alguien

que sabe que, terminar cuanto antes, es la única forma cuerda de no morir loco.

«Tal vez sea un cobarde, pero no puedo despedirme de ti. No puedo. Jamás podría decirte adiós y largarme. Me quedaría aquí, y algún día volvería a hacerte daño. Porque eso es lo que hago. Mato a las personas que más me importan.

Te quiero, que no te quepa la menor duda. Por eso me marchó. Porque te amo demasiado.

Por favor, no me odies, ya lo hago yo por los dos, y no creo que pueda dejar de hacerlo nunca.

Te amo, Itxel. Siempre serás mi lucero al atardecer».

# EPÍLOGO



Tres años después...

A veces nos negamos a reconocer que nos equivocamos. Y a mí me llevó más de tres años aceptar que Nico le dio a mi vida un giro a mejor. Durante los primeros días de su abandono (porque así me sentí, como un perrito al que dejan tirado en una carretera a doscientos kilómetros de su vivienda habitual antes de las vacaciones de verano) quería morirme (además de arrancarle todos, y digo todos, los pelos del cuerpo, uno a uno, lenta y dolorosamente). Sí, deseaba pasear junto a la vía del tren y dejar que me arrollara y todo acabara de un plumazo. O empujarle a él. Vale, no. Voy a explicarme mejor. Esa era la emoción que me acompañaba a donde quiera que fuese: rabia.

Pero no quería morirme, solo hacerme una lobotomía y olvidar sus dichosos besos y su puta cara. He dicho una palabrota. Pero es que la Itxel de tres años atrás desapareció hacía mucho para dar paso a una más fuerte, experimentada y consciente de que no le puedes abrir las puertas de tu casa y de tu corazón a cualquier persona o animal (cuéntese a Nico por un espécimen indeseable) que llegue dando pena y utilice su descomunal atractivo (algo así como la suma de todos los impresionantes rasgos de los protagonistas masculinos de las novelas románticas que leo) para conseguir lo que le venga en gana. Todo eso y que algún exabrupto se me escapaba. Y a esto me refiero. A esto último no, a lo anterior. Nico me cambió. Por dentro y por fuera. Crecí de golpe y porrazo. Lo que me hizo... ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Felipe. Lo que me hizo El Imbécil me pareció un juego de niños al lado de su traición, porque esto fue al fin y al cabo. O más bien debería ser justa y hacer mención a que el daño que uno y otro me causaron no tuvo parangón. Felipe me rompió el corazón. Nicolás lo volatilizó.

Y así andaba. Viviendo como me placía los últimos años. Saliendo y entrando a mi antojo y sin darle explicaciones a nadie. No digo que me hubiera enrollado con todo bicho viviente (tampoco niego que algunos fueran auténticos bichos), pero sí disfrutaba de lo que realmente significaba rondar los veinte años y no tener pareja. No me las quería dar de pretenciosa ni mucho menos. Lo primordial para mí siempre han sido los estudios y me perdí muchas fiestas

mientras preparaba exámenes, trabajos o exposiciones, aún así, trataba de buscar tiempo para todo y pasarlo bien junto con Vic y Ros. Y quien busca encuentra. Te lo digo yo.

Es por eso. Por los millones de horas de hincar codos contra una mesa que iba a echar de menos en cuanto me fuera, que estaba a punto de graduarme como Arquitecta en la facultad que siempre soñé sin haber perdido ni un año y habiendo suspendido un cuatrimestre entero por culpa de aquel fatídico accidente en el que perdí la audición casi por completo del oído derecho y gran parte de mi confianza en aquellas personas que prometen que te aman y luego se van sin ni siquiera despedirse.

No quería hacer leña del árbol caído. Me mordería la lengua antes que nombrarlo en voz alta, e iba a sonreír porque tenía conmigo a toda mi familia y amigos. ¿Qué más podía pedir? Por pedir, que me tocara el Euromillón y poder llevar a cabo mi proyecto de fin de carrera, cosa impensable por aquellos entonces.

—¡Itxel! ¡Vamos! —gritó Ros, agitando la mano.

Le negué a mis ojos la grandiosidad del paisaje y los deposité sobre ella. Lo cierto es que mi amiga iba preciosa. Había elegido un vestido color rojo para el evento que llevábamos meses esperando y no tenía nada que envidiarle a las montañas de Sierra Nevada, en aquel momento sin nieve.

—¿Qué hacías? Entramos en dos minutos —preguntó cuando llegué a su lado, recolocándose la parte del pecho de una manera muy poco delicada.

¿Qué hacía? Me dije que me despedía de Granada, de la facultad y de todo lo que dejaba allí. Lo que me callé y deposité en una caja de acero sin tapadera ni apertura fue que le decía adiós a Nicolás y a su recuerdo, porque en cuanto dejara todo aquello atrás lo dejaría también a él y a su imagen lavándose los dientes, preparando la cena o dormido a mi lado. Daba igual. Habían pasado tres años, pero siempre supe que hasta que no me fuera de esa casa no lo sacaría del todo.

—¿Y Vic? —Miré a mi alrededor y no la encontré entre la algarabía formada por el resto de compañeros.

—¡Chicos! ¡Chicos! Silencio, por favor. —Soledad, una de las conserjes, nos solicitó de manera muy educada que dejáramos de cacarear como gallos de corral.

Estábamos nerviosos. Todos. Sin excepción. Y cada uno lo mitigaba como podía. Había quienes se besaban como si no hubiera un mañana, otros se mordían las uñas, otros se revolvían el cabello, otros fumaban, otros discutían. Yo buscaba a Vic con el mentón levantado y tratando de no caer de los doce centímetros de plataforma que me calcé en los pies y romperme los piños.

—¿De dónde vienes? —Miré a Victoria con perspicacia mientras ella se limpiaba el rojo que sobresalía de sus perfectos labios, se colocaba a mi lado y me ignoraba.

Solo tuve que mirar detrás de su cuerpo para observar a Flavio con la sonrisa tontona.

—Esta viene de morrearse en el baño —me susurró Ros.

Entramos en el salón de actos en fila, con sonrisas nerviosas sobrevolando nuestros rostros y con todas las ganas de comernos el mundo y luchar contra viento y marea para conseguir encontrar un hueco en el futuro que nos esperaba.

Nuestros profesores nos dieron la enhorabuena, nuestras familias nos abrazaron y gritaron lo orgullosas que estaban de nosotros y muchas lágrimas regaron aquel momento de más nostalgia de la que nos hubiera gustado.

Teníamos ganas de dar un paso hacia delante y dejar atrás aquella época de nuestra vida, pero todos nos sentíamos perdidos ante lo que nos esperaba y las oportunidades que se abrían delante de nosotros.

Reímos entre copas de vino, cervezas y canapés, recordando momentos memorables que se tatuaron en nuestra retina para la eternidad. Algunos yo los hubiera borrado a zarpazos, pero acepté que eran parte del aprendizaje para no cometer los mismos errores.

Hablé por teléfono con Enric durante unos minutos y me apenó que no hubiera podido asistir a mi graduación, pero tenía un motivo más que admisible: coincidió con la suya.

—Prométeme que lo celebraremos —me pidió antes de colgar.

Habíamos estado unidos lo que duró nuestros estudios superiores, pero no todo lo que él hubiera deseado. Aún así, se quedó a mi lado aunque nunca obtuvo de mí toda la atención que demandaba a ratos. A nuestra amistad le costó acostumbrarse a los besos que nos habíamos dado, pero pronto supimos ponerle nombre a lo que nos uniría a partir de entonces y el lazo se hizo fuerte.

Guardé el teléfono en mi bolso color mostaza y me uní a mis amigas que reían sobre todas las bromas que uno de nuestros compañeros había soltado sin remilgo en su discurso de despedida.

—¿Cómo están mis chicas? ¿Listas para dejar con la boca abierta a la profesión? —Rubén llegó hasta nosotras y nos abrazó una a una—. Estoy muy orgulloso de vosotras —dijo mirándome a los ojos y agarrándome de los hombros con la confianza de un hermano.

Sí, de un hermano. Después de aquel intenso año decidí no volver a experimentar con nuevos compañeros de piso, ni siquiera me planteé compartirlo con chicas. La experiencia había sido lo suficientemente lamentable como para

no volver a intentarlo ni por quinientos euros al mes. Me abrocharía el cinturón e intentaría gastar menos. Mis padres aceptaron mi decisión y no me obligaron a hacer entrevistas a personas desconocidas con las que no tenía nada que ver.

Pasé casi los tres años en casa de las gemelas. No estaba allí todo el tiempo, pero sí el suficiente para que me acogieran desde el principio como parte de la familia. Y así me hicieron sentir, como una más. Hasta me llevaba las mismas riñas cuando hacía algo mal, o escuchaba las charlas de todo lo que podíamos hacer con un poco de ganas y esfuerzo. Y ganas y esfuerzo nos sobraban.

Rubén se convirtió en mi protector y me defendía de tíos que se pasaban conmigo en algún bar, me llevaba a casa cuando llovía o me daba consejos que no pedía, pero que aceptaba de un nuevo hermano mayor que se preocupaba cuando no me veía sonreír, o, como él decía, cuando mis ojos perdían brillo. Cada vez que escuchaba esto, mi corazón se revolvía contra sí mismo y moría durante los segundos que tardaba en reaccionar y darme masajes cardiacos imaginarios. Mis ojos hacía mucho que no brillaban, pero de eso no vamos a hablar más.

—¿Cuándo te mudas? —Le dio un sorbo a su cerveza y me observó por encima del botellín.

Vic y Ros hablaban con una compañera de las vacaciones.

—No lo sé, Rubén. No estoy segura. —Mareé el vino dentro de mi copa con media sonrisa.

—Ya lo hemos hablado. Es lo mejor —sentenció.

—Aún puedo encontrar algo. Quedan dos semanas.

—Que utilizarás para relajarte y pasarlo bien —terminó la frase por mí.

—¿Estás seguro de que quieres que viva contigo? No quiero incordiarte. —Agrandé la sonrisa, a sabiendas de que todas las quejas que lanzaba sobre nosotras tres nunca las decía en serio.

—Me sobran dos habitaciones. Casi no estoy en casa. Me llevo toda la semana viajando. Me harías un favor. Un día voy a llegar y voy a encontrar una fábrica de calcetines en el salón. Sin contar que mis macetas sobreviven por la gracia de Dios.

—¿Pero te molestaré?

—Como estas dos moscas cojoneras me han molestado siempre. —Señaló a sus hermanas—. Pero me quedaría más tranquilo si me vigilaras la casa. En serio. Hace dos días vi a tres chinos merodeando por el portal.

Sabía que era mentira. En realidad lo que quería era tenerme vigilada a mí, ya que no iba a poder controlar a sus hermanitas. Victoria se mudaba a Barcelona a hacer un Máster que la tendría ocupadísima durante año y medio, y

Rosalía había decidido comprarse una mochila mugrosa y gastarse sus ahorros, ganados con el sudor de su frente en trabajos muy mal pagados, en un viaje por toda América durante un año entero. La envidiaba un poco, pero ese era su sueño, no el mío. Yo había conseguido obtener una plaza en el Máster más importante de toda España que ofrecía en exclusiva la Universidad Politécnica de Madrid y estaba deseando seguir aprendiendo y comenzar pronto a trabajar. La misma universidad te ponía en contacto con los mejores estudios de arquitectura de la ciudad para poder hacer prácticas remuneradas.

El miedo, el mismo que me acució cuando me mudé a Granada con dieciocho años, me erizó la piel, pero solo fueron unas milésimas de segundo en las que recordé que hacía mucho que había dejado atrás esa niña perdida y que ahora daba cada paso como una mujer deseosa de luchar por sus sueños.

Además, no estaría sola. Mar también vivía en la capital desde hacía un año, en la que estudiaba economía y en la que había conocido al hombre de su vida. Nota: por culpa de este hecho, yo había perdido de un día para otro mi alojamiento. El plan era compartir piso con mi hermana, pero una noche conoció a Riky y decidió que él quedaría mejor en su salón que yo, que adornaba menos y la iba a fastidiar más.

—Entiéndelo, Xel. El amor es así. Llega cuando menos te lo esperas —me dijo en una llamada de teléfono en la que íbamos a hablar de lo que tenía que llevar a mi futura casa.

Meccc. Error. La niña se enamoró y poco le preocupó que durmiera bajo un puente o en un banco de un parque cualquiera.

Mar. Una enamorada de la vida, del momento, de sentir las emociones y exprimir las al máximo. Mi adorada hermana, a la que quería tanto que no le pude reprochar que me dejara tirada por un guitarrista que cantaba serenatas cuando pasaban las doce de la madrugada porque antes no se inspiraba.

—Entonces, ¿qué? ¿Regarás las macetas, me harás cuscús los viernes por la noche, tirarás la carne del congelador, me obligarás a ver películas de llorera y me gritarás cuando mee la taza del váter?

—¿Piensas que vas a convencerme así? No pienso limpiar tus mierdas.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un llavero con tres llaves y un trozo de sandía de tela, que levantó delante de mi cara.

—Portal, buzón, piso. Mándame un mensaje el día antes para no asustarte con mi leonera. Tendré que limpiar por una vez... —habló con tono lastimero.

—En serio. No me convences. —Las cogí y lo abracé. Él me rodeó con sus brazos con cariño y me dio un beso en la sien.

—Enhorabuena. Te mereces todo lo bueno que te ocurra. —Me miró y sonrió.

—Gracias por el llavero de sandía. ¿Lo has hecho tú?

—¿Lo dudas?

Todo lo bueno que me ocurriera.

¿Y qué iba a ser?

¿Cuánto bueno o cuánto malo iba a vivir en una ciudad desconocida para mí?

¿Cuántas sorpresas me depararía el futuro?

¿Estaría preparada para lo que iba a encontrarme?

¿Sabría masticar toda la rabia y tragarla antes de escupirla en su maldita cara?

# AGRADECIMIENTOS



*Para mí, cada historia, cada novela, cada publicación, se convierten en un regalo que me llena de ilusión. Esta, lanzándome a la autopublicación, empezó de una manera diferente porque creí que iba a viajar sola, pero pronto me di cuenta de todas las personas que caminarían a mi lado. Mis lectoras. Como siempre, de la mano. Sin ellas, sin vosotras, sin ti, mis letras no volarían.*

*Mi familia y amigos. Incansables. Héroes que me salvan la vida cada día. Y a Eli, por ser mi estrella de guía en esta nueva aventura.*



## SOBRE LA AUTORA

**Estrella Correa** nace en Chucena, realiza estudios de Derecho y Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Casada y con una hija. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. Después de la excelente aceptación de su trilogía: «Un gin-tonic, por favor» que consta de los libros: «Un gin-tonic, por favor», «Bésame, por favor» y «Quédate conmigo, por favor» (febrero 2017); y su bilogía Las Estrellas, que incluye: «Nerea y las estrellas» y «La estrella de Nerea» (junio 2018), autopublica la primera parte de la bilogía «Menos tú»: «Cualquiera menos tú».

Cualquiera  
menos Tú